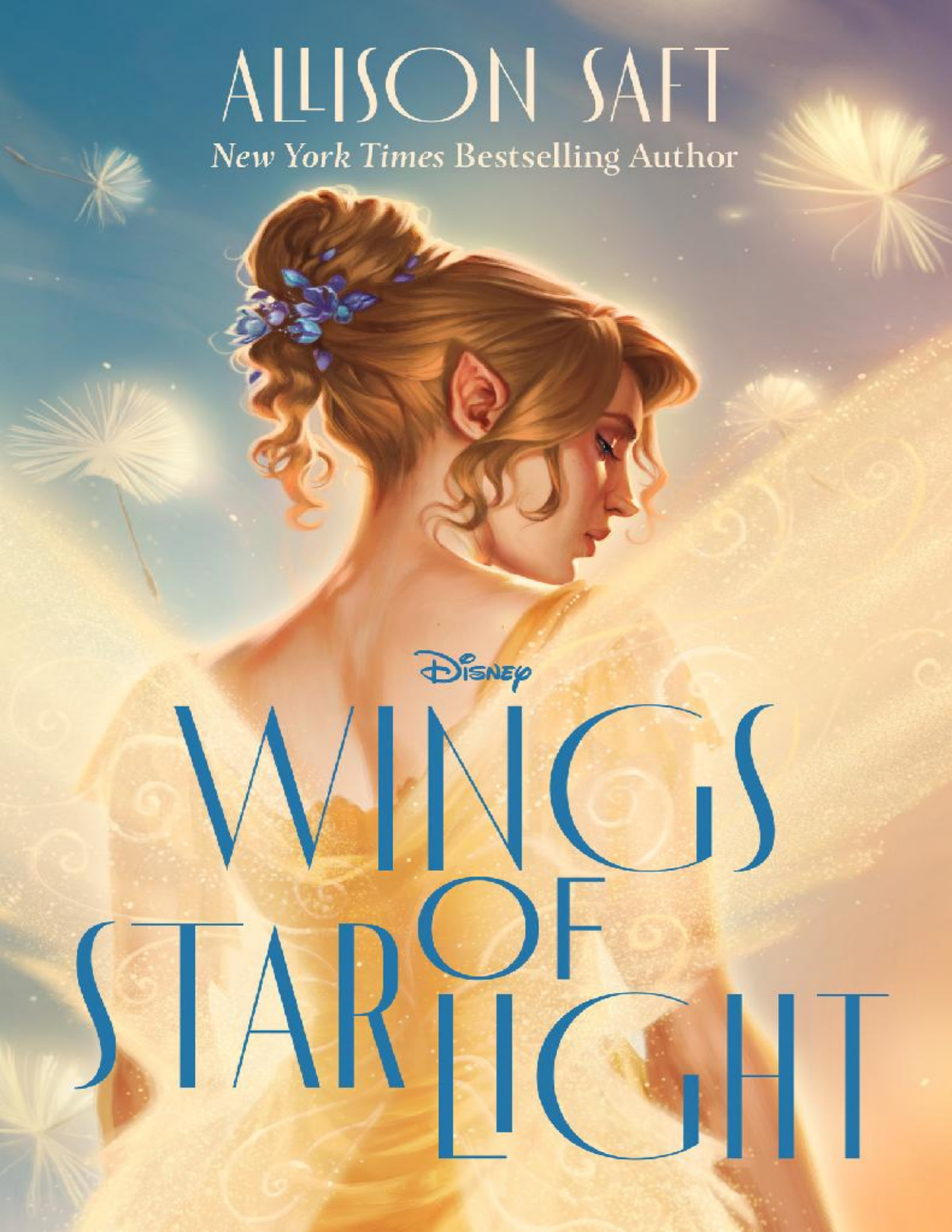
ALLISON SAFT
New York Times Bestselling Author
Disney
WINGS OF STARLIGHT

Tabla de contenido

Pagina de titulo
Derechos de autor
Contenido
Dedicación
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
Expresiones de gratitud
Acerca del autor

Disney

WINGS OF STARLIGHT

ALLISON SAFT

Disney PRESS
LOS ANGELES • NEW YORK

Copyright © 2025 Disney Enterprises, Inc. Todos los derechos reservados.
Publicado por Disney Press, un sello de Buena Vista Books, Inc.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del editor.
Para obtener información, diríjase a Disney Press, 1200 Grand Central Avenue, Glendale, California 91201.

Primera edición, febrero de 2025

Número de control de la Biblioteca del Congreso: 2024937688
Tapa dura ISBN 978-1-368-09845-8
Libro electrónico ISBN 978-1-368-11413-4
Diseñado por Gegham Vardanyan
Ilustración de la cubierta por Charlie Bowater

Visita disneybooks.com

Contenido

Pagina de titulo
Derechos de autor
Dedicación
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22

23
24
25
26
27
Expresiones de gratitud
Acerca del autor

Para aquellos que ven el mundo como podría ser:
más brillante y lleno de magia.

PROLOGUE

Hay cosas ocultas para todos, excepto para aquellos que saben exactamente dónde buscar. Si miras por la ventana en las primeras horas del crepúsculo, cuando todo el mundo todavía está dormido, es posible que notes un orbe de luz que se filtra entre las hojas de finales de verano, cada una de las cuales se tiñe de rojo a su paso. Es posible que veas tenues cintas de oro en el aire, brillando justo por encima de los jacintos que se abren paso a través de la tierra recién descongelada. Tal vez, si eres verdaderamente observador, puedas apreciar las marcas de cincel que marcan el encaje de cristal de cada copo de nieve. Por desgracia, pocos lo son. Y por eso, pocos experimentarán alguna vez el verdadero asombro. Pocos sabrán alguna vez que incluso la cosa más mundana (la menguante de la luna, el flujo de la marea, la reaparición fortuita de una baratija perdida debajo de la mesa de la cocina) es mágica.

Todo esto, por supuesto, es obra de Never Fairies.

Orquestan el cambio de estación en una sola noche y luego regresan a casa. Se dice que si vuelas más allá de la segunda estrella a la derecha y sigues recto hasta la mañana, también llegarás a ella: el Reino de Pixie Hollow. Visto desde arriba, Pixie Hollow es como un pastel cortado en cuatro trozos generosos. En su centro se encuentra el árbol de polvo de hadas, luminoso y dorado como una vela. En la oscuridad. Al este está el Valle de la Primavera, donde las flores permanecen eternamente en flor. Al sur: el Claro de Verano, donde los días se alargan y se vuelven lánguidos como un gato soñoliento. Al oeste: el Bosque de Otoño, fresco y nítido y resplandeciente de color. Luego, al norte, están los Bosques de Invierno.

Los habitantes de las estaciones cálidas hacen todo lo posible por mantener el Bosque de Invierno lejos de sus pensamientos. Pero cuando lo vislumbran bajo la inmensa sombra de la montaña, no pueden evitar pensar en sus árboles esqueléticos, o en los carámbanos que brillan como colmillos desnudos a la luz de la luna, o en aquellos que habitan en un lugar tan gris y sin vida. Las hadas de invierno, así razonan las hadas cálidas, es mejor dejarlas en su soledad nevada. Han manejado sus propios asuntos durante

siglos. Además, el frío allí es tan amargo y cruel que destrozaría las alas de un hada cálida en un instante. Nunca resultaría bueno cruzar su frontera.
Ahora bien, la mayoría de sus temores son supersticiones infundadas. Pero, aunque las estaciones cálidas no lo sepan, en los Bosques de Invierno habitan fuerzas oscuras. Hay un lugar donde todos los árboles se inclinan hacia atrás, estremeciéndose ante el lago helado que se extiende bajo ellos. Allí, el aire mismo es tan pesado y extraño como un sudor febril. Nadie visita ese lugar. Nadie sensato, en todo caso, salvo el joven Guardián de los Bosques de Invierno.
Pero si fueras lo bastante valiente o lo bastante tonto, podrías poner un pie en el hielo. Debajo de él, no encontrarías agua, sino una oscuridad profunda y retorcida. Incluso si pudieras soportar el terror que inspira durante más de un momento, no serías capaz de entenderlo. Las sombras sólo ocasionalmente se organizan en una forma reconocible. Aquí, un diente. Allí, un ojo, una garra.
No, pocos experimentarían jamás semejante terror. Pero si de alguna manera *hubieras* llegado hasta el lago en esa noche fría y sin luna, como lo hizo el Guardián de los Bosques Invernales, tal vez hubieras... Has visto lo que hizo: el momento en que una grieta solitaria fisuró la superficie del hielo. Es posible que hayas oído el crujido que hizo que la nieve se desprendiera de las ramas. Es posible que hayas sentido que el bosque mismo temblaba de anticipación.
Entonces, algo, apenas una sombra, se elevó como humo del hielo roto. Se puso a hervir y luego se fusionó en una forma que recordaba de la pesadilla que lo había engendrado. En la oscuridad, era casi imposible verlo, pero sus huellas se posaban pesadamente sobre la tierra. Luego, impulsado por un horrible y antiguo instinto, avanzó con dificultad hacia las estaciones cálidas.

1

Era una tarde ideal para soñar despierta: el aire dorado por la luz del sol y el polvo de hadas, el prado zumbando con el zumbido bajo de las abejas. Clarion estaba posada en la rama de un roble, rodeada por el suspiro y el susurro de las hojas. Qué dulce encontrarse sola y, al menos durante quince gloriosos minutos, sin nada que hacer.

Casi se arrepintió de la idea, por más hermosa que fuera. Era muy fácil imaginar la respuesta de la reina Elvina, pronunciada como un decreto real: *La reina de Pixie Hollow no se queda de brazos cruzados mientras aún haya trabajo por hacer.*

Pero Clarion no era la reina de Pixie Hollow (al menos todavía no) y su cita semanal con el Ministro de Verano había terminado inesperadamente temprano. No tenía intención de desperdiciar ese raro destello de libertad. Con su coronación acercándose, cada momento de su vigilia estaba repleto de lecciones, ensayos, pruebas y más reuniones de las que jamás hubiera creído posibles. Todo esencial, supuso, cuando solo le quedaba un mes para absorber los cientos de años de sabiduría de Elvina. Y, sin embargo, Pixie Hollow era vasto y maravilloso, y Clarion a veces sospechaba que no sabía nada sobre él. ¿Cómo podía saberlo, cuando había pasado casi toda su vida observándolo desde lejos?

Clarion miró hacia el Campo de los Girasoles con algo peligrosamente cercano al anhelo. A medida que se acercaba la hora dorada, las hadas dotadas de talento para la luz emergieron, radiantes de emoción y ansiosas por enfrentar el caos controlado de su hora más ajetreada del día. A través del dosel, las observó serpentear a través del aire denso de polen, dejando

rastros de polvo de hadas a su paso. Algunas trabajaban en equipos para inclinar los rayos del sol cada vez más cerca de la línea del horizonte, gritando cosas como "¡Un poco a la izquierda!" y "¡No, tu otro lado a la izquierda!". Otras sumergían sus manos en los rayos de sol y los recogían en sus canastas, tan fácil como recolectar agua de un pozo. A Clarion nunca le dejaba de sorprender la cantidad de pequeños detalles que formaban parte de la magia cotidiana de una puesta de sol. Parecía imposible que pronto, en la noche del solsticio de verano, ella fuera responsable de todos ellos.
La perspectiva la aterrorizaba más de lo que quería admitir.
Un zumbido agudo interrumpió sus pensamientos. Entonces, algo pasó a toda velocidad junto a ella: una franja negra contra el cielo que se iluminaba. Clarion se tambaleó hacia atrás y estuvo a punto de perder el equilibrio antes de apoyarse en una rama.
¿Qué demonios fue *eso* ?
Con una mano apoyada sobre su corazón palpitante, miró hacia abajo a través de la cortina de hojas. Una abeja, vacilante en su vuelo, aterrizó pesadamente en el suelo y se quedó terriblemente inmóvil. Después de un momento, sus alas revolotearon y Clarion dejó escapar un suspiro de alivio. *No* estaba herida, entonces, pensó. La pobre criatura debe haber Se había agotado. Las abejas eran una manada trabajadora y tendían a sobrestimar sus límites, especialmente allí, en el calor perpetuo del pleno verano. Por suerte, no era nada que una cucharada de azúcar no pudiera solucionar, y había azúcar en abundancia en Pixie Hollow. Las cocinas, sin duda repletas de todo tipo de dulces a esa hora, estaban en el palacio. Mejor aún, la colmena, y toda su miel, estaban al otro lado del prado.
Un problema simple con una solución simple.
Y aún así, Clarion dudó.
Cualquier problema en el reino le provocaba un deseo intenso de solucionarlo. En otro tiempo, había creído que esa tendencia era una chispa de su magia de talento gobernante latente, una pequeña parte de un todo que finalmente tenía sentido para ella. Pero ahora comprendía que no podía confiar en sus instintos, en su compasión.
La Reina de Pixie Hollow no pertenece a sus súbditos.
Desde su llegada, la noche en que emergió de una estrella caída, como todas las reinas de Pixie Hollow antes que ella, Elvina le había inculcado que era diferente. Que *ellas* eran diferentes, marcadas indeleblemente con polvo de estrellas. Además de Elvina, Clarion era la única gobernante con talento en todo Pixie Hollow.
Clarion miró hacia el prado, donde equipos de talentos animales y talentos de jardinería pastoreaban su bandada de abejas. ¿Se darían cuenta de que faltaba alguna? Incluso si lo hicieran, la búsqueda les llevaría toda la noche. Tal vez algo tan insignificante como salvar una abeja no fuera de su interés, pero no podía soportar la idea de irse ahora. ¿Qué clase de reina sería si se alejara del sufrimiento incluso del más pequeño de sus súbditos?
Ahora solo faltaba bajar de ese árbol.

Una pesada capa colgaba sobre sus hombros, atrapando sus alas bajo su peso. Todas las hadas emitían un aura tenue, una que Se encendía y se apagaba según su estado de ánimo, pero gracias a sus alas, su brillo siempre había estado al borde de lo irreprimible. Aunque las hadas con talento para la luz aquí en Summer compartían su inclinación por el oro, el parecido no era lo suficientemente sorprendente como para permitir que se escondieran a plena vista. Dejar que alguien viera sus alas era tan bueno como gritar *Aquí viene la futura Reina de Pixie Hollow* .

Si alguien le decía a Elvina que había estado allí sin nadie que la atendiera... No, no era para menos. Tendría que bajar. Incómodo, sí. Peligroso, casi con toda seguridad. Pero prefería con diferencia el riesgo de caerse a soportar otro de los sermones de Elvina.

Armándose de valor, Clarion descendió rama por rama. Sus músculos ardían y la corteza le raspaba las manos hasta dejarlas en carne viva, pero por algún milagro, logró no torcerse el tobillo al aterrizar en el mar de girasoles. Se alzaban sobre ella, balanceándose suavemente con la brisa y proyectando sombras moteadas sobre la hierba. Y allí, a solo unos metros por delante de ella, la abeja yacía en un charco de luz amarilla.

Se acercó a la abeja con cautela y se arrodilló a su lado. “¿Estás bien?” Las antenas de la abeja giraron letárgicamente hacia ella, lo que Clarion decidió interpretar como un sí.

Se le ocurrió que nunca antes había interactuado con una abeja. Muchas hadas las tenían como mascotas, tanto como se *podía* tenerlas, considerando que iban y venían cuando querían. Las hadas se hacían amigas de ellas con platos de néctar que dejaban en los alféizares de las ventanas y en los jardines de las casas llenos de sus flores favoritas: nébeda, lavanda y Susan de ojos negros. Elvina nunca había *prohibido* esas cosas, por supuesto, pero tampoco las había alentado. La facilidad que tenían otras personas con los animales de Pixie Hollow era otra cosa que Clarion nunca había aprendido.

—Vamos a llevarte de nuevo al aire —dijo. Se sentía un poco tonta al hablarle a una abeja como si pudiera entender. Los animales con talento podían comunicarse con sus presas. Pero, por si acaso, añadió: “Por favor, no me piquen”.

Cuidadosamente, tomó a la criatura en sus brazos. La abeja no ofreció resistencia y Clarion habría jurado que vio gratitud en sus ojos cansados. Su pelaje era sorprendentemente suave y desprendía un leve aroma: el brillo del limón y la terrosidad del polen. Estando tan cerca, Clarion se dio cuenta por primera vez de lo similares que eran las alas de una abeja a las del resto de sus sujetos. Eran tan frágiles y preciosas como el cristal y estaban marcadas con un intrincado patrón de venas. Hizo que ese instinto protector se encendiera más en su interior.

Sosteniendo la abeja contra su pecho, se abrió paso a través del campo de girasoles. A través del dosel, vio a las hadas revoloteando. Las motas de polvo de hadas flotaban perezosamente en el aire, junto con el sonido chispeante de sus risas. La llenaban de felicidad y nostalgia, y también de

una terrible soledad. Todas las hadas que compartían un talento vivían juntas, trabajaban juntas, jugaban juntas. Se mezclaban con otras, por supuesto, pero había un entendimiento innato entre aquellas que fueron creadas para el mismo propósito. A veces, Clarion se preguntaba cómo sería sentirse como si pertenecieras a algún lugar, tener tantas otras personas a las que recurrir, que te entendían tan completamente.

Llegaron al borde del campo, donde un alto arce proyectaba su larga sombra sobre ellos. Pero lo que llamó la atención de Clarion fue el hueco en su tronco (un agujero a unos pocos pies del suelo, lleno de hileras precisas de panales dorados): la colmena.

Con cuidado, Clarion dejó la abeja en el pasto. "Vuelvo enseguida".

Ella respondió con un aleteo. En cierto sentido, tal vez la abeja sí la comprendió.

Clarion se volvió hacia el árbol y respiró profundamente para tranquilizarse. Ya había trepado a un árbol hoy. ¿Qué era otro? Se levantó, encontrando puntos de apoyo en las ranuras de la corteza y en los sombreros de los hongos de miel que florecían en el tronco. Por fin, trepó al borde del agujero. El zumbido relajante de las abejas reverberaba en su pecho, y los reconfortantes olores florales de cera y néctar la inundaron. Clarion soltó con cuidado una capa de cera que sellaba el panal. Inmediatamente, la miel brotó a la superficie. Bajo la luz del sol del atardecer, casi parecía brillar. Clarion arrancó una hoja de una rama y luego la usó para recoger la miel que goteaba lánguidamente del panal.

El viaje de regreso fue peligroso con una sola mano, pero logró no caerse. Se apresuró a regresar a su abeja y colocó la hoja a su lado. "Aquí tienes".

Clarion la observaba ansiosamente mientras bebía. Poco a poco, la abeja empezó a moverse. Primero se puso de pie, con cautela, como si estuviera probando si sus delicadas piernas la sostendrían. Luego, claramente envalentonada, alzó el vuelo. Hizo piruetas y cabriolas, dando vueltas en círculos alrededor de Clarion como si quisiera decirle: *Únete a mí* .

“Ojalá pudiera.”

Clarion no pudo evitar sonreír. Aunque su talento se le escapara, tal vez pudiera hacer algo bueno.

—¿Mel? —llamó alguien con la voz entrecortada por el pánico—. ¿Mel?

La abeja se animó al oír su nombre.

Clarion levantó la vista y vio a un animal con talento que peinaba frenéticamente los girasoles. “¿Buscas este?”

El rostro moreno del hada apareció entre los pétalos, con la confusión escrita en sus rasgos. Parpadeó con fuerza al ver el espacio vacío que tenía frente a ella. —¿Hay alguien ahí?

“Aquí abajo.”

Se sobresaltó y estuvo a punto de caerse de su posición. Clarion hizo una mueca de dolor. Era cierto que era raro ver a un hada de pie. Con timidez, ajustó la caída de su capa. Afortunadamente, el brillo del sol de verano atenuó la luz que arrojaban sus alas. Lo poco que se le escapaba del cuello

apenas manchaba su piel, tan levemente como el reflejo de un botón de oro que sostenía bajo su barbilla. El sudor le corría por la espalda y se deslizaba entre sus apretadas alas. Realmente no podía esperar a librarse de esa capa... y del calor, por cierto.
Cuando el talento animal recuperó el sentido, su mirada se posó en la abeja.
“¡Mel!”
Mel se lanzó a toda velocidad hacia el hada, pero se desvió en el último momento. La hada no se inmutó, como si estuviera acostumbrada a ese tipo de exhibiciones. Parecía estar reprimiendo una sonrisa mientras Mel se zambullía en un girasol.
—Se suponía que hoy debías polinizar las caléndulas —se quejó el hada, pero Clarion pudo notar por la expresión de su rostro que estaba aliviada de haberla encontrado.
Mel resurgió cubierta de polen. Se sacudió el exceso como un perro mojado y luego voló para unirse al resto de su colmena. Hasta Clarion se dio cuenta de que se estaba acicalando.
“Parece un puñado”, observó Clarion.
—Oh, no sabes ni la mitad. —La talentosa animal sacudió la cabeza con exasperación y se volvió hacia Clarion—. Fue un gesto muy amable el que hiciste.
Clarion se sintió sorprendida y algo desconcertada por los elogios. Pocas hadas le hablaban sin que ellas se dirigieran a ella primero. Elvina exudaba un aura imponente que envolvía a Clarion en su protección. La mantenía dentro, sí, pero a todos los demás fuera. Estaba lamentablemente fuera de práctica con cualquier tipo de charla intrascendente.
Esforzándose por mantener la formalidad fuera de su voz, dijo: "No fue ningún problema".
—Aun así, gracias. —La sonrisa del talento animal era tan cálida como el verano mismo—. Estoy segura de que estás bastante ocupada sin tener que perseguir abejas descarriadas.
Clarion le devolvió la sonrisa con indecisión. “De nada”.
—¿Te he visto antes por aquí? —El hada frunció el ceño, escrutando su rostro como si intentara localizar sus rasgos—. Pareces casi...
"¿Clarín?"
Clarion se estremeció al oír su nombre y la voz familiar del Ministro del Verano. *Expuesta.* El miedo se apoderó de Clarion cuando se volvió para mirar al ministro. Aurelia estaba flotando justo detrás de ella con una mirada de leve sorpresa. Tenía la piel oscura y los ojos dorados como el polvo de hadas. Su cabello caía en rizos hasta los hombros. Ese día, vestía un vestido de milenrama; la falda escalonada estaba cubierta de flores, dispuestas en racimos de color rosa, naranja y blanco.
—¿Qué haces todavía aquí? —preguntó—. Pensé que ya habrías regresado al palacio.
—Me desvié un momento —respondió ella con voz débil—. ¿Para descansar?

Aurelia se alegró al oír eso. Había sido moldeada por una eternidad de lánguidas tardes de verano y valoraba la paz y la tranquilidad por encima de todo. Aquí, en el Claro de Verano, siempre había tiempo para una siesta o un vaso de limonada. Pero, aunque dormitaban durante el calor del mediodía, realmente cobraban vida por la noche. El verano era la única estación en la que nunca se dormía de verdad. Si Clarion se quedaba allí el tiempo suficiente, aquellos que vivían bajo la luz de la luna (los talentos de luciérnaga y los talentos de contar estrellas) emergerían de su letargo.
—Mi brillante protegida —susurró Aurelia—. ¿Ves? *Estás* aprendiendo sobre el verano.
El elogio sonó hueco, pero Clarion forzó la alegría en su voz. “Gracias, Ministro”.
Ella sonrió con indulgencia. “Ahora, si me disculpan, tengo que comprobar cómo están mis talentos con la luz”.
Con eso, se fue. De mala gana, Clarion miró al talento animal, que se había puesto bastante pálido. Abrió la boca para decir algo, *cualquier cosa* , para tranquilizarla. Pero era demasiado tarde. Tarde. Vio el momento exacto en que la otra hada se dio cuenta. El momento exacto en que su sorpresa se convirtió en mortificación... y algo parecido al asombro. Clarion apenas pudo soportarlo.
—Princesa Clarion —dijo con voz entrecortada—. Lo siento *mucho* .
Clarion levantó las manos en señal de apaciguamiento. “No hay necesidad de disculparse”.
—Pero lo hay. —La talentosa bestia inclinó la cabeza profundamente—. Su Alteza, por favor, perdone mi impertinencia. Si hubiera sabido...
Entonces nunca habría hablado con Clarion.
¿Qué más podía decir? En voz baja, dijo: “Estás perdonado”.
La talentosa animal inclinó la cabeza de nuevo. Murmurando un «gracias» entrecortado, se apresuró a marcharse. Sin duda, volvería a su trabajo... y a sus amigos.
Ese familiar dolor de soledad se desplegó a través de ella como una estrella que se derrumba. Durante unos preciosos minutos, Clarion casi había podido olvidar quién era. Allí no había guardias siguiéndola a distancia. Nadie se ponía firme cuando pasaba. Ninguna conversación se apagaba a medida que se acercaba. Ningún susurro se extendía a su paso. Pero nada de eso importaba al final. Incluso allí, no podía escapar de lo que era.
Ella debería haber deseado esto: respeto, deferencia, distancia imparcial. Pero no lo hizo. Más que nada, quería lo único que parecía verdaderamente imposible: ser *conocida* . Elvina nunca...
Elvina.
Oh, estrellas. Si no se iba ahora, llegaría tarde.
Se desabrochó el broche que llevaba en el cuello y dejó caer la capa de viaje de sus hombros. La recogió apresuradamente en sus brazos y emprendió el vuelo, saliendo de los girasoles en una ráfaga de luz dorada y pétalos

dorados. Unas cuantas abejas que pasaban lentamente se desviaron de su curso para evitarla.
Mientras se elevaba más alto en el cielo, arrastró una estela de polen detrás de ella. Se permitió un momento para mirar hacia atrás... y se arrepintió de inmediato. Los talentos de la luz aparentemente habían terminado su trabajo de la tarde. Se habían dividido en equipos y estaban lanzando una bola de luz de un lado a otro sobre una red. Incluso desde esa distancia, Clarion podía escuchar sus gritos de risa... y los gritos mezclados de triunfo y frustración cuando un equipo anotó un punto.
La visión de sus súbditos, tan completamente felices y sin complicaciones, debería haberla deleitado. Pero en ese momento, sólo era un doloroso recordatorio de su propia soledad de reina. Por mucho que quisiera, nunca podría pertenecer verdaderamente a ese grupo.

2

El árbol de polvo de hadas se alzaba a lo lejos, majestuoso y exuberante con su dosel parecido a una nube. Cascadas escalonadas de polvo de hadas, tan dorado y brillante como la luz de las estrellas, brotaban del corazón de sus ramas más altas y se acumulaban en el ápice de su tronco. Sus ramas se curvaban protectoramente alrededor del pozo de polvo de hadas antes de desviarse en elegantes arcos y caprichosos rizos. Clarion siempre había pensado que uno parecía un corazón al revés, otro como la cola de un gato curioso. Y justo debajo del pozo, alojado en un hueco del antiguo tronco del árbol, estaba el palacio. Las ventanas salpicaban la corteza, cada una iluminada desde adentro.

Incluso desde allí, Clarion podía distinguir el resplandor de la luz que había dejado encendida en su dormitorio, emanando suavemente de las puertas de vidrio de su balcón. Había contado con que volver a escondidas sería la parte más difícil de esta pequeña aventura, pero no había previsto el desafío adicional de su propia tardanza. En realidad, no esperaba que se fuera. Había tenido una racha de puntualidad muy buena. Elvina estaría muy decepcionada de verla rota.

Ojalá Clarion hubiera logrado dominar la teletransportación, una de las habilidades más útiles de los talentos de gobierno. Elvina siempre lo hacía parecer tan fácil: se disolvía en un remolino de polvo dorado brillante y luego reaparecía al otro lado de la habitación. Clarion había logrado una vez hacer desaparecer su mano izquierda antes de que volviera a la existencia con venganza. Dado su historial con la magia, había estado medio

convencida de que desaparecería para siempre, o que terminaría en medio de la habitación sin el resto de su cuerpo unido a ella.
Aterrizó en la maraña de ramas que había justo fuera de su balcón y atenuó su resplandor. Con un poco de suerte, nadie buscaría un destello dorado entre el follaje... aunque en secreto se deleitaba imaginando cómo reaccionarían sus súbditos cuando la siempre digna Princesa de Pixie Hollow irrumpiera en sus propias habitaciones. Sin embargo, imaginar la reacción de Elvina era decididamente menos divertido. Afortunadamente, había tenido la previsión de dejar las puertas del balcón sin llave. Las abrió con cuidado y luego regresó a su habitación. Tan pronto como cerró las puertas detrás de ella, se filtraron voces apagadas desde el pasillo. Clarion reconoció instantáneamente tanto a Petra como a Artemis.
—…Me siento un poco mal... —Clarion notó con agradable sorpresa *la voz de Petra* . Prácticamente se estaba desgastando por la tensión de la mentira. Su amiga más antigua (bueno, su *única)* siempre había sido terrible en ese tipo de cosas. No ayudaba que, incluso después de todos esos años, Artemisa (la guardia de Clarion) siempre consiguiera ponerla nerviosa. Clarion supuso que apreciaba el esfuerzo, considerando que no le había pedido a Petra que la cubriera. Ni siquiera sabía que la esperarían hoy.
¡Qué momento tan afortunado!
Clarion cruzó la habitación y se detuvo frente a su tocador, que estaba abarrotado de frascos de fragancias y cosméticos. Una rápida mirada al espejo confirmó que no tenía polen en la nariz ni pétalos sueltos enredados en el cabello. Se veía un poco enrojecida por el vuelo, pero no era nada que no pudiera explicarse. Petra *había* dicho que se sentía mal, después de todo. Clarion estuvo tentada de usar la excusa para excusarse de su lección, pero no tenía sentido retrasar lo inevitable. Había avanzado poco en su magia desde que Elvina comenzó a entrenarla, y no esperaba un gran avance antes del siguiente.
Un destello en el rabillo del ojo le llamó la atención. Las nubes se habían movido, dejando que un haz de luz solar se derramara en la habitación. Más allá del vidrio de las puertas de su balcón, la vista familiar de las montañas que vigilaban sombríamente los Bosques de Invierno la recibió. En el calor de la hora dorada, la nieve que las cubría brillaba con un blanco brillante. No importaba cuántas veces la mirara, esa belleza fría y austera nunca dejaba de aturdirla. Por tonto que fuera, Clarion anhelaba ver las montañas de cerca. Casi podía imaginarse de pie en la cima: el viento en su cabello, la nieve bailando a su alrededor, la belleza de Pixie Hollow vista desde esa gran altura. Qué maravilloso sería.
Elvina había desalentado cualquier tipo de preguntas sobre el Bosque de Invierno, por supuesto. Aun así, el invierno no la asustaba tanto como sabía que debería. Desde la cálida y aislada seguridad de su dormitorio, había algo muy pacífico en él... y muy terriblemente solitario.
Igualita a ella.

Nadie de las estaciones cálidas había visitado los Bosques de Invierno en cientos de años, desde antes de que naciera Elvina, y ¿quién sabía exactamente cuánto tiempo había *pasado* ? Las hadas con talento gobernante vivían vidas largas. Clarion nunca había entendido la falta de curiosidad de Elvina. Había todo un reino más del que no sabían nada. Alrededor, lleno de hadas con las que nadie había hablado jamás. Solo las hadas de primavera y otoño habían *visto* a las hadas de invierno, y solo a la distancia, mientras cruzaban el Mar de Nunca Jamás en cada cambio de estación.

Son tan fríos como su temporada, decían sus informes, *y apenas miran en nuestra dirección.*

Clarion intentó imaginárselos, sombríos y monocromáticos contra un cielo de color pizarra, pero esos detalles sobrios nunca la satisfacían. Ardía en preguntas para las que tal vez nunca tuviera respuesta. ¿Cómo sería vivir en un lugar tan duro? ¿Qué tipo de problemas tenían? ¿Y cómo era el Guardián de los Bosques Invernales?

La voz de Artemisa sonó desde el pasillo: "Quítate del camino, manitas".

Se oyó un ruido estrangulado de protesta y luego el pomo de la puerta se sacudió amenazadoramente contra la cerradura.

—Princesa Clarion —llamó Artemisa—, he venido a escoltarla a los aposentos de Su Majestad.

Entonces, ya no podía evitarlo más. Si realmente se lo proponía (o creía que Clarion estaba en peligro real), Artemis era más que capaz de sacar la puerta de sus goznes.

Clarion abrió la puerta de golpe y se encontró de frente con el puño de Artemisa, que estaba listo para golpear. Petra, que claramente estaba en medio de un valiente esfuerzo por frustrarla, estaba tratando de agarrarse a su antebrazo. Artemisa se puso firme de inmediato. Petra ahogó un grito de sorpresa. Un rubor cubrió el puente de su pálida y pecosa nariz.

Artemisa y Petra siempre la impresionaban por su contraste: Artemisa, alta y de hombros anchos; Petra, con huesos tan delicados como los de un colibrí. Sin embargo, ninguna de las dos se había molestado en aprender qué hacer con su cabello. Artemisa se lo había cortado hasta la barbilla y enmarcaba su rostro de tez aceitunada con mechones negros irregulares, como si se lo hubiera cortado con un cuchillo sin filo por aburrimiento. o necesidad. Petra ostentaba una mata de brillantes rizos rojos. La mayor parte del tiempo, los llevaba amontonados sobre la cabeza y sujetos con lo que tuviera en su taller. Ese día, había elegido un clavo; el metal brillaba suavemente a la luz. Un peligro para la seguridad, en lo que a Clarion respectaba.

—Su Alteza —dijo Artemisa cuando se recuperó—, ¿se siente bien?

Su Alteza. A pesar de las muchas veces que Clarion se lo había pedido, Artemisa nunca dejó de mostrarse formal. La talentosa exploradora había sido la sombra de Clarion desde que ella tenía memoria: la seguía o permanecía obedientemente a su lado en las ocasiones en que Clarion hacía apariciones públicas. Pero, en verdad, Clarion sabía sorprendentemente poco sobre ella, aparte de su aterradora competencia y su insistencia en la

puntualidad. Ninguna de las dos tenía exactamente la costumbre de compartir sus sentimientos con la otra.
—Mucho mejor ahora, gracias. —Clarion vio por encima del hombro de Artemis la expresión de pánico de Petra. Casi con toda seguridad llegaría tarde a su lección, pero no podía dejar que Petra se enojara con el peor escenario que había imaginado. Con su voz más majestuosa, agregó—: ¿Me darías un momento? Necesito hablar con Petra. A solas.
Artemisa, obviamente pensando en el horror indescriptible de llegar incluso un minuto tarde a una cita, parecía angustiada. Sin embargo, dijo: "Por supuesto, Su Alteza".
Se retiró por el pasillo y cruzó los brazos tras la espalda en actitud de descanso. Sin duda, estaría escuchando, a pesar de su expresión de indiferencia. Todos los talentosos exploradores eran incorregiblemente entrometidos, pero Clarion supuso que eso era lo que los hacía buenos en su trabajo.
Clarion hizo pasar a Petra a su dormitorio y cerró la puerta detrás de ellas. Inmediatamente, Petra se aferró al brazo de Clarion. En un susurro agudo, preguntó: "¿Dónde has estado? "Pasé a saludarme, pero no respondiste a la puerta. Entonces, Artemis me acorraló para preguntarme si te había visto, ¡y tuve que inventar algo!"
—Lo siento. Y gracias. Tengo...
Antes de que pudiera pronunciar otra palabra, Petra se desplomó en el suelo. Su vestido, cosido con hojas de arce verde, se arremolinaba a su alrededor. Dejó escapar un largo gemido y acunó su cabeza entre sus manos. Clarion casi le recordó el objeto afilado que le había atravesado el moño, pero lo pensó mejor. Claramente, tenía preocupaciones más importantes en ese momento.
—No sé cómo puedes estar a solas con ella todos los días —dijo Petra—. Es tan *intensa* ... ¿Alguna vez has intentado interponerte en su camino cuando se le ocurre algo?
"Como una cuestión de hecho-"
—Te cubrí tanto como pude —continuó Petra—, pero una vez que ella le informe a Elvina lo que le he hecho, mis días aquí estarán contados.
—Gracias por cubrirme —logró intervenir Clarion—. Pero estoy segura de que eso no es...
—Tal vez no sea demasiado tarde para escapar. —Una vez que Petra se puso en marcha, no hubo mucho que pudiera detenerla. Cada palabra salía de su boca con una urgencia cada vez mayor—. He oído que algunas hadas se ganan la vida en otros lugares, escondiéndose en barcos piratas o...
Clarion no sabía por dónde empezar a desentrañar esa cuestión. En cambio, fingió considerarla. “Esa sí que es una idea. Me imagino que tendrían mucho trabajo para un manitas en un barco”.
Petra la miró boquiabierta. “¡Estás tratando de deshacerte de mí!”
Clarion no pudo evitar sonreír. “Remendando redes, reparando el casco, arreglando ollas y sartenes…”

—Está bien —se quejó Petra, pero no había veneno en su voz—. Lo entiendo.
Clarion se rió suavemente, pero rápidamente se puso serio al ver la expresión extrañamente agridulce en el rostro de Petra. Clarion lo entendió perfectamente. Habían pasado algunas semanas desde que se habían visto y, sin embargo, parecía que no había pasado el tiempo. Aunque no habían nacido de la misma risa, a veces Clarion se sentía como si fueran hermanas. Siempre habían compartido una comprensión innata: ninguna de las dos era exactamente lo que parecía a primera vista.
Pocas hadas tomaban en serio a Petra cuando lo único que se molestaban en notar eran las cosas inquietas que decía. Pero a Clarion siempre le había encantado ver cómo su mente giraba como una máquina fantástica. De hecho, consideraba que la catástrofe era uno de los muchos encantos de Petra, ahora que sabía cómo sacarla de ese estado. En el fondo, era brillante, divertida y leal: el tipo de hada que nunca dejaba que sus miedos la detuvieran, sin importar lo poderosos que fueran.
Oh, cómo la extrañaba, incluso cuando estaba aquí.
Años atrás, antes de que Elvina le prohibiera a Clarion vagar libremente, antes de que sus obligaciones se apoderaran de todo su tiempo libre, las dos habían sido inseparables. Se escapaban (o quizás más exactamente, Clarion arrastraba a Petra, a patadas y gritos, desde su taller) para explorar, con la sufrida presencia de Artemisa detrás de ellas. Ahora, Clarion tenía su entrenamiento y Petra su trabajo.
Se especializaba en trabajos de metal intrincados, pero había pocas cosas que no pudiera reparar o fabricar. A lo largo de los años, había fabricado de todo, desde joyas hasta utensilios y esculturas, y soñaba aún más. Una vez se pasó una tarde entera explicando sus esquemas para una prótesis. Naturalmente, Elvina se había enamorado tanto de su arte como de su ingenio y la había nombrado manitas personal de la Corona. Clarion todavía recordaba lo orgullosa que había estado Petra, cómo su entusiasmo la había hecho realmente luminosa. Eso llenaba a Clarion de la alegría más pura que había conocido jamás. Por mucho que Clarion añorara esos días despreocupados que solían compartir, Petra merecía su éxito.
Ella merecía la felicidad.
Clarion le ofreció las manos a Petra. Cuando ella las tomó, Clarion la levantó del suelo y la guió de nuevo hacia el aire. “Te veré tan pronto como pueda”. Después de un momento, agregó: “Te avisaré si necesitas huir para vivir en el mar”.
Petra gimió lastimeramente. “Bien”.
Clarion abrió la puerta de su dormitorio. Con un último suspiro de angustia, Petra recorrió el pasillo. Se detuvo solo un momento para lanzarle una mirada prolongada a Artemis. Artemis, por su parte, permaneció perfectamente impasible, pero Clarion no se equivocó al notar la tensión en sus hombros.

Sinceramente, un día de estos, Clarion organizaría algún tipo de intervención. Diez años de añoranza fueron suficientes.
"Estoy lista", dijo.
Las puertas de su dormitorio daban a una enorme cámara: un hueco que se había formado en el tronco. Pasarelas y escaleras de madera trazaban el perímetro, descendiendo en espiral hasta un nivel de duramen sólido. Debajo de eso estaba el corazón vivo del árbol, donde la magia fluía a través de él como savia, hasta las venas más estrechas de sus hojas y hasta sus raíces más lejanas.
Juntos, subieron las escaleras de caracol hacia las habitaciones de Elvina. Las paredes se habían desgastado con el tiempo y habían sido talladas por innumerables manos de talentosos carpinteros. Clarion siempre encontraba algo nuevo que admirar cuando pasaba. Aquí y allá, una imagen la impactaba: un iris ornamentado, los ojos redondos de un búho, la curva del río que atravesaba Pixie Hollow. En algunos lugares, la obra de arte estaba oculta por manchas de musgo y enredaderas en flor, pero Clarion aún podía ver pintura impregnada de polvo de hadas brillando debajo. Nadie raspaba nunca el follaje; el árbol de polvo de hadas, por supuesto, debería haber contribuido a su propio estilo.
Se detuvieron frente al enorme conjunto de puertas que se alzaban ante la cámara de Elvina, cada una de ellas grabada con asombrosos detalles con la mitad reflejada del árbol de polvo de hadas. Artemisa Las abrió de golpe y dejó que un rayo de sol del atardecer se filtrara en el pasillo. Respiró profundamente para tranquilizarse y entró, donde se encontró con la pared de retratos.
Los cuadros de todas las reinas que la precedieron la miraban fijamente, todas ellas serenas y poderosas. Con siglos de diferencia entre ellas, cada una estaba hecha en un estilo radicalmente diferente, pero todas habían sido realizadas por una mano reverente. La llenaban de un silencioso asombro. Parecía imposible que su retrato alguna vez colgara junto al de ellas. Cuando era más joven, las había buscado en busca de algún parecido con ella. Algunas compartían su piel clara o sus ojos azules encapuchados, otras su cabello castaño miel. Pero todas tenían las mismas alas: luminosas y doradas y con forma de mariposa monarca. Ahora, solo le preocupaba que si las miraba demasiado de cerca, encontraría decepción en sus rostros.
Clarion apartó la mirada de los retratos. Al final de la hilera estaba Elvina, cuya silueta se recortaba contra la ventana iluminada por el sol. Llevaba un vestido dorado con faldas anchas y con volantes; la tela brillaba con el polvo de hadas tejido en ella. Motas doradas colgaban de la cola de su vestido y brillaban en el suelo, arremolinándose sin fuerzas en el aire. Una corona (la que había confeccionado Petra, observó Clarion) descansaba sobre su cabeza; se alzaba muy por encima de ella, curvada hacia atrás en forma de cuernos de cabra. Con ella, se veía imponente, exactamente como debería ser un hada con talento para gobernar.

—Llegas tarde —dijo ella con cansancio. No era tanto una acusación como una afirmación. Había sucedido antes. Ambos sabían que volvería a suceder. Clarion hizo todo lo posible por no desanimarse. “Lo siento”.
Elvina se giró para mirarla. Clarion no pudo evitar notar lo cansada que se veía la reina hoy. Mechones de gris se entretejían en su cabello castaño y el brillo de su vestido borraba los matices fríos de su piel blanca. Aun así, su expresión No admitía discusiones ni humillaciones. Había algo inescrutable en sus ojos verdes, la mirada remota e inflexible de un hada que había vivido cien vidas. A veces, esa visión de su futuro intimidaba a Clarion.
“Por una buena razón, espero”, dijo Elvina.
—Sí, claro. Una muy buena razón. —Aún no sabía cuál *era* , pero seguro que podría encontrar una explicación razonable si se la pedían.
Elvina hizo un sonido despectivo, como si los detalles no le importaran. Clarion apenas podía creer su suerte. —¿Has estado practicando las técnicas que discutimos?
Clarion asintió. Lo había estado. Por supuesto que lo había estado. Sin embargo, no podía decir que hubiera avanzado mucho en los últimos meses, un hecho que la consternó infinitamente. Desde el momento en que un hada abría los ojos por primera vez, sabía exactamente cuál era su talento: su afinidad mágica, su vocación en la vida, aquello que le llegaba tan fácilmente como el aliento. Los talentos, según los relatos de la mayoría de las hadas, daban a todos en Pixie Hollow un propósito y alegría. Clarion dudaba mucho que el suyo fuera a sentirse alguna vez tan fácil.
Elvina le había dicho que la magia del talento gobernante tenía sus raíces en la emoción... o más bien, en la ausencia de ella. Solo con una claridad mental perfecta y una concentración total podía encontrar la libertad de manipular la luz de las estrellas que brillaba intensamente en su interior. Pero por mucho que Clarion lo intentara, ya fuera mediante ejercicios de respiración, ejercicio o pura fuerza de voluntad, no podía vaciarse de sentimientos. No podía librarse de ese anhelo desesperado de conexión.
—Bien —dijo Elvina—. Déjame ver.
En un instante, las manos de Clarion se enfriaron por los nervios. No, no podía desesperarse todavía. Tal vez esta vez, sería diferente. Extendió su mano. En lo profundo de su pecho, sintió esa fuente infinita de magia. Si aplicaba suficiente presión Si se aferraba a él con todas sus fuerzas, podría doblegarlo a su voluntad.
Concéntrate, pensó. *Contrólalo.*
Por un momento, una luz dorada floreció en el centro de su palma. Se apagó como una vela en la brisa, pero una esperanza tentativa se encendió dentro de ella. Se sintió mareada por el esfuerzo, pero con un poco más de...
La luz chisporroteó y luego se apagó. Clarion resopló y cerró los dedos alrededor de la brasa moribunda como si pudiera conservarla. Intentó que su decepción no se reflejara en su rostro.
Al otro lado de la habitación, se encendió una luz brillante. Cuando Clarion levantó la vista, Elvina se iluminó con su poder. Se balanceaba en su palma

como una estrella en miniatura, resaltando los planos de su rostro y toda la habitación. Emitía tal brillo y calor que Clarion tuvo que resistir el impulso de levantar el brazo para protegerse.
A diferencia de las hadas con talento de luz, las hadas con talento de gobierno no necesitaban manipular una fuente de luz. Nacidas de estrellas caídas, llevaban pozos de luz estelar en su interior. Su magia podía atravesar la oscuridad absoluta y casi cualquier cosa que se cruzara en su camino. Podía moldearse para convertirse en un escudo que protegiera al reino. Más que nada, era un símbolo: algo en lo que los ciudadanos de Pixie Hollow podían creer.
Elvina apretó el puño y la luz se apagó. —Clarión.
Aquí viene. Clarion adoptó una expresión de neutralidad mientras se preparaba para su conferencia.
“Tu coronación será dentro de un mes”.
Clarion inclinó la cabeza. “Lo es”.
“Aún no has dominado la habilidad más fundamental de nuestra magia”.
—No lo he hecho —dijo ella, con un leve temblor en la voz.
La Reina de Pixie Hollow requería un dominio de la política, la organización y el liderazgo, pero también la magia única Hadas con talento gobernante. Una magia que Clarion había estado luchando por perfeccionar desde que comenzó oficialmente su entrenamiento. No podía teletransportarse. No podía producir más que un destello de luz. Evidentemente, ni siquiera podía ayudar a una sola *abeja* sin horrorizar a sus súbditos.
Después de un momento de incertidumbre, Elvina preguntó: “¿Dónde estabas?”
¿Qué sentido tenía ocultarlo? Suspiró derrotada. “El Claro de Verano”.
Los labios de Elvina se tensaron. No necesitaba hablar para que Clarion sintiera todo el peso de su desaprobación. La mirada en sus ojos decía: *Ya es hora de dejar de lado las cosas infantiles.* —¿Por qué no regresaste aquí después de tu reunión?
—Tenía la intención de volver a tiempo, de verdad. Pero justo cuando me iba, hubo... —Se interrumpió antes de perderse en detalles que Elvina no quería ni necesitaba—. Pensé en ofrecer mi ayuda a un talento animal.
La sorpresa de Elvina era palpable. “Eso no es asunto tuyo. Estoy segura de que esa hada tenía sus asuntos bajo control”.
—Pero ella me dio las gracias —protestó Clarion—. Quizá necesitaba...
—Entiendo que te sientas limitada por nuestro papel, pero no puedes ayudar a todas las hadas que lo necesitan y, desde luego, no puedes hacerte amiga de todas. Una buena reina debe centrarse en la tarea que tiene entre manos y ayudar a *gran escala* . Este es un reino enorme. —Elvina flotó hacia la ventana. Allí, en las ramas más altas del árbol de polvo de hadas, podían ver la mitad de Pixie Hollow extendida ante ellas—. Todo es tu responsabilidad. ¿Entiendes lo que esto significa?
“Por supuesto que sí.”

—Eres joven —Elvina frunció el ceño—. No has conocido el conflicto, no el conflicto *real* , uno que amenace a todas las personas bajo tu protección. Debes estar preparada. Hasta que no hayas dominado los conceptos básicos, no puedes intentar resolver problemas que no te interesan. son mucho más complicadas de lo que parecen a primera vista. Te confío todo lo que tengo".
Su tono dejaba espacio para algo que no se decía. Había tantas cosas que podía completar. *No quiero que lo desperdicies. No creo que puedas manejarlo.*
"Para ser una buena reina…"
—Es ser tan fría y remota como la estrella de la que naciste —terminó Clarion por ella. Era el principio que sustentaba la filosofía de gobierno de Elvina, que había quedado impreso en Clarion desde el día en que llegó.
Elvina la miró fijamente. —Sé que no te resulta fácil, pero es la única forma en que puedes mantener la imparcialidad, la única forma en que puedes hacer los cálculos necesarios para dictar sentencia de manera justa.
Pero si esa era realmente la única manera, ¿por qué había llegado así *?* Cuando emergió por primera vez de su estrella, una sensación de propósito ardía en su interior. Esa certeza se sentía tan lejana ahora. A veces, sospechaba que había empeorado en la magia a medida que se acercaba su coronación. A veces, en el fondo, le preocupaba que tal vez cualquier día, una nueva estrella se estrellara contra la tierra y surgiera un nuevo heredero, tan perfecto como la propia Elvina. Tan perfecto como Clarion no pudo serlo.
—Lo entiendo —murmuró.
El rostro severo de Elvina se suavizó. —Estás bajo mucha presión, pero lo lograrás, Clarion.
Pero ¿cuándo? La idea la lastimó más de lo esperado. "Gracias".
—Ve a descansar un poco —dijo Elvina—. Mañana te toca dirigir la reunión del consejo.
Casi lo había olvidado. Cada semana, los Ministros de Temporada se reunían para discutir la situación en cada uno de sus reinos. Cualquier tema, desde disputas hasta solicitudes de recursos, se presentaba ante Elvina.
Y a partir de mañana, supuso Clarion, antes de *ella* .
Mañana, entonces. A partir de mañana, intentaría *actuar* como la reina que Pixie Hollow necesitaba.

3

A la mañana siguiente, con la advertencia de Elvina todavía resonando en sus oídos, Clarion se preparó para la reunión del consejo: la primera que organizaría sola. Por si acaso, rebuscó una última vez entre los papeles que tenía sobre el escritorio, una colección de informes de sus ministros. La agenda del día era, afortunadamente (y sorprendentemente), ligera. Pixie Hollow estaba en su momento más ajetreado en las semanas previas a cada cambio de estación. Con el solsticio a un mes de distancia, el final de la primavera no constituía una calma.

Sin mencionar que estaba el asunto de su coronación.

Su coronación. La sola idea de ello hacía que sus nervios se intensificaran con renovada intensidad. Pronto, Clarion tomaría las decisiones que garantizarían que el reino funcionara como debía y que las estaciones cambiaran sin problemas. No solo Pixie Hollow dependía de ella, sino también el Continente y todos los humanos que lo habitaban.

La presión la destrozaría si se obsesionara demasiado con eso. En lugar de eso, pondría en práctica el consejo de Elvina y se concentraría en la tarea en cuestión. Si no podía manifestar un estallido de magia, al menos dirigiría una reunión con una aplomo inequívoco. Hoy, Elvina no encontraría ningún defecto en ella.

Se puso de pie y, de inmediato, un escalofrío la recorrió. Clarion se dio la vuelta, casi esperando encontrar a alguien (o algo *)* observándola a través de las puertas de cristal de su balcón. Pero sólo era su propio reflejo cansado el que la miraba, enmarcado como un retrato por ramas entrelazadas... y más allá, las montañas de los Bosques de Invierno. Las más altas se alzaban en

picos curvos que se extendían unas hacia otras en forma de media luna. A la luz de la mañana, toda la nieve estaba teñida de rosa como una concha. A veces, casi podía imaginar que las montañas la miraban fijamente.
Durante toda su vida le habían dicho que no se podía confiar en las hadas de invierno. Quedaban pocas historias que explicaran el origen de su conflicto, pero Clarion había visto una o dos representaciones teatrales que abordaban el conflicto que había separado sus mundos. Todavía recordaba estar sentada junto a Elvina, sin aliento, con las manos apretadas contra la barandilla de su palco de ópera, mientras Saga, la más talentosa de las narradoras de Pixie Hollow, tejía la historia de Titania, la primera reina de Pixie Hollow. Mientras hablaba, las imágenes brillaban en una nube de polvo dorado detrás de ella. Destellos de lanzas de carámbanos y flechas de plumas. El árbol de polvo de hadas, que no era más que un retoño que se inclinaba ante el viento. El Guardián de los Bosques de Invierno y su cruel corona dentada, envuelta en una oscuridad imponente.
En privado, Clarion había pensado que el drama de la historia era terriblemente romántico. Elvina, por su parte, se había burlado cuando uno de los consejeros de confianza de Titania murió de esa manera trágica. Pero a pesar de toda su teatralidad, la leyenda nunca se explayó en los detalles que Clarion ansiaba. Se habló sólo de un vago desacuerdo entre los dos gobernantes y de una fuerza oscura que había consumido al Guardián de los Bosques Invernales. Eso, para la mayoría de los ciudadanos de las estaciones cálidas, fue suficiente para desalentar cualquier curiosidad sobre sus vecinos.
Clarion recogió sus notas y abrió las puertas del balcón. El aire fresco la inundó y los sonidos de Pixie Hollow despertándose se filtraron desde arriba. Con un aleteo de sus alas, saltó a la balaustrada de su balcón y luego al aire. Subió, apartando hojas y ramitas, hasta que pudo ver la fuente del Pozo de Polvo de Hadas. Una cascada de polvo dorado se derramó desde un agujero en un nudo hasta los pétalos rosados de un lirio. El exceso goteó sobre hileras de hongos ostra perlada hasta que por fin se vació en el pozo, acunado en el nexo espiral de las ramas del árbol.
El polvo de hadas, el elemento vital de su sociedad, se producía en las profundidades del árbol. Nadie sabía exactamente cómo ni por qué, aunque los especialistas en polvo habían escrito densos tomos académicos y discutido teorías durante siglos. Todo lo que Clarion sabía con certeza era que la magia fluía a través de él, inundando todo Pixie Hollow con su vasta red de raíces. Si se permitía detenerse, podía sentirlo a su alrededor, cálido y reconfortante. Hacía que el aire oliera dulce, como té con miel y rollos de canela en un horno. Su sutil presencia nunca dejaba de llenarla de asombro.
A esa hora, todo el mundo había empezado a hacer cola para recibir su ración diaria de polvo: una taza de té y nada más. Las hadas guardianas del polvo se encontraban de pie, sumergidas hasta los tobillos en las aguas poco profundas del Pozo de Polvo de Hadas, sumergiendo sus tazas en el estanque. Con una eficiencia que Clarion admiró, lo vertieron sobre cada hada. Sin él, el vuelo sería imposible; las alas de un hada no podrían soportar

su peso sin ayuda. A lo largo de toda la cola, las hadas chismeaban y reían. Algunas llevaban tazas llenas de té de diente de león, ansiosas por una dosis de energía; otras todavía vibraban con la energía de sus turnos de noche. Uno de los gorriones Los hombres que estaban abajo la vieron medio escondida detrás de una cortina de hojas. Ella levantó una mano en un gesto tímido. Él palideció y luego miró hacia otro lado, intentando hacer algo complicado y de aspecto laborioso con la brizna de hierba que tenía en las manos.

Clarion intentó no desanimarse por la decepción. Petra siempre había dicho que su expresión transmitía cierta *majestuosidad* , al igual que su voz. No era como si pudiera hacer algo al respecto.

“Su Alteza.”

Clarion dejó escapar un jadeo de sorpresa. Estiró el cuello y vio a Artemis sentada en una de las ramas justo encima de ella. Siempre se las arreglaba para ocultarse a plena vista: un talento impresionante, aunque a veces aterrador.

—Buenos días —dijo Clarion, un poco sin aliento.

Su guardia tenía una expresión que rayaba en la simpatía. Siempre era difícil saberlo con Artemis, que dominaba el sutil arte del estoicismo. Pero a veces, Clarion la pillaba observando a los otros talentos exploradores cuando salían de patrulla con algo parecido al anhelo en sus ojos. En la única ocasión en que Clarion le había preguntado al respecto, Artemis se había quedado completamente callada. Algunas heridas, supuso Clarion, no debían ser hurgadas.

—No están acostumbrados a una reina que acepta la familiaridad —dijo Artemisa con brusquedad—. Lo único que te ofrecen es respeto.

Respeto, ¿no? Aunque lo quisiera, no se sentía digna de él. Aun así, los vacilantes intentos de Artemis por consolarla siempre conseguían alegrarla . Artemis nunca lo admitiría, por supuesto, pero Clarion sospechaba que había un alma sensible enterrada en algún lugar debajo de ese exterior frío y profesional. Uno de estos días, ella podría revelarlo.

—Por supuesto. —Con un brillo forzado, Clarion preguntó—: ¿Nos vamos?

Artemisa asintió.

Clarion hizo todo lo posible por mantenerse fuera de la vista y los condujo a la sala del consejo, situada justo debajo del Pozo de Polvo de Hadas. No había ninguna puerta, sino que los lados del techo abovedado habían sido tallados de modo que pareciera estar cubierto con franjas de cielo abierto. Intrincados diseños en espiral, realizados con pintura brillante de polvo de hadas, llenaban las delgadas tiras de corteza que quedaban entre cada panel. Ocultos dentro de los patrones estaban los símbolos de cada estación: la flor de hoja perenne para la primavera; la luna llena para el otoño; un arcoíris para el verano; y un copo de nieve para el invierno. Siempre había intrigado a Clarion. Si sus reinos siempre habían estado separados entre sí, ¿por qué los talentosos artistas habían incluido el invierno en sus diseños?

A medida que se acercaban, el sonido apagado de las discusiones de los ministros entre sí llegó a Clarion a través del techo abierto. Qué había de qué discutir a esa hora de la mañana era algo que no podía entender. Supuso que era algo que se debía a relaciones laborales tan infinitamente largas. Había un sinfín de pequeñas disputas y desaires políticos que sacar a la luz y litigar, cuyos orígenes Clarion apenas había podido reconstruir desde su llegada. En cualquier caso, nunca se cansaban de debatir cuál de las estaciones era la más importante. Clarion se armó de valor al entrar en la cámara.

Dentro, los tres Ministros de Temporada se reunieron alrededor de una mesa larga que ocupaba casi la totalidad de la sala. El Ministro de Primavera parecía estar pronunciando algún tipo de discurso apasionado, al que el Ministro de Otoño asintió distraídamente. El Ministro de Verano, mientras tanto, parecía estar a punto de quedarse dormido donde estaba. Pero tan pronto como la notaron, un silencio cayó sobre ellos. Era parte de la magia del talento gobernante, que había aprendido: una habilidad para captar la atención de una multitud. Artemis se dobló entre las sombras, cayendo en un perfecto descanso de desfile. Clarion mantuvo la barbilla en alto mientras se dirigía a la cabecera. de la mesa, donde Elvina solía estar de pie. De alguna manera, la habitación se veía completamente diferente desde este punto de vista.

El más cercano a ella era el Ministro del Otoño, Rowan, quien le dirigió una sonrisa relajada. Como siempre, parecía recién salido del frío; sus pálidas mejillas estaban rojas como el fuego. Sus ojos castaños la miraban con destellos y su cabello castaño rojizo se rizaba alrededor de sus orejas. Llevaba una capa de retazos de hojas otoñales sujeta con un broche castaño pulido. A Clarion le gustaba más, aunque sólo fuera porque se atrevía a hablar fuera de lugar en su presencia. Era entusiasta, agradable y sólo *ocasionalmente* propenso a ataques de melancolía.

A su lado estaba la Ministra del Verano, Aurelia, que levantó la barbilla en señal de reconocimiento. Ese día, se había vestido con la flor más hermosa de la temporada: un vestido de hortensias, un collar de zinnias y brazaletes de rosas. Se había peinado con un elaborado moño en lo alto de la cabeza.

Y luego estaba la Ministra de la Primavera, Iris, que le hizo un pequeño gesto con los dedos a Clarion. Había elegido un vestido de campanillas de invierno con falda ancha y un delicado crecimiento de las sienes que formaba una corona que enmarcaba su rostro con largos mechones. Tenía una tez cálida y arenosa y ojos casi tan negros como su cabello, que le caía largo y suelto hasta la mitad de la espalda. Como su estación, era ligera y etérea, voluble y entusiasta: una personalidad lo suficientemente brillante como para despertar a la naturaleza de su letargo.

Este había sido el séquito de Elvina desde que Clarion estaba viva. Aun así, no podía evitar la sensación de que estaban incompletos sin un Ministro del Invierno. En algún lugar al otro lado de la frontera, el Guardián de los Bosques Invernales gobernaba en soledad su reino helado. Pero incluso si las estaciones cálidas y el Invierno habían estado en buenos términos, no era

como si el Guardián de los Bosques Invernales pudiera unirse a sus reuniones. Las hadas cálidas no podían soportar el frío del Invierno; después de solo unos minutos, sus Las alas se volverían quebradizas y se romperían, mientras que las alas de las hadas de invierno se derretirían como la escarcha bajo el sol primaveral.
Iris le sonrió radiante: “¡Buenos días, Su Alteza!”
Clarion se sobresaltó. La alegría que podía reunir, incluso a primera hora, nunca dejaba de conmoverla. —Buenos días.
—Tengo entendido que hoy nos vas a dirigir —dijo Rowan, bajando la voz con aire conspirador—. Por fin has convencido a Su Majestad de que vaya más despacio para variar, ¿eh?
Clarion extendió sus notas sobre la mesa frente a ella. “No es nada como…”
Antes de que pudiera terminar su frase, las puertas se abrieron para dejar paso a Elvina. Entró en la habitación en un remolino de polvo de hadas y faldas diáfanas. Los ministros se pusieron firmes de inmediato y todos murmuraron "Su Majestad" al unísono. Elvina, sin embargo, no se detuvo a hacer cumplidos. No dijo nada mientras ocupaba su lugar en el extremo opuesto de la mesa. Luego, miró a Clarion con una mirada expectante. Directamente al grano, entonces.
—Por la presente, doy comienzo a la reunión —Clarion se aclaró la garganta cuando su voz tembló, apenas—. Comenzaremos con los informes de los ministros. Ministro de Verano, ¿podría compartir cualquier asunto nuevo?
—Ya casi estamos listos para el cambio de estación —dijo Aurelia con voz lánguida—. No tengo mucho que contar, aparte de tu coronación.
Elvina no dijo nada, pero parecía visiblemente incómoda. Clarion hizo todo lo posible por no pensar en ello. La alternativa era darle peso a ese temor silencioso que había en su interior: que Elvina no confiaba en que ella asumiera su papel.
—Los preparativos avanzan según lo previsto —continuó Aurelia—. Hemos reunido casi toda la luz solar que necesitamos y hemos identificado el lugar perfecto. Cuando tenga un momento libre, Alteza, le pediré que venga a aprobarlo.
Con su cálida y pausada cadencia, Aurelia describió los demás proyectos en los que habían estado trabajando sus hadas durante la semana anterior. Cuando terminó, Iris prácticamente vibraba de emoción apenas contenida. “Continuaremos con el Ministro de Primavera…”
—Me alegro *mucho* de que lo hayas preguntado, Alteza. Mis talentos de jardinería están trabajando duro en los arreglos florales. Pero hay algunas cositas que quiero terminar de arreglar... —Iris sacó no menos de cinco ramos de debajo de la mesa. Rowan la miró en silencio y asombrada mientras los colocaba en una ordenada fila—. Háblame de los colores. ¿Qué te parecen? También podríamos ir en una dirección completamente diferente y...
Clarion se sintió un poco abrumada. “Confío en usted, Ministro. Estoy segura de que será hermoso”.

—Seguro que sí —dijo Iris con aire arrogante—. ¡Ay! Pero todavía nos queda el asunto de los mosaicos de gotas de rocío... Los talentos del agua han estado experimentando con diseños. Por supuesto, no puedo traerlos aquí, pero tal vez pronto puedas venir a Springtime Square y podamos repasar *todos* los detalles.
—Lo espero con ansias —dijo Clarion, y se dio cuenta de que lo decía en serio. Aunque no tenía el ojo para el diseño que tenía Iris, su entusiasmo era ciertamente contagioso—. ¿Ministra de Otoño…?
—Yo —dijo Rowan con pesar— no tengo nada que aportar en este momento, al menos no a tu coronación.
Era comprensible. Aunque el otoño no llegaría al continente hasta dentro de varios meses, prepararse para el cambio de estación requería mucha coordinación y esfuerzo. Antes de que pudiera decirlo, Iris dejó escapar un suspiro.
—Oh, pero tú *sí* —dijo Iris—. Necesito que me prestes algunos de tus aviones rápidos.
—Ah, cierto. —Rowan se dio un golpecito en la barbilla. Su tono de voz tenía un matiz burlón—. Ahora, ¿por qué fue eso otra vez?
—Para llevar los pétalos... ¡Uf! —Iris levantó las manos—. Escucha. Si no puedes apreciar mi visión artística...
—Ya que estamos en el tema —intervino Aurelia—, me vendrían bien algunos retoques, si aún no los has puesto a todos a trabajar.
—Es una cuestión más práctica —reflexionó Rowan—. Pero no estoy convencida de que pueda prescindir de ellos.
Mientras los tres deambulaban por los caminos secundarios de su ruta, Elvina miró a Clarion con otra mirada elocuente desde el otro lado de la mesa. Esta vez decía: *¿Y bien?*
Correcto. Le correspondía a ella poner orden en la reunión.
—Si me lo permites —interrumpió Clarion, más suavemente de lo que pretendía. Aun así, se quedaron en silencio. Todas las miradas de la sala se posaron en ella de nuevo. Decidida a no perder el valor, continuó—: Seguramente podemos organizar un horario que funcione para todos. ¿Quizás el Ministro del Otoño pueda prescindir de algunas hadas un día a la semana...?
Rowan miró a Elvina como si buscara su aprobación. Elvina solo hizo un vago gesto con la mano, como si dijera: " *Como ella quiera".*
Satisfecho, Rowan asintió.
Clarion no pudo evitar sonreír. Tal vez había logrado una pequeña victoria: resolver un problema que le habían planteado. Sin embargo, antes de que pudiera continuar con la reunión, un talentoso explorador prácticamente entró en la sala desde arriba.
Los cinco saltaron de la sorpresa.
La exploradora apenas evitó chocar contra la mesa. Sin embargo, saludó a Elvina, aunque luchaba por recuperar el aliento. Era como si algo la hubiera perseguido hasta allí. Clarion se arriesgó a mirar a Artemisa. La curiosidad y

la preocupación se reflejaban en su expresión, pero no se desvió de su posición.
Elvina se puso de pie, asumiendo una vez más su papel de reina. “¿Qué pasa?”
—Disculpe la interrupción, Su Majestad —susurró el talentoso explorador —, pero justo antes del amanecer, se avistó un monstruo en Pixie Hollow.
Un silencio gélido descendió sobre ellos.
Iris habló primero, su confusión era evidente en su voz. —¿Un monstruo? Como un halcón, o...
—No, señor ministro —respondió el explorador con gravedad—. Es un monstruo. No sé cómo llamarlo de otra manera. Pasó del invierno a la primavera.
¿Un monstruo? ¿De invierno? Clarion no había conocido nada más que hadas de invierno y algunos animales prosperaban allí, mucho menos *monstruos* . Pero cuando miró a Elvina, la reina no parecía para nada nerviosa. Por otra parte, mantenía la compostura en cada situación, sin importar lo peligrosa que fuera. Por mucho que desconcertara a Clarion, siempre había admirado y envidiado eso de Elvina. Una verdadera reina de Pixie Hollow no podía mostrar grietas.
—¿Y cómo era ese monstruo? —preguntó Rowan con cautela.
—Es difícil de identificar, señor. Algo parecido a un zorro, pero no como ningún otro zorro que haya visto antes. Tenía algo así como un brillo, o una sombra... —El explorador se quedó callado, cada vez más pálido—. Lo seguimos todo lo que pudimos, pero lo perdimos de vista cuando salió el sol.
—Envía a buscar a la comandante de inmediato —dijo Elvina—. La veré aquí.
Con la tranquilidad de seguir una orden, la exploradora recuperó parte de su compostura. Volvió a prestar atención. —Sí, Su Majestad.
—Una vez que hayas hecho eso, toma tu unidad y asegúrate de que todos los ciudadanos entren —continuó Elvina. Frunció el ceño con preocupación—. Hasta que podamos identificar la amenaza, nadie sale.
“Sí, Su Majestad.”
Artemisa se animó y movió los dedos hacia la espada que llevaba atada a la cadera. —Majestad, si hay algo que pueda...
—No abandonarás tu puesto al lado de la princesa —respondió Elvina con frialdad.
Clarion sintió una punzada de compasión al ver cómo Artemis se marchitaba. Inclinando la cabeza, dijo: “Por supuesto que no”.
Elvina hizo un gesto con la muñeca al otro explorador. —Pueden retirarse. En cuanto al resto, se levanta la sesión. Por cuestiones de seguridad, no abandonen el palacio hasta que se les diga lo contrario.
—Pero, Majestad, no puedo quedarme aquí —protestó Iris—. Si llegara en primavera...
La expresión del rostro de Elvina no admitía discusión. “Los exploradores se encargarán de esto”.

—Sí, por supuesto —respondió Iris, pero Clarion no se dio cuenta de que su tono denotaba preocupación. Aurelia apoyó una mano firme sobre su hombro y le apretó.
El crujido de papeles y murmullos bajos llenaron la habitación. Clarion observó cómo los ministros se alejaban, con un terror helado alojado en lo más profundo de su pecho. *Un monstruo.* ¿Cómo podía ser posible algo así?
—Tú también, Clarion —dijo Elvina con cansancio—. Ve a tu habitación.
La indignación estalló en su interior. ¿Era eso, entonces? ¿Descartada, igual que las demás, como si no fuera más que una niña? Esta reunión, una oportunidad para demostrar su capacidad, había salido mal. ¿Y ahora Elvina la dejaría fuera de algo tan importante? —Puedo ayudar.
—No puedes. Este asunto no te concierne.
Debería haberla destrozado recibir la confirmación de todos sus peores temores: Elvina no la necesitaba. En cambio, esa semilla de ira floreció en su interior. Cruzó la habitación a toda prisa, su brillo se intensificó y arrojó una luz ámbar sobre las paredes que las rodeaban. "¿Cómo puede no preocuparme? Se espera que gobierne todo Pixie Hollow en un mes".
Por fin, Elvina la miró, la miró *de verdad* . Claramente, Clarion la había sorprendido, porque no respondió durante unos largos momentos. "Solo quiero decirte que no deberías preocuparte por esto".
Clarion no podía aceptarlo. “¿Pero no debería aprender a manejar una crisis?”
—Aún hay tiempo para enseñarte. Ese momento no es *durante* una crisis. Créeme. Tengo esto bajo control. Elvina apoyó las manos sobre los hombros de Clarion. Le pesaban mucho y Clarion sintió que su resistencia se ahogaba momentáneamente bajo la sorpresa.
Elvina rara vez la tocaba, rara vez mostraba algún tipo de ternura hacia ella. Y, sin embargo, Clarion no podía olvidar la forma en que Elvina la había mirado cuando surgió por primera vez de la estrella en su Día de Llegada. Ella había ayudado a Clarion a salir del cráter, luego acunó su rostro con algo parecido al asombro y al terrible reconocimiento brillando en sus ojos. Había llenado a Clarion de una gran tristeza, una que no entendía ni podía entender.
Antes de que pudiera responder, apareció la capitana de los exploradores, Nightshade. Iba vestida con su uniforme completo (una coraza y placas de corteza de árbol atadas a sus antebrazos y espinillas, todas ellas relucientes de manera amenazante) y llevaba una lanza en la mano y un carcaj con flechas de hierba serrada en la espalda. Su cabello rubio estaba recogido en un moño severo en la nuca, que estaba bronceado por la exposición al sol.
—Su Majestad. Su Alteza —dijo, poniéndose el puño sobre el corazón a modo de saludo—. Deberíamos hablar de logística.
—Deberíamos —convino Elvina—. Clarion...
—Por favor, déjame quedarme —insistió Clarion—. No te interrumpiré.
—No se trata de eso —espetó Elvina—. Vete.

Clarion no pudo evitar mirarla, atónita. Elvina se había mostrado impaciente o decepcionada con ella antes, sí, pero nunca había sido tan brusca. Sin decir otra palabra, se volvió hacia ella. Belladona y empezó a hablar con ella en voz baja. Clarion, que se erizaba de vergüenza y se sentía ofendida, comprendió que ese era el fin de la discusión. Elvina había prometido enseñarle todo lo que necesitaba saber, ¿y qué mejor manera de aprender que observando? Era evidente que su opinión no era valiosa ni bien recibida. Estaba a punto de quedarse escuchando desde la puerta como un niño al que mandan a dormir. Había jurado hacerlo mejor, comportarse con la dignidad que correspondía a su papel. Y sin embargo...

—Vamos, Alteza —dijo Artemisa en voz baja. Ahora no había forma de confundir la compasión en su voz. Ella prácticamente sacó a Clarion de la sala del consejo y la llevó de regreso a su habitación. Esta vez, Clarion se sintió demasiado herida para protestar.

Fuera de la ventana de su dormitorio, el caos controlado había estallado en Pixie Hollow. A lo lejos, podía oír el sonido de los cuernos que resonaban desde las torres de vigilancia en lo alto de los pinos. El polvo de hadas salpicaba el cielo mientras las hadas revoloteaban hacia sus hogares y los exploradores se elevaban sobre el dosel con sus arcos tensos y sus ojos fijos en las sombras. El corazón de Clarion se dolía de preocupación. Su gente estaba sufriendo. Petra probablemente estaba muerta de miedo, y eso era lo que más la dolía.

Tienes que ayudar a gran escala, le había dicho Elvina. Pero no podía. No mientras estuviera encerrada en su dormitorio, y ciertamente no mientras Elvina le prohibiera cumplir con sus deberes.

La Reina de Pixie Hollow no se queda de brazos cruzados mientras aún haya trabajo por hacer.

Clarion nunca había sido perfecta, lo sabía. Pero ¿cómo podría serlo cuando los mandatos de Elvina se contradecían entre sí? Tendría que elegir uno. Y ahora, con su coronación tan cerca, no podía contentarse con no hacer nada. No estaría de más que ella misma buscara al monstruo, ¿no?

Si volvía con algo útil, nunca más la dejarían fuera. Y tal vez, sólo tal vez, podría convencerse *de* que las estrellas no habían cometido un terrible error. Seguramente, con todos los exploradores y Elvina ocupados, nadie notaría su ausencia. Solo tendría que esperar hasta la noche, cuando Artemis finalmente terminara su servicio, para escapar.

A medida que pasaban las horas, el sol se hundía y tiñó el cielo de un rojo intenso. Justo antes de que llegara el crepúsculo, Clarion abrió las puertas del balcón. Cuando salió, las sombras se posaron pesadamente sobre ella y le hicieron cosquillas en la piel con inquietud. Una ráfaga de viento hizo que todas las ramas se sacudieran y, enterrado en algún lugar debajo del sonido, habría jurado que escuchó el grito distante de un zorro.

En algún lugar, allá afuera, acechaba un monstruo.

Apenas había pasado por su mente esa idea cuando su mirada se fijó en las montañas. La oscuridad casi total del crepúsculo las había transformado en

algo austero y sombrío. Por primera vez, le devolvieron la mirada con una expresión casi expectante. Clarion no supo si eso la emocionó o la inquietó más. Reuniendo valor, emprendió el vuelo hacia Spring Valley, hacia la frontera donde la primavera se encontraba con el invierno.

4

Un silencio inquietante se había instalado en la primavera. No había canto de pájaros, ni brisa que se agitara entre la hierba alta, ni se oía el eco de risas entre los árboles. Clarion nunca había visto Pixie Hollow así. Parecía casi desolado.

La oscuridad descendió lentamente, filtrándose entre los cerezos en flor y sobre los prados. Muy por debajo de ella, vislumbró su resplandor reflejado en un estanque. La luz del sol que se desvanecía brillaba sobre el agua, pero sin talentos acuáticos que tallaran ondas en ella, la superficie era desconcertantemente similar al vidrio en su quietud. Uno de los mosaicos de gotas de rocío que Iris había mencionado estaba inacabado en la orilla, claramente abandonado una vez que los exploradores hicieron sonar las alarmas.

A medida que se acercaba a la frontera, el sonido del agua corriendo llegó hasta Clarion. Poco a poco, los árboles se fueron aclarando a medida que se alejaban de las orillas fangosas de un río. Con un aleteo de sus alas, Clarion descendió y aterrizó con un suave golpe de sus zapatillas en el La hierba. Las moras y las zarzamoras crecían silvestres entre la maleza, y el delicado aroma de la onagra perfumaba el aire. A medida que se acercaba al río que separaba la primavera del invierno, se sintió extrañamente expuesta, sin bosques que la envolvieran y sin el brillo de sus alas atenuado por una capa de viaje. Nunca antes había estado tan cerca de la frontera.

Ella nunca había estado tan *sola*.

Una raíz del árbol de polvo de hadas surgió de la tierra y se extendió a lo ancho del río. Puentes como este existían entre cada estación en un anillo ininterrumpido: del invierno a la primavera, de la primavera al verano, del

verano al otoño y del otoño al invierno. Cuando Clarion llegó por primera vez, su existencia la había desconcertado. ¿Qué utilidad tenían las hadas para ellos, cuando tan pocas de ellas caminaban por algún lado? Ahora, se maravillaba ante la poderosa magia que fluía a través de ellos.

Las cuatro estaciones existían simultáneamente en Pixie Hollow, gracias a las raíces del árbol de polvo de hadas que las unían en un solo lugar. Un pensamiento, uno que ella sabía muy bien que no debía albergar, surgió en su mente: si el invierno y las estaciones cálidas realmente estaban destinadas a estar separadas, entonces ¿por qué existía este puente?

Un lejano susurro de los árboles la sacó de sus pensamientos. La inquietud le recorrió la espalda en un escalofrío. El sonido provenía del Bosque de Invierno. Cuando volvió su atención hacia él, habría jurado que vio un destello de luz desaparecer detrás de una hilera de árboles completamente blancos. Los oscuros agujeros en sus troncos la miraban fijamente como ojos que no parpadeaban.

Tal vez, después de todo, había encontrado lo que había venido a buscar. Armándose de valor, Clarion pisó el puente. A mitad de camino, el exuberante musgo que cubría la corteza dio paso a una gruesa capa de nieve. De sus costados caían carámbanos que brillaban con malicia a la luz del atardecer. Clarion se detuvo justo antes de la escarcha que cubría el borde mismo de la primavera.

Al anochecer, todo lo que había al otro lado del río estaba pintado de plata y carbón. Las ráfagas de nieve flotaban perezosamente en el aire, un frío espejo de las flores de cerezo que descendían flotando desde el dosel de la primavera. La nevada le parecía un velo que separaba sus mundos. Parecía más *mágico* de lo que había previsto, pero no podía bajar la guardia ni olvidar por qué había venido allí en primer lugar.

Las sombras parecían más oscuras en invierno, pero sus alas emitían suficiente luz para poder ver. El polvo de hadas se desprendía de ellas cuando se movía, y las motas brillaban como brasas en la oscuridad. La nieve que cubría la tierra estaba intacta: no había huellas de patas, ni hendiduras, nada. El explorador había dicho que este monstruo se parecía a un zorro. Si era lo suficientemente grande como para ser visto a gran distancia, irradiando algún aura siniestra, ¿adónde podría haber ido?

De repente, se sintió realmente tonta. Debió haber imaginado ese sonido por completo. ¿En qué estaba pensando al alejarse en busca de un monstruo? En ese momento, el plan le había parecido tan obvio, tan *sensato* ... Ahora, lo veía por lo ridículo que era. El estrés y la duda de su inminente coronación lo habían confundido todo. Lo verdaderamente sensato sería dar marcha atrás ahora.

Pero, ¿dónde la dejaba eso? No soportaba la idea de volver a su dormitorio vacío o, peor aún, a una sala del consejo de la que no había podido salir. Además, estaba *allí* , tan cerca de un lugar que la había llamado durante años. Era tan extrañamente tentador extender la mano y atrapar un copo de nieve. Incluso tan cerca del borde, el aire primaveral todavía conservaba su

agradable frescor vespertino. ¿Qué tan cerca tendría que llegar para sentir el frío intenso? Muy tentadoramente, llevó la mano hasta el borde del borde, dejándola flotar a un centímetro de las ráfagas. Finalmente, sintió el leve suspiro del invierno contra su piel. Armándose de valor, dejó que sus dedos se deslizaran hacia el otro lado.

Un frío que la invadió hasta los huesos, tan intenso y repentino que la hizo jadear. Se le erizaron todos los pelos del dorso de los brazos. Clarion retiró la mano de golpe y sopló aire cálido en las palmas ahuecadas. Bueno, ahora no tenía ninguna duda sobre su incapacidad para cruzar. Aun así, el escozor la dejó algo exultante. Nunca había sentido nada parecido.

Otro destello de movimiento atrajo su atención. Esta vez, lo pudo ver claramente: un débil resplandor plateado que brillaba en la oscuridad. *No*, pensó, *un aura*. La luz espectral envolvía una sombra que se desprendía de la propia noche. Clarion retrocedió unos cuantos metros. Era el monstruo.

"¡Quédate atrás!"

Pero en cuanto las palabras salieron de su boca, la sombra se hizo visible. Clarion intentó, sin éxito, tragarse su creciente mortificación. Aquello no era un monstruo.

Era un hombre gorrión.

Parecía estar delicadamente formado a partir de la nieve, con su piel clara y su cabello blanco como el hueso. Le caía hasta los hombros, con la mitad de él retirado de su rostro para revelar las puntas puntiagudas de sus orejas. Sus alas brillaban como el hielo bajo la luz del sol poniente. Contra el crudo telón de fondo del invierno, era casi... etéreo.

Un hada de invierno.

No se había imaginado que un hada de invierno pudiera ser tan modesto. Era solo un *niño* , no mayor que ella. Y, sin embargo, las apariencias engañaban. No podía subestimarlo.

Ella adoptó una expresión de compostura. Evidentemente, era demasiado tarde, porque él levantó las manos en un gesto apaciguador y dijo: «Le pido disculpas. No quise asustarla».

Su cortesía la sorprendió aún más que su repentina aparición.

—No lo hiciste —dijo ella con cautela.

—Bueno —respondió visiblemente sorprendido—, es un alivio.

El hada de invierno se acercó lentamente a la frontera, cada paso medido, como si le diera la oportunidad de retirarse. Ella se obligó a permanecer inmóvil donde estaba. Con cada paso que daba, la nieve crujía bajo sus botas y su expectación aumentaba. Se detuvo justo al borde de la frontera.

Desde tan cerca, podía ver cada plano de su rostro, desde sus anchos pómulos hasta su mandíbula cuadrada. No había calidez en los ojos del joven gorrión. Su mirada era cautelosa y estaba fija en ella, como si fuera un animal herido a punto de atacar. Cualquiera que fuera la desconfianza que albergaba Clarion, parecía ser completamente mutua.

—¿Quién eres? —preguntó Clarion. Su voz sonó exactamente como la había practicado: autoritaria, serena, desapasionada. La voz de una reina, aunque

no fuera exactamente la *suya* .
—No pretendo hacer daño a nadie —dijo. Clarion resistió el impulso de reír, como si el simple hecho de decir eso pudiera tranquilizarla—. Mi nombre es Milori.
—¿Y qué tienes que hacer aquí? —hizo una pausa y lo miró de arriba abajo —. ¿Milori?
Si a él le molestaba su tono escéptico, no lo demostró. Desde su expresión neutral hasta sus hombros hundidos, era la viva imagen de la confianza. — He venido a solicitar una audiencia con la Reina de Pixie Hollow. — Después de una pausa, añadió—: Y parece que la he conseguido.
—¿Sabes quién soy? —En su estupor, Clarion abandonó su altivez regia. La pregunta sonó mucho más esperanzadora de lo que pretendía.
—Por supuesto que sí —dijo, casi desconcertado. Un brillo extraño apareció en sus ojos, no del todo desagradable, pero que ella no podía interpretar con exactitud.
A ella no le importaba mucho porque *él sabía quién era ella* .
Él sabía quién era ella y no se había alejado de ella ni había dudado ni había entrado en pánico. Podía contar con una mano las Había muchas hadas que se atrevían a mirarla a los ojos, que se atrevían a hablarle sin que nadie se lo pidiera. Tal vez no tenían respeto ni amor por la realeza de la estación cálida en los Bosques de Invierno, pero ella prefería con gusto la impertinencia a la reverencia.
—¿Puedo preguntar quién lo delató? —preguntó, tratando de no sonar *demasiado* ansiosa.
El brillo de sus ojos se intensificó. Si ella no lo supiera, diría que parecía *divertido.* "Tu porte regio".
Clarion lo fulminó con la mirada. “¿Cómo dices?”
Su sonrisa burlona indicaba que ella había demostrado su punto de vista. "Y tus alas", añadió, más sobriamente. "Son muy distintivas... y brillantes. Te vi venir a bastante distancia".
Clarion se las dobló a la espalda con timidez. De repente, deseó haber traído su capa de viaje después de todo. —Lamento mucho decepcionarte, pero en realidad no soy la reina de Pixie Hollow. Estás buscando a la reina Elvina. Yo solo soy la reina en formación.
"Y no muy buena, además", casi añadió.
—Ya veo —respondió él. Toda la alegría desapareció de su expresión. Clarion se dio cuenta de que la echaba de menos cuando desapareció; semejante seriedad no encajaba en un rostro como el suyo—. ¿Y cómo te llamo?
Una pequeña parte de ella sabía que debía insistir en el decoro. Nadie la llamaba por su nombre, salvo Elvina y Petra. « *Su Alteza»,* estuvo a punto de decir. Pero lo que salió de su boca fue «Clarión».
—Clarion —repitió. Qué extraño era oír su nombre con su acento cadencioso, con esa voz tan fresca y suave como un cristal. Un escalofrío la recorrió, un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío.

Clarion se pasó las manos por la falda, intentando parecer desinteresada. —¿Le transmito tu mensaje a la reina Elvina?
—Si es tan amable, dígale que el Guardián de los Bosques Invernales desea hablar con ella. Es un asunto urgente que concierne a nuestros dos reinos.
¿Podría estar hablando del monstruo? Su mente daba vueltas con las posibilidades. Había esperado llevarle información a Elvina... ¿Y qué información podría ser más valiosa que algo que viniera del propio Guardián de los Bosques Invernales?
—Ella nunca aceptará. —No era mentira; Elvina nunca había fomentado su interés por los Bosques de Invierno—. Pero tal vez pueda reunirme con el director.
Una expresión bastante peculiar se dibujó en sus rasgos, apareció y desapareció en un instante. —Eso se puede arreglar, si lo desea.
Clarion luchó para evitar que la emoción la desbordara. Tendría que orquestar otra huida, lo que podría resultar difícil una vez que la situación se hubiera estabilizado. Pero por la seguridad de Pixie Hollow, por la oportunidad de demostrar su valía, podía lograrlo. —Lo haré. Solo dime cuándo y dónde.
"¿Funcionaría aquí y ahora?"
—¿Aquí y…? —Clarion casi se cae al río cuando se dio cuenta de ello. *Milori* era el Guardián de los Bosques de Invierno. El Guardián de los Bosques de Invierno estaba *allí* , hablándole como si fuera la cosa más natural del mundo. No pudo evitar que la acusación se reflejara en su voz cuando dijo—: ¡Podrías haber empezado por eso! ¿No enseñan decoro en invierno? ¿Y qué está haciendo el Guardián de los Bosques de Invierno en la frontera?
—Supongo que lo mismo que la reina de Pixie Hollow. —Hizo una pausa para pensarlo—. O la reina en prácticas, por así decirlo. Estás buscando algo.
Ella no podía discutir con eso. Se cruzó de brazos y lo miró desafiante. "Supongo que sí".
El silencio se tensó entre ellos.
—Me alegra poder llevar a cabo nuestra reunión desde esta distancia —dijo, inclinando la cabeza hacia ella. La ironía se apoderó de sus rasgos mientras observaba el espacio que ella había creado cuando él emergió del bosque—. Pero podría ser más fácil si te acercas.
La nevada se hizo más espesa y, cuando sopló una ráfaga de viento, se arremolinó a su alrededor, ocultándolo parcialmente de la vista. La frontera era como una barrera entre ellos. Además, si hubiera querido hacerle algún daño, más allá del golpe que ya le había asestado a su dignidad, seguramente ya habría hecho *algo* . Tentativamente, Clarion volvió a cruzar la distancia que los separaba y se detuvo justo al borde de la Primavera. La escarcha crujió bajo sus pies cuando aterrizó.
A Clarion le molestaba el hecho de tener que inclinar la cabeza hacia atrás apenas un poco para encontrarse con su mirada. Sus ojos eran tan grises como el cielo invernal y estaban fijos en los de ella, y había un cansancio

terrible detrás de ellos. Al darse cuenta de eso, se sintió extrañamente desequilibrada. ¿Qué podría molestarlo tanto como para mostrarlo tan claramente?
De cerca, lo miró de nuevo. Unos cuantos mechones de pelo sueltos se rizaban alrededor de sus orejas puntiagudas. Pero lo que más la impactó fueron sus brazos, nervudos y musculosos, completamente desnudos bajo su túnica de orejas de cordero. No podía entender cómo no tenía frío. Pasar la mano por el borde durante un momento había sido suficiente para atravesarla hasta los huesos. ¿Sentiría él lo mismo si se acercaba a ella? ¿Sentiría *calor* al tacto, como si acercara su mano a una llama? Clarion se aclaró la garganta, decidida a poner fin a esa línea de pensamiento.
“¿Qué es entonces?” preguntó ella.
El ángulo de la luz del sol que se desvanecía dejó la mitad de su rostro en sombras. “Creo que un monstruo pronto cruzará a tu reino”.
Fue una proclamación sombría, pero había llegado demasiado tarde. Aun así, si tenía alguna información sobre ese monstruo, esta excursión había valido la pena. No regresaría al palacio completamente vacía... —Me temo que ya lo ha hecho. Nuestros exploradores lo vieron justo antes del amanecer de esta mañana.
—Lo siento —respondió en voz baja. Algo parecido a la culpa se dibujó en su expresión—. Esperaba tener tiempo para advertirte antes de que llegara la primavera.
Para advertirme *?* Clarion frunció el ceño. “¿Lo viste?”
—Y lamento no haber podido detenerlo —dijo, como si no pudiera hablar lo suficientemente rápido. Ella no creyó haber malinterpretado la emoción estrangulada en esas palabras—. Pero es por eso que he venido a pedir tu ayuda.
—¿Mi ayuda? —No pudo evitar que la incredulidad se reflejara en su voz—. Dime primero qué es este monstruo.
La sorpresa se reflejó en su rostro. Por un momento, no dijo nada, como si no la hubiera escuchado bien. “No lo sabes”.
Clarion estaba seguro de que ella parecía tan desconcertada como él ahora.
"¿Cómo podría hacerlo?"
“Su predecesor no ha sido sincero con usted”, dijo con un toque de amargura.
—Disculpe —dijo ella, tambaleándose hacia atrás. ¿Cómo *se atrevía* a lanzar semejantes acusaciones? Y si sabía qué era ese monstruo, si había venido de su reino, entonces no tenía ningún punto de apoyo—. ¡Quizá debería atar a sus bestias antes de dejarlas atravesar las estaciones cálidas!
Milori parecía dolido, pero no intentó defenderse. Eso hizo que parte de su ira se disipara. Extendió una mano, como si quisiera atravesar la frontera y detenerla antes de que huyera. Al final, debió pensarlo mejor. Cerró los dedos en un puño a su costado. —Escúchame, Clarion. Puedo explicarlo, pero...
" *Estoy* escuchando."

—Pero es demasiado peligroso quedarse aquí mucho más tiempo. El monstruo sólo está activo en la oscuridad.
Clarion estaba harta de que le negaran la información que quería. “Oh, qué conveniente”.
Al menos tuvo la delicadeza de parecer escarmentado. —Puedo estar aquí mañana a primera hora, si quieres.
—Yo… —le *hubiera* gustado, aunque sólo fuera para saciar su curiosidad—. No puedo.
Parte de su gravedad desapareció y fue reemplazada por desconcierto. —¿Por qué no?
—No sé cuáles son *tus obligaciones* , Guardián de los Bosques de Invierno —dijo, sintiéndose extrañamente nerviosa—, pero yo tengo obligaciones. No puedo abandonarlas para ir a donde me plazca, especialmente no a la frontera del Invierno.
—Ya veo. —Se pasó una mano por el pelo, algo abrumado—. La reina no sabe que estás aquí, ¿verdad?
—No. Me escabullí. —Clarion se desanimó. Le avergonzaba sólo un poco admitirlo. Tal vez él pensaría menos de ella, ahora que sabía lo frustrada que estaba en su papel—. Peligrosa o no, las noches son el único momento que realmente es mío.
—Muy bien —dijo, claramente imperturbable—. Te veré mañana al atardecer.
Dicho esto, dio media vuelta.
—¡Espera! —La indignación y el pánico estallaron en su interior. ¿Y si no podía ir mañana? ¿Y si necesitaba tiempo para pensar en lo que se comprometía a hacer? —¡Yo… yo no acepté eso!
Milori hizo una pausa, como si estuviera pensando. —Si estás interesada en resolver este problema en lugar de evitarlo, ya sabes dónde encontrarme. Estaré esperando aquí, al atardecer, todas las noches durante una semana. —Estudió su rostro, y la intensidad inquisitiva de su mirada hizo que se le subiera el calor por el cuello. Lo que sea que encontró hizo que una leve sonrisa se curvara en sus labios. Eso, pensó débilmente, le sentaba mucho mejor que la gravedad—. Buenas noches, Clarion.
Él alzó el vuelo. Clarion solo pudo mirarlo mientras se adentraba más en el Bosque Invernal y captó el momento exacto en que la luz de la luna doró sus alas y proyectó su delicada sombra sobre la nieve.
Levantó las manos y se las pasó por la cara con frustración. Había venido allí en busca de respuestas, pero se marcharía con muchas más preguntas que las que tenía antes.

5

Su predecesor no ha sido muy comunicativo. Las palabras de Milori la perseguían mientras regresaba al palacio. ¿Qué creía exactamente que ella debía saber? Y lo que es más preocupante, ¿qué creía que Elvina le había ocultado **?**

Seguramente era una traición siquiera pensar en algo así. Pero Elvina había estado sobrenaturalmente tranquila cuando esa exploradora irrumpió en la reunión del consejo, asumiendo su papel con la misma facilidad con la que se ponía un vestido nuevo. Si ya sabía sobre el monstruo, entonces...

No, *no.* Clarion no podía permitirse seguir ese camino.

Llevarle información a Elvina era tentador, sí, pero involucrarse en algún tipo de... ¿qué, conspiración? Eso estaba más allá de sus posibilidades, y con su coronación acercándose, no podía permitirse el lujo de distraerse con el Guardián de los Bosques Invernales y sus crípticas palabras. Por lo que sabía, él le estaba mintiendo. Y, sin embargo, A Clarion le resultó difícil dudar de la genuina preocupación (y culpa) que había visto en su rostro. Dejó a un lado el recuerdo de su expresión angustiada. Sincero o no, no podría volver a verlo.

A lo lejos, el árbol de polvo de hadas brillaba en la noche como el resplandor de una linterna. Pero Clarion no podía decidirse a regresar a casa todavía. Milori le había advertido que esa criatura, fuera lo que fuese, cazaba en la oscuridad, pero debajo de ella, Spring Valley dormitaba pacíficamente: sin caos, sin terror y, ciertamente, sin monstruos. Seguramente no haría daño comprobar cómo estaba Petra; después de todo, estaba de camino a casa. Giró a la izquierda, guiada por el viento en su curso constante.

El Rincón del Tinker se encontraba enclavado en la base de un enorme sicómoro, rodeado por todos lados por una pendiente de tierra silvestre con hierba alta y campanillas azules. La mayoría de los tinkers construían sus casas sobre las raíces del árbol, cada casa coronada con un techo de hojas de arce. Delicadas escaleras de hongos dentados del norte brotaban de la corteza y pavimentaban el camino hacia sus puertas de entrada. La creatividad de los tinkers siempre asombraba a Clarion. Sin ellos, poco se haría en Pixie Hollow. Aparte de reparar y construir infraestructura, inventaron todo tipo de cosas para hacer más fácil la vida diaria.

Sus trabajos manuales —y los primeros preparativos del otoño— yacían dispersos en el centro del claro: copas de bellota llenas del tinte de los talentos de las hojas, cuidadosamente dispuestas en un gradiente del escarlata al dorado; bancos de trabajo hechos con tapas de setas con herramientas esparcidas; carros a medio ensamblar hechos con cáscaras de aguacate ahuecadas. A poca distancia, Clarion divisó sus ruedas de cáscara de castaño, esperando a ser instaladas. El desorden daba la impresión de un lugar abandonado a toda prisa. Pero velas y lámparas alimentadas por la luz del sol ardían suavemente en los alféizares de las ventanas, y ella podía ver las vagas formas de siluetas moviéndose en el interior.

Clarion se dirigió hacia la casa de Petra, escondida en un rincón apartado del pueblo. A diferencia de la mayoría de las otras casas, la suya era una intrincada obra de piedras de río apiladas, unidas con barro y polvo de hadas y techada con una gruesa capa de musgo. Según admitió ella misma, Petra prefería un aspecto menos "orgánico", pero un hongo solitario brotó del techo como para fastidiarla.

Clarion se apeó en el porche. La puerta se alzaba sobre ella, una delicada astilla de un árbol talado que Petra había lijado y pulido hasta dejarlo brillante. Llamó a la puerta. Inmediatamente, se escuchó un grito desde adentro.

Clarion suspiró. “Soy yo”.

—¿Clarion? —Las cortinas se abrieron y el pálido rostro de Petra apareció en la ventana. La puerta se abrió lentamente y apareció ella, agarrando un martillo en una mano y la tapa de una bellota (un escudo improvisado, supuso Clarion) en la otra—. ¡Me asustaste!

Clarion no pudo evitar sonreír. “¿Tan poco estás acostumbrado a recibir visitas o creías que un monstruo tocaría a la puerta tan educadamente?”

Tan pronto como la palabra *monstruo* salió de sus labios, Petra se quedó sin aliento. “¿Qué estás haciendo ahí afuera? Es demasiado peligroso estar afuera”.

Antes de que Clarion pudiera responder, Petra la agarró del brazo y la arrastró hacia el interior entre una ráfaga de pelo rojo alborotado y polvo de hadas esparcido. La casa estaba completamente oscura, desconcertantemente. Parpadeó con fuerza, tratando de que sus ojos se acostumbraran. —¿Quizás un poco de luz...?

—Absolutamente no. Tus alas son tan brillantes como parecen —se quejó Petra—. Vas a atraerlo hasta aquí si no lo has hecho ya.
Clarion se burló: “Eso es ridículo”.
Petra le dirigió una mirada significativa. “¿Has olvidado el incidente del murciélago? Yo no”.
Eso sí que fue bajo. Una vez, muchos años atrás, los dos se habían escapado al otoño al amparo del anochecer para sentarse. Bajo las estrellas, con jarras de sidra de manzana caliente. Le había llevado días convencer a Petra de que valdría la pena. Lo que no había tenido en cuenta era que su brillo interrumpía los patrones de vuelo de los murciélagos en el camino. Incluso ahora, podía ver el destello de las alas oscuras y oír su propia risa por encima del grito horrorizado de Petra.
“El explorador dijo que parecía un zorro”, dijo Clarion. “Esta vez, estás a salvo”.
Petra no se dignó responderle, sino que corrió las cortinas con intención. Las alas de Clarion iluminaban la oscuridad de la habitación. Su resplandor trazaba el contorno de todas las cosas de Petra y el polvo de hadas que se desprendía de ellas se esparcía por el suelo, brillando como estrellas. Por lo poco que podía distinguir en la penumbra, parecía que el banco de trabajo de Petra se había volcado en el suelo. Claramente, estaba en medio de un proyecto. Todos los demás aspectos de su vida, desde socializar hasta ordenar, desaparecieron cuando se sumergió por completo en ella. A Clarion le sorprendió y decepcionó darse cuenta de que no sabía qué había captado la atención de Petra esta vez.
Ambos *habían* estado realmente ocupados últimamente.
Aparentemente satisfecha con sus medidas de seguridad, Petra se deslizó hasta el suelo y miró a Clarion con los ojos vidriosos. “¿Qué haces aquí tan tarde?”
“Quería ver cómo estabas.”
Petra suspiró con inquietud mientras comenzaba a recogerse el cabello en un moño desordenado en lo alto de la cabeza. “Oh, bueno. Es más de lo mismo. El trabajo ha estado…”
—Para ver si estás a salvo —interrumpió Clarion—. Estaba preocupado por ti, encerrado aquí solo.
—¡Oh! Sí, lo más segura que puedo estar. No me importa tener una excusa para quedarme aquí. —Estudió a Clarion casi con sospecha—. ¿Es por eso por lo que viniste? Parece que tienes un secreto.
—¿Un secreto? —Clarion se rió nerviosamente. *¿Lo era* ? Ir a la frontera no estaba prohibido, exactamente, pero si alguien descubría que se había reunido con el Guardián de los Bosques de Invierno... Bueno, en realidad, no sabía qué pasaría. Era mejor no mencionarlo, en parte porque nunca volvería a verlo, y sobre todo porque la mera mención de un hada de invierno en cualquier lugar cercano a las estaciones cálidas destrozaría la frágil constitución de Petra. Ya parecía estar a un pelo de una mala noticia de sufrir

un ataque de nervios. Además, Petra era *terrible* guardando secretos. —No, por supuesto que no. ¿Qué te dio esa idea?
—Oh, no. —Petra apoyó la frente en las rodillas. Cuando volvió a hablar, su voz sonó apagada—. Es realmente malo, ¿no?
A Clarion se le cayó el alma a los pies. ¿De verdad era *tan* obvia que Petra ya la había descubierto?
De alguna manera, Petra se desplomó aún más en el suelo. Levantó la barbilla y miró a Clarion con una mirada de pura desesperación. "Elvina realmente me *va* a desterrar".
Clarion parpadeó con fuerza, entre aliviado y confundido. —Um… ¿no?
—¿Peor? ¿Has venido a darme la noticia de que no vamos a sobrevivir a la noche? No, es...
—Petra —la interrumpió Clarion, agarrándola por los hombros—. Estás haciendo una catástrofe otra vez.
—Cierto. Tienes razón. —Petra se desanimó y luego se obligó a volver a enderezarse—. Entonces, ¿qué pasa? La reina de Pixie Hollow aparece en mi puerta...
—Reina en formación —intervino Clarion.
—¿Sin previo aviso y sin ningún asunto pendiente?
Qué dulce sería hablar de lo que había pasado con ella. Clarion suspiró y se sentó en el borde de la mesa de Petra, en el poco espacio que quedaba para ella, de todos modos. Algo tintineó detrás de ella, y ella lo apartó. Petra no lo hizo. No le gritó que tuviera cuidado, por lo que supuso que no era nada importante.
Mientras Clarion observaba el rostro demacrado y surcado de hollín de su amiga, un dolor floreció en lo más profundo de su pecho. En momentos como ese, podía apreciar la verdadera sabiduría de la filosofía de Elvina. Una reina tenía que llevar sola el peso de sus decisiones. Mantener a todos a distancia hacía que fuera mucho más fácil resistir la tentación de agobiar a los demás. Y entonces, dijo: "Prometo que no tengo segundas intenciones, secretos ni malas noticias".
Petra no parecía convencida. Distraídamente, tomó una de sus herramientas y la giró entre sus dedos, mirándola fijamente. —No tienes que ser misteriosa, Clarion. No conmigo.
—*¿No es así?* —Señaló los restos de la cabaña de Petra y se obligó a sonreír —. Lo sé. Te he echado de menos. ¿Por qué no me cuentas qué es todo esto?
—¿Aún no te lo he dicho? —Los ojos de Petra se iluminaron y toda la ansiedad, toda la incertidumbre, se desvanecieron. Rebuscó entre sus cosas hasta que recuperó dos láminas planas de metal—. Esto podría ser revolucionario. He estado desarrollando una nueva técnica de soldadura usando arena y...
Clarion se dejó llevar por el entusiasmo de Petra. Aunque apenas entendía una palabra de lo que decía, verla en su elemento la calentó como la luz del sol. Y en algún lugar, en lo más profundo, despertó una chispa de tristeza. *¿Cómo será,* se preguntó, *estar tan segura de tu camino?*

¿Cómo será compartirlo?

Cuando regresó al palacio, las puertas del balcón se cerraron con demasiado ruido detrás de ella. Clarion contuvo la respiración, preparándose, pero después de unos momentos, no había sucedido nada. No sonó ninguna alarma. Ningún explorador derribó su puerta.
Un pequeño alivio, pensó. De algún modo, había logrado salir airosa de su misión de reconocimiento. Se sentía casi mareada por la prisa que le suponía.
Se puso un camisón y se sentó en el tocador para deshacer su trenza. Mientras trabajaba, quitándose los pétalos de las flores y las horquillas del pelo, una parte fantasiosa de ella creyó que todavía podía oler la nieve y la resina de pino. El invierno, de alguna manera, la había seguido hasta allí.
Acababa de coger su peine cuando sonaron tres golpes fuertes en la puerta. Clarion hizo una mueca. No había forma de confundir ese anuncio autoritario, por más que no tuviera palabras.
Elvina.
Con toda la serenidad que pudo, Clarion dijo: “Entre”.
Cuando se dio la vuelta, vio a Elvina enmarcada en la puerta. A pesar de lo tarde que era, no se había quitado su atuendo. Su expresión era ilegible a primera vista, pero a Clarion le pareció detectar un destello de alivio en sus ojos. —Estás aquí.
—¿Dónde más podría estar? —Clarion le sonrió radiante, esperando que eso la distrajera de la voz entrecortada, y se giró hacia el espejo. Cogió su peine y se puso a alisar las ondas de su cabello.
En el reflejo, Clarion vio que la expresión de Elvina se ensombrecía. "No te tenía en cuenta cuando te revisé antes".
Clarion no tenía respuesta para eso. Si tan solo hubiera ideado alguna mentira ingeniosa, alguna excusa... Pero parecía imprudente idear algo ahora. "Lo siento".
Su voz sonó terriblemente pequeña y patética, incluso para sus propios oídos. Elvina exhaló un largo suspiro. "Pensé que habías crecido Por ese impulso tuyo. Al menos, pensé que tuviste el buen sentido de mantenerte alejado de un peligro tan evidente. Debería reasignar a tu guardia para que supervise la situación.
—No fue su culpa —protestó Clarion. El pánico la atravesó. ¿Cómo pudo haber sido tan descuidada? No había considerado cómo podría afectar a Artemis, cuyo trabajo consistía en asegurarse de que Clarion se mantuviera alejada del peligro—. Fue mía.
La expresión cálida de Elvina desapareció. —Desobedeciste mis órdenes directas.

—Y me disculpo por eso. —Clarion se puso de pie. Con su cabello suelto y su camisón holgado, se sentía totalmente incapaz de desafiar a Elvina. Pero tal vez, ahora que tenía toda su atención, podría llegar a ella—. Sin embargo, no puedo quedarme de brazos cruzados mientras nuestros súbditos se ponen en peligro. La Reina de Pixie Hollow debe...
“¡Temí lo peor!”
La crudeza de la voz de Elvina silenció todos los pensamientos coherentes de Clarion. Resonó en el silencio. La respiración de Elvina se volvió irregular y fue solo entonces que Clarion comprendió. Elvina no solo estaba furiosa con ella.
Ella tenía miedo.
—Los exploradores no pudieron rastrear a la criatura —continuó Elvina—. No dejó rastro, fue como si simplemente hubiera desaparecido. Cuando regresé al palacio y encontré a Artemisa en estado de pánico y a ti desaparecida, ¿qué se suponía que debía creer? Si te había capturado...
Entonces no habría coronación y Elvina sería libre de gobernar durante otros mil años... o hasta que cayera otra estrella, una que trajera un heredero mucho más adecuado. Clarion no sabía qué era peor: su autocompasión o lo desdichada que parecía Elvina con sus manos temblorosas.
—¿Dónde estabas? —preguntó Elvina en voz baja.
Tu predecesor no ha sido muy comunicativo. Clarion alejó el recuerdo de las palabras de Milori tan rápido como surgieron. “Fui a ver cómo estaba Petra. Ya sabes cómo se pone”.
No era mentira, no del todo.
—Lo haré —Elvina cedió. La respuesta pareció apaciguarla y, momento a momento, se recompuso—. Eres amable con ese calderero, pero no me desobedezcas otra vez. Pixie Hollow no puede permitirse el lujo de que su heredera vaya a donde le plazca y se ponga en peligro innecesario. Eres demasiado valiosa.
Por supuesto. Las órdenes no eran para que ella las cuestionara ni las entendiera. Clarion se abrazó a sí misma. —¿Elvina?
Elvina inclinó la barbilla en señal de reconocimiento.
Si quería la respuesta a su pregunta, tenía que andar con cuidado. “Ese explorador dijo que el monstruo venía de los Bosques de Invierno. ¿Estarán bien las hadas de invierno?”
Elvina frunció el ceño, claramente sorprendida por esta nueva línea de preguntas. —El Bosque de Invierno es un lugar peligroso y árido, plagado de monstruos. Ya están acostumbrados.
Lleno de monstruos. Clarion no podía quitarse de la cabeza la mirada de desconcierto de Milori cuando dijo: *No lo sabes.* Luchando por mantener un tono neutral, preguntó: "¿Sabías eso antes de hoy?"
—Solo de forma vaga —respondió Elvina con cautela—. Hay una razón por la que no hemos intentado ponernos en contacto con Winter.
—Pero es el trabajo de la Reina de Pixie Hollow mantener a sus súbditos a salvo. —Clarion se atrevió a mirar a su mentora a los ojos. Se sintió nerviosa

y fría por la emoción de responderle. No creía que le gustara—. ¿No es así?
—Sus *súbditos* , sí —dijo Elvina, mirándola fijamente—. Las hadas de invierno se las han arreglado solas durante siglos y han coexistido junto a esas criaturas desde que yo estoy viva... y estoy segura de que desde hace mucho, mucho más tiempo. Además, Responder al Guardián de los Bosques de Invierno. El Guardián tiene su propia manera de hacer las cosas, y te aseguro que no apreciarían nuestra interferencia.
Clarion no estaba satisfecha con esa respuesta. ¿Cómo podía estarlo, cuando el propio Guardián de los Bosques Invernales le había *pedido* ayuda? Elvina exigió que aceptara sus decisiones y explicaciones sin cuestionarlas. Ayer, tal vez lo hubiera hecho. Pero ahora, Clarion no podía negar que tal vez Milori tuviera razón.
Elvina le estaba ocultando algo.
Cuando Clarion no respondió, Elvina pareció aliviada. Su postura rígida se relajó y su tono se suavizó. —Dejemos esto atrás. Permaneceremos alertas, pero por ahora, parece que el peligro ha pasado. Mañana, las cosas seguirán como siempre y seguirás al Ministro de Otoño. Te vendrá bien ver cómo se las arregla para prepararse para un cambio de estación.
“Sí, Su Majestad.”
Con un gesto rígido, Elvina salió de la habitación.
En cuanto la puerta se cerró tras ella, Clarion se desplomó en la cama. En la oscuridad, el techo se llenó de la luz dorada que emanaba de sus alas. Desde su posición privilegiada, podía ver la inmensidad del cielo nocturno a través de su ventana. Y allí, extendiéndose hacia las estrellas dispersas, estaba el pico de la montaña cubierto de escarcha, congelado y desolado. Esta vez, parecía menos como si las montañas la estuvieran observando, y más como si fuera un hada de invierno. Si cerraba los ojos, prácticamente podía verlo: Milori, su cabello como una llama blanca al viento, sus ojos fijos en el árbol de polvo de hadas.
Te estaré esperando aquí, al atardecer, todas las noches durante una semana.

6

Al día siguiente, Clarion se arrepintió de haberse quedado despierta hasta tan tarde. Cuando la tarde cayó sobre el Bosque de Otoño, estaba exhausta tras un día entero de trabajo junto al Ministro del Otoño... y temblaba incluso con su chal de telaraña.

Rowan, que se había disculpado hacía unos minutos, regresó con una taza de té de raíz de diente de león. Se la entregó con una mirada cómplice. —Terminarás acostumbrándote a los días largos.

—Espero no haberme demorado demasiado —dijo, avergonzada y agradecida a partes iguales de que él se hubiera dado cuenta—. Gracias.

Él le sonrió. "De ningún modo".

Clarion tomó un sorbo de té. Aunque nunca le gustó mucho la amargura del diente de león, le hacía sentir que, de alguna manera, pertenecía a los vivos. Por lo menos, le calentaba las manos. La temperatura allí siempre era baja. El *sol brillaba* perfectamente y el follaje brillaba eternamente en su gloria roja y naranja. Le hizo añorar cosas que no había disfrutado durante mucho tiempo: largas tardes junto al fuego o sumergirse en un océano de hojas caídas.

Rowan había comenzado recientemente los preparativos para la llegada del otoño y, a pesar de su distracción, Clarion estaba decidida a memorizar cada detalle. Esta sería la primera transición estacional que supervisaría como reina y, después de la amarga decepción que había causado a Elvina la noche anterior, nada podía salir mal. Esta sería su única oportunidad de demostrar su valía ahora que se había disuadido de seguir enfrentándose al Guardián de los Bosques de Invierno. No importaba que hubiera permanecido despierta

durante mucho más tiempo del que estaba dispuesta a admitir, repitiéndole cada una de sus palabras.
Ahora, Clarion dirigió toda su formidable fuerza de voluntad a sacarlo *de* su mente. Sin duda, era difícil cuando Artemis acechaba a unos cuantos metros de distancia, mirándola como si fuera a desaparecer si Artemis apartaba la mirada aunque fuera un momento. Clarion supuso que merecía que le prestaran nuevamente atención... y la culpa que la acompañaba. Había metido a Artemis en problemas con su pequeño acto de desaparición.
No había estado en Otoño desde la Juerga del año pasado, cuando todo el mundo brillaba bajo la luz de la luna llena de la cosecha. Todavía recordaba el brillo del cetro de otoño que refractaba la luz de la luna en polvo azul de hadas, cómo había llovido sobre ellos, acumulándose en los árboles y pegándose en sus pestañas como si fuera nieve. Pocas veces había visto a Pixie Hollow tan alegre. Sobre todo, recordaba estar de pie junto a Elvina, con el rostro plácido y dolorido, mientras observaba a todos bailando y brillando muy por debajo de ellos.
Ella había permanecido, como lo hacía ahora, fuera de nuestro alcance para siempre.
Clarion observó a las hadas del otoño trabajando en el claro de abajo. Con el decreto de Elvina de volver a la normalidad, parecía A Clarion le resultaba imposible imaginar que hubiera existido peligro alguno. Y, sin embargo, a medida que las sombras bajo los árboles se hacían más profundas, no podía deshacerse de sus temores.
La luz del sol menguante se filtraba a través del dosel, tiñendo la tierra de un suave dorado rosado. Unas cuantas hadas se reunieron alrededor de un talento-hoja que aplicaba pigmento sobre una hoja de roble traída en un carro del verano, asintiendo y murmurando en señal de aprobación por su técnica. Un hada que volaba rápido pasó zumbando junto a Clarion. Arrastró una gran ráfaga de viento a su paso, haciendo que el cabello de Clarion revoloteara y una bandada de mariposas monarca se desviara de su curso. El talento-animal que las pastoreaba gimió en protesta.
“¡Lo siento!” gritó el volador rápido sin detenerse.
—¡Tres mil millas! —gritó el talento animal tras ella, sacudiendo su cayado —. ¡Tienen que recorrer tres mil millas!
Clarion no pudo evitar sonreír. Qué maravilloso era ver a sus súbditos discutiendo, riendo y demostrando sus talentos. Rowan, mientras tanto, parecía completamente imperturbable, como si este tipo de alboroto fuera algo tan común que no tuviera nada de especial. Estaba de pie con una mano metida en el bolsillo de su capa. En la otra sostenía un cuaderno, lleno hasta reventar con sus garabatos al azar. Le había dicho que era una lista de verificación, pero Clarion no podía llamar lista de verificación a tal desorden en conciencia. Habían garabateado y agregado elementos con un desenfreno temerario. Su mente funcionaba a saltos que ella no podía seguir.
“En este punto del ciclo”, dijo, como si ya hubiera estado hablando durante bastante tiempo, “estamos principalmente probando nuevas ideas y

asegurándonos de que tenemos todos los suministros que necesitaremos. Elvina normalmente confía en mí para manejar todos los pequeños detalles. Pero unos días antes de que partamos hacia el continente, nos visita para hacer una revisión final de nuestros preparativos".
—¿Y cómo sabe ella que lo que has hecho es aceptable?
Sus ojos la miraron con un brillo especial. "Intuición".
Ésa era exactamente la clase de respuesta incuantificable que la atormentaba. No, no podía depender de algo tan poco fiable e inconstante como su propia intuición. En los últimos días, no había hecho más que causarle problemas. Seguramente él la estaba tomando el pelo. Elvina casi con toda seguridad tenía un elaborado sistema de criterios que había ideado para evaluar su trabajo. Clarion tomó nota mental de molestarla por ello cuando regresara al palacio.
Rowan, que percibía claramente su angustia, se rió. —Y un poco de fe en su ministro, por supuesto. Ya lo he hecho cientos de veces, Clarion. Estás en buenas manos... o al menos en manos experimentadas.
El recuerdo de su edad no la tranquilizó en absoluto. Fue solo un amargo recordatorio de lo mucho que le faltaba por hacer y de que no tenía el lujo de contar con siglos para volverse competente. —¿Alguna vez te preocupó?
La sorpresa suavizó su rostro. "¿Qué?"
—No lo sé —dijo en voz baja. Descubrió que no podía decir lo que realmente quería decir. ¿ *Alguna vez dudaste de ti misma?* En cambio, hizo un gesto con la mano hacia el claro que había debajo de ellas, donde un grupo de talentosos doblaban y doblaban hojas secas formando patrones complicados, en un esfuerzo por lograr la textura óptima para que crujieran al pisarlas. *Un proceso muy complicado*, le había asegurado Rowan una vez —. Todo esto. Todo depende de ti. Todos te miran.
Sus rizos sueltos ondeaban al viento y las sombras de sus largas pestañas se inclinaban sobre sus pómulos. Mientras la observaba, frunciendo el ceño, Clarion no podía dejar de ver la quietud de un antiguo bosque que vivía detrás de sus ojos. "Estoy seguro de que así fue, alguna vez. Pero no está en mi naturaleza. El otoño es todo reflexión y desaceleración. A medida que he ido creciendo, he aprendido a no preocuparme por las cosas antes de que sucedan".
—Ya veo. ¿Ese era el truco, entonces? ¿Simplemente elegir no preocuparse?
Era un concepto verdaderamente extraño para ella, considerando que su mejor amiga era Petra, quien eligió preocuparse por cada posibilidad.
"Tienes talento para gobernar", dijo Rowan. "Sé que parece abrumador en abstracto, pero una vez que te metes en ello, sabrás qué hacer".
Clarion se arrebujó más en su chal. —Por supuesto.
Su sonrisa se desvaneció al contemplar su expresión. "¿Qué provocó todo esto? ¿Su Majestad te está causando problemas?"
"Hemos tenido nuestros desacuerdos últimamente", dijo tan diplomáticamente como pudo.

—¿Es así? —Apoyó la barbilla en el hueco del índice y el pulgar, evaluando la situación—. Desde que acabas de llegar, has intentado ser su imagen. La misma postura. La misma voz... ya sabes cuál es. No puedo imaginar que ella te haya desalentado.
Clarion quiso tomárselo como un cumplido, pero algo en su tono sugería que no lo decía como tal. Menos como una madre y su hijo humanos, de quienes había oído que tendían a parecerse entre sí, y más como una niña y su muñeca. Ante la evidente simpatía en su rostro —*no,* pensó, *lástima*— se erizó. —Ella sólo quiere prepararme para el papel.
—Por supuesto que sí —Rowan se retractó rápidamente—. Y solo quiero decir que eres un orgullo para ella. Siempre has sido… digamos, rebelde. Aun así, ¿qué desacuerdos podrían tener?
“Dice que he confundido mis prioridades. Para mí es más natural abordar lo que veo frente a mí: una discusión, los sentimientos de alguien”. “ *Una oportunidad para investigar”*, pensó mientras tiraba de un hilo suelto invisible en su chal. “Me distrae del panorama general”.
—Ah —había algo indescifrable en su expresión, como si estuviera intentando contenerse para no decir lo que realmente pensaba—. Tal vez lo que quiso decir es que no puedes culparte a ti mismo cada vez que las cosas salen mal. Por más que lo intentes, no puedes resolver todos los problemas de Pixie Hollow por tu cuenta.
"Supongo que no."
Le dio una palmadita en el hombro, un gesto cariñoso que casi la hizo perder el equilibrio. “Tienes mejores instintos de los que crees”.
Pero no lo sé. Si él supiera. Si supiera lo inadecuada que era debajo de la fachada. Cuando se trataba de las cosas que importaban (la toma de decisiones, la compostura, el *poder puro*), ella nunca sería igual a Elvina.
Ella le ofreció una sonrisa temblorosa. "Lo aprecio. De verdad".
Su expresión se tornó seria. —Clarion. Sabes que no necesitas...
El aire se estremeció y el mundo entero quedó en un silencio sepulcral, antinatural. Se le puso la piel de gallina en los brazos. El miedo se apoderó de su columna vertebral como un vendaval. Parecía el momento de escalofríos antes de que cayera un rayo, pero el cielo, oscuro como estaba por la noche que se acercaba, estaba despejado.
Rowan frunció el ceño. “¿Sentiste eso?”
—Lo hice —dijo ella, un poco sin aliento.
Artemisa apareció a su lado en un instante, con los dedos suspendidos sobre el carcaj de flechas atado a su cadera. Rowan se guardó su cuaderno en el bolsillo. El dobladillo de su capa ondeó con el viento. En el claro de abajo, todos se habían congelado. Ninguna sombra de un halcón oscurecía la tierra. Ningún grito de un zorro rompía el silencio. Pero allí, en la línea de árboles...
Algo llamó la atención de Clarion. Una niebla negra (¿alguna vez había sido tan espesa?) se derramó en el claro y las sombras se acumularon en la tierra.

Empezaron a agitarse y a agitarse, como si luchando por tomar forma. Murmullos de alarma estallaron desde el claro de abajo.
“¿Qué *es* eso?”, preguntó Clarion.
—No lo sé —dijo Artemisa con aprensión. Sacó una flecha y la colocó en su arco. Un arma formidable contra sus enemigos naturales, sin duda, pero algo le decía a Clarion que sería inútil contra lo que fuera que *eso* fuera.
Hilos de oscuridad se arremolinaban hacia arriba, entrelazándose a medida que subían. Clarion captó el destello de escamas negras, el destello de unos ojos brillantes de veneno. *Una serpiente*, se dio cuenta después de un momento, aunque no como ninguna serpiente que hubiera visto antes. Era sólida, *real* , y sin embargo su cuerpo parecía estar compuesto completamente de humo, unido por lo que parecían ser puntos de luz violeta. Su cuerpo se enroscaba sobre sí mismo en espirales, goteando y rezumando de sus costuras; la forma exacta de su cuerpo cambiaba de un parpadeo a otro, como si apenas pudiera recordar qué se suponía que era exactamente. Le brotó una extremidad, luego un ala, antes de reabsorberlas. Apenas podía retenerla en su mente. Su larga sombra cayó como una cuchilla sobre las hadas del otoño.
Monstruo.
Siseó. Eso fue todo lo que necesitó Artemisa para entrar en acción. Disparó su flecha. La flecha voló por el aire y se clavó en la boca abierta de la bestia. Aunque le atravesó la nuca, la serpiente ni siquiera se inmutó. Artemisa perdió todo el color del rostro.
“¡Todos, huyan!” gritó Rowan.
Fue entonces cuando empezaron los gritos.
Mientras las hadas alzaban el vuelo, la serpiente escupió su veneno. Era completamente negro y brillaba con un brillo iridiscente y aceitoso. Todas las hadas que atacó cayeron del cielo y golpearon la tierra con un sonido repugnante. No gritaron; solo se quedaron allí, flácidas, como si se hubieran quedado dormidas en pleno vuelo. Rowan miró horrorizada.
Clarion le agarró el codo. “Tenemos que hacer algo”.
Evidentemente, eso bastó para sacarlo de su estupor. Se volvió hacia ella, con la mandíbula apretada y la boca apretada en una fina línea. —Oh, no. *Tengo* que hacer algo. *Volverás* al palacio de inmediato. Es demasiado peligroso para ti estar aquí.
¿Cuántas veces se vería obligada a quedarse atrás? ¿Excluida de ayudar a proteger a su pueblo? “¿De qué sirve una reina si se le prohíbe hacer una sola cosa?”
—Mejor que uno muerto —gruñó Artemis.
Clarion vaciló. Teniendo en cuenta que solo llegaba un talento gobernante cada pocos cientos de años, eran un bien preciado. Nadie sabía qué sucedería si una reina moría antes de tiempo. ¿Enviarían a otra o Pixie Hollow quedaría en manos de la sabiduría de sus ministros?
Artemisa sacó torpemente una brizna de hierba azul de su bolsillo. Se la llevó a los labios y sopló. El sonido estridente atravesó el bosque. La alarma

de los exploradores. Después de unos momentos, Clarion escuchó la alarma que otro explorador había captado a lo lejos.
—Los exploradores llegarán en cualquier momento —dijo Artemis—. Ven conmigo. No vale la pena arriesgar tu vida.
—Sabes que tiene razón —dijo Rowan, esta vez con más suavidad—. Vete.
—Está bien —dijo Clarion con voz entrecortada—. Solo ayúdalos.
—La mantendré a salvo, señor. —Artemis sonaba tan comprometida como siempre, pero Clarion no pasó por alto la emoción que brillaba en sus ojos.
Arrepentimiento, pensó. *Y añoranza.*
Asintió y luego centró su atención en el claro que había debajo. Unos cuantos valientes voladores rápidos se habían quedado, intentando acorralar a la bestia y alejarla de sus amigos. La esquivaron y se abrieron paso entre sus oscuras espirales, arrojándole todo lo que pudieron. Esta vez, Rowan no dudó. Se lanzó desde el montículo, con las alas desplegadas.
—Distráelo —gritó—. Llevaré a los heridos a un lugar seguro.
Clarion no podía apartar la vista del puñado de veloces voladores. Cortaban el aire en ráfagas salvajes y ráfagas de polvo de hadas. Con la bestia distraída, Rowan aterrizó y levantó a una de las hadas caídas en sus brazos. Justo cuando comenzó a llevarla hacia la línea de árboles, el monstruo se volvió hacia él. El veneno goteaba de sus colmillos desnudos.
No. Clarion vio el momento en que se dio la vuelta y se dio cuenta de lo que estaba a punto de suceder. Cada segundo se alargó hasta convertirse en una eternidad. Por instinto, extendió la mano. Como si pudiera alcanzarlo desde esa distancia. Como si pudiera hacer algo. Pero el miedo había encendido una chispa en su interior que la atravesó como un reguero de pólvora. Conocía esa sensación.
Magia.
Jadeó cuando la luz dorada de su poder brilló en el centro de su palma y se lanzó hacia la bestia. Su sorpresa hizo que su puntería fuera terrible, pero la serpiente retrocedió como si la hubieran quemado.
Por un momento, Clarion sólo pudo mirar su propia mano con estupefacción. La magia todavía brillaba como polvo de estrellas en su palma. La bañaba con su luz dorada e hizo brillar los ojos abiertos de Artemis. ¿Cómo había...?
No. En ese momento, no importaba cómo lo había hecho, sólo importaba que pudiera hacerlo de nuevo. Los exploradores estaban en camino, pero no llegarían a tiempo. Además, las flechas no habían hecho nada contra ese monstruo.
Pero quizás la magia sí lo haría.
Ella había prometido ser buena. Había prometido estar a salvo. Pero si eso significaba salvar vidas... "Por favor, perdóname, Artemisa".
Cuando Clarion emprendió el vuelo, solo escuchó el débil grito de “¡Su Alteza! ¡Espere!”
Cuando se deslizó hacia abajo, colocándose entre la serpiente y Rowan, esta se había reorientado. Donde su magia lo había chamuscado, su carne —si es

que podía llamarse carne— había comenzado a desprenderse en gotas de líquido negro.
De cerca, era aún más aterrador que de lejos. Su cercanía le llenaba el cráneo con un zumbido monótono de miedo. Y entonces, dirigió toda la fuerza de su mirada hacia ella. Su mente se quedó completamente en blanco. Todos sus músculos se tensaron con un miedo instintivo. Se obligó a levantar las manos, pero temblaban. Su magia nunca se había sentido tan lejana. Pero ahora, de todos los tiempos, tenía que ser perfecta.
Control, pensó, a través del grito de terror del conejo en el que se habían convertido sus pensamientos. *Concentración.*
Su magia chisporroteó débilmente en su palma. La serpiente se preparó para atacar, con la mandíbula muy abierta. En ese momento, el dominio que había ejercido sobre su magia se aflojó. Dos pensamientos se le ocurrieron a la vez. *Voy a morir.* Y, más fuerte aún: *Si quieres hacerles daño, tendrás que atravesarme.*
Fue el segundo el que la llenó, extrañamente, de serenidad. Una luz dorada brotó de ella. Brillaba más que el sol y atravesaba la niebla que colgaba en el claro.
Entonces, algo tiró a Clarion al suelo.
Cayó de bruces, levantando una nube de polvo a su paso. Un gran peso se posó sobre ella. Cuando las manchas desaparecieron de su visión, Clarion miró a Artemisa, con el rostro manchado de suciedad y enloquecido por el pánico. No podía oír nada por encima del zumbido en sus oídos y el sonido de su respiración agitada. Motas de luz de estrellas aún brillaban en el aire cuando su visión se aclaró, flotando como copos de nieve al otro lado de la frontera.
Pero cuando se atrevió a levantarse sobre un codo, no vio nada de la serpiente, salvo una brizna de oscuridad que se deslizaba frenéticamente hacia la sombra del bosque. El veneno salpicó la tierra donde Clarion había estado de pie un momento antes.
Artemisa la había salvado.
Sin embargo, su alivio no duró mucho. Su mirada se fijó en Rowan, que yacía inmóvil entre las hojas otoñales esparcidas. Le recordaban demasiado a la sangre.
"¡Ministro!"
Ella se puso de pie y voló hacia él. Él no se movió cuando ella se acercó, pero su pecho subió y bajó. *Vivo.* Clarion casi lloró de alivio. Se arrodilló a su lado y lo sacudió. Su expresión se deformó, no de dolor, exactamente, sino... ¿de miedo? Sus ojos parpadearon detrás de sus párpados cerrados. Casi parecía como si estuviera teniendo una pesadilla.
Ella lo sacudió de nuevo, más frenéticamente. “Despierta”.
No respondió nada.
La respiración de Clarion se hizo más pesada. ¿Qué estaba pasando?
Lentamente, se puso de pie y observó los escombros que la rodeaban. Todos los preparativos cuidadosos de las hadas se habían desbaratado. Había hadas

inconscientes en el claro, algunas sollozaban mientras dormían. El pánico se apoderó de ella. Se acercó a la siguiente hada que estaba al lado de Rowan y la sacudió. —Despierta.
Nada.
Ella revoloteó de un lado a otro, y de otro, y de otro. Ninguno de ellos se movió.
Nada, nada, nada.
“Despierta”, susurró para sí misma. “Por favor, por favor. Despierta”.
Cuando intentó despertar a un sexto de su sueño, una mano cayó pesadamente sobre su hombro.
—Su Alteza —dijo Artemisa suavemente—. Deténgase.
Por fin, Clarion se arrodilló y se tapó la cara con las manos. Respiró hasta que ya no sintió que las lágrimas la embargaran. Nunca en su vida se había sentido tan patética, tan *poco digna* de una reina. Nunca se había sentido tan disgustada consigo misma.
Por primera vez, Clarion comprendió plenamente por qué Elvina no confiaba en ella. Comprendió la verdadera profundidad de sus fracasos. Ella no dominó sus habilidades antes de su coronación, un día, Pixie Hollow caería en ruinas.
Y sería completamente culpa suya.

Clarion apenas recordaba que lo hubieran llevado de regreso al palacio.

Los exploradores habían llegado sólo minutos después de que la serpiente escapara, y se habían situado a su alrededor en formación, con pasos silenciosos. Ninguno de ellos le había dicho una palabra; al menos, si lo habían hecho, ella no lo había oído. Su dolor había tendido una gasa sobre el mundo; detrás de él, nada parecía completamente real. Detrás de él, nada podía tocarla de verdad. Recordaba vagamente a los exploradores inspeccionando la escena en silencioso horror. Recordaba la sensación sorda de dolor cuando notó los rasguños en su brazo. Entonces: Artemisa alejándola del Bosque de Otoño.

Ahora, estaba sentada aturdida en el aposento de Elvina, sentada en una tumbona. En algún momento, Artemisa se había quitado la capa y la había envuelto alrededor de los hombros de Clarion. Estaba tibia por el calor corporal, pero Clarion todavía temblaba. Alguien también había puesto una taza de té en sus manos, pero se había enfriado. La habitación estaba La habitación estaba acogedoramente oscura, con las pesadas cortinas corridas sobre las ventanas y la luz de las velas iluminando cada superficie. Las sombras se reflejaban en el rostro de Elvina.

—Clarión —la voz de Elvina, más suave de lo que la había oído en mucho tiempo, la hizo volver a su cuerpo—. ¿Qué pasó?

Clarion tomó un sorbo de té, aunque sólo fuera para evitar tener que responder inmediatamente. Inhaló aire hasta que la neblina que cubría sus

pensamientos se disipó. “No estoy segura de poder describirlo adecuadamente. Todo sucedió muy rápido”.
“Lo entiendo, pero por favor, inténtalo”.
Y así lo hizo Clarion. En un momento todo había sido normal y al siguiente el aire se había vuelto frío y pesado. Una sombra había cobrado vida ante sus propios ojos, apenas formada. Las hadas habían caído como piedras del cielo y no se habían despertado. El miedo se había sentido como un peso viviente sobre ella cuando se encontró cara a cara con la bestia, que la dejó clavada en el lugar. El solo pensarlo la hacía estremecer.
Mientras Clarion hablaba, la expresión de Elvina no cambió. No se notó sorpresa ni horror. Solo parecía resignada y sombría. Cuando Clarion terminó de relatar la velada, una enfermiza sensación de certeza la invadió. La duda que Milori había introducido ya no le parecía tan ridícula.
“Ya sabes lo que son”, dijo.
La luz del fuego brilló en los ojos de Elvina. Las sombras que proyectaba tallaron líneas marcadas en su rostro. Por un momento, su expresión fue ilegible. ¿Lo negaría, incluso ahora? Luego, con una mueca de disgusto en la boca, dijo: —Se llaman Pesadillas.
“¿Pesadillas?” Incluso decirlo en voz alta le daba escalofríos.
“Como ya habrás visto, tienen un poder terrible”, continuó Elvina.
“Sumergen a sus víctimas en un sueño lleno de terror. En el momento en que recibimos la primera alarma, hice que nuestros sanadores comenzaran a trabajar en un antídoto. Hasta ahora, ninguno de sus esfuerzos ha funcionado. Han funcionado. El Ministro de Otoño y otros diez ciudadanos de Pixie Hollow aún no han sido despertados”.
Clarion apenas podía procesarlo. Hasta que desarrollaran un antídoto, once hadas sufrirían durante toda su vida. La culpa la invadía, pero la frustración era aún más fuerte. En ese momento, lo único en lo que podía pensar era en cómo Elvina le había ocultado esto. Si hubiera sabido a lo que se enfrentaba, si hubiera podido prepararse...
“¿Sabías de lo que eran capaces?”
—Y he hecho planes para solucionarlo —respondió Elvina. Clarion detectó el tono defensivo en su voz—. Los talentos sanadores seguirán trabajando día y noche hasta que encuentren la cura. Mantendrán a todos lo más cómodos posible hasta que su tarea esté completa.
No, no permitiría que Elvina la mantuviera en la oscuridad por más tiempo.
“¿Qué *son* ?”
—Nadie lo sabe con exactitud. —Elvina se sentó en la tumbona a su lado y cruzó las manos sobre el regazo. Miró fijamente al frente, con una expresión extrañamente vacía—. Una vez, hace mucho tiempo, las reinas recordaban el origen de las Pesadillas. Pero el conocimiento sobre ellas se ha desvanecido con el tiempo. Todo lo que tenemos son fragmentos.
“Titania, la primera reina de Pixie Hollow, le confió la historia a su aprendiz, y así sucesivamente hasta ahora. Cuando me llegó, se había distorsionado y vuelto vaga. Era más como un cuento de hadas, uno desgastado por la

repetición hasta que casi no parecía real. Todo lo que puedo decirte es que las Pesadillas habitan en los Bosques de Invierno, donde las noches son largas y el frío se siente como un abrazo familiar. Nadie las había visto en una eternidad, pero mi mentor me transmitió esto: si alguna vez reaparecían, debemos actuar con rapidez".
Sus palabras se asimilaron lentamente. A lo largo de los años, Elvina le había dado a Clarion fragmentos de la historia de Pixie Hollow. Pero nunca se había mencionado *Pesadillas* . Claramente, fue una decisión deliberada. Omisión. Antes de poder detenerse, antes de poder tragarse otro destello de dolor, dijo: "¿Por qué no me lo dijiste antes?"
"No me pareció importante."
"Parece importante ahora".
—¿Qué quieres que haga? —preguntó Elvina entre dientes—. Aún no puedes acceder a todo el espectro de tus habilidades. Las leyendas sobre cosas que muy bien podrían no haber sucedido nunca, que tal vez ni siquiera hubieran existido, solo te habrían distraído.
—No puedes decidir lo que debo saber y lo que no. —La voz de Clarion tembló con la fuerza de su ira. El ataque la había sacudido demasiado como para mantener su compostura habitual. Once personas heridas debido a *sus* fracasos y a la falta de precaución de Elvina—. ¿Qué más no me has dicho?
Elvina suspiró como si la conversación la hubiera agotado por completo. —Clarion, conténtate.
Control. Concentración. Si no podía presentarse como una reina apropiada, Elvina no la trataría como tal. Clarion respiró profundamente, haciendo todo lo posible por suavizar sus rasgos hasta lograr una expresión pasiva. Así era como más le gustaba a Elvina. Así era como podía convencerla de que era capaz.
"Tengo que estar preparado para cualquier eventualidad", dijo Clarion.
"¿Cómo puedo estar preparado si no sé a qué me enfrento?"
Una vez recuperada la compostura, Elvina la miró menos como un cardo veloz a punto de atravesar la plaza de la primavera. Por fin, de vuelta a territorio familiar. Con la misma medida, la reina dijo: "Ya nos ocuparemos de eso".
Clarion dejó la taza de té en el platillo con un tintineo tan frágil como sus nervios. —¿Cómo?
El silencio descendió sobre ellos. Por un momento, Clarion pensó que ese sería el final de la discusión. Pero Elvina la sorprendió al responder.
"Debemos minimizar el riesgo de que se repita otra tragedia. Convocaré una reunión mañana para discutir el plan de seguridad para Pixie Hollow. Mientras tanto, los exploradores se encargarán de expulsar a las Pesadillas y deshacerse de ellas".
Clarion solo podía pensar en lo rápido que había atacado la Pesadilla; en hadas cayendo del cielo, recortadas por la luz del sol de color rojo sangre, con polvo de hadas saliendo de sus alas flácidas. No había forma de deshacerse de una bestia como esa con tanta limpieza. Pero luego recordó

cómo había huido cuando ella había desatado su magia, como una cucaracha que se aleja de un repentino torrente de luz. Clarion todavía no sabía cómo lo había hecho, o si podría volver a hacerlo.
Pero Elvina pudo.
“Tienen miedo de nuestra magia”.
La sorpresa se reflejó en el rostro de Elvina. “¿Ah, sí?”
—Pude invocar mi magia... solo por un momento. Si tan solo hubieras podido verla. —Clarion reprimió su entusiasmo tanto como pudo. Se recordó a sí misma que la compostura, no la convicción, sería lo que convencería a su mentora—. Ninguna de las armas de Artemisa hizo nada al respecto. Pero si tú o yo acompañamos a los exploradores...
—No. Eso está fuera de cuestión, Clarion. —Elvina se levantó de su asiento abruptamente, su tono se tornó gélido—. Pixie Hollow es tan fuerte como su reina.
¿De qué sirve una reina si tiene prohibido hacer absolutamente nada? Mejor que uno muerto.
Su corazón se retorció. Si eso fuera cierto, entonces Pixie Hollow debería haber sido inquebrantable. Elvina, después de todo, era la reina perfecta. Aunque ahora, Clarion no estaba tan segura. Elvina no escucharía consejos. No compartiría información valiosa, que podría han evitado que todo esto se desarrollara de forma tan catastrófica como lo hizo.
Si estás interesado en resolver este problema en lugar de evitarlo, ya sabes dónde encontrarme. En ese momento, solo podía pensar en Milori y sus tristes ojos grises: alguien con un plan para actuar.
Elvina no le estaba mintiendo, sin duda, pero tampoco le estaba diciendo toda la verdad. A menos que Clarion quisiera quedarse sentada en silencio, a menos que quisiera sofocar por completo su propia intuición para siempre, no le quedaban opciones. Por el bien de Pixie Hollow, se tragaría sus reservas. En cuanto pudiera, encontraría a Milori donde la primavera se convertía en invierno.

A la mañana siguiente, Elvina convocó una asamblea.
Por orden suya, todos dejaron de lado sus tareas del día y se dirigieron a la sala del trono del palacio. Hiedras y enredaderas floridas colgaban del techo como estandartes reales y la luz del sol se filtraba por las delicadas fisuras de la madera, bañando el espacio de oro.
El trono en sí brotó de la tierra: el tronco de un árbol joven, tallado en un asiento. Las ramas retorcidas, exuberantes con hojas de verano, formaban los apoyabrazos y el respaldo. Era hermoso, pero Clarion siempre había sospechado que era terriblemente incómodo. Allí, en el estrado cubierto de musgo, se alzaba sobre las hadas reunidas debajo. Le asombraba la cantidad

de vidas que algún día tendría en sus manos. No había visto a todos sus súbditos en un solo lugar desde el día en que llegó.
Elvina se encontraba en el borde mismo del estrado, majestuosa y absolutamente resplandeciente. Llevaba su atuendo completo ese día: su corona con cuernos, tejida con flores silvestres, y su vestido de falda ancha, brillante y dorado por el polvo de hadas. Clarion se encontraba a poca distancia. Detrás de ella, flanqueados a ambos lados por los Ministros de Primavera y Verano. Ninguno de los dos había dicho una palabra en toda la mañana. Sin Rowan, sin la animada discusión y las risas que él provocaba, parecían casi perdidos. Su silencio le había venido muy bien. Clarion se sobresaltaba con cada traqueteo de las hojas en la brisa, con cada sombra que se alargaba.
Los murmullos resonaron entre la multitud reunida. En sus rostros vueltos hacia arriba, Clarion vio toda su preocupación reflejada en ella multiplicada por mil. Distraídamente, buscó esa chispa de poder dentro de ella y no encontró nada. ¿Por qué la había abandonado de nuevo, cuando había llegado a ella tan fácilmente el día anterior? En ese momento de peligro, frente a esa bestia, algo dentro de ella había cedido.
¿Pero *qué* ?
No recordaba qué técnica había empleado. En ese momento, su mente se había sumido en una especie de vacío, entre la desesperación y la resignación. Era completamente imposible reproducirlo allí, de todos los lugares posibles, y no sabía cómo recrear esas condiciones a menos que decidiera convertir en un hábito el lanzarse de cabeza a situaciones que amenazaran su vida. Además, no sabía si quería averiguar si, cuando realmente importase, podría invocar el poder que necesitaba para salvar a alguien.
Elvina levantó una mano y el silencio se apoderó de la multitud al instante. Allí estaba el magnetismo del talento gobernante en acción. Nunca dejaba de impresionar a Clarion.
“Gracias a todos por reunirse aquí hoy”, dijo Elvina. “Entiendo que esto es inusual y que todos tienen trabajo que terminar, así que intentaré ser breve. Sin embargo, hay una situación terrible en Pixie Hollow, una de la que estoy segura que muchos de ustedes han oído hablar a través de rumores y especulaciones. Ayer, un grupo “Un hada fue atacada en el Bosque de Otoño por una criatura que cruzó desde el Bosque de Invierno”.
Las palabras de Elvina suscitaron jadeos y gritos de alarma.
—Sé que muchos de ustedes tienen preguntas —la voz de Elvina se escuchó por encima de la multitud y resonó en los altos techos—. Sé que muchos de ustedes están preocupados. Quiero dejar esas preocupaciones a un lado y asegurarles que estamos haciendo todo lo posible para mantener a salvo a todos los residentes de Pixie Hollow. Todas las víctimas están vivas y en condición estable. Si bien no tenemos mucha información para compartir, parece que estos monstruos pueden atrapar a sus presas en un sueño del que

no pueden despertar. Si bien no hemos podido despertar a las víctimas, nuestros sanadores están trabajando arduamente para restaurarlas. Ahora...
Un talento de tormenta vestido con un vestido de lirios de lluvia apareció entre la multitud. “Con el debido respeto, Su Majestad, ¿cómo sucedió esto? Justo el otro día, todos fuimos puestos bajo toque de queda, y luego nos aseguraron que la amenaza había sido manejada”.
Clarion intentó que la sorpresa no se reflejara en su rostro. En sus diecisiete años, nunca había oído a nadie cuestionar a Elvina tan abiertamente. Pero muchos de los presentes asintieron en señal de acuerdo.
—Nuestros exploradores no encontraron ninguna evidencia de una amenaza continua en ese momento —respondió Elvina, con algo de frialdad en su tono—. Con la información que teníamos, y dada la inminente coronación de la Princesa Clarion, parecía que el mejor curso de acción era reanudar la actividad normal. Lamento mucho la falta de precaución y le aseguro que un descuido así no volverá a ocurrir. Lo que sucedió fue una tragedia y acepto la responsabilidad. Ahora, si me lo permite…
Cuando nadie más intervino, juntó las manos y continuó: “Once de sus compañeros están actualmente bajo el cuidado de nuestros curanderos. Uno de ellos, como muchos de ustedes ya saben, es el Ministro del Otoño”.
Otra hada, una talentosa tintorera salpicada de pigmentos, habló desde atrás de la multitud: “¿Cómo se manejarán los preparativos para el otoño?”
Los murmullos estallaron de nuevo entre la multitud, en voz baja y con miedo. Clarion no había considerado realmente el impacto que esto tendría hasta ahora. Si una estación no llegaba a tiempo al Continente, los efectos podrían ser desastrosos. Un verano largo significaba sequía. Significaba olas de calor mortales e incendios forestales. Cultivos marchitos en el suelo y aguas ahogadas por floraciones de algas. La naturaleza era una vasta red, como la delicada tela de una araña. Si se tocaba un hilo, reverberaba por todo el conjunto. Había cosas que ni siquiera el polvo de hadas y la ética de trabajo de las hadas podían solucionar.
Esa voz viciosa en su cabeza susurró: *Y todo sería culpa tuya.*
Si ella fuera una gobernante más competente, entonces…
—Aún faltan varios meses para que llegue el otoño al continente —respondió Elvina, con mucha más confianza de la que Clarion podía reunir —. Haremos todo lo que esté en nuestro poder para asegurarnos de que los preparativos continúen sin problemas. Las hadas del otoño están bien informadas, y la princesa Clarion y yo nos encargaremos de ocupar el lugar del ministro. Sin embargo, anticipo que se recuperará mucho antes de que sintamos su ausencia.
La inquietud de la multitud pareció disiparse. Clarion creyó ver que parte de la tensión se disipaba de los hombros de Elvina cuando sus súbditos volvieron a quedarse en silencio. La idea de que se hubiera sentido desconcertada, aunque fuera por un segundo, le parecía absurda. Elvina nunca había mostrado nada más que una convicción inquebrantable en sus propios planes. Se había negado a escuchar algo diferente la noche anterior.

“Antes de despedirlos”, dijo Elvina, “me gustaría compartir los nombres de quienes se están recuperando del ataque”.
Sus manos ahuecadas se llenaron de la luz de su magia. Con cada nombre que recitaba, dejaba que un orbe de luz se elevara hasta el techo. El polvo de hadas caía suavemente sobre ellos. Desde allí, Clarion podía ver a las hadas abrazándose o uniéndose de la mano para consolarse.
—Nos ocuparemos de las criaturas que hicieron esto —dijo Elvina, cuando las once luces brillaron intensamente sobre ellos—. Pero no debemos ser imprudentes. A partir de hoy, voy a instituir un toque de queda nuevamente. Ahora que hemos aprendido que estas criaturas están activas en la oscuridad, nadie saldrá después de que se ponga el sol. No habrá excepciones. Cualquiera que rompa esta regla responderá ante mí. ¿Se entiende?
El silencio era completo.
Entonces, un meteorólogo, con el pelo alborotado por seguir los patrones del viento, preguntó: "¿Y qué pasa con el invierno?"
Había en él una leve nota de acusación. De repente, Clarion se percató de la montaña que se alzaba hacia el norte, toda su blanca y deslumbrante silueta azotada por el viento.
Varias hadas hablaron a la vez, clamando por ser escuchadas:
“Dijiste que esas bestias vinieron del invierno”.
“¿Los han soltado?”
“¿Han perdido el control sobre ellos?”
“¿Ellos también han sido víctimas de ellos?”
Elvina levantó la mano y exigió silencio una vez más. Cuando se calmó el alboroto, respondió: “El Guardián de los Bosques de Invierno no ha tenido contacto con las estaciones cálidas desde hace bastante tiempo. Sin embargo, no creo que sea culpa suya. Solo puedo imaginar que ellos también deben estar sufriendo. Mis pensamientos están con ellos”.
¿Elvina lo creía o lo sabía *?* Clarion se estremeció ante el giro que tomaron sus propios pensamientos. Odiaba esa nueva paranoia, esa desconfianza hacia la mujer que prácticamente la había criado.
—Dicho esto, comparto tu inquietud. Debemos tomar medidas para protegernos a largo plazo. —Elvina inclinó la barbilla y la sombra ganchuda de su corona se extendió por el suelo. “Tengo la intención de derribar los puentes entre el invierno y las estaciones cálidas”.
Si la multitud reaccionó, Clarion no pudo oírlo por el zumbido en sus propios oídos. El horror se sintió como si unas garras le arañaran la espalda.
—Llevará tiempo —continuó Elvina—. La magia que fluye en su interior es poderosa y no se puede destruir por medios ordinarios. Pero ten por seguro que el plan ya está en marcha.
¿*Ése* era el plan de Elvina? ¿Abandonar a Winter en manos de las Pesadillas? O peor aún, ¿dejarlas completamente a la deriva, separadas del resto de Pixie Hollow? Tal vez Clarion tenía poca experiencia en gobernar. Tal vez no comprendía exactamente a qué se enfrentaban. Pero sabía, en lo más profundo de su ser, que eso estaba *mal*.

Cuando Elvina despidió a la asamblea, las hadas comenzaron a aparecer. Una voz familiar atravesó la penumbra de sus pensamientos.
"¡Clarín!"
Alzó la vista y vio a Petra abriéndose paso hasta el pie del estrado, con su pelo rojo brillando bajo la luz del sol. Verla consoló a Clarion más de lo que esperaba. Antes de que pudiera abrir la boca para saludarla, Petra se lanzó hacia delante y agarró el antebrazo de Clarion. Algo tan familiar como abrazarla en público haría que se levantaran las cejas, pero sintió todo el calor y el alivio que Petra pretendía en la presión constante de su agarre.
—Estás bien —suspiró Petra—. Cuando me enteré de lo que pasó, yo...
—Está bien. *Estoy* bien. —Clarion le ofreció una sonrisa insegura—. Casi todo.
Petra retiró la mano y la dejó doblarse protectoramente frente a su pecho. —¿Qué pasa?
La mirada de Clarion se dirigió a Elvina, que había comenzado a hablar con Aurelia e Iris en voz baja. Artemis, de pie obedientemente a Al pie del estrado, *por supuesto*, notó su débil intento de ser sigilosa. Entrecerró los ojos hacia Clarion, como si dijera: *Sé que tramas algo* . Después de su desaparición hace dos noches, y el ataque en Autumn, supuso que nunca volvería a escaparse de su guardia tan fácilmente.
—No estoy aquí —dijo Clarion—. Síganme.
Petra gimió.
Clarion la condujo hacia la puerta de la sala del trono. Artemisa comenzó a seguirlas de inmediato, lo suficientemente cerca como para vigilarlas, lo suficientemente lejos como para permanecer fuera del alcance del oído. Por más inconveniente que fuera a veces, Clarion no podía negar lo segura que se sentía con su sombra cayendo sobre ellas. Petra la miraba furtivamente de vez en cuando, el color de sus mejillas se intensificaba con cada momento que pasaba. A veces, era imposible saber si quería huir *de* Artemisa o *ir hacia* ella.
Cuando llegaron al césped del palacio, una extensa extensión de verde salpicada de ranúnculos y acederas, Clarion se sentó en el césped. A esa hora de la mañana todavía estaba fresco y húmedo por el rocío. Todo el campo brillaba bajo la luz del sol. Clarion no pudo evitar pensar que parecía escarcha.
—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó Petra.
—¿Qué opinas del plan de Elvina?
Parte de la preocupación desapareció del rostro de Petra. Como se sentía cómoda con el ámbito de la logística y con su propia experiencia, dijo: “Ya habló con algunos de los manitas sobre eso. Las raíces del árbol de polvo de hadas no se pueden destruir fácilmente, por lo que no será tan simple como colocar los talentos de leñador en él. Pero si hay alguna manera de imbuir un hacha con magia, entonces teóricamente…”
Petra comenzó a esbozarle la teoría, pero Clarion apenas procesó su significado. No soportaba la idea de que la magia del talento gobernante y el

ingenio de los chapuceros se utilizaran de tal manera. Una forma. De Milori, que había buscado su ayuda, siendo rechazada tan sumariamente. Más que nada, Clarion no podía soportar la idea de desperdiciar esta oportunidad. Si tenía incluso una pequeña oportunidad de reparar la grieta entre sus mundos, ¿cómo podría rechazarla?
“Tengo que detenerla”, dijo Clarion.
El rostro de Petra palideció y su voz se convirtió en poco más que un chillido. —¿Detenerla? ¿Por qué?
Clarion se sentó más erguida. —¡Porque no está bien abandonar a las hadas del invierno a las Pesadillas! ¿Sabes siquiera qué pasará si se destruyen los puentes?
—Nadie podrá cruzar al Invierno de nuevo —respondió Petra. A juzgar por su ceño fruncido y su tono vacilante, las protestas de Clarion la obligaron—. Pero los pulverólogos confirmaron que hay otros sistemas de raíces que conectan al Invierno con el Árbol de Polvo de Hadas. Estarán bien. Solos.
¿Está bien estar sola *?*, se preguntó Clarion. Sacudió la cabeza. “Tiene que haber otra manera”.
Después de lo desdeñosa que había sido Elvina con sus ideas, Clarion no se hacía ilusiones de poder disuadirla, lo que significaba que tenía que hablar con Milori.
"Hacía tiempo que no veía esa mirada", dijo Petra, con una mezcla de admiración y cautela.
Clarion parpadeó, saliendo sobresaltada de sus pensamientos. —¿Qué mirada?
Petra frunció el ceño y señaló su propio rostro. —Esa mirada significa que vas a hacer algo imprudente.
Clarion sonrió inocentemente, aunque sólo fuera para ocultar que en verdad planeaba hacer algo imprudente. “¡Jamás lo haría! Ya no puedo hacer esas cosas”.
Petra se tapó la cara con las manos. “¿Por qué no te creo?”
—Sólo voy a hablar con Elvina —mintió—. No te preocupes.
“¿Por qué dices eso? ¡Eso me va a preocupar aún más!”
Pero Clarion ya había comenzado a planear su plan. El nuevo decreto de Elvina le había dado la oportunidad perfecta para escabullirse. Hasta nuevo aviso, nadie estaría fuera de casa por la noche. Nadie se daría cuenta de que la extrañaba. Nadie, excepto Elvina.
Y Artemisa.
Clarion se atrevió a mirarla, medio escondida tras su túnica color tierra contra el tronco del árbol de polvo de hadas. Como si la hubieran llamado, como si pudiera percibir el plan desacertado que se estaba gestando en su mente, Artemis la miró a los ojos con el ceño fruncido y receloso.
Por el bien de Pixie Hollow, Clarion tendría que encontrar una forma de evitarla.

8

Durante toda la semana, Clarion no pudo concentrarse en nada más que en el sol que se alejaba lentamente hacia el oeste. Durante el día, la vida continuó con normalidad. Pero a medida que la tarde se desvanecía y daba paso a la noche, el miedo se cernía sobre Pixie Hollow como una nube de tormenta. Incluso Clarion se estremeció ante cada grito lejano de un animal. Ese día, era aún más dolorosamente consciente de las sombras que se alargaban. Porque una vez que el sol se ocultara en el horizonte, la semana que Milori le había ofrecido se habría acabado.

La impaciencia se alojó como una astilla en su mente. Sus obligaciones habían consumido cada minuto libre últimamente, y hoy no era la excepción. Durante la reunión del consejo, se quedó mirando la silla vacía de Rowan mientras los representantes de los exploradores y sanadores presentaban sus actualizaciones sobre las Pesadillas. Las únicas palabras que realmente absorbió fueron *sin rastro* y *sin cura* . confirmó aún más lo que sospechaba: no había nada que las estaciones cálidas por sí solas pudieran hacer. Necesitaba hablar con Milori.

Después de esto, su agenda estaba misericordiosamente despejada, pero Artemisa sin duda resultaría ser un obstáculo. A raíz del decreto de Elvina, había estado particularmente *atenta* . Cualquier clic de una cerradura o crujido de una puerta, y Clarion sentía el peso de los ojos de la exploradora como la punta de una espada presionando su columna vertebral. Si no podía escabullirse, tendría que probar una táctica diferente: pedir permiso. Clarion podría no haber conocido a Artemisa tan bien como conocía a Petra, pero

conocía sus valores. Más importante aún, conocía su corazón. Si alguien podía entender la carga de querer mantener a salvo Pixie Hollow, era ella.
En cuanto terminó la reunión, Clarion ignoró con determinación la mirada evaluadora de Elvina y se apresuró a regresar a su habitación. Abrió las puertas del balcón y salió al calor del atardecer. Artemis, como era de esperar, estaba sentada en las ramas bifurcadas de un árbol cubierto de musgo, con su espada de madera pulida apoyada en el hueco de su cuello y hombro. Sus brazos descansaban perezosamente sobre la rodilla que había encogido contra su pecho. El ángulo de la luz del sol le dejaba la mitad del rostro en sombras y encendía los tonos azules de su cabello oscuro.
Distraídamente, Clarion notó que el árbol de polvo de hadas había desarrollado una sola baya de nunca jamás justo encima de la cabeza de la exploradora, como si le ofreciera hospitalidad mientras ella vigilaba en solitario. De vez en cuando, se fijaba en sus habitantes y en sus estados de ánimo. Una vez, después de un día particularmente difícil, las ramas que se encontraban justo fuera de su ventana habían florecido desenfrenadamente con magnolias doradas en forma de mariposa.
—Su Alteza —dijo Artemisa a modo de saludo, con su voz tan fría y deferente como siempre.
Clarion apoyó los codos en la barandilla del balcón, haciendo todo lo posible por parecer despreocupada. Se le ocurrió que rara vez hizo tal cosa (qué concepto, parecer *casual*) y tenía poca idea de qué hacer con sus manos o su cara.
“Tengo una tarde libre”, dijo. “Esperaba poder salir”.
Artemisa la miró con recelo. “¿Adónde quieres ir?”
—¿La frontera entre la primavera y el invierno? —En cuanto las palabras salieron de su boca, hizo una mueca. Había querido sonar segura, pero sonó más como una pregunta.
Artemis hizo una mueca. “No creo que a Su Majestad le guste mucho eso”.
—No, no creo que lo haga.
Artemis parecía aliviada. “Entonces estamos de acuerdo”.
—Si —*añadió* alegremente Clarion— ella supiera que fui.
Artemis se enderezó, dándose cuenta de la jugada de Clarion. Dejó la espada sobre su regazo y se volvió hacia ella con una mirada en su rostro que solo podía describirse como incrédula. —Quieres que le mienta a Su Majestad por ti.
Bueno, eso fue mucho más fácil de abordar de lo que esperaba. “Si quieres decirlo así… sí”.
—Seguro... —Como si fuera una señal, la rama del árbol que contenía la fruta cayó sobre el hombro de Artemisa. Desconcertada, la arrancó y la miró fijamente—. ¿Qué es esto?
Clarion reprimió una sonrisa. “Un soborno, creo. ¿Funcionó?”
Artemis no pareció impresionada, ni tampoco se dignaba dignificar sus payasadas con una respuesta. —Seguro que hay otro lugar al que te gustaría

ir. —Después de un momento, con un toque de esperanza en su voz, agregó —: ¿Quizás Tinker's Nook?
Clarion la miró a los ojos con toda la convicción que ardía en su interior. “Ningún otro lugar me vendría mejor que la frontera”.
Artemis, sintiendo claramente que Clarion no se dejaría llevar por el buen sentido, suspiró profundamente. —¿Permiso para hablar libremente?
"Por supuesto."
Artemisa se puso de pie y, con un aleteo, aterrizó con gracia en la barandilla. Las hojas proyectaban sombras moteadas sobre su rostro. —Su Alteza, tengo órdenes de mantenerla *a salvo* ... Dadas las circunstancias, y francamente, conociéndola, la frontera es el último lugar al que debería permitirle ir.
Clarion había esperado esa respuesta. Artemis, después de todo, era la hada más dedicada a sus deberes que conocía y mucho más dedicada a ella de lo que Clarion merecía. Por mucho que la frustrara, la conmovía. Artemis no sería tan estricta si no le importara. —No insistiría si no fuera importante. Créeme.
Artemis dudó. Lo que vio en la expresión de Clarion debió haberla ablandado, porque se sentó de modo que sus ojos volvieron a estar casi a la altura de los suyos. Mordió la fruta y masticó pensativamente. —¿Qué hay en la frontera que tanto deseas ver?
“El guardián de los bosques de invierno”.
La sorpresa se reflejó en los ojos de Artemisa, un cambio tan sutil como las sombras que pasan sobre la luna. Con cautela, preguntó: "¿Por qué querrías reunirte con ellos?"
—Creo que sabe cómo derrotar a las Pesadillas —Clarion frunció el ceño—. Aislar a Winter del resto de Pixie Hollow no es una opción. Si puedo salvar a más hadas, entonces tendré que intentarlo.
Artemis parecía más confundida de lo que Clarion la había visto jamás. Con inconfundible cariño, dijo: “Siempre has sido tan testaruda”.
La esperanza se encendió en su interior. —Entonces, ¿me dejarás ir?
—No debería hacerlo, por tu propio bien. No soy ajena a lo que ocurre cuando alguien dirige con el corazón por encima de la cabeza. —Artemis sonrió con tristeza, como si estuviera perdida en algún ensueño—. La reina Elvina y la comandante Nightshade me dieron una segunda oportunidad al nombrarme guardia real. Si te ocurriera algún daño, no sé cuánto me costaría.
A Clarion le sorprendió tanto la vulnerabilidad de Artemisa como su confesión. Artemisa había sido una presencia tan constante que le sorprendió darse cuenta de que había tenido una vida antes de que Clarion llegara. Había cosas sobre ella que no sabía... y que tal vez nunca supiera. —No puedo imaginar que alguna vez te guíes por el corazón.
—Eso fue hace mucho tiempo —dijo Artemis.
Cuando volvió a mirar a Clarion, su fachada estoica había vuelto a su lugar. Pero, solo por un momento, Clarion la había visto de verdad. Eso prácticamente confirmó lo que Clarion había sospechado durante mucho

tiempo. Artemisa no había elegido esto: la vida mimada de la guardia personal de una reina en formación. ¿Cuántas veces la había sorprendido Clarion mirando con nostalgia después de las patrullas? ¿Cuántas veces la había sorprendido afilando su espada ya afilada para una batalla que nunca llegaría? De hecho, la vez que Clarion la había visto más *viva* fue cuando la empujó fuera del camino de esa bestia.
Tal vez podría imaginar una versión temeraria de Artemisa, después de todo. Ella no era el tipo de hada que podía dejar que otros arriesgaran sus vidas, especialmente si ella misma podía asumir el riesgo.
—No me pasará nada malo —dijo Clarion en voz baja—. Te juro que nunca haría nada intencionalmente que pusiera en peligro tu posición.
Artemis se pasó una mano por el pelo y dejó escapar un largo suspiro. —Si realmente crees que este es el mejor camino a seguir, entonces confío en ti.
Confío en ti. Había ansiado oír esas palabras durante mucho tiempo. Ahora que las había oído, apenas podía creerlas.
—Lo haré —dijo Clarion apresuradamente, aunque sólo fuera para mantener la emoción fuera de su voz.
Artemisa ya parecía arrepentida. —Vete, entonces. Si Su Majestad viene a buscarte, te daré tus excusas.
Clarion le agarró la mano libre y le apretó. “Gracias”.
Artemisa miró fijamente sus manos con una expresión extrañamente nerviosa. Luego, se liberó y reorganizó sus vuelve a lucir una máscara de profesionalismo. “Solo regresa antes de que oscurezca por completo”.

A solo unos minutos de la puesta del sol, Clarion esperaba en el puente que unía el invierno y la primavera. Se sentó sobre el musgo húmedo que cubría la raíz, dejando que sus pies colgaran sobre el agua. Su reflejo la miraba, rodeado por el aura suave de sus alas en el crepúsculo. Allí, a pesar del peligro que prometía la noche, se sentía casi en paz. Con el tranquilo murmullo del río debajo de ella y la constante nevada del otro lado de la frontera, era...
"Viniste."
Clarion jadeó y estuvo a punto de caer al agua.
Cuando se recuperó, levantó la vista y vio a Milori de pie a unos metros de ella. ¿Cuándo había llegado allí? Era como si hubiera aparecido de la nieve misma. Abrió la boca para hablar, pero algo en la suave sorpresa de su rostro le robó las palabras. No sabía si la ofendía o si lo hacía querer. Por otra parte, suponía que no le había dado ninguna razón para esperarla.
Se dio cuenta demasiado tarde de que estaba medio tirada en el suelo, mirándolo boquiabierta. No ayudaba que él pareciera casi *hermoso* a la luz del atardecer. Los copos de nieve se habían acumulado en sus pestañas y brillaban contra su cabello blanco, de modo que parecía dorado por la

escarcha. Clarion esperaba sinceramente que el calor que le subía por el cuello no le alcanzara la cara. Que la tomaran tan poco digna... no sería bueno.
Con un aleteo de sus alas, Clarion se enderezó por completo y flotó sobre el suelo. Con recato, se sacudió la hierba de la falda. “Lo hice”, dijo. Luego, con más suavidad: “Me tomó más de lo que pensé que sería. Tuve que averiguar cómo volver aquí de nuevo”.
—Por supuesto —dijo—. La última vez que hablamos mencionaste tus obligaciones.
Su voz volvió a adquirir un tono irónico. A Clarion le molestó mucho esa insinuación. Fuera cual fuera la idea que tuviera de la realeza de Pixie Hollow, en realidad *estaba* bastante ocupada. —No ha sido fácil. Me han mantenido bajo llave y nuestro nuevo toque de queda complica las cosas.
Su expresión se suavizó con preocupación. “¿Un toque de queda?”
—Sí. Nos atacaron. —Le pareció una explicación insuficiente para lo que había sucedido. El recuerdo le revolvió el estómago de miedo y culpa. Si tan solo hubiera podido detenerlo—. Once hadas han caído en una especie de letargo. Nuestros curanderos están trabajando para revivirlas, pero...
—Lo siento —dijo como si lo dijera en serio. Peor aún, parecía como si creyera que era culpa suya—. Varias hadas de invierno han corrido la misma suerte. Tampoco hemos podido desarrollar un antídoto.
Una terrible tristeza se apoderó de él y Clarion tuvo que luchar contra el impulso de… ¿qué, exactamente? No tenía ningún consuelo que ofrecerle. Pero, al menos, podía comprenderlo. Había pocas cosas peores, pensó, que sentirse indefenso cuando otros dependían de uno.
Clarion sonrió con tristeza. “¿Aún crees que puedo ayudarte?”
—Sí, lo haré —dudó—. Simplemente no pensé que volverías. ¿Por qué lo hiciste?
—Porque quiero escuchar tu plan. —Se cruzó de brazos para protegerse del frío que emanaba de la frontera y de las noticias que tenía que compartir—. Como nadie sabe cómo destruir a los monstruos, Elvina pretende atraparlos en el invierno. Va a cortar los puentes que unen el invierno con las otras estaciones. Aún tendrás tu suministro de polvo de hadas, pero...
Milori se puso tan pálida como los bancos de nieve. Se sentía menos aislada, pensó, al ver a alguien reaccionar con el mismo horror que ella. Un centenar de emociones y pensamientos pasaron por su rostro, pero al final, todo lo que dijo fue: “¿No estás de acuerdo con ella?”
—Por supuesto que sí. Yo misma vi al monstruo. —Cuando cerró los ojos, todavía podía ver la Pesadilla, como una imagen residual grabada a fuego en su mente. Puede que no se haya sumido en el sueño, pero aún así la atormentaba en sus sueños—. No te dejaré que te ocupes de ellos sola. No era lo suficientemente fuerte para proteger a nadie, pero cuando mi magia lo golpeó... no sé qué pasó exactamente. Parecía casi asustada. Elvina me prohibió involucrarme, pero me niego a dejar que siga adelante con esto si soy capaz de destruirlos.

“Nadie en invierno ha sido capaz de hacerlos retroceder”, dijo, casi con asombro. “Realmente tú podrías ser la clave”.
La clave. No lo diría si supiera lo poco que dominaba la magia del talento gobernante.
—No sé nada de eso. —Miró hacia otro lado—. Lo único que puedo decir es que se llaman Pesadillas. Al menos Elvina me lo dijo. Pero tú ya lo sabías, ¿no?
—Sí —dijo de mala gana—. Sé lo que son.
Su predecesor no ha sido sincero con usted, le había dicho.
No, ciertamente no lo había sido.
Claramente confundiendo su silencio con una traición, añadió: —Mi conocimiento es incompleto, pero creo que las Reinas de Pixie Hollow tienen información que yo no tengo. Pero cuando me di cuenta de que sabías incluso menos que yo... —Frunció el ceño, como si buscara las palabras adecuadas para hacerle entender—. No ha habido mucha buena voluntad entre nuestros reinos. Temía que no confiaras en mí a menos que lo escucharas de la propia Reina Elvina.
—Lo entiendo —dijo ella en voz baja. Supuso que no se equivocaba. Sus hombros se relajaron con alivio—. ¿Cómo te enteraste de ellos?
—Hay un lago congelado en lo profundo de los Bosques de Invierno que se ha utilizado durante mucho tiempo para contener Pesadillas. —Mientras Clarion estudiaba su rostro, se dio cuenta de lo exhausto que parecía. Las sombras que se formaban bajo sus ojos sugerían que no había dormido bien en días. ¿Cuánto tiempo había permanecido despierto, preocupado por sus propios súbditos? —Por fin han escapado.
—Como una prisión —murmuró. De repente, se dio cuenta de algo—. Entonces tú...
—Sí —dijo con voz cansada—. Por eso me llaman el Guardián de los Bosques Invernales.
«Qué carga tan pesada», pensó. No era de extrañar que ahora pareciera tan culpable. ¿De verdad creía que era culpa *suya* ? Una parte de ella anhelaba extender la mano para aliviar la tensión de su frente, para ponerle una mano tranquilizadora en el brazo. Ya no era un problema que él pudiera soportar solo. Pero resistió el impulso y, en cambio, con una gentileza que la sorprendió, dijo: «Quiero ayudarte. Dime cómo».
Un pequeño alivio suavizó lo peor de su desesperación. —Hay un lugar llamado el Salón de Invierno, donde se guarda una copia de cada texto de Pixie Hollow. Está presidido por un hada conocido como el Guardián del Conocimiento de las Hadas. Hay un libro en su colección que ni él ni yo podemos leer. Él cree que solo la magia del talento gobernante puede desbloquearlo.
¿Todos los mensajes de Pixie Hollow? ¡Qué espectacular! A Clarion nunca más le faltarían respuestas. Pero la sugerencia de que su magia era la clave la atravesó por completo. Con el pequeño poder que podía reunir, era una

gobernante con talento solo de nombre. Cuando realmente importara, lo decepcionaría. Pero no tenía sentido decírselo ahora.
—Es muy fácil —dijo ella, forzando una sonrisa—. ¿Me lo traerás?
—Es demasiado pesado para llevarlo. Además, el Guardián es... —Milori hizo una mueca, lo que le dijo mucho más de lo que las palabras podrían decir. De hecho, debía ser un hombre gorrión temible para inspirar tanta deferencia en el Guardián de los Bosques Invernales—. No sé qué haría si quedara expuesto a los elementos. Es un libro muy antiguo.
Bueno, eso sin duda plantearía desafíos. “¿Qué sugieres entonces?”
Sin dudarlo, respondió: "Tendrás que venir conmigo al invierno".
Su primer pensamiento fue *absolutamente no* , y su primer instinto fue reír, pero al menos su entrenamiento en el desinterés majestuoso había demostrado ser lo suficientemente eficaz como para ocultar su reacción. ¿Él quería que ella *fuera con él al invierno* ? Era totalmente imposible, suponiendo que fuera siquiera posible. No pudo evitar que la incredulidad se reflejara en su voz cuando dijo: —¿Y cómo propones que lo haga?
—El Guardián me ha dicho que las hadas cálidas solían cruzar al Invierno —dijo Milori con incertidumbre, como si le costara creerlo él mismo.
Si lo habían hecho, ciertamente no fue en vida de Elvina. Milori no exageraba cuando dijo que el Salón de Invierno contenía *todo* el conocimiento de las hadas. La idea de que otros lo hubieran cruzado le provocó un escalofrío. Todas las veces que se había preguntado sobre la existencia de los puentes y había admirado los grabados de las insignias de Invierno por todo el palacio... Tenía sentido. Tal vez sus reinos realmente *pertenecían* juntos.
“Si puedes encontrar una manera de proteger tus alas del frío”, dijo, “deberías poder cruzar por un breve período de tiempo”.
En teoría, eso era cierto. Mientras sus alas permanecieran aisladas, no se congelarían. Clarion exhaló un largo suspiro para tranquilizarse. No podía creer que estuviera *considerando siquiera* un plan tan peligroso después de la promesa que le había hecho. hecho a Artemisa. Pero si eso protegería a sus súbditos, tanto en invierno como en las estaciones cálidas, no tenía otra opción.
—Está bien. Aún no sé cómo lo lograré, pero... —Antes de terminar la frase, la solución se le ocurrió. *Petra.* Si había un hada con la que podía contar para idear un ingenioso invento, esa era ella.
La expectación encendió los ojos grises de Milori. —Tienes una idea.
—Sí —dijo ella de mala gana. Solo implicaría reclutar al hada más reacia a los riesgos de todo Pixie Hollow para que participara en el plan más desacertado que Clarion había ideado jamás—. No puedo garantizar nada, pero lo intentaré.
“Eso es todo lo que pido. Gracias.”
Hablaba con tanta sinceridad, con tanta *esperanza* , que casi la hizo sentirse nerviosa. Su gratitud, y el saber que alguien contaba con ella tan

profundamente, le parecían algo muy preciado. Quería abrazarlo. —Por supuesto.
Él también debió sentir el peso del silencio. Apartó la mirada antes de romperlo. “Supongo que no tenemos forma de comunicarnos mientras tanto. Si quieres, puedo seguir esperándote aquí al atardecer”.
“¿Todas las noches?” Clarion levantó una ceja “¿Nadie te extraña?”
Él inclinó la cabeza. “¿Qué quieres decir?”
—¿Nadie te sigue la pista? —le preguntó. El calor se extendió por sus mejillas cuando se dio cuenta de lo que había dicho exactamente—. Quiero decir... ¿a nadie le importa que vengas a rondar la frontera de la primavera como un fantasma?
—Ah —si se sintió ofendido, no lo demostró. En todo caso, parecía disfrutar de la relación en la que se habían enfrascado—. Si las hadas del invierno supieran que yo estaba... ¿cómo has dicho?, rondando por la frontera... entonces no estarían contentas. Pero ahora es primavera, así que todo está tranquilo. Además, ¿quién está ahí, en realidad, para vigilar lo que hago? Nadie está por encima de mí en posición social, excepto tú.
Nadie más que tú.
Su corazón se tambaleó al pensar en esas palabras. Se sintió como si él hubiera tejido algún hechizo, uno que hizo que el mundo se redujera a esto: la nieve cayendo suavemente sobre la tierra y la firmeza de su mirada sobre ella.
Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y se abstuvo de recordarle de nuevo que todavía no era reina. Se encontró hambrienta de más detalles sobre cómo funcionaban exactamente las cosas en invierno, aunque solo fuera para librarse de esa… *inquietud* . —¿Hubo un Guardián de los Bosques de Invierno que te entrenó?
Sacudió la cabeza. “Dejó sus notas. Eso es todo lo que tengo”.
—Oh. —Clarion no podía imaginar lo difícil que sería tener que improvisar con lo que alguien más había dejado atrás, y hacerlo completamente sola. Los Ministros de Temporada en las estaciones cálidas eran iguales: uno se desvanecía antes de que llegara otro, los dos nunca se superponían. Pero la reina servía como luz guía y como roca firme, para ayudar a los recién llegados a ponerse de pie. Esta era otra forma más en la que habían dejado que el Invierno se las arreglara solo. La culpa se apoderó de su estómago.
Milori, que percibió claramente el giro sombrío de sus pensamientos, le dedicó una pequeña sonrisa. “Fueron notas muy detalladas, ten la seguridad”.
Eso la hizo reír a carcajadas. La imagen mental de un Milori recién llegado, agobiado y hojeando un tomo de siglos de antigüedad en busca de respuestas, había atravesado su tristeza como la brusquedad de una lluvia de verano.
—Bueno —dijo—, espero que estuvieran bien organizados.
—Por tema —respondió solemnemente.

—Bien. —Clarion dudó, repentinamente reacia a irse—. Bueno, no debería quedarme. Mi guardia se pondrá fuera de sí si no regreso antes de que oscurezca por completo.
Él levantó la vista. “Deberías darte prisa, entonces”.
De hecho, debería. La luna había brillado en lo alto, una delgada media luna creciente, como un ojo que se abre. —Te veré tan pronto como pueda.
“Cuídate, Clarion.”
El sonido de su nombre le provocó una oleada de calidez, pero duró poco. Cuando parpadeó, él se había ido de nuevo. Solo había dejado atrás un remolino de nieve que brillaba a la escasa luz de la luna.

9

A la mañana siguiente, Clarion encontró a Artemisa instalada en las ramas que había justo fuera de su balcón. El árbol de polvo de hadas, evidentemente poseído por alguna chispa de capricho travieso, había hecho crecer un verdadero huerto en miniatura sobre ella. Las bayas de nunca jamás de todos los tonos colgaban tentadoramente de sus ramas, perfumando el aire con una dulzura sutil. Artemisa, ya sea completamente inconsciente o fingiendo no darse cuenta, aparentemente había decidido ocuparse de tallar. Su delgada hoja titilaba a la luz del sol de la mañana mientras trabajaba. Verla llenaba a Clarion de un cariño renovado.

Pocos fueron tan confiables.

Anoche, Clarion había cerrado las puertas de su balcón detrás de ella justo cuando la oscuridad total se instaló como una fuerte nevada sobre Pixie Hollow. En el momento en que la cerradura hizo clic detrás de ella, captó la Un destello de luz de hada en el rabillo del ojo. Artemisa, deslizándose fuera del árbol, como si finalmente pudiera descansar.

—¿Y bien? —preguntó Artemis sin levantar la vista—. ¿Encontraste a tu Guardián de los Bosques Invernales?

A Clarion no le gustó la forma en que su estómago traidor se revolvió ante su elección de palabras. Milori ciertamente no era *suyo* . No era como si Clarion se hubiera escapado para algún tipo de encuentro. "Lo hice".

Por fin, Artemis la miró. Había un inconfundible destello de esperanza en sus ojos. —¿Y tenía la información que querías?

—No exactamente. Aunque tiene una idea de dónde encontrarlo. —Clarion apoyó los codos en la barandilla y frunció el ceño mientras apoyaba la

barbilla sobre los puños. Ahora, solo quedaba el pequeño asunto de darle la noticia de lo que implicaría exactamente *encontrarlo* . Apenas había convencido a Artemis de que la dejara *visitar* la frontera. Reclutarla para un plan para cruzarla... Bueno, eso lo haría con calma—. En ese sentido, hay un lugar al que me gustaría ir hoy.
—¿Es así? —Artemis parecía tan consternada que Clarion no pudo evitar reír. Era raro ver una demostración tan abierta de sus emociones por parte de ella.
—No hay ningún lugar peligroso, te lo prometo. Esta vez, me *gustaría* ir a Tinker's Nook. Necesito pedirle un favor a Petra.
Artemisa se animó ante eso, pero rápidamente puso su rostro en neutral.
"¿Un favor?"
"Lo mejor es acabar con esto de una vez", pensó. "Espero que pueda hacer algo que me permita cruzar al invierno".
Artemis casi dejó caer su cuchillo. Lo manipuló torpemente por un momento antes de mirar a Clarion con una mirada de absoluta incredulidad. —¿Qué?
—¡Por muy poco tiempo! —añadió Clarion apresuradamente—. Necesito leerle un libro.
—¿Leer un…? —Artemis se quedó en silencio y se pellizcó el puente de la nariz. Cuando su brazo cayó flácidamente a su costado, reveló una expresión que sugería que había decidido que era mejor no hacer demasiadas preguntas. Cuando volvió a hablar, hizo un noble esfuerzo por sonar diplomática—. Su Alteza, ¿está *segura* de que es una buena idea? Confío en su criterio, por supuesto, pero es un viaje muy peligroso.
“Lo sé, y sé que pido mucho, pero no veo otra salida”.
Con un suspiro de resignación, Artemis se guardó en el bolsillo tanto su cuchillo de tallar como su pequeña escultura deforme. —¿Vamos a visitar al calderero?
Clarion, casi sin fuerzas por el alivio, se dejó caer contra la barandilla. —Sí. Gracias.
Juntos, se dirigieron a Tinker's Nook, que se elevaba muy por encima de los árboles. Desde ese punto de observación, Pixie Hollow era una extensión acolchada de verde intenso y azul brillante. El aire brillaba con cintas de polvo de hadas mientras las hadas pasaban zumbando. Los sonidos distantes de sus risas la alcanzaron desde esa altura y su pecho se encogió de emoción repentina. Algo tan preciado necesitaba protección.
De vez en cuando, Clarion vislumbró exploradores aferrados a las ramas más altas de los pinos. Asintieron en silencio al pasar. “¿Ya encontraron algo?”
—No —dijo Artemis con tristeza—. No que yo sepa.
“Parece imposible que algo de ese tamaño pudiera desaparecer sin dejar rastro”.
—Aunque encontraran algo... —Artemisa parecía preocupada—. Esa cosa ni siquiera se inmutó cuando fue alcanzada por mis flechas. Pero vi lo que hizo tu magia.

Clarion se calentó ante la abierta reverencia en su voz. En verdad, apenas sabía lo que había hecho. En un momento, había sentido Casi resignada a su destino: si moría, lo haría protegiendo a otra persona. Lo siguiente: luz dorada, tan brillante como una estrella caída. No sabía que Artemisa había visto eso, considerando que la había derribado al suelo de inmediato. Los raspones en sus codos todavía le dolían.
—Entonces, ¿entiendes? —dijo Clarion en voz baja—. ¿Por qué hago lo que hago?
—No creo que tengas ni idea de lo que estás haciendo, pero he depositado mi confianza en ti. —Artemisa le ofreció una leve sonrisa y luego pareció recordar que había sido casi *descarada* . En tono grave, agregó—: Con el debido respeto, por supuesto, Su Alteza.
No fue exactamente el voto de confianza que Clarion esperaba, pero por ahora tendría que ser suficiente.
Volaron en silencio hasta que llegaron a la cabaña de Petra en su rincón solitario de Tinker's Nook. A la luz de la mañana, el rocío que cubría el techo de paja cubierto de musgo brillaba de manera tentadora. Cuando aterrizaron en el porche, Artemis pasó los dedos por la áspera fachada de piedra de la casa. Con genuina admiración en su voz, dijo: "No sabía que el Tinkerer fuera tan emprendedor".
Clarion se permitió una pequeña sonrisa discreta. “¿Nunca la has visto concentrada en algo? En realidad, da bastante miedo”.
Teniendo en cuenta que el rostro pálido y pecoso de Petra aún no había aparecido en la ventana, probablemente estaba en uno de sus estados de fuga mientras hablaban. De hecho, todas las persianas estaban cerradas, impidiendo que entrara la luz. En serio, podía ser tan *intensa* ... La mayoría de los demás manitas se mantenían bien alejados de su camino cuando estaba absorta en un proyecto. Se convirtió en un hada completamente diferente.
El clarín llamó a la puerta. No hubo respuesta, pero se oyó el sonido metálico y el choque del metal contra el metal. Oh, era casi seguro que Petra ya estaba perdida para el mundo.
“¿Volvemos en otro momento?” preguntó Artemisa.
—Oh, no es necesario. —Clarion probó el picaporte y descubrió que la puerta estaba desbloqueada.
Artemisa miró fijamente la puerta entreabierta con una expresión de desconcierto y consternación. Era evidente que tenía algunas palabras selectas sobre seguridad que prefería guardar para sí.
Clarion abrió la puerta con cuidado y se sintió recibida por una ráfaga de calor y el olor característico de la soldadura. Inmediatamente, a Clarion le empezó a picar el sudor en la nuca. El polvo de hadas centelleaba en la sofocante oscuridad de la habitación. Todo tipo de herramientas para las que Clarion no tenía nombre flotaban en el aire, como si las llevara la corriente de un río. Y allí, inclinada sobre su mesa de trabajo y bañada por el cálido resplandor de su forja, estaba Petra. Sus rizos rojos eran salvajes y sus pecas

estaban ocultas tras vetas de oro y hollín. Martillaba una fina lámina de metal fundido, dándole forma con una concentración tan completa que Clarion pensó por un momento que no había notado su presencia en absoluto.
—Clarión —dijo Petra con una voz sobrenaturalmente tranquila. Señaló un artefacto que flotaba fuera de su alcance—. Pásame eso.
Artemis se colocó junto a la puerta. Clarion le sonrió alentadoramente antes de cumplir con el pedido de Petra. Mientras le entregaba la herramienta, dijo: "Necesito pedirte un favor".
Petra emitió un sonido distraído para indicar que la escuchaba, pero no la miró. Al menos, Clarion no *creía* que lo hiciera. Llevaba las gafas de seguridad que había ideado con la ayuda de un talento acuático el año pasado. Habían fijado gotas de rocío (teñidas de negro con bayas de espino y cáscaras de nuez) a marcos de metal. Así, Clarion no podía verle los ojos en absoluto.
“Necesito que me ayudes a cruzar al Bosque Invernal”.
—¡Ah! —Petra se tambaleó hacia atrás desde su mesa de trabajo y casi se estrella contra la pared. Sus gafas de seguridad cayeron de lado sobre su rostro y las lentes con forma de gota de rocío estallaron por el trato brusco. El agua goteó por sus mejillas y dejó manchas negras. detrás, pero su sorpresa fue tan grande que apenas pareció notarlo. "¡¿Qué?!"
"Yo dije-"
—Ah, ya te he oído —dijo Petra con tono sombrío. Por fin, se limpió los restos de las gafas con el dorso de la mano—. Lo que no entiendo es por qué quieres ir a Winter.
“¿Porque es por una muy, *muy* buena razón?”, intentó decir Clarion.
“¡Pero va contra las reglas!”
“Cruzar la frontera no está prohibido”. Técnicamente no lo estaba. Sin embargo, era mortal si no se tomaban las precauciones adecuadas, lo que lo convertía en un destino poco popular.
—Quizás no sea para mí —dijo Petra—, pero casi seguro que sí lo es para ti.
—Me inclino a estar de acuerdo —dijo Artemisa dolorosamente desde el fondo de la sala.
Petra gritó sorprendida. Luego, cuando se dio cuenta de quién había hablado exactamente, el color desapareció y luego se le subió a las mejillas. —¡Tú! ¿Qué estás *haciendo* aquí?
Artemisa miró por encima del hombro, como si alguien más pudiera haber provocado tal reacción. Cuando se dio la vuelta, tenía una expresión bastante nerviosa. Se aclaró la garganta y luego dijo: "Acompañando a Su Alteza, que insistió mucho en este curso de acción. ¿Puedes ayudarme o no?"
Petra la miró boquiabierta. “¿Estás involucrada en esto?”
Artemis suspiró. “Desafortunadamente, y ahora tú también lo eres”.
—Nadie tendrá que saber que fuiste *tú* quien me ayudó —interrumpió Clarion antes de perder totalmente el control de la situación.

Petra golpeó con el martillo a Clarion. —¡Todavía no he aceptado! Siempre tienes algún plan descabellado, y esta vez, yo...
Clarion la agarró de la muñeca y la bajó. Ella había comenzado a agitar el martillo de manera bastante amenazante. —Las Pesadillas vinieron del Invierno. Si puedo cruzar la frontera e investigar, tal vez pueda evitar que vuelva a suceder algo como lo que sucedió. Y lo que es más importante, puedo convencer a Elvina de que no necesita seguir adelante con su plan.
—Eso no me hace sentir mejor —gruñó Petra—. Si acaso, me hace sentir *peor* . Podrías haber muerto el otro día, Clarion, ¿y ahora quieres volver a lanzarte en su camino? No seré yo quien te deje hacerlo.
La ternura y la frustración se hicieron un nudo en el interior de Clarion. “¿Y quieres vivir toda tu vida así? ¿Preocupada de que te puedan atacar en cualquier momento? ¿Siendo escoltada a todas partes?”
—No —dijo Petra en voz baja.
—Puedo detenerlo —dijo Clarion, apretándole el antebrazo—. Pero necesito tu ayuda. ¿Por favor?
Petra se frotó los ojos con las palmas de las manos. —¿Por qué yo? No tengo talento para la costura. Si quieres mantener tus alas aisladas, la forma más fácil es vestirte para el frío. —Como si se hubiera dado cuenta de algo por primera vez, su expresión se iluminó—. ¿Por qué no le preguntas a Patch? Así podemos fingir que nunca tuvimos esta conversación.
Patch tenía talento para la costura y había confeccionado varios vestidos para Clarion a lo largo de los años. Pero ¿un abrigo de invierno? Patch nunca aceptaría una petición tan ridícula sin una explicación, y se lo diría a Elvina de inmediato si Clarion le daba una. Patch también tenía tendencia a mirar fijamente sin pestañear cuando le hablaban; eso inquietaba a Clarion, sentir como si su alma estuviera siendo medida con cada palabra.
—Podría —dijo Clarion con voz pausada—. Pero Patch no es el mejor manitas de Pixie Hollow.
Petra se pavoneó. “Bueno, yo…”
Clarion tomó una de sus herramientas del aire y la hizo girar distraídamente entre sus dedos. —A menos, por supuesto, que no creas que estás preparada para la tarea.
—Deja eso —se quejó Petra—. Y por supuesto que lo haré. No será un desafío a nivel práctico. Puede que no *se vea* elegante, pero...
—No me importa —dijo Clarion, quizás demasiado entusiasmado—. ¿Puedes hacerlo?
—Tengo muchas otras cosas que hacer, ¿sabes? Pero supongo que puedo hacerlo. —Petra palideció y luego se cubrió la cara con las manos—. No puedo creer que esté haciendo esto. Por favor, no hagas que me arrepienta.
—No lo haré. —Clarion apoyó la cabeza en su hombro—. Gracias.
—Me debes una —murmuró Petra—. Me debes mucho.
Clarion sonrió a pesar de sí misma. “Lo sé”.

Esa noche, Clarion fue a la frontera. No sabía exactamente qué la poseía. No era como si tuviera algo terriblemente urgente que compartir con Milori, pero no podía negar el vértigo que había brotado dentro de ella por las pequeñas victorias de hoy. Por primera vez desde que surgieron las Pesadillas, tenían un camino a seguir. Además, había algo en la idea de él, rondando la frontera en soledad hasta que ella regresara una vez más. Lo había hecho todas las noches durante una semana, por supuesto, pero parecía tan terriblemente *triste* ...

Si así lo deseaba, ninguno de los dos tendría que estar solo.

Llegó justo cuando el cielo empezaba a teñirse de un rosa apagado. Al otro lado de la frontera, los pinos y abedules dibujaban siluetas irregulares contra el sol poniente. Esta vez, Milori ya estaba allí. Estaba sentado en el puente, con un libro abierto en la mano. palma. La luz menguante lo cubrió de oro y bailó sobre la nieve recién caída, hasta que todo el mundo pareció brillar. Nunca antes se le había ocurrido lo hermoso que era el invierno.

Milori se volvió hacia ella en ese preciso momento, como si ella lo hubiera llamado por su nombre. Claramente, no había tenido tiempo de protegerse, porque su expresión se transformó en algo que ella no sabía cómo interpretar. Parecía casi deslumbrado, como si hubiera estado mirando directamente al sol. Por un momento, olvidó cómo respirar. Pero cuando parpadeó, su rostro había vuelto a adoptar una agradable neutralidad. Tal vez se había imaginado esa mirada de ensueño. Convencerse de eso hizo que fuera mucho más fácil recuperar el sentido.

Clarion se apeó en el puente. Esforzándose por mantener la voz serena, dijo: "Buenas noches".

—Buenas noches. —Cerró el libro. Una rápida mirada a la tapa reveló que se trataba de algo que ella no reconoció, pero el lomo delgado y dorado le recordó los volúmenes guardados en la sección de poesía de la biblioteca. Pensó en preguntarle al respecto, pero él le dijo: —No esperaba que volvieras tan pronto.

No parecía disgustado, pero el reconocimiento la avergonzó más de lo que quería admitir. Tal vez debería haber esperado una o dos noches antes de volver corriendo. Pero si iban a trabajar juntos de manera eficaz, la conveniencia no era algo de lo que avergonzarse.

Ella adoptó un tono fingido de ofensa. "Entonces me has subestimado".

—Un error que no volveré a cometer. —Una sonrisa irónica se dibujó en la comisura de sus labios, una sonrisa que Clarion intentó no notar—. ¿Qué has logrado en un día?

Ella alisó un pliegue invisible de su falda. "He encontrado una manera de cruzar, pero pueden pasar algunos días antes de que pueda intentarlo".

—Es una gran noticia —frunció el ceño pensativo—. ¿No has tenido ningún problema? Has mencionado obligaciones.

—Cierto —suspiró con tristeza—. Esos.
El silencio descendió sobre ellos mientras ella consideraba qué decirle. El silencio nunca la había desconcertado, pero Clarion se encontró ansiando llenarlo. Ella y Milori nunca podrían ser nada parecido a *amigos* ... Pero allí, en el crepúsculo, el espacio entre ellos era tan bueno como una pared sólida, nada parecía completamente real. ¿Qué daño podía causar fingir?
Lentamente, Clarion se sentó en el puente junto a él hasta que se sentaron casi hombro con hombro. La magia que fluía a través de las raíces del árbol de polvo de hadas le calentó las palmas de las manos y la conectó a tierra. Desde tan cerca, podía ver los copos de nieve acumulándose en su cabello blanco y las sombras de plumas que sus pestañas proyectaban sobre sus pómulos. Ese pensamiento problemático resurgió, sin que nadie lo pidiera: *hermoso.*
Y es peligroso, se recordó.
—Nunca me había dado cuenta de todo lo que implica planificar una coronación. —Apoyó la barbilla en las manos y miró su reflejo vacilante en la superficie del río—. Todos quieren mi opinión sobre cada detalle, pero apenas puedo asimilar que vaya a suceder. Las expectativas...
"Parece mucha presión".
Clarion lo miró, sorprendida por la genuina comprensión en su voz. Con timidez, se colocó un mechón de cabello suelto detrás de la oreja. "Lo es… Pero no viniste aquí a escuchar mis problemas. No todo es estrés. Hay un baile de coronación la noche de la próxima luna llena, justo una semana antes de mi coronación".
Milori entreabrió los labios como si quisiera decir algo pero se contuvo. Al final dijo: "Haremos una reunión esa misma noche".
Clarion se animó. "¿En serio?"
—Por supuesto —sus ojos brillaron con una alegría silenciosa—. Tu inminente coronación merece un reconocimiento. Nunca perdemos la oportunidad de celebrar en invierno.
Ella resopló con incredulidad y sin elegancia, pero no podía obligarse a preocuparse demasiado. Había aprendido que Milori tenía un sutil sentido del humor, pero no podía imaginarlo en un baile. En las estaciones cálidas, las fiestas se prolongaban durante horas, llenas de espectáculo, baile y *ruido* ... Mientras tanto, el invierno y su guardián le parecían las aguas tranquilas de un estanque. —¿Incluso tú?
—Incluso yo —respondió con una seriedad que sorprendió a Clarion. Ella escuchó con claridad lo que no había dicho: *Érase una vez.*
Se dio cuenta de que echaba de menos el cálido destello de diversión en sus ojos y pensó en lo que podía hacer para recuperarlo. Se ajustó la falda para poder sentarse con las piernas cruzadas y se inclinó para mirarlo. —¿Y qué tipo de cosas haces en un baile de invierno?
Milori sonrió ante su entusiasmo. "Me imagino el mismo tipo de cosas que uno hace en un baile de temporada cálida".

—No estoy tan segura. —La curiosidad brotó en su interior, demasiado urgente como para reprimirla—. Te recuerdo que no sé absolutamente nada sobre Winter.
Milori se quedó en silencio por unos momentos, su mirada buscó la de ella. "¿Qué quieres saber?"
Todo. Admitirle que siempre se había sentido atraída por su reino la hacía sentir terriblemente expuesta. Pero ahora, por fin, podía tener respuestas a todas las preguntas que había tenido desde que llegó. Pero ¿por dónde empezar? —No lo sé. ¿Qué tipo de talentos tienes?
"Son demasiados para enumerarlos todos. Tenemos talentos para el hielo, talentos para los copos de nieve, talentos para los glaciares, talentos para los carámbanos…"
A Clarion le daba vueltas la cabeza mientras seguía repitiendo las cosas. ¿Cuántas complejidades podría haber en el agua congelada? —¿Y tú?
La sorpresa suavizó sus rasgos. "No sé si existe un nombre para lo que soy".
"Seguramente la hay."
Cada talento tenía un nombre, y en los raros casos en que el talento innato de un hada se convertía en algo más especializado, casi siempre sabían intuitivamente cómo llamarlo. Qué extraño, entonces, que se le escapara. Talento de guardián parecía ser el nombre más simple, pero parecía… inadecuado. Había algo en él que la molestaba, como un cuadro colgado torcido en la pared o un suéter que no le quedaba del todo bien. Además, dejaba demasiadas cosas sin explicar.
—Vigilar las Pesadillas no puede ser el único objetivo de tu trabajo —insistió—. ¿Quién da la bienvenida a los recién llegados?
"Sí."
Su respuesta la electrizó. Se sentó más erguida. —¿Y quién coordina los preparativos para llevar el invierno al continente?
—Supongo que sí —dijo con cautela—, pero es una parte muy pequeña de mi función. Mis deberes como guardián de los Bosques de Invierno tienen prioridad sobre todo lo demás.
—Tienes responsabilidades similares a las de Elvina. —Al comprenderlo, Clarion se giró para mirarlo de frente. Sus ojos reflejaban su brillo, ardiendo aún más con su emoción—. ¡Quizás también tengas talento para gobernar! ¿Naciste de una estrella?
Milori dudó. "No, no lo era".
—Ya veo. —De todas las cosas, *la decepción* surgió dentro de ella. Clarion se la tragó lo mejor que pudo. Qué tontería, esperar que hubiera alguien como ella además de Elvina. A medida que el aura La oscuridad que la rodeaba la hizo sonreír con incertidumbre. —Ahí se va esa teoría. Lamento no haber podido ser de más ayuda.
—No hay nada por lo que disculparse. No saberlo no me molesta —dijo con dulzura—. ¿Estás bien?
—Estoy bien. —Clarion desvió la mirada hacia el Bosque de Invierno, incapaz de soportar la insoportable seriedad de su mirada. La nieve se movía

con el viento y se derretía en cuanto se acercaba a la frontera—. Pensé que tal vez habría alguien más como yo en Invierno. Tiene sentido que no la haya. Ser una buena reina significa ser tan fría y distante como una estrella.
Con el rabillo del ojo, vio su reacción. Todo su cuerpo se movió hacia atrás, como si las palabras lo hubieran golpeado físicamente. “¿Eso es lo que crees?”
creía ella ? Lo que ella personalmente creía era irrelevante.
—Eso es lo que siempre me ha enseñado Elvina —dijo, entrelazando los dedos sobre el regazo—. Pero yo nunca he sido así. Siempre he querido cosas que no debería. Es mi mayor defecto.
—¿Lo es? Entiendo la necesidad de esa visión del mundo, pero… —Cuando se atrevió a levantar la vista de nuevo, la visión de él le quitó el aliento. El sol poniente lo pintaba con sombras duras—. ¿Qué daño hay en desear que las cosas fueran diferentes?
¿La necesidad de esa visión del mundo? Clarion sintió el peso de sus palabras como un cuchillo en el corazón. Tal vez él no fuera un gobernante con talento como ella. Tal vez no habían pasado exactamente por las mismas cosas. Pero en ese momento, no importaba. La forma del dolor de él coincidía con la de ella.
Milori estaba igual de sola que ella.
Anhelaba apoyar su mano sobre la de él, pero se sentía anclada en ese lugar. Durante mucho tiempo había deseado que alguien la viera, que la viera *de verdad* . Ahora que alguien podía hacerlo, comprendía lo aterrador que sería permitirlo, y cuánto más complicada sería toda esta misión.
Siempre he querido cosas que no debería.
Nunca me había parecido tan cierto.

Después de tres días de espera angustiosamente largos, Petra le envió una actualización. Sucedió mientras Clarion estaba acostado en la cama, una vez más despierto antes de que el sol saliera por completo.

El cielo que se extendía por su ventana era una franja aterciopelada de color púrpura salpicada de estrellas que se apagaban. Incluso desde allí, podía ver una franja de montañas cubiertas de blanco que la observaban. Un pequeño tormento, cuando lo único en lo que podía pensar era en lo pronto que estaría bajo su sombra... y en lo pronto que ella y Milori vivirían del mismo lado de la frontera. Tal vez entonces podría convencerse de que todo esto era realmente real.

Se oyeron unos suaves golpes en la puerta de su balcón.

Clarion se puso de pie de golpe mientras el pánico la invadía como una tormenta repentina. A esa hora, alguien en la puerta de su casa no presagiaba nada bueno. Otro ataque, o...

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, todo el miedo desapareció de ella. Algo entre fastidio y puro alivio tomó su lugar cuando vio a Artemis parada allí. Su guardia estaba en el balcón, su silueta dibujada por su propio resplandor. Clarion se clavó las palmas de las manos en los ojos llorosos.

¿Qué podría querer tan temprano?

Artemisa volvió a llamar, esta vez con más fuerza.

Clarion se quitó las mantas y cruzó la habitación. Abrió un poco la puerta, dejando entrar un suspiro de aire fresco y el débil sonido de la charla de los guardianes del polvo mientras se preparaban para distribuir las raciones matinales. Hizo lo posible por mirar a Artemis con enojo, aunque imaginó

que su efecto se veía algo disminuido por su aspecto desaliñado. Todavía llevaba puesto el camisón y el pelo le colgaba suelto hasta la mitad de la espalda. —Buenos días.
—Buenos días —respondió Artemis obedientemente—. Perdón por molestarte a esta hora, pero pensé que podrías necesitar esto.
Sostenía un fino rollo de pergamino atado con un cordel verde. Clarion lo aceptó de su mano extendida y desplegó la nota. De inmediato reconoció la letra de Petra, así como las reveladoras manchas de hollín y grasa y algo que sinceramente esperaba que no fuera sangre. Coser no podía ser *tan* peligroso, incluso para alguien sin experiencia, ¿verdad? El mensaje en sí, sin embargo, era inusualmente breve y no estaba firmado.
Lo único que decía era: *"Está hecho"*.
A Clarion se le paró el corazón y abrazó el pergamino contra el pecho. La expectación que se había acumulado durante días la invadió. Después de tantos años mirándolo, después de tantos años preguntándoselo, podría irse a Winter esa misma *noche* . Le costó mucho contenerse para no dar vueltas por la habitación. Artemis no sabría qué hacer con ella.
Se conformó con sonreírle, solo para encontrar a Artemis mirándola con una expresión peculiarmente suave. Cuando Artemis Al darse cuenta de que Clarion lo había notado, reorganizó sus rasgos hasta lograr la imagen misma de la compostura. —¿Algo bueno?
“Podemos recoger mi abrigo.”
—Ah —Artemisa hizo una mueca, claramente no estaba entusiasmada con la perspectiva de dejar que su pupila se adentrara en el invierno—. Buenas noticias, de hecho.
Al cabo de un momento, a Clarion se le ocurrió algo. Observó la carta que tenía en las manos. “¿De dónde sacaste esto?”
Un leve rubor se asomó por debajo del cuello de Artemis. —Me lo dio el calderero.
—No me había dado cuenta de que pasabas tanto tiempo en Tinker's Nook —dijo Clarion, intentando adoptar un tono de conversación. Artemis y Petra se conocían desde hacía años a través de Clarion, pero hasta donde ella sabía (para su consternación, considerando lo *obvio* que era que a Petra le gustaba) nunca habían pasado tiempo juntos sin ella. Esto era una novedad, de hecho.
—Sólo nos encontramos por casualidad —respondió ella apresuradamente —. Es decir, me encontré cerca.
—¿Ah, sí? —insistió Clarion, incapaz de evitar que el interés se reflejara en su voz—. ¿Para qué?
“Antes de irme a casa, hago mi propia búsqueda de Pesadillas”.
Clarion asintió. “¿Encontraste algo en su casa?”
—No, yo... —Artemis parecía nerviosa ahora. Se pasó una mano por el pelo cortado al ras—. Supongo que tenía curiosidad por lo que estaba haciendo. Es algo que facilitaría mucho el trabajo de los exploradores.
Satisfecho, Clarion sonrió inocentemente y dobló la carta. “Ya veo. Bueno, podemos echarle otro vistazo más tarde”.

—Como desee, Alteza —le dirigió una mirada amarga que casi hizo reír a Clarion. Tal vez debería burlarse de ella más a menudo. Era un blanco demasiado fácil—. Podemos irnos después de su reunión con el Ministro de Primavera, que es dentro de una hora, en caso de que lo haya olvidado.
Ella gimió. Casi lo *había* olvidado. Con suerte, Iris no la retendría por *mucho* tiempo. Sólo ella se interponía entre Clarion y Winter.
Cuando Clarion se hubo preparado, ella y Artemis se dirigieron a Spring Valley. Aunque siempre se sentía más a gusto en verano, la primavera nunca dejaba de deleitarla. Era el dominio de los talentos de jardinería de Pixie Hollow, hadas capaces de hacer que las flores florecieran. Clarion podía ver su obra dondequiera que mirara: árboles rebosantes de frutas cítricas, forsitias doradas, delicados ramos de glicinas, fresas silvestres madurando en cálidos parches de luz solar. Mientras revoloteaban por el bosque, Clarion vislumbró sus casas acunadas en las ramas, todas ellas con techos de fucsias y flores de trompeta.
Llegaron a la Plaza de la Primavera, el corazón del Valle de la Primavera. A esa hora temprana, unas volutas de niebla se elevaban desde el Mar de Nunca Jamás y llenaban el claro. Dos enormes cerezos enmarcaban la vista del agua... y una piedra cubierta de musgo de la que florecía una única flor: la siempreviva. Sus suaves pétalos blancos se plegaban sobre sí mismos como las alas de un hada dormida. Florecía solo en el equinoccio de primavera, cuando la primavera estaba a punto de llegar a Tierra Firme. Cada año, todas las hadas acudían en masa a ese claro para que la reina hiciera la última revisión de los preparativos de la primavera. A pesar de los largos días de trabajo que les esperaban, algunas se quedaban despiertas hasta el amanecer para ver cómo se desplegaban sus pétalos con la salida del sol.
Un día, Clarion esperaba verlo ella misma.
Iris los esperaba junto al Evergreen, iluminada por la luz del sol. Ese día llevaba un vestido de azafranes, con mangas largas acampanadas que le cubrían todo el cuerpo, salvo las puntas de los dedos. Su cabello le caía por la espalda como una cortina de agua oscura. Su rostro, inusualmente pensativo, se iluminó al verlos.
Después de que los tres intercambiaran palabras amables, Iris suspiró. “Esperaba tener más cosas para mostrarte hoy. Gracias por venir de todos modos”.
Clarion frunció el ceño. “¿Qué quieres decir?”
Los labios de Iris se abrieron con sorpresa. “¿Su Majestad no te lo dijo?”
A Clarion se le encogió el corazón. —¿Qué me dices?
Iris dudó. —Quizás sea más fácil mostrártelo. Ven a verlo.
Con un aleteo de sus alas y una lluvia de polvo de hadas, Iris emprendió el vuelo. Los condujo a lo más profundo de Spring Valley hasta que llegaron a un campo abierto. Lo que vio Clarion le provocó un escalofrío de horror. Una línea de descomposición atravesaba el prado y se dirigía directamente hacia Winter. O quizás más exactamente: *desde* Winter. Lo que fuera que

había pasado por allí parecía haber drenado el color del follaje. Las flores marchitas y secas y los restos destrozados de lo que parecía ser un enrejado estaban esparcidos entre la hierba pisoteada. El leve olor a podredumbre la alcanzó incluso desde allí.
—Por la segunda estrella —murmuró Clarion.
—Los exploradores vinieron esta mañana para evaluar los daños —Iris se retorció las manos con inquietud—. Nadie resultó herido. Nadie, aparte de las flores, de todos modos.
Clarion se dio cuenta de que incluso la muerte de las flores le dolía. Después de todo, la mayoría de las hadas de primavera podían comunicarse con ellas. Miró a Artemisa y esperó que su significado fuera claro: *¿Sabías sobre esto?* Artemisa meneó la cabeza.
Otra cosa más que Elvina no había considerado conveniente informarle. Y otro recordatorio más de la urgencia con la que ella y Milori necesitaban descubrir cómo destruir las Pesadillas.
"Me siento muy aliviado de saber que nadie resultó herido", dijo Clarion en voz baja. "Lamento lo del campo".
—Es muy dulce al decir eso, Su Alteza —dijo Iris, claramente tratando de sonar más alegre de lo que se sentía—. *Lamento* que parte del trabajo que hicimos para su coronación se haya arruinado. Pero Su Majestad se ocupará de las Pesadillas y tendremos Todo se solucionó en un santiamén. Mientras tanto, déjame mostrarte lo que han estado haciendo mis talentos acuáticos. Te va a *encantar* ”.
Clarion apenas tuvo tiempo de responder cuando Iris salió disparada en otra dirección. Clarion la siguió tan rápido como pudo. Ojalá tuviera tanta energía a esa hora.
Iris la guió una corta distancia antes de sumergirse de nuevo a través del dosel. Aterrizaron en las orillas de un río justo cuando un grupo de libélulas pasaba volando con un destello de alas iridiscentes. Cuando Clarion recuperó la orientación, se empapó del sonido del dominio de los talentos acuáticos: el murmullo del agua, el croar de las ranas y el zumbido de los insectos, y la risa de sus súbditos, tan brillante como un arroyo que fluye sobre piedras.
A Clarion siempre le había encantado observar a los talentos acuáticos en acción. Algunos de ellos se dejaban llevar por la corriente en botes hechos de corteza de abedul y nenúfares, animando a los peces dorados que flotaban justo debajo de ellos. Otros descansaban sobre troncos semisumergidos, envueltos por cortinas de espadañas y helechos. Otros todavía saltaban sobre la superficie, dejando apenas ondas a su paso. Esto hizo que a Clarion se le cortara la respiración con igual dosis de asombro y nerviosismo. Por lo general, las hadas no sabían nadar; las alas empapadas eran demasiado pesadas. Pero los talentos acuáticos eran intrépidos y alegres... y estaban perfectamente a gusto.
Al menos, hasta que la notaron. Cuando pasó por allí, se quedaron en silencio de repente. Clarion se debatía entre el impulso de sonreírles para

animarlos y mirar hacia otro lado para que no se sintieran escrutados.
—Aquí estamos —dijo Iris alegremente.
Clarion tardó un momento en darse cuenta de lo que estaba viendo. Estaban de pie frente a una enorme telaraña tendida en un marco de ramas. Estaba cubierta de más gotas de rocío de las que Clarion podía imaginar, cada una de ellas teñida con tinte. Se dio cuenta de que era un mosaico, uno diseñado para parecerse a ella. Cuando el sol lo golpeaba, el agua refractaba la luz y esparcía patrones multicolores sobre el suelo del bosque.
-¿Qué opinas? -preguntó Iris.
—Es espectacular —dijo Clarion en voz baja, y lo decía en serio. Verse representada con tanto cuidado despertó en ella un sentimiento que no podía precisar del todo.
Clarion habría jurado que sintió más que escuchó el suspiro colectivo de alivio que se escuchó detrás de ella. Como si todo el claro hubiera estado conteniendo la respiración, el sonido del chapoteo y el parloteo se reanudó.
Iris juntó las manos. “¡Oh, qué bien! Su coronación será increíble, Su Alteza. Sólo espere a que…”
El sonido de la voz de Iris se desvaneció hasta convertirse en un zumbido mientras Clarion miraba su propia imagen, una versión de sí misma más majestuosa y equilibrada de lo que ella misma sabía que era. Apenas podía concentrarse en ninguna de las cosas hermosas que Iris le estaba describiendo. Su coronación de alguna manera se sentía completamente insignificante frente a la amenaza contra Pixie Hollow. Por mucho que anhelara disfrutar de los talentos de sus súbditos, por mucho que deseara poder creer en Elvina, todo en lo que podía pensar era en lo precario que se sentía todo. Todo en lo que podía pensar era en el abrigo de invierno que la esperaba en Tinker's Nook y en cómo esta noche, cruzaría hacia el invierno.
“¿Su Alteza?”
Clarion se sobresaltó. Iris la miraba con el ceño fruncido y una expresión de genuina preocupación en su rostro... y también de decepción. Clarion se sintió culpable por haberse ido a otro lugar de manera tan obvia. Claramente, esto le importaba mucho a Iris.
—Lo siento mucho, señor Ministro —dijo Clarion—. ¿Me preguntó algo?
Iris se cruzó de brazos y la miró con expresión evaluadora. —¿Tienes algo en mente?
—Unas cuantas cosas —dijo Clarion tímidamente—. Hay tanto que preparar para la coronación. A veces, no me siento preparada.
La sorpresa se reflejó en el rostro de Iris antes de sonreír. “Su Alteza, ¿está *nerviosa* ?”
Clarion hizo una mueca. —Un poco.
—¿En serio? —Iris parecía realmente sorprendida, aunque también algo encantada—. Nunca lo habría adivinado. Siempre pareces tan serena.
—Es una ilusión cuidadosa —dijo Clarion débilmente.
—Es normal estar nerviosa —dijo Iris dándose un golpecito en la barbilla—. Pero realmente pareces agotada. ¿Estás durmiendo lo suficiente?

Casi seguro que no lo era. “Bueno, yo…”
—Sé exactamente lo que necesitas —dijo Iris, animándose—. Te enviaré a casa con un poco de té de escutelaria.
Su exuberancia y generosidad sorprendieron a Clarion. “Sería maravilloso. Gracias”.
—De nada —dijo Iris—. El té lo arregla *casi* todo. Pero si escuchas algunos consejos, piénsalo de esta manera: eres como una flor de bulbo.
Eso… no sonó como un cumplido. Clarion arrugó la nariz. “¿Ah, sí?”
Con un movimiento casual del dedo de Iris, un bulbo de flor en miniatura apareció en su mano, brillando con polvo de hadas. “En Pixie Hollow, por supuesto, las flores florecen cuando se lo pedimos. Pero en el Continente, este tipo de flores se plantan en otoño, justo antes de que el suelo se congele. Uno pensaría que eso las mataría, pero permanecen inactivas durante todo el invierno. Luego, tan pronto como llega la primavera…”
A su alrededor, los jacintos brotaban de la tierra en tonos de blanco, rosa vibrante y violeta suave. Despedían un aroma húmedo y verde, tan etéreo como la primavera misma.
“La primavera es sinónimo de renovación”, dijo Iris con serenidad. “Cuando todo parece imposiblemente oscuro, las flores de los bulbos son chispas de esperanza. Las cosas necesitan tiempo para florecer. Solo hay que tener paciencia y —Tras una pausa para pensar, señaló con el dedo a Clarion—. Así que sé amable contigo misma. Ya crecerás, te lo prometo.
Por un momento, Clarion se sintió demasiado aturdido para responder. “Gracias, Ministro. De verdad”.
—Cuando quieras —dijo dulcemente—. Y ahora, sobre esos arreglos florales…

A media tarde, Clarion y Artemis habían llegado a la solitaria cabaña de piedra de Petra. Como era de esperar, ella no respondió cuando llamaron a la puerta, pero Clarion pudo ver el tenue resplandor anaranjado de la forja a través de las ventanas cubiertas de rocío.
Ella abrió la puerta de un empujón y gritó: "Estoy aquí".
Como siempre, los proyectos de Petra abarrotaban todas las superficies, y la mayor parte del suelo. Pero, curiosamente, sus herramientas para trabajar el metal estaban quietas e inertes, captando tenues destellos de la luz del fuego. Hoy, el taller de Petra parecía pertenecer a un talentoso sastre, si ese talentoso sastre hubiera vaciado toda su ración de polvo de hadas sobre su espacio de trabajo. A medida que Clarion se adentraba más en la habitación, tuvo que esquivar agujas y tijeras que volaban por el aire. Tocó un carrete de hilo y observó cómo volaba perezosamente por la habitación, desenredándose a su paso. Adondequiera que se diera la vuelta, había un alboroto de telas y botones de colores.

Petra estaba de pie en el ojo de la tormenta que ella misma había creado, jugueteando con un abrigo que había envuelto alrededor de los hombros de metal de un maniquí. Parecía tan descansada como Clarion, es decir: nada. No le sorprendería que Petra no hubiera dormido desde que comenzó este proyecto. Decir que estaba decidida era quedarse corto.
—¿Estás bien? —preguntó Clarion tentativamente.
“Me llevó días hacer un patrón que fuera mínimamente utilizable”, dijo Petra, con un tono casi de trance, “y varias horas de recolección de seda de araña para convencer a Patch de que me enseñara puntadas básicas. Pero después de tres prototipos, lo logré. Finalmente”.
Clarion miró por encima del hombro y no pudo evitar emitir un suave sonido de sorpresa. El abrigo era mucho más que *utilizable* . Debería haber sabido que Petra era incapaz de hacer nada que no fuera espectacular. Era un trozo de tela gruesa y dorada que brillaba levemente con polvo de hadas. Una franja de piel blanca cubría la capucha y los puños de las mangas.
“Es hermoso”, dijo Clarion.
—Está bien. —Petra parecía orgullosa, aunque sonara despectiva—. Pruébatelo.
Petra sacó el abrigo del maniquí y se lo tendió. Clarion deslizó los brazos por las mangas, se lo colocó sobre los hombros y de inmediato luchó por contener la risa. Era *enorme* . Estaba casi ahogada en la tela, pero al menos sus alas le quedaban cómodas.
Petra la miró con inquietud y tiró de las solapas. “El ajuste es horrible. Me di cuenta demasiado tarde de que no me había tomado ninguna medida”.
Clarion resopló. “Hace calor. Es todo lo que necesito”.
“Tal vez si yo…”
—Es perfecto. —Clarion le tomó las manos para calmarla—. Gracias. De verdad.
—Ni lo menciones —dijo Petra bruscamente.
—Pero tengo que quitármelo inmediatamente. Aquí siempre hace mucho calor.
—No hace tanto calor —protestó Petra—. ¡Ah! Tengo otras cosas para ti.
Mientras Clarion se quitaba el abrigo y lo doblaba sobre su brazo, Petra rebuscó en su mesa de trabajo. Un cuchillo de tallar se cayó y golpeó el suelo con un sonido metálico. Después de unos momentos, Petra le puso un par de guantes y botas, mientras y también un extraño juego de lo que parecían ser raquetas de bádminton. Clarion dejó que estas últimas colgaran de sus dedos por las correas de cuero unidas a ellas. “¿Para qué son estas? ¿Para jugar?”
“No seas ridículo. Te van de pie”.
Clarion los inspeccionó más de cerca. Escéptica, dijo: “Creo que *eres tú* el que está siendo ridículo”.
—Son raquetas de nieve —dijo Petra con cansancio—. Aprovechan las propiedades de flotación distribuyendo el peso sobre una superficie mayor,

de modo que... En realidad, ¡no importa! El caso es que te facilitarán caminar sobre la nieve.
—Increíble —murmuró Clarion—. Nunca lo habría pensado.
—Lo sé. —Petra le dirigió una sonrisa, claramente complacida por su elogio. Después de un momento, la sonrisa se desvaneció—. Solo… ten cuidado, ¿quieres?
—No te preocupes —dijo Clarion—. ¿Cuándo no he tenido cuidado?
Petra la miró con expresión elocuente: "Sabes que te amo".
A Clarion no le gustó hacia dónde iba esto. "Por supuesto que sí".
—Eres mi amiga más antigua. —Clarion pudo escuchar claramente lo que Petra no dijo: *mi única amiga*—. Durante mucho tiempo, fuiste la única que hablaba conmigo.
Clarion le sonrió. "Me parece recordar que tenías miedo de mí".
—Bueno, eres intimidante —respondió Petra—. Y nunca te has echado atrás ante lo que te asusta. Solías arrastrarme a tantas cosas que hubiera preferido evitar.
Clarion recordaba esos días con cariño: dos marginadas inseparables, corriendo salvajes por Pixie Hollow. Sí, suponía que había arrastrado a Petra a muchos problemas a lo largo de los años. Estaba la vez que tomaron a los dos ratones más rápidos y voluntariosos del establo de los caldereros y los montaron por los campos al galope. O la vez que se perdieron en una madriguera de conejos después de que Clarion sugiriera que fueran a hacer espeleología. O la vez que ella había Convenció a Petra para que construyera un carruaje tirado por colibríes, lo que, como era de esperar, en retrospectiva, fue un desastre.
Pero Petra no parecía estar de humor para recordar. De hecho, parecía estar preparándose para algo. "¿Adónde quieres llegar con esto?", preguntó Clarion.
—Ahora que he hecho esto por ti, necesito que me dejes al margen. No me digas lo que estás haciendo. Cada vez que pienso en ello, yo... —Petra hizo una pausa para recomponerse—. Es mejor para los dos si pretendo que no te acercarás a Winter.
—Cierto. —Tenía sentido, pero, aun así, le dolía. Se sentía… aislada, saber que no podía hablar con ella sobre algo tan importante—. Puedo hacerlo.
—Bien. —Petra frunció el ceño—. Sabes lo que haces, ¿no?
Cuando Clarion cerró los ojos, vio los campos en ruinas de la Primavera quemados en el fondo de sus ojos. Sus súbditos cayendo del cielo, inconscientes por una sola gota del veneno de la Pesadilla. Clarion tenía solo una vaga y terrible idea de lo que se estaba enfrentando, y una idea aún más vaga del plan de Milori. Pero si eso significaba proteger a Winter, si eso significaba demostrar que era capaz, entonces tenía que seguir adelante.
Clarion sonrió de la forma más alentadora que pudo. Si tenía que mentirle a Petra en el futuro, más valía que practicara. "Por supuesto que sí. No tienes absolutamente nada de qué preocuparte".

Unos minutos antes del atardecer, Clarion se encontraba en la frontera, envuelta en su abrigo nuevo. Miraba fijamente al otro lado: la luz menguante que brillaba sobre la nieve, las sombras que se acumulaban bajo los abetos, el denso remolino de ráfagas de nieve. Sus dedos temblaban mientras abrochaba los delicados botones de su abrigo, y no podía decir con certeza si era la emoción o los nervios lo que la tenía tan nerviosa.

"Han encontrado una solución muy práctica."

Clarion se sobresaltó al oír la voz de Milori. Las raquetas de nieve que llevaba colgadas del hombro chocaron entre sí ante el repentino movimiento.

—¡Por favor, no me pilles desprevenido de esa manera!

Milori aterrizó en el puente con un leve destello de diversión en sus ojos.

"Mis disculpas", dijo, aunque en realidad no sonaba tan apenado.

Empezó a sospechar que realmente *había* aparecido con el viento. Se puso una mano sobre el pecho y confirmó que su corazón seguía latiendo. "Está bien".

En verdad, le resultaba bastante difícil mirarla con enojo cuando él la miraba de esa manera. La alegría había desaparecido de su expresión y ahora la observaba con una curiosa mezcla de esperanza y temor. Una ráfaga de viento apartó la nieve suelta de las ramas y le acarició el pelo blanco por encima del hombro. —¿Estás lista?

¿*Estaba* ella lista?

La perspectiva de cruzar la frontera la asustaba más de lo que quería admitir. La parte sensata de ella, sofocada como estaba bajo su entusiasmo y determinación, se preocupaba por los peligros. Confiaba en Petra, pero ni

siquiera ella podía hacer que un abrigo fuera impermeable a cosas como las lágrimas o el agua. Un descuido podría costarle las alas a Clarion. Pero en el fondo, le preocupaba cómo se sentiría al cruzar finalmente la frontera. ¿El invierno seguiría teniendo su atractivo una vez que pusiera un pie en él?
—Un momento. —Clarion se puso rápidamente las botas y los guantes, y luego las raquetas de nieve. Cuando terminó, Milori dio un paso atrás para darle el visto bueno. Clarion miró hacia la frontera, donde las puntas de sus botas rozaban la línea de escarcha. Se obligó a cruzar, y aun así, se sentía clavada en el lugar.
—No puedo hacerlo si me estás mirando —soltó.
"¿Quieres que me dé la vuelta?"
Ella se burló. "No seas ridículo".
Cerró los ojos e hizo todo lo posible por ignorarlo. Se paró lo suficientemente cerca de la frontera como para que una leve sensación de frío le invadiera la punta de la nariz. Todo lo que tenía que hacer era dar un paso hacia adelante. Estaría *bien.* Clarion respiró profundamente y suspiró, pero un momento demasiado tarde se dio cuenta de que probablemente lucía extraordinariamente tonta. Cuando abrió la puerta, Sus ojos, Milori la observaba con otra de esas miradas curiosamente burlonas.
—¿Qué? —preguntó ella.
—Nada en absoluto. —Sus ojos brillaron y su corazón traidor se agitó al ver su sonrisa—. ¿Necesitas ayuda?
—No, señor —hizo todo lo posible por no parecer ofendida—. No necesito su ayuda.
"¿Quizás un tirón sea la palabra más adecuada?"
Eso no sonó mucho mejor, pero se abstuvo de hacer comentarios. Milori le tendió una mano. Clarion no pudo hacer nada más que mirarla fijamente durante unos momentos. "¿Qué es esto?"
Él le sostuvo la mirada. "Sólo confía en mí".
Con mucha vacilación, lo tomó y se sorprendió al descubrir que su piel estaba agradablemente fresca. No sabía qué esperaba. ¿Que él también estaría tallado en hielo? ¿Que su solo toque la congelaría, incluso a través de sus guantes? No, él era igual que ella: carne y hueso. Ambos se quedaron, sus manos eran un puente entre mundos.
Luego, con un suave tirón, la guió hacia el otro lado.
Mientras Clarion atravesaba el velo de nieve, reprimió un jadeo; la temperatura descendió bruscamente a medida que el invierno la envolvía. Cuando abrió los ojos de nuevo, había dejado atrás todo lo que conocía. A pesar de sí misma, soltó una risa sin aliento y miró a Milori. A esa distancia, le impactó el verdadero color de sus ojos: un gris tormentoso, con un leve toque de azul glacial. Pudo ver cómo su expresión se suavizaba mientras la miraba y...
Ella todavía sostenía su mano.
El calor inundó su rostro. Clarion casi le retiró la mano de golpe. —Lo siento... y... eh... ¿gracias?

—No vale la pena mencionarlo. —Flexionó los dedos como si se estuviera recuperando de un calambre y luego dio un paso atrás, alejándose de ella. La nieve crujió bajo su peso.
Nieve. Ella estaba realmente en el bosque invernal.
Olvidada parte de su vergüenza, Clarion inclinó la cabeza hacia el cielo y giró lentamente. Las nubes flotaban en lo alto como una espesa capa gris, delineadas por la luz ardiente del atardecer. Abrió la boca para atrapar los copos de nieve que caían y se derritieron en su lengua casi al instante. Estaba tan extrañamente encantada con todo aquello que no sabía que alguna vez se había sentido tan... mareada.
—¿Es lo que esperabas? —Había un dejo de sorpresa en su voz.
Su aliento se alzaba en el aire, y eso era maravilloso. "Es hermoso".
Por un momento, él no respondió. Si ella no lo supiera, diría que parecía casi nervioso. “Hay mucho más que ver. Sígueme”.
—Está bien —dijo ella, esperando no sonar demasiado ansiosa.
Y dicho esto, la condujo al bosque.
Sólo el crujido de sus pasos y el suave susurro de las ramas agitadas por el viento llenaban el silencio. Clarion descubrió que no le importaba. El silencio allí no era inquietante, sino casi acogedor, como si todo el mundo estuviera dormido. Había esperado paisajes desolados y franjas de tierra monocromática y sin vida. Pero todo era espectacular, desde el intrincado patrón de escarcha en las hojas hasta los carámbanos iluminados por el sol que colgaban de los árboles. Aquí, todo brillaba, tan mágico como el polvo de hadas.
Pronto el terreno se volvió más rocoso y empinado. Su respiración se hizo más pesada y salió de ella en pequeñas nubes blancas. El viento soplaba por la ladera de la montaña y hacía que los faldones de su abrigo se agitaran detrás de ella. El forro de piel de su capucha le hacía cosquillas en el rostro, que estaba helado. Estaba segura de que estaba roja como un tomate. Milori, mientras tanto, permanecía tan pálido como la tierra cubierta de nieve; no se sonrojaba ni por el esfuerzo ni por el frío. Incluso mientras ascendían, no voló, sino que insistió en caminar junto a ella.
Obstinadamente caballeroso, observó.
Después de lo que parecieron horas, llegaron a la cima de una de las montañas. Lo que vio la dejó sin aliento. Desde allí, podía ver todo el Bosque de Invierno extendido ante ellos. Era una tierra de un blanco brillante y un verde intenso, con ríos y lagos más claros y azules de lo que jamás hubiera creído posible. A lo lejos, podía ver las casas de las hadas de invierno talladas en hielo y moldeadas en nieve, brillando a la luz de la luna y brillando suavemente desde adentro.
¿Cómo alguien pudo haber pensado que este lugar era tan terrible?
—Aquí está —dijo suavemente.
Podía percibir claramente la reverencia en su voz, que ella también sentía.
¿Qué podía decir, en realidad? Nunca había visto nada parecido.

Después de un momento, añadió: “Nuestro destino es el Salón de Invierno. Puedes ver su resplandor desde aquí”.
Señaló y Clarion entrecerró los ojos para ver una tenue aura de azul que cubría la ladera de una montaña distante. “Es un largo camino por recorrer”.
Él le dedicó una pequeña sonrisa. “Hay una forma más rápida de viajar”.
"Si sugieres llevarme..."
—Por supuesto que no. —Parecía casi insultado, lo que la hizo sonreír—. Supongo que no tenéis trineos en las estaciones cálidas.
"En trineo", repitió ella.
—Mmm. —Se acercó a la base de un abeto, donde había unas cuantas tablas de madera talladas en círculos apoyadas contra el tronco. Quitó la nieve de dos de ellas y se las llevó.
Clarion hizo todo lo posible por no parecer completamente perpleja. “¿Qué es eso?”
Los dejó caer al suelo, a sus pies. “Trineos”.
—Ya veo —dijo, aunque no veía nada en absoluto—. ¿Y qué hacemos con esto?
“Los bajamos de la montaña”.
—Nosotros… —Clarion lo miró boquiabierta—. ¿Qué? Eso es absurdo.
Se encogió de hombros y se subió a uno de ellos. “Ya veremos. Ha pasado mucho tiempo desde que hice esto”.
—Entonces, hablas en serio —dijo con incredulidad. Lo único en lo que podía pensar era en lo alto que habían escalado y en lo resbaladiza que estaba la nieve compacta bajo sus pies. Olvídate de las pesadillas. Este sería sin duda su fin. No podía negar que la obvia estupidez de la perspectiva la hacía más atractiva. ¿Cuándo fue la última vez que se había embarcado en una *verdadera* aventura? —¿Este es un pasatiempo común entre las hadas de invierno?
—En tiempos más felices, sí. —La miró a través de las pestañas—. Por supuesto, si lo prefieres, podemos caminar...
—¡No! No hace falta. —Clarion se sintió ridícula cuando se subió al otro trineo. Había cuerdas de hilo grueso enrolladas en agujeros perforados a cada lado, que Milori le informó que estaban destinadas a servir de asideros —. ¿Y ahora qué?
"Nos vamos."
“¿Qué pasa? ¡Oye!”
Él no esperó. Con una *sonrisa* burlona (que a ella le molestó mucho, porque le hizo un nudo impresionante en el estómago), se impulsó hacia el suelo. Su trineo se acercó a la pendiente de la montaña y luego se deslizó hacia abajo.
Bueno, no había nada más que hacer que seguirlo. Decidida a no pensar en lo peligroso que era, Clarion fue tras él. El terror (y la *emoción*) fueron inmediatos.
Nunca había volado tan rápido en su vida.
El bosque pasaba velozmente en franjas de verde y blanco, y la nieve silbaba debajo de ella. Su estómago se retorció cuando el trineo saltó sobre los

bancos de nieve y el hielo resbaladizo, amenazando con volcar en el aire, pero ella mantuvo un rumbo constante. El viento le azotaba la cara y le arrancaba el pelo de la corona trenzada. Se le soltó alrededor de los hombros y revoloteó salvajemente a su alrededor. La nieve, desprendida de las ramas por encima de su cabeza, se estrelló contra el suelo.
Al final de la pendiente, Milori se bajaba del trineo, demasiado despacio. Clarion iba a chocar de frente contra él.
“¡Cuidado!” gritó.
Él levantó la vista y, sin dudarlo, emprendió el vuelo, esquivándola con destreza. Ella pasó zumbando junto a él, pero chocó contra un terraplén. El trineo se elevó en el aire y luego golpeó el suelo con fuerza. La fuerza del impacto arrojó a Clarion de su asiento. Con un grito de sorpresa, se cayó del trineo y aterrizó directamente sobre un colchón de nieve profunda.
"¡Clarín!"
Por un momento, permaneció allí, mirando aturdida al cielo. “Estoy viva”.
—Eso es bueno. —El rostro de Milori pronto eclipsó su vista—. ¿Y tú estás bien?
"Creo que sí."
Cuando recuperó el sentido, salió a rastras del agujero con forma de Clarion que había dejado en el suelo. Él le ofreció una mano. Esta vez, ella la tomó sin dudarlo y le permitió que la ayudara a ponerse de pie. La nieve cubría su cabello salvaje y se le pegaba a las pestañas. Su expresión estaba tan llena de preocupación que no pudo evitar reírse. Qué *estimulante* había sido eso. No podía recordar la última vez que se había *divertido de una manera tan pura y tonta.* Por solo un minuto, ella no fue la futura reina de Pixie Hollow. Era solo un hada jugando en la nieve.
Milori la miró con una expresión peculiar.
“¿Qué pasa?” preguntó ella.
—Nada —dijo él apresuradamente. Extendió la mano para coger un mechón suelto de su cabello y ella dejó de respirar por completo. Por un momento, pensó que tenía intención de colocarlo detrás de su oreja o de quitarse el hielo que se le había quedado pegado. Pero debió de pensárselo mejor, porque dejó caer el brazo hacia atrás. Se recordó a sí misma que no debía sentirse decepcionada—. Es que... pareces diferente aquí. Te sienta bien.
—¿Ah, sí? —Clarion se acercó un paso más a él e inyectó un tono desafiante en su voz, aunque sólo fuera para ocultar esa chispa de anhelo frustrado—. ¿Qué se supone que significa *eso* ?
—Ah —dijo—. Ahí estás.
Ella lo miró con enojo, pero él no se apartó de ella. En todo caso, el espacio entre ellos pareció reducirse mientras la observaba.
—Solo quiero decir que pareces feliz aquí. —Su tono se volvió casi amable —. Es agradable.
¿Cómo no iba a serlo? En la oscuridad que se avecinaba, con alguien que la veía a través de ella, este le parecía un lugar al que casi pertenecía. Un

mundo entero hecho de luz estelar, brillante y plateada. Se le ocurrió que nadie había dicho eso de ella antes. ¿ *Era* infeliz en las estaciones cálidas?
—Gracias —se colocó el mechón de pelo rebelde detrás de la oreja—. ¿Seguimos?
Juntos, se encaminaron hacia el Salón de Invierno. La luz de la luna se filtraba a través de las ramas desnudas de los árboles y le daba a Milori un brillo plateado. Tenía el ceño fruncido, preocupado, como si buscara una forma de romper su silencio pensativo. Por fin, dijo: —Debo preguntarte. ¿Te gustó andar en trineo?
La sorprendió tanto que soltó una suave risa. ¡Qué serio lo había dicho! "Me encantó".
“¿A pesar de tu aterrizaje forzoso?”
—Quizás incluso por eso. Me hizo sentir más viva de lo que me he sentido en mucho tiempo. Lo confieso, yo... —Se quedó en silencio. Si terminaba esa frase, casi con toda seguridad él se burlaría de ella por eso, o al menos pensaría que era una ignorante. Pero supuso que ya había desgastado bastante su armadura esa noche—. No pensé que el invierno sería tan... divertido.
Él arqueó una ceja. “¿Qué, creías que nos quedábamos parados como esculturas de hielo?”
—Es una suposición razonable —trató de disimular la indignación en su voz, pero no pudo—. Sólo los hemos visto durante las transiciones estacionales y a la distancia. Quiero que sepan que pensamos que todos ustedes son bastante distantes.
Soltó una suave carcajada. “El sentimiento es mutuo, tenlo por seguro”.
Ella sonrió a pesar de sí misma. “Le pregunté a la reina qué sabía sobre los Bosques de Invierno y me dijo que era un lugar plagado de monstruos”.
En ese momento, otra ráfaga de viento levantó la nieve recién caída del suelo. Los cubrió de blanco y la atravesó de frío. Clarion se estremeció, en parte por el frío y en parte por saber que, en plena oscuridad, las Pesadillas podían surgir de las sombras en cualquier momento.
—Están plagados de monstruos —repitió Milori con un tono de asombro—. Entonces, ¿por qué accediste a venir aquí conmigo si eso era lo que pensabas? Podrían haberte atacado. O podría haberte hecho desaparecer.
—¿Podrías haberlo hecho? —preguntó Clarion, incapaz de evitar que su voz se reflejara en su propia diversión—. No quiero ofenderte, pero no das mucho miedo.
—¿No? —Ladeó la cabeza y sus ojos brillaban con una especie de picardía —. ¿Cómo me encuentras, entonces?
Le ardía el rostro y el corazón le temblaba. Qué irritante, pensó, que bastara una sola mirada suya para ponerla nerviosa. —Impertinente, por ejemplo.
Milori parecía bastante encantado, a juzgar por la pequeña sonrisa que claramente intentaba mantener fuera de su rostro. "Mis disculpas, Su Alteza".

—Estás perdonado —dijo con recato, levantando la barbilla. Después de un momento, dejó de actuar y suspiró—. La verdad es que siempre he querido venir aquí. Puedo ver esta misma montaña. Desde mi habitación. Todas las noches lo miro y siempre pienso... No sé. Te debe parecer una tontería, pero a mí me pareció triste. Me alegra saber que no es así.
"No lo es en absoluto."
De hecho, tan cerca del pueblo, el sonido centelleante de las risas y las canciones de trabajo llegó hasta ella. Clarion lo absorbió con avidez. A través de los árboles, divisó destellos de un río congelado. Aquí y allá, podía ver hadas bailando sobre su superficie con… ¿cuchillos atados a sus pies? Todo era demasiado desconcertante y completamente mágico. "¿Qué están haciendo?"
Milori la apartó de ellos cogiéndola por los hombros. —En otra ocasión, quizá. Ya te has caído bastante hoy.
Los árboles se fueron aclarando poco a poco y luego dieron paso a un claro al pie de la montaña. Clarion se detuvo en seco en la línea de árboles. Una enorme puerta, hecha completamente de hielo, se alzaba ante ellos. Estaba tallada con la insignia de un copo de nieve y teñida de azul por la luz etérea que emanaba de detrás.
—Éste —dijo Milori— es el Salón del Invierno.
—Guau —suspiró ella.
La guió hacia la puerta. Grandes pilares de hielo se alzaban desde la tierra y se alzaban sobre ellos, marcando el camino desde el bosque hasta la entrada. Cuando estuvieron frente a ellos, Clarion extendió la mano para tocar el panel de hielo. Milori la agarró de la muñeca y la detuvo. Antes de que pudiera protestar, dijo: —Antes de entrar, debo advertirte sobre el Guardián.
Clarion se quedó en silencio. Había mencionado al Guardián una vez antes, en un tono que sugería que inspiraba respeto... y tal vez una buena dosis de admiración.
Hizo una pausa por un momento y luego se decidió a advertir: "Es excéntrico".
Eso no era lo que ella esperaba. Eso podría significar *cualquier cosa* , pero supuso que no valía la pena insistir en el asunto. Pronto lo comprobaría por sí misma.
—Está bien —dijo ella—. Entendido.
Satisfecho, Milori apoyó las manos en las enormes puertas. Las intrincadas tallas respondieron a su tacto; se iluminaron, con tanta intensidad que bañaron su rostro de azul. Con un gruñido, se abrieron. Clarion intentó no jadear cuando atravesaron el umbral. Era un palacio hecho completamente de hielo. El techo se elevaba sobre ellos, sostenido por columnas de hielo y goteando carámbanos de un brillo perverso. Esculturas de copos de nieve colgaban suspendidas sobre ellos, emitiendo ese mismo resplandor azul inquietante. Incluso el suelo era de hielo sólido. Le llevó un momento encontrar el equilibrio y no caerse con cada paso. A su alrededor, las paredes

estaban cubiertas de estantes de madera oscura. Cada uno estaba lleno a rebosar de libros, pergaminos y tablillas.
“Esto es increíble.”
Milori se sorprendió, evidentemente, porque sonrió levemente. “Lo es”.
Su voz, aunque tranquila, resonó en el salón, profunda y rica. La luz se reflejaba en su rostro. Clarion tuvo que apartar la mirada para no mirarlo.
En ese momento, una sombra alargada se proyectó sobre el suelo. Un sonido terrible rompió el silencio: un gruñido. Luego, el sonido de unas garras que se arrastraban con saña sobre el hielo.
Una pesadilla.

Clarion recurrió a su magia y se preparó para la impotencia que le sobrevendría cuando no le respondiera. Pero cuando la bestia emergió de las estanterías, no tenía el aura siniestra de una Pesadilla. No estaba hecha de sombras aceitosas, sino de carne, hueso y pelaje. No resultaba nada tranquilizador, pensó Clarion, cuando los miraba fijamente con los labios hacia atrás mostrando los dientes en una mueca. Era casi tres veces más alta que ellos, con un espeso pelaje gris y ojos amarillos que la perforaban hasta el corazón.

Instintivamente, Clarion se alejó. “¿Qué es eso?”

Milori dijo: "Ese es sólo Fenris".

¿Sólo? ¿Cómo podía estar tan tranquilo en esta situación? “¡Ya lo has nombrado!”

—No *lo hice* . —Milori extendió las manos, como si quisiera llamar a la criatura—. Es el lobo del Guardián.

El lobo, Fenris, se acercó a Milori boca abajo con las orejas pegadas a la cabeza. Cuando llegó a su lado, Fenris apoyó su enorme barbilla a los pies de Milori y agitó la cola contra el hielo. Era evidente que los dos eran amigos.

Clarion se rió sin aliento, aunque sólo fuera para disipar la tensión que se acumulaba en su interior. Había metido a Petra en algunos planes peligrosos, pero incluso ella tenía sus límites... o tal vez un poco de instinto de supervivencia. —¿Y *tienes* una de estas bestias?

—No —Milori le dio unas palmaditas en el hocico a Fenris—. A mí siempre me han gustado los búhos.

—¿Búhos ? —Clarion no pudo evitar que el horror se reflejara *en* su voz. Eran depredadores peligrosos, al menos en las estaciones cálidas.
—El guardián tiene debilidad por las criaturas incomprendidas —dijo Milori después de un momento. Ahora que ninguno de los dos le prestaba atención, Fenris dejó escapar un suspiro que sonaba agraviado. La fuerza de su aliento apartó el cabello de la cara de Clarion—. Fenris es bastante inofensivo. Todavía es un cachorro. Pero incluso como adultos, los lobos son asustadizos y es fácil hacerse amigo de ellos si tienes comida.
—No tengo nada para ti. —Clarion se rascó la oreja con cautela. Se movió como si una mosca se hubiera posado en ella.
—Fenris —dijo una voz afable desde algún lugar entre las estanterías—. ¿A qué viene todo este alboroto? ¡Oh!
Un hada de invierno entró en el atrio. Era de baja estatura, con un rostro amable y un cabello que parecía una lengua de fuego blanco. Vestía un traje de aspecto bastante serio, pero cuando sus ojos se posaron en ellos, su expresión se iluminó con un entusiasmo desenfrenado e inconsciente.
"¡Milori!"
—Guardián. —La actitud de Milori cambió por completo. Su sonrisa de respuesta lo hizo parecer instantáneamente más ligero—. Te he traído a alguien.
¿*Este* era el guardián?
Clarion había esperado que el Guardián del Conocimiento de las Hadas fuera más… retraído. El Guardián, sin embargo, estaba eufórico. Volvió su atención hacia Clarion, ajustando sus gafas a medida que se acercaba. "Un hada cálida, ¿eh? Ha pasado mucho tiempo desde que una de esas cruzó al invierno".
—¿Has *visto* hadas cálidas antes? —preguntó Clarion.
—Oh, no. ¡Ojalá! Aunque he leído historias. —Fenris trotó hacia el Guardián, moviendo la cola, y gimió suavemente. El Guardián le dio unas palmaditas distraídas en la parte superior de la cabeza—. Al parecer, las hadas cálidas solían venir aquí todo el tiempo, hace mucho tiempo. Para patinar un poco sobre hielo, hacer hadas de nieve...
—Eso suena delicioso. —Clarion no tenía ni idea de patinaje ni de hadas de la nieve, pero la forma cariñosa en que él le hablaba la llenó de asombro—. Me encantaría leerlos.
El guardián se animó. "Bueno, yo…"
—Quizás más tarde —intervino Milori, claramente percibiendo una digresión—. Ella no es solo *una* hada cálida. Clarion es la reina de Pixie Hollow.
—Reina en prácticas —corrigió Clarion, mirando fijamente a Milori. Parecía demasiado satisfecho consigo mismo.
El guardián la miró boquiabierto. "Entonces…"
Milori le sonrió, casi con indulgencia. "Por fin alguien podrá leer nuestro libro".

Nuestro libro. Claramente, era algo en lo que habían estado trabajando juntos durante mucho tiempo.
La expresión del rostro del Guardián sólo podía describirse como exultante.
“¿Puedes?”
—Eso espero —dijo Clarion. La idea de que sus esperanzas se vieran frustradas era casi insoportable—. Pero aún no estoy seguro.
—¡Excelente! —El guardián la agarró del brazo y prácticamente la arrastró hacia el interior de la biblioteca.
—Guardián —gruñó Milori, con la resignación sufrida de quien sabe que no tiene sentido protestar.
Él los siguió, con Fenris caminando lentamente detrás de él. Los estantes laberínticos parecían reorganizarse a medida que avanzaban. Clarion los estudió distraídamente mientras pasaban, los títulos dorados iluminados por los candelabros de hielo que brillaban con una suave luz azul. Por fin, llegaron a su destino: un cuadrado de espacio vacío, rodeado por todos lados por las estanterías. Una mesa ocupaba gran parte del área, abarrotada de pilas de libros y plumas de ave.
-Espera un momento -dijo el guardián.
El guardián la soltó y sacó un par de guantes de su bolsillo. Después de ponérselos, se elevó hacia arriba, casi hasta el techo, hasta que encontró lo que buscaba. Sacó un enorme tomo encuadernado en cuero del estante... y casi se cae por su peso. Clarion contuvo la respiración hasta que lo trajo sano y salvo al nivel del suelo. Con sumo cuidado, lo puso sobre la mesa.
No era de extrañar que Milori dijera que no podía llevarlo a la frontera. Era realmente antiguo, con páginas delgadas y amarillentas. La cubierta estaba descascarada y desgastada, y aunque Clarion pudo ver que alguna vez había habido una ilustración, la pintura se había desvanecido con el tiempo. Todo lo que quedaba ahora eran extrañas formas talladas en el cuero, que brillaban débilmente con un poder latente.
“¿Qué es esto?” preguntó ella.
—No lo sé —dijo la Guardiana, mucho más alegre de lo que ella hubiera esperado—. Ha estado en la colección durante mucho, *mucho* tiempo. Está escrito en un idioma perdido. Pero está lleno de ilustraciones de pesadillas.
Un escalofrío la recorrió. “¿Qué necesitas que haga?”
—Está sellado con runas que responden a la magia de los talentos gobernantes —respondió el guardián—. Sospecho que es como un código. Una vez que lo desbloquees, deberías poder entender el idioma en el que está escrito.
El miedo le oprimió la garganta. —Nunca he aprendido a desbloquear nada con la magia del talento gobernante.
“Inténtalo”, me dijo, alentándolo. “Debería surgir de manera natural”.
Ojalá. “Está bien.”
Ella extendió la mano para quitarle el libro, pero él jadeó. “Cambia primero tus guantes, si no te importa. Es muy frágil”.
Milori murmuró algo que sonó como *algo de archivista* .

Clarion se quitó los mitones húmedos y se puso el par de guantes que le había entregado la Guardiana. El libro era delicado bajo su tacto, el lomo crujió cuando lo abrió. Inmediatamente escupió una nube de polvo. Hojeó las delicadas páginas, pasando por alto las letras mayúsculas iluminadas y los extraños garabatos de monstruos en los márgenes. Las ilustraciones eran realmente sorprendentes, enmarcando una escritura en un idioma que no había visto antes. Formas negras amorfas con crueles ojos violetas la miraban fijamente. Aquí y allá, remolinos dorados de magia perforaban la oscuridad.

Cerró el libro de nuevo y se quedó mirando las runas doradas que brillaban en la portada. Pero nada de ellas la atraía. No se reorganizaban para adquirir un significado. Las había defraudado. ¿Cómo podía haber pensado de otra manera? Debería haberle dicho a Milori desde el principio que no podía acceder a todo el espectro de su magia de talento gobernante. Su estómago se retorció de vergüenza. —Lo siento. No creo que pueda ayudarte.

Ambos tenían la cara decaída.

—Supongo que era una apuesta arriesgada —Milori frunció el ceño mientras pensaba—. Pero entonces…

"¿Tienes alguna idea?" preguntó el guardián.

—Las runas de las puertas del Salón de Invierno se activan cuando las toco —respondió—. Tal vez el libro responda a las de Clarion.

El guardián se encogió de hombros. "Ciertamente vale la pena intentarlo". Un último intento, entonces. Clarion se quitó los guantes y los dejó a un lado. Respiró profundamente. Esto era todo. Supuestamente. Si esto, lo que fuera que *esto* fuera, no funcionaba, ¿cómo podría alguna vez tener la esperanza de dominar su magia? *No. Solo un intento más.* Con dedos temblorosos, Clarion apoyó la palma de la mano sobre la superficie del libro. Una luz dorada salió disparada de allí.

El guardián gritó, medio sorprendido, medio encantado. Incluso el rostro de Milori estaba bañado por su cálida luz, sus ojos brillaban de triunfo.

Clarion retiró la mano, pero algo de su asombro se había apoderado de ella también. Se sintió casi mareada al ver el aire titilar con magia persistente. —¿Qué está pasando?

—¡Ni idea! —Una vez más, la ignorancia pareció emocionar al Guardián—. Intenta leerlo ahora.

Cuando Clarion volvió a abrir el libro, la escritura de cada página brilló con su magia. El polvo de hadas se levantó de la tinta y brilló en la oscuridad como la luz de las estrellas. A través de la neblina centelleante, las palabras lentamente tomaron forma en su mente.

—Hace mucho tiempo, cuando el árbol de polvo de hadas era apenas un retoño, los sueños de los niños, tanto los buenos como los malos, viajaban por el valle de las hadas —dijo—. ¿O no? Clarion no podía decir si la voz que escuchaba era la suya, porque las palabras ciertamente no lo eran. Salieron como si las estuviera recitando; la historia se desarrolló en su mente con tanta claridad que casi podía verla como un reflejo en el agua quieta.

Se dio cuenta de que era una leyenda. Decía así:

Cada noche, mientras cruzaban los cielos sobre el Mar de Nunca Jamás, esos sueños se anudaban e iluminaban la noche como una aurora boreal. En aquellos tiempos, había hadas con talento para los sueños que reunían los sueños como si fueran vellón esquilado y los llevaban de vuelta a sus hogares. Durante toda la noche, hilaban los sueños en sus ruecas. Al amanecer, reunían su hilo y lo tejían. a través de las ramas del joven árbol de polvo de hadas para que las esperanzas y los deseos de los niños protegieran y alimentaran al árbol a medida que crecía.

Hilar el hilo de los sueños era una tarea larga y ardua; en el proceso había que separar las pesadillas, pues contenían un poder siniestro. Quedaban en el suelo del taller como retazos de tela negra. A la luz del día, se consumían, pero una noche, unos pocos tenaces escaparon a la atención de los talentos oníricos. Con ese destello de libertad, arrasaron Pixie Hollow.

Podían cambiar de forma como el humo, pero parecían recordar la forma de los miedos que los habían engendrado. Monstruos, insectos, perros feroces... cualquier bestia que un niño pudiera conjurar... atacaron esa noche. Atacaron con garras y dientes desgarradores. Pero más terrible aún era su magia. Cualquier hada que fuera golpeada por ella caía en un sueño inquebrantable, atormentada por sus peores miedos. Y justo antes del amanecer, cuando las Pesadillas se disiparían como la niebla, encontraron refugio en los lugares más oscuros, esperando el momento oportuno hasta que cayera la noche una vez más.

La reina de Pixie Hollow estaba preocupada por sus súbditos y por el frágil árbol de polvo de hadas, que apenas era un retoño y aún estaba echando sus primeras hojas. Los talentos oníricos no podían destruir a las Pesadillas, por lo que le aconsejaron a la reina que construyera una prisión que sellarían con una barrera tejida con magia onírica. La única pregunta que quedaba era dónde colocarla.

Ella y sus ministros debatieron durante horas, hasta que el querido amigo de la reina, el Señor del Invierno, se ofreció a albergarlo en pleno invierno, ya que su reino era el más alejado del vulnerable árbol. Él mismo lo vigilaría para asegurarse de que ninguna Pesadilla escapara nunca más.

Con ese acto, obtuvo un nuevo título: el Guardián de los Bosques de Invierno.

Una noche, los talentos del sueño prepararon una trampa para las Pesadillas sueltas, envolviéndolas en redes de hilos de sueños. Las transportaron a los Bosques de Invierno, donde los talentos de hielo habían perforado un agujero en un lago helado. Sumergieron a las Pesadillas en esas aguas oscuras y luego colocaron el tapiz de la barrera de los talentos del sueño. En el momento en que los talentos de hielo repararon el hielo, sellando el terrible poder de las Pesadillas, las hadas dormidas despertaron. A partir de ese día, todas las Pesadillas fueron transportadas a su prisión acuática en los Bosques de Invierno.

Allí, los monstruos se peleaban entre sí como animales hambrientos... hasta que, en una visita, los talentos oníricos se dieron cuenta de que se habían quedado inquietantemente callados. A lo largo de los siglos, la más antigua de las Pesadillas, alimentándose de toda esa amargura y desesperación atrapadas, se había vuelto lo suficientemente poderosa como para unirlos. Como una abeja reina en el centro de su colmena, ordenó a los demás, sin mente excepto por su anhelo de escapar, que destruyeran. Aterrorizaba a los talentos oníricos, lo que habían permitido que se pudriera.
Cuando el árbol de polvo de hadas alcanzó su tamaño máximo, los sueños ya no iluminaban los cielos. Con el tiempo, cada vez menos talentos oníricos llegaban a Pixie Hollow... hasta que solo quedó uno y luego ninguno.

—Así es la naturaleza —murmuró Clarion—. Las cosas surgen y caen según sus designios.
Con eso, el libro terminó. La magia que la recorría se apagó y la nube de polvo de hadas se hizo añicos, cayendo suavemente sobre la mesa. Su cálido resplandor sobre el hielo se desvaneció y la misteriosa luz azul llenó la habitación una vez más.
Ninguno de ellos habló al principio.
Clarion apenas podía asimilar aquello: todo un talento de hada, perdido en el tiempo, que podría haber despertado a sus súbditos y contenido las Pesadillas. ¿Qué se suponía que debían hacer ahora?
Los pensamientos de Milori, evidentemente, habían seguido el mismo camino. Miró al guardián con el ceño fruncido. —¿Has oído hablar alguna vez de las hadas con talento onírico?
—¡No! —Prácticamente vibraba de emoción. Al menos *alguien* se sentía alentado por lo que había descubierto, pensó Clarion—. Este es un descubrimiento completamente nuevo.
—Ahora tiene sentido —dijo Milori con tristeza—. La barrera que crearon se está deteriorando y no queda nadie para arreglarla. No hay nada que podamos hacer.
Clarion apartó la mano del libro y se mordió el labio con los dientes. Tal vez ya no hubiera talentos oníricos, pero si algo había aprendido de Petra a lo largo de los años era que no había problemas sin solución. Simplemente no habían dado con la solución adecuada.
—Debe haber *algo* —dijo—. Cuando la Pesadilla atacó el Bosque de Otoño, pude ahuyentarla. Fue casi como si la hubiera repelido mi magia. No estoy del todo segura de por qué, pero...
—Las reinas de Pixie Hollow nacen de las estrellas, ¿no es así? —preguntó el guardián. Cuando Clarion asintió, continuó—: La luz del sol las quema, así que tiene sentido para mí que las Pesadillas sean repelidas por tu magia. El sol *es* una estrella, después de todo.
La esperanza brilló en los ojos de Milori. “Entonces podrás destruirlos”.
Clarion levantó las manos. “No, no puedo”.
—Pero acabas de decir…

—No puedo controlar mi magia —confesó antes de que pudiera detenerla—. Lo he intentado toda mi vida, pero no puedo. Nunca me ha resultado fácil y temo que nunca lo será. Lamento mucho decepcionarte.
Parpadeó con fuerza ante la amenaza de las lágrimas. Qué humillante sentirse tan abrumada frente a ellos. Milori parecía a punto de protestar, pero el Guardián le puso una mano en el hombro para calmarlo.
—Tal vez haya algo más que puedas hacer —dijo el Guardián. Después de una breve pausa, su brillo se intensificó cuando otra idea lo golpeó—. Si la memoria no me falla, las reinas no nacen de cualquier estrella, sino de una estrella a la que un niño le ha pedido un deseo. Tal vez la magia de los talentos oníricos viva en ti, en todos los talentos gobernantes. Es posible que puedas reparar la barrera. Si hay algo más fuerte que el miedo, es la esperanza.
—Tal vez —dijo en voz baja. Desesperada por creerlo, pero ahora que la magia la había abandonado, se estaba volviendo dolorosamente consciente del frío en el aire. Sus dientes castañeteaban y sus alas se sentían rígidas bajo su abrigo. Cada respiración era una delgada brizna de blanco en la oscuridad.
Milori apoyó una mano sobre el codo de Clarion. Su tacto era tan ligero como una pluma, casi tierno. —Estás temblando.
Clarion se obligó a sonreír. “No hay nada de qué preocuparse”.
“No es nada. Necesitamos que vuelvas a las estaciones cálidas”.
Por primera vez, con ese hierro y hielo en su voz, ella entendió por qué sus antepasados habían sido conocidos como los Señores del Invierno. Clarion intentó mirarlo con enojo, pero descubrió que ya no tenía fuerzas para luchar.
—Llévate a Fenris —dijo el guardián, y su actitud se tornó seria—. Vete.
El alivio suavizó la voz de Milori. —Gracias. Ven, Fenris. Clarion.
Dicho esto, se dirigió hacia la salida y el lobo obedeció. Sus uñas resonaron en el suelo de hielo mientras seguía a Milori. Clarion le devolvió los guantes que le había dado la Guardiana. Sus dedos se habían puesto bastante pálidos, algo que ella hizo lo posible por no notar. “Gracias, Guardiana”.
Se los metió en el bolsillo. “Cuando quiera, Su Alteza”.
Se demoró solo un momento antes de seguir a Milori, poniéndose los guantes mientras caminaba. Tan pronto como salió a la noche invernal, una ráfaga de viento helado la azotó. Todo su cuerpo le dolía por lo mucho que temblaba y las puntas de sus orejas ardían de frío. Se colocó la capucha sobre las orejas y se acurrucó más profundamente en el forro de piel. Qué dulce sería meterse debajo de las sábanas con una taza de té.
Milori se encontraba a unos pasos de distancia, iluminado por la luz de la luna y el resplandor del hielo. Fenris yacía a su lado, con los ojos amarillos entrecerrados y fijos en Clarion. Eso la dejó helada. La visión de Milori, prácticamente luminoso, el espacio iluminado por las estrellas entre ellos brillando, hizo que su corazón se acelerara. Sus botas crujieron en la nieve cuando se acercó a él. Él le ofreció la mano. Ella la aceptó y, con la mano libre, tomó un puñado del pelaje de Fenris.

—Sube. —Y después de eso, Milori emprendió el vuelo. La levantó y la estabilizó mientras ella trepaba sobre la espalda de Fenris. El lobo emitió un gruñido poco entusiasta para mostrar su desagrado.
Clarion le dio una palmadita en el hombro. “Lo siento, muchacho”.
Fenris resopló. En cuanto ella se acomodó, él se puso de pie.
El cambio de peso de él la hizo perder el equilibrio y tuvo que aferrarse a su pelaje para no caerse.
Milori estuvo a su lado en un instante, flotando en el aire y preparado como para atraparla. Cuando pareció que no se desplomaría (de manera bastante humillante, pensó) en la nieve, se relajó.
—Supongo que debería haberte advertido que aguantaras —dijo Milori, en tono de disculpa—. Vámonos.
Salió corriendo y el lobo lo persiguió con valentía. Por segunda vez esa noche, ella sintió que estaba volando. Incluso con sus alas atadas. Frente a ellos, Milori era apenas un destello de luz contra la oscuridad del bosque, serpenteando y esquivando carámbanos y ramas cargadas de nieve. Clarion casi se rió mientras procesaba exactamente lo que estaba haciendo. Si alguien de las estaciones cálidas la veía así... Imaginar sus reacciones atónitas la deleitaba mucho más de lo que debería. Por lo menos, ahuyentaba parte de su tristeza.
Milori los condujo hasta la frontera entre el invierno y la primavera. En cuanto Fenris se tumbó, Clarion se deslizó de su espalda y cruzó apresuradamente el puente. Cuando cruzó hacia la primavera, se desabrochó los botones con dedos entumecidos y temblorosos y dejó que su abrigo se acumulara a sus pies. El frío del invierno todavía persistía en su piel, pero desplegó sus alas: rígidas, pero aún doradas y completas.
La ansiedad de Milori se disipó y el alivio que iluminó su rostro la hizo sentir extrañamente nerviosa. Él descendió de donde estaba flotando y se sentó en el puente. —¿Cómo te sientes?
—¿Físicamente? Estoy bien. —Se frotó las manos, complacida de descubrir que la sensación estaba volviendo lentamente a sus dedos. Retrocedió unos pasos, hasta que estuvo lo suficientemente lejos como para que el frío que emanaba del invierno ya no pudiera alcanzarla, y suspiró—. Sólo estoy decepcionada de no haber podido ser de más utilidad. No sé a dónde iremos a partir de ahora. Pero saber que nuestros reinos solían estar tan cerca...
No podían dejar que Elvina siguiera adelante con su plan.
—Lo sé. —Después de un momento, con más vacilación, preguntó—: ¿Qué opinas de lo que dijo el Guardián?
Si hay algo más fuerte que el miedo, es la esperanza.
Clarion se quitó la nieve del pelo distraídamente. “Que él tiene más fe en mí que yo misma”.
Milori la miró con el ceño fruncido. “Creo que eres capaz de mucho más de lo que crees”.
Su pecho se encogió con la repentina fuerza de su emoción. “¿Cómo puedes decir eso? Acabas de conocerme”.

Como si fuera lo más obvio del mundo, dijo: “Porque fuiste creada para esto. Lo siento cuando te miro. Tal vez sea tu magia. Tal vez seas tú. Sea lo que sea, tienes un aura a tu alrededor. Infundes respeto, sí, pero más que eso, inspiras esperanza. Es la primera vez que lo siento en mucho tiempo”.
El rostro de Clarion se calentó. Se sintió abrumada, tanto que olvidó por completo cómo hablar. "Oh".
La expresión de Milori se tornó tiernamente inexpresiva, como si se hubiera dado cuenta tardíamente de que había dicho todo eso en voz alta. —Perdóname —dijo apresuradamente—. No quise...
—No —lo interrumpió—. Por favor, no te disculpes. Es lo más amable que me han dicho en la vida.
Estaba hecha para esto? Clarion nunca lo había creído. Pero con sus ojos grises fijos y sinceros en los de ella, casi podía convencerse de que era cierto. Tal vez, si se permitía pensar en ello, si fingía, aunque fuera por un momento, que estaba a la altura de la corona que pronto sería suya...
Tal vez ella podría hacer esto.
Valía la pena luchar por un Pixie Hollow, completamente unido y seguro. Por mucho que le diera miedo, tenía que intentarlo. Por el bien de las hadas de invierno. Por el bien de Rowan y los demás. Si había alguna posibilidad de que pudieran romper el hechizo de las Pesadillas sobre sus súbditos, valía la pena correr el riesgo.
—Mañana —dijo Clarion con mucha más convicción de la que sentía—, llévenme a esta prisión. Quiero poner a prueba la teoría del Guardián.

Cuando Clarion despertó, su almohada estaba húmeda por la nieve derretida. Si no fuera por eso, podría haber creído que había soñado con su excursión al invierno. Pero entonces: allí estaba el abrigo, escondido en el fondo de su armario. Todo había sido real. Una biblioteca tallada en hielo. Cabalgando sobre un lobo a través de los matorrales nevados. Un libro que describía talentos que habían desaparecido hacía mucho tiempo. Y un chico de pelo blanco que la transportaba a través del frío.

Creo que eres capaz de mucho más de lo que crees.

Tal vez la magia del talento onírico aún viva en ti.

Parecía esperar demasiado, pero esa noche descubriría con certeza si podía sellar la barrera y despertar a sus súbditos de su letargo. Esa mañana, la preocupaban mucho. Por eso, tan pronto como se preparó, le pidió a Artemisa que la escoltara hasta los Campos de Matricaria, donde los talentos curativos realizaban su trabajo. Era uno de los lugares más pacíficos. Rincones de verano, un prado tapizado de matricaria y salpicado de manantiales de aguas cristalinas. Beber de ellas tenía un efecto calmante, por lo que los curanderos siempre tenían frascos de su agua a mano.

Clarion no pudo evitar sentir una punzada de alivio al ver que todavía no había sido tocado. No todos en Pixie Hollow tuvieron la misma suerte. El día anterior, un enjambre de pulgones de pesadilla había descendido sobre los huertos de calabazas de Autumn y los campos de algodón, drenándoles la vida. Ella no lo había visto, pero Artemis le había transmitido los rumores que había escuchado de los otros exploradores.

Cuando el sol apareció en el horizonte, Clarion y Artemis habían llegado a la clínica, un espacio enclavado en el tronco ahuecado de un arce. Aterrizaron en uno de los hongos que servían de porche delantero de la clínica, que estaba abarrotado de una variedad de mecedoras. Había luces encendidas en la ventana, incluso a esa hora temprana. Los talentos curativos se turnaban a todas horas para asegurarse de estar siempre disponibles para ayudar a las hadas que lo necesitaban.

Clarion vaciló frente a la puerta, aspirando el olor amargo y cítrico de la matricaria. Una terrible mezcla de nervios y culpa le revolvía el estómago. No había ido a visitar a Rowan ni a los demás desde que los habían atacado, y no sabía si podría enfrentarlos.

"¿Listo?", preguntó Artemis gentilmente.

Su voz y su presencia firme la hicieron sentir firme. Tal vez *"lista"* fuera una palabra fuerte, pero podía hacerlo. Clarion asintió.

Llamó a la puerta y una mujer con talento para la curación le abrió. Llevaba un vestido blanco de lirios de agua con volantes y el pelo negro recogido en una cofia de enfermera. Solo unos pocos mechones ondulados se le escapaban y se posaban sobre su piel ocre.

—Buenos días —dijo alegremente, y se sobresaltó visiblemente al ver quién estaba en la puerta—. ¡Oh, Su Alteza! Yo tampoco lo esperaba. ¿Qué lo trae por aquí?

—Me gustaría visitar al Ministro de Otoño. Aunque ya sabía la respuesta, Clarion no pudo evitar preguntar: —¿Ha habido algún cambio en su condición?

Las alas de la curandera se inclinaron, al igual que su sonrisa. —No, lamentablemente. Lamento no tener mejores noticias. Hemos estado trabajando duro en un antídoto, pero yo...

—Sé que todos están haciendo lo mejor que pueden —dijo Clarion con dulzura—. ¿Me llevarían con él, por favor?

Con una inclinación de cabeza, la curandera la condujo a ella y a Artemisa hasta la sala de enfermos, pasando por una cortina de suculentas con forma de collar de perlas. Clarion se detuvo en seco en la puerta cuando las náuseas amenazaron con apoderarse de ella. Nunca había visto esa habitación tan llena. Once catres, cubiertos con musgo y semillas de cardo mariano, estaban tendidos en el suelo con once cuerpos demasiado inmóviles sobre ellos. El inquietante silencio de la habitación se apoderó de ella como el frío del invierno.

—Los dejaré a ustedes dos para que se visiten —dijo el curandero.

Clarion se movió silenciosamente entre las filas, su resplandor trazaba los rasgos atormentados de cada hada que pasaba, hasta que se detuvo junto a la cama de Rowan. Tenía el ceño fruncido mientras soñaba sus sueños inquietantes, y su cabello castaño rojizo caía desordenado sobre la almohada. Las líneas marcadas de sus pómulos parecían aún más prominentes. Verlo así le encogía el corazón. Sentirse tan impotente la frustraba tanto como le dolía.

—Lo siento —susurró.

Cuando cerró los ojos, algo rozó los límites de su conciencia. No podía identificar con exactitud la sensación. Era tan fugaz e inexplicable como un estremecimiento a plena luz del día, una sensación de que algo no iba bien, incluso cuando no parecía que nada fuera así. Con cada momento que pasaba, aquello, fuera lo que *fuese* , se arremolinaba en el teatro de su mente. Una brizna de luz fría y oscura que emitía pequeñas chispas de luz siniestra se enroscó en la mente de Rowan.
¿Era ésta la magia que lo ataba en su sueño?
Cuando concentró su atención en ello, se tambaleó hacia atrás, sorprendida. Sintió escalofríos en la piel y sus pulmones se vaciaron de golpe. Sus costillas se contrajeron, tan fuerte que sintió que no podía respirar más. Clarion nunca había sabido cómo había sido su miedo, pero imaginó que se sentía algo así. Se tambaleó y dio un paso atrás, alejándose del ministro.
—Su Alteza —Artemis estuvo a su lado en un instante, sujetándola por el codo. Su mirada estaba fija con cautela en el ministro—. ¿Estás bien?
Clarion tardó unos instantes en recuperar la voz. “Creo que sí”.
Lentamente, Artemisa soltó el brazo de Clarion. “¿Qué pasó?”
—No lo sé exactamente. —Clarion se frotó la sien. Con cierta distancia entre ellos, el terror aflojó su dominio sobre ella, lo suficiente para que pudiera pensar con más claridad. Había podido *ver* el poder persistente de la Pesadilla, como un nudo o cadenas pesadas que lo ataban al reino de sus pesadillas. ¿Podría esto confirmar la teoría del Guardián? Por pequeña que fuera, tenía *alguna* conexión con la magia desvanecida de los talentos oníricos. Solo tenía que esperar que fuera suficiente para reparar la barrera deshilachada que habían dejado atrás.
Por el bien de todos, ella no podía fallar esta noche.
"Has venido a visitarnos."
Clarion se sobresaltó y Artemis inclinó la cabeza murmurando "Su Majestad".
Elvina había salido de una habitación trasera con una curandera, con las manos entrelazadas y una expresión solemne. La cortina suculenta crujió suavemente detrás de ella. Allí, a la luz de la mañana, Clarion se dio cuenta de lo agotada que parecía la reina.
“Sí”, dijo Clarion. “Quería ver cómo estaban”.
Elvina solo asintió. Habían tenido la misma idea, después de todo. A Clarion se le ocurrió que esto, al menos, los conectaba; sin importar cuán Sus ideas diferían, compartían tanto el dolor como el amor por sus súbditos.
Después de un momento de silencio, Elvina dijo: “Mañana tienes una reunión con el Ministro de Verano”.
Clarion suspiró al recordar su horario. “Sí, lo haré”.
“Más tarde ese día, tendrás una consulta para tu vestido de gala de coronación y la prueba final de tu vestido de coronación. Solo te quedan dos semanas antes de que…”
—Lo sé —interrumpió Clarion, con un toque de impaciencia.
Elvina la miró atónita.

Cuando se dio cuenta de que había interrumpido a la Reina de Pixie Hollow, bajó la mirada con deferencia. No había tenido *la intención* de ser tan grosera, pero la idea de vestidos de baile, menús y ceremonias... No podía soportarlo, no cuando estaba rodeada de todas las hadas a las que no había logrado proteger. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer excepto fingir? "Quiero decir... Sí, estoy al tanto. Gracias".
Elvina se recompuso y señaló hacia la habitación de los enfermos. —Es bueno que te preocupes por ellos, pero quiero asegurarme de que te concentres en tu coronación y en dominar tu magia antes de eso. Yo me encargo de las Pesadillas.
“He estado concentrado…”
Elvina arqueó una ceja. —La Ministra de la Primavera me dijo que parecías distraída la última vez que te vio.
—Son solo nervios —dijo Clarion vacilando y cruzó la habitación para flotar junto a Elvina—. Y no puedo evitar preocuparme un poco. Incluso si tu plan tiene éxito, no despertará a estas hadas.
La expresión de Elvina se ensombreció, pero puso una mano sobre el hombro de Clarion. —Encontraremos una manera. Mientras tanto, nos aseguraremos de que nadie más caiga. Mi plan está avanzando. Nuestro calderero real me ha estado ayudando.
—Petra —dijo Clarion, casi por reflejo. Elvina parecía incapaz de recordar su nombre—. Bien.
Racionalmente, *sabía* que no debería haberse sentido decepcionada. No era como si Petra pudiera desobedecer a la reina tan fácilmente, no cuando podían quitarle su posición como calderera real. Y, sin embargo, todavía le dolía.
“Eso está bien”, dijo Clarion. “Ella tiene mucho talento”.
Elvina pareció relajarse un poco. “Entonces trata de no preocuparte demasiado. Yo me encargo de esto”.
“Por supuesto”, dijo ella.
Pero lo único que podía pensar era: *No, lo soy.*

Justo antes del atardecer, Clarion metió su abrigo, sus guantes y sus botas en una bolsa. Abrió las puertas del balcón y salió a la luz de la hora dorada. La luz del sol se filtraba espesa como el jarabe a través de las ramas del árbol de polvo de hadas, creando sombras moteadas en la tierra. Las hojas suspiraban suavemente con la brisa, como si se despidieran de ella.
—¿Se va otra vez, Su Alteza?
Artemis estaba sentada en su lugar habitual, hojeando un libro. Artemis ya se había acostumbrado tanto a su rutina que no se molestaba en levantar la vista de... lo que fuera que estuviera haciendo. Clarion entrecerró los ojos para

mirar la portada; el título se parecía sospechosamente a *El lenguaje del amor de las flores* .
Clarion resopló: “¿Qué estás leyendo?”
—Nada. —Artemis cerró la puerta de golpe y me miró con enojo. Luego, recuperando el decoro, se aclaró la garganta y añadió—: Por favor, no te quedes fuera hasta muy tarde.
—No lo haré —dijo sonriendo inocentemente—. Por cierto, le gustan los narcisos.
Artemis se sonrojó. Clarion saludó con la mano y luego emprendió el vuelo hacia Winter.
Cuando llegó, Milori ya la estaba esperando... y no estaba solo. Un búho nival, el doble de alto que él, estaba a su lado. Se le heló la sangre de la aprensión. Desde que había llegado, le habían inculcado que las aves rapaces eran una de las mayores amenazas para la raza de las hadas. ¡Y allí estaba Milori, acariciándolo como si fuera tan dócil como un ratón! En verdad, las hadas de invierno no temían a nada.
“¿Qué”, dijo ella, “¿eso es?”
—Esta es Noctua —respondió Milori, como si fuera una respuesta perfectamente completa a su pregunta. Después de un momento, añadió—: Es una lechuza nival.
había *dicho* que le gustaban los búhos. “No estabas bromeando”.
Los ojos amarillos de la lechuza brillaban en la oscuridad que se avecinaba. Se movía con ese errático cauteloso que Clarion nunca había confiado demasiado en los pájaros, y su cabeza giraba de forma antinatural sobre el cuello de la lechuza. Estaba atada por una de sus aterradoras patas con garras; Milori sujetaba el extremo como si fuera una correa.
—Nunca bromearía sobre búhos —dijo solemnemente.
-Entonces estás loco.
Milori se limitó a sonreír: “¿Te gustaría conocerla?”
Clarion se tragó un gemido de terror. —Oh, sí. Nada me gustaría más.
Dejó caer su bolso y recuperó su equipo de invierno. Una vez que se abrochó el último botón del abrigo, cruzó el borde y dejó que el frío del invierno fluyera sobre ella como agua. Mientras se acercaba, no pudo evitar pensar que Milori lucía más cálido bajo el sol poniente, con sus alas atravesadas por tonos de oro bruñido y rojo tenue. Y ahora que se obligó a mirar de cerca, no pudo negar que Noctua era una criatura hermosa. Sus plumas brillaban tan blancas como la nieve, tan blancas como el cabello de Milori. Un amuleto de cristal colgaba de una cuerda enrollada alrededor de su cuello; las riendas colgaban por su espalda.
—Vamos a montarla, ¿no? —preguntó Clarion tan alegremente como pudo.
—Bueno... —Milori tomó las riendas y desató la pierna de Noctua—. Será *más* rápido que caminar.
“¿Estás seguro de esto?”, preguntó Clarion.
—Estás a punto de enfrentarte voluntariamente a las Pesadillas —dijo—, y tienes miedo de un búho.

Ella resistió el impulso de golpearle el brazo. “No le tengo miedo”.
Le dedicó una media sonrisa irónica, como si quisiera decir: « *Está bien* ».
Y, para su crédito, solo preguntó: «¿Vamos?».
—Si es necesario —murmuró.
Con un suspiro de resignación, Clarion se subió a la espalda de la lechuza. Noctua giró la cabeza 180 grados para fijarla con una mirada amarilla inquisitiva. Clarion consideró arrojarse de inmediato al suelo de nuevo. Si esta bestia despegaba con Clarion todavía sobre su espalda, caería en picado hacia su muerte con las alas atadas como estaban. Nunca un hada había tenido miedo a las alturas hasta ahora.
Afortunadamente, Milori pronto se unió a ella. "Espera."
Clarion rodeó con sus brazos la cintura de Milori. Él empujó a la lechuza hacia adelante; sin dudarlo, Noctua emprendió el vuelo. El viento le azotó el rostro. Su estómago se revolvió. Clarion contuvo un grito mientras se elevaban hacia el cielo que se oscurecía. Presionó su frente entre los omoplatos de él, aunque solo fuera para no ver con qué rapidez dejaban atrás el suelo firme.
“¡Odio esto!”
Milori se rió, un sonido cálido que casi hizo que todo valiera la pena. *Casi*.
Cuando finalmente se permitió mirar, la vista era espectacular. Habían volado lo suficientemente alto como para que Clarion sintiera que podía extender la mano y arrancar la pálida luna de sus órbitas. El cielo. Las alas de Noctua atravesaron las nubes bajas, dejando rastros blancos tras ellas. Luego, se lanzaron en picado. Su cabello se agitó salvajemente a su alrededor, bailando entre las ráfagas cada vez más espesas.
Milori guió a Noctua hasta una rama y se deslizó por su espalda. Luego, le ofreció una mano a Clarion y la ayudó a bajar a los bancos de nieve. Clarion giró lentamente en un círculo, absorbiendo su entorno con un temor creciente. En esta sección del Bosque de Invierno, los árboles se volvían extraños. Sus troncos pálidos se alzaban en líneas rectas y rígidas, y su corteza estaba en espiral y anudada con formas oscuras que parecían ojos. Las ramas en lo alto arañaban el cielo y, justo delante, podía ver un claro en los árboles.
Un escalofrío la recorrió y algo en lo más profundo de su mente le dijo: « *Corre*». Era la misma voz que había oído cuando se enfrentó a la Pesadilla en Otoño, que se alzaba sobre ella con sus horribles ojos violetas.
Algo en este lugar estaba *mal* .
"¿Dónde estamos?"
—Un lugar al que van pocos —dijo Milori con tristeza—. Sígueme.
Cuando salieron de la sombra de los abedules y entraron en un claro al pie de las montañas, Clarion tardó un momento en procesar exactamente lo que estaba viendo. Un enorme lago se extendía ante ellos, congelado y mirando a la luna como un ojo negro. Todo en ella se resistía a ello.
Correr.
—Esta —dijo Milori— es la prisión de las Pesadillas.

Cuando pisó la superficie, Clarion lo siguió de mala gana. Una tenue magia protectora brillaba y titilaba dentro del hielo, pero ella podía distinguir vagamente el agitarse de las oscuras aguas debajo. Las profundidades vacías, como el vacío, la inquietaban más de lo que quería admitir. Y entonces, un destello de algo... —Un ojo violeta, se dio cuenta, fijo en ella siniestramente — atrajo su atención y le heló la sangre. No, eso no era agua.
Lo que sea que estaba debajo del hielo estaba *vivo* .
“Las pesadillas están debajo del lago”.
—Sí —dijo Milori—. Así es.
A Clarion se le encogió el corazón al oír la amargura de su voz. No podía imaginarse la carga que soportaba. No solo tenía que preocuparse por sus súbditos, sino también por esas criaturas contra las que era completamente impotente. ¿Cómo sería saber que uno era responsable de ellas? ¿Pasar los días escuchando, observando, esperando algo que no podía evitar?
—Milori… —Se quedó en silencio. ¿Qué podía decirle para consolarlo?
Él la miró y abrió los labios como si quisiera responder.
Pero justo en ese momento, sintió como si todas las Pesadillas del lago se volvieran hacia ella. La conciencia de su presencia le hizo cosquillas en la piel. Esa desesperación instintiva por huir volvió a surgir en su interior y le provocó un escalofrío desgarrador en la columna vertebral. Lo dominó lo mejor que pudo y siguió a Milori hacia el centro del lago. Con cada paso, las Pesadillas hervían de furia. Parecían encogerse ante cada una de sus pisadas.
“Aquí estamos.”
Clarion vio el problema al instante: el hielo estaba agrietado. A la luz del día, apenas se notaba, pero allí, en la oscuridad, tenía unas grietas que dejaban un brillo siniestro, como si lo que había debajo estuviera empezando a burbujear. Se agachó junto a la superficie destrozada para examinarla más de cerca. Pudo distinguir los hilos dorados de la barrera de la magia de los sueños. Allí, se había vuelto tan delgada y hecha jirones como una colcha vieja. Unas cuantas Pesadillas habían atravesado la barrera mágica y se habían acumulado justo debajo del hielo como un derrame de tinta, rechinando los dientes con avidez.
Una terrible comprensión se desplegó a través de Clarion. “Lo van a destrozar”.
“Exactamente”, dijo. “He intentado sellar las grietas con hielo, pero cada vez que vuelvo, es como si no hubiera hecho nada”.
No le sorprendió oír eso. Aunque los más grandes permanecieron atrapados bajo la red de hilos de sueños, estos perseverarían hasta crear un hueco lo suficientemente amplio para escapar. Los demás solo tenían que esperar hasta que la barrera mágica se deteriorara lo suficiente para dejarlos pasar también.
A menos, por supuesto, que pudiera fortificarlo.
Clarion cerró los ojos y se concentró en las fibras deshilachadas y antiguas de la magia del talento onírico. Podía verlas, brillantes como la luz de las estrellas, titilando en la oscuridad detrás de sus párpados, de la misma

manera que había podido detectar el poder de la Pesadilla en la mente de Rowan. Cuando se imaginó que cerraba los dedos alrededor de ese hilo dorado, la felicidad floreció en su interior. Quería envolverse con él como si fuera un suéter, acurrucarse en su reconfortante calidez. En realidad, no se sentía tan diferente de su propia magia. Pero también podía sentir cuán débil era ahora el poder de ese sueño.

Si pudiera tejer la luz de las estrellas en los agujeros que el tiempo había creado en ella...

Invocó su magia. Mientras la luz dorada emanaba de su piel, un siseo, amortiguado por la gruesa capa de hielo, se elevó debajo de ella. Un sudor frío se acumuló en su nuca mientras concentraba su energía en sus manos. Su primer pensamiento no fue *controlar* sino *proteger* .

Su magia se entrelazó con el tapiz de la magia de los sueños. Mientras las Pesadillas aullaban de rabia, su poder iluminó todo el mundo con oro. Milori la miró con asombro, con los labios entreabiertos suavemente. Ella tuvo que apartar los ojos de él para mantener la concentración. Una vez que terminó de coser el segmento raído de la barrera, Milori pudo congelarse sobre el hielo destrozado.

Algo retumbó en las profundidades de la prisión. El hielo tembló bajo sus pies. Su magia titiló como una vela que se apaga y sintió que su trabajo se deshacía como una hilera de puntadas sueltas. Una sacudida de pánico la recorrió.

—¿Puedes aguantar? —gritó Milori.

"Creo que mier—"

Un estruendo resonante resonó en el claro cuando una Pesadilla se lanzó contra la barrera. Clarion se tambaleó y luego perdió el equilibrio sobre el hielo resbaladizo. Su estómago se hundió cuando sus pies resbalaron debajo de ella. La conexión con su magia se rompió y aterrizó con fuerza de espaldas. Se quedó sin aliento y un dolor agudo irradió a través de sus alas. Dolía ... Y, sin embargo, lo único en lo que podía pensar era en la frustración. Había estado tan cerca. Todo lo que quedaba de su intento era una fina capa de polvo de hadas sobre el hielo iluminado por la luna, cuyo brillo se desvanecía como una brasa moribunda. Las sombras nadaban amenazadoramente debajo de ella, exudando una malicia palpable.

—¡Clarion! —gritó Milori—. ¿Estás bien?

Antes de que pudiera responder, se escuchó el sonido sordo del hielo al romperse. Justo detrás de Milori, una forma oscura se elevó como humo desde las profundidades del lago. Se arremolinó y luego se expandió como una gota de tinta en el agua. Clarion pudo distinguir la forma de unas alas que se desplegaron y bloquearon la escasa luz de la luna.

—Milori —susurró.

Todo el color desapareció de su rostro. Lentamente, se giró para mirarlo. La figura humeante de la Pesadilla se retorció y burbujeó hasta que adoptó una forma reconocible: un cuervo. Uno por uno, diez ojos violetas parpadearon y se abrieron sobre su cuerpo; todas sus pupilas temblaron,

como si lucharan por enfocar. Sus garras se flexionaron experimentalmente. Luego, batió sus alas, una, dos veces, enviando una ráfaga de aire fétido en su dirección. Se elevó más alto en el cielo, con todos sus ojos fijos en ella. El cuervo de la Pesadilla chilló y luego se lanzó hacia ella.
No pensó. Se dio la vuelta. Un dolor intenso la atravesó, pero las garras de la Pesadilla se clavaron en el lugar donde había estado tumbada hacía apenas unos momentos. La bestia se recuperó casi al instante y volvió a atacarla. El corazón le latía tan fuerte en los oídos que apenas podía oír el sonido de su propia respiración entrecortada. Su sola presencia le ponía los pelos de punta y le enturbiaba la mente con el estribillo constante de *corre, corre, corre* ...
La pesadilla se lanzó contra ella. El terror que había intentado reprimir bullía demasiado cerca de la superficie. No podía detenerlo. No podía hacer esto. No podía...
Una ráfaga de escarcha lo desvió de su curso. El cuervo aterrizó en un montón sobre el hielo, disolviéndose en humo antes de volver a formarse, más horrible que antes. Sus alas se desplegaron, con muchas articulaciones y goteando sombras viscosas mientras se elevaba hacia los cielos. Soltó otro grito, tan penetrante que Clarion lo sintió resonar en sus propios huesos. Se zambulló, con las garras extendidas hacia Milori.
—¡Noctua! —gritó—. ¡Ahora!
Noctua chilló, un sonido de pura furia. Cayó sobre la Pesadilla como una tormenta de nieve, con sus aleteos y sus garras desgarradoras. Desgarraron el cielo, una maraña de blanco y negro. Clarion observó con el corazón en la garganta hasta que Noctua logró liberarse, con un rastro de humo goteando de su pico como sangre.
Clarion decidió que tal vez tendría que revisar su opinión sobre los búhos.
La Pesadilla aprovechó la oportunidad. Con un batir de sus alas desmoronadas, ascendió hasta quedar recortada por la pálida cara de la luna creciente. Luego, con un último grito, se zambulló y desapareció en el bosque.
Clarion se desplomó de rodillas y luego golpeó el hielo con el puño mientras gritaba frustrada. ¿Cómo había podido ser tan *inepta* ? Ya había tenido suficiente y luego lo había dejado escapar. A medida que la adrenalina se agotaba, Se fue y empezó a temblar de nervios. Su respiración pesada llenaba el aire de niebla.
—Clarion. —Milori mantuvo la voz firme, pero Clarion reconoció el pánico estrangulado cuando lo escuchó.
"Lo siento mucho. Nunca debí haber..."
—Clarion —repitió, esta vez con más firmeza—. Estás sangrando.
Bajó la mirada. Una mancha roja floreció en su brazo. Ahora que la había notado, el dolor y el frío la inundaron. Se agarró la herida para detener la hemorragia, pero se estremeció al sentir que su piel húmeda ya se estaba enfriando. "Oh".
La manga de su abrigo se había roto.

No entres en pánico. Clarion exhaló un suspiro tranquilizador. Mientras sus alas permanecieran aisladas, no corría ningún peligro.
Milori voló sobre la corta distancia que los separaba. “¿Estás bien?”
—Es sólo un rasguño —dijo apresuradamente. Un rasguño profundo, sí, pero no ponía en peligro su vida—. Lo siento. No pude hacerlo.
—No. *Soy* yo quien debería disculparse. —La expresión de Milori era agónica—. Te puse en peligro.
Milori ya cargaba con demasiada culpa. Se negó a dejar que la añadiera a su lista. Lo señaló con el dedo. —No *hiciste* nada. Me puse en peligro y, como futura reina de Pixie Hollow, no aceptaré nada distinto.
Parecía que quería insistir en el asunto, pero lo había pensado mejor ahora que ella había ejercido su autoridad sobre él. —Voy a reparar el daño que le hicieron al hielo. Después de eso, deberíamos llevarte a un sanador.
Clarion se apretó el antebrazo con más fuerza, temblando al sentir la sangre que brotaba de los huecos de sus dedos. —Sí, creo que es una buena idea.
Milori dudó, como si fuera a desplomarse si él apartaba la mirada aunque fuera por un instante. Con el ceño fruncido, se dio la vuelta. Clarion Observó cómo se le subían los hombros mientras tomaba una respiración profunda. Remolinos de cristales de hielo brotaban de sus manos extendidas como niebla, brillando a la luz de la luna. La escarcha florecía en el suelo formando patrones fractales y luego se cristalizaba sobre el hielo destrozado, como cerámica rota reparada con dorado.
Cuando terminó, silbó para llamar a Noctua. La lechuza se acercó a él inmediatamente, ululando suavemente en señal de reconocimiento. En cuanto aterrizó, apoyó la cabeza contra su pico y murmuró: "Gracias".
Noctua esponjó sus plumas con satisfacción. Ver el vínculo entre ellos, y cuán rápido Noctua había saltado para protegerlo, le llegó a Clarion en algún lugar sensible.
"Ella es increíble", dijo Clarion suavemente.
Milori se animó. Hasta Noctua parecía pavonearse.
—Sí que lo es —la sonrisa de Milori se desvaneció al cabo de un momento —. ¿Puedes subir? Le diré que nos lleve a los talentos curativos.
—Creo que sí. —Clarion trepó a la espalda de Noctua con toda la gracia que pudo. Cuando se estabilizó, frunció el ceño y miró su brazo—. Aunque puede que me cueste sostenerme.
—Me aseguraré de que no te caigas —respondió sin dudarlo. Clarion nunca había conocido a nadie que tuviera la costumbre de hacer juramentos tan solemnes con tanta facilidad.
No podía pensar demasiado en ello, porque cuando Milori se unió a ella, le rodeó la cintura con un brazo. Un rubor le subió por el cuello ante su repentina cercanía. No, supuso que no caería. El aroma a pino y agua fría y la promesa de nevada irradiaban suavemente de su piel. Su presencia mitigaba la sensación de hormigueo de la ira de las Pesadillas que la taladraba. Así, casi podía creer que estaba a salvo. Sin pensarlo, Clarion giró

la cara hacia el hueco del cuello de Milori y trató de no notar la forma en que su respiración se agitaba.

14

Noctua los llevó a un extenso arbusto de acebo donde los talentos curativos del invierno habían establecido su clínica. Todas sus hojas eran afiladas y plateadas bajo la luz de la luna, y ramilletes de bayas rojas goteaban de las ramas cubiertas de nieve. Todo estaba increíblemente silencioso a esa hora. Clarion no escuchó nada más que el aleteo de las alas de Noctua mientras aterrizaba.

Milori la ayudó a bajar de su asiento y la condujo a través de un hueco abierto en las ramas de acebo. Una luz pálida se filtraba a través de los huecos de las hojas, dibujando dibujos en el suelo duro y haciendo brillar la escarcha. Mientras caminaban, el sendero comenzó a descender.

—¿Es subterráneo? —preguntó Clarion con cierta sorpresa.

—Solo un poco —respondió Milori—. Lo mantiene aislado del viento.

«Qué ingenioso», pensó Clarion. Allí dentro hacía un calor notablemente mayor que fuera. Aun así, cada bocanada de aire que respiraba formaba una nube. El frío se filtraba por el desgarrón de su abrigo, pero apretó los dientes para evitar que castañetearan. Se detuvieron frente a una cortina de liquen. Intentó no notar la sangre que se formaba en las yemas de sus dedos y cómo caía al suelo.

—¿Hola? —gritó Milori suavemente.

La cortina se abrió y apareció el rostro de una mujer con talento para la curación. Tenía la piel oscura y el cabello blanco que enmarcaba su rostro con rizos apretados. Al igual que las sanadoras en las estaciones cálidas, llevaba un vestido blanco; éste, observó Clarion, estaba hecho de prímulas.

—Milori... —Su sonrisa vaciló cuando vio a Clarion, y fue reemplazada por una sorpresa momentánea. Clarion supo que debía haber lucido bastante bien. La sangre se había secado en sus manos y empapado el hermoso abrigo que Petra le había hecho, tiñendo el oro de un rojo lívido. La mitad de su cabello se había soltado de la trenza y colgaba desaliñado y parcialmente congelado sobre sus hombros—. ¿Quién es?
—Ésta —dijo débilmente— es la Princesa Clarion.
Clarion observó al menos diez emociones pasar por el rostro de la curandera antes de decidirse por la consternación. “¿Y cómo, si se me permite la pregunta, ha acabado en esta situación?”
Hizo una mueca. “Nos hemos metido en problemas”.
—Ya lo veo —dijo con preocupación—. Y tú...
—Estoy bien —dijo rápidamente, levantando las manos.
—Bien. —La curandera volvió a adoptar una expresión de severo desagrado, pero Clarion pudo ver el cariño que sentía por él: una especie de familiaridad nacida de conocerse durante mucho tiempo. A Clarion le asombraba la naturalidad con la que los súbditos de Milori le hablaban—. Ten más cuidado con ella de ahora en adelante.
Él, castigado, respondió: “Lo haré”.
—Me gusta —le susurró Clarion a Milori, sin poder evitar esbozar una sonrisa burlona.
—Pensé que podrías —dijo—. Este es Yarrow.
—Es un honor para mí conocerla, Alteza —dijo Yarrow con una reverencia —. Ojalá fuera en mejores circunstancias.
—Yo también —dijo Clarion, momentáneamente aturdida. Qué raro que la trataran con respeto y calidez. Cómo deseaba que las estaciones cálidas fueran más como ésta.
Yarrow los hizo pasar a través de la cortina de liquen y entraron en la sala. Clarion se quedó inmóvil en la puerta, con la mano apretada contra el pecho. La habitación estaba llena de catres construidos con plataformas de nieve y cubiertos con un entramado de ramitas. Todos ellos albergaban hadas atrapadas en sus atormentados sueños. Había muchas más de ellas aquí en Invierno. El corazón de Clarion se dolía por ellas... y por Milori, que observaba la habitación con una expresión de pura culpa.
No es tu culpa, quiso decir, pero Yarrow la instó a que lo hiciera. Colocó a Clarion en un catre cubierto de mantas. Clarion se puso una sobre los hombros y suspiró aliviada.
Milori se inclinó más cerca y murmuró: "¿Estarás bien solo por unos minutos?"
—Por supuesto —dijo ella alentadoramente—. Ve.
Él asintió con la cabeza, con gratitud en el rostro. En unos momentos, había atravesado el piso de la habitación del enfermo y había comenzado a hablar con otro sanador en voz baja. De vez en cuando, lanzaba una mirada preocupada a las hadas dormidas.

Yarrow, que había estado acomodando con mucho cuidado las mantas y las almohadas a su alrededor, dijo: “Ha estado aquí todos los días, ¿sabes? ¿Estás lo suficientemente abrigada?”
Clarion apartó la mirada de Milori, avergonzada de que la hubieran pillado mirándola. —Sí, gracias. ¿De verdad?
Yarrow asintió. “No hay nada que pueda hacer, pero…”
Pero él se siente responsable, añadió Clarion. Ella conocía bien ese sentimiento particular. “Sé que se preocupa mucho”.
—Sí. Es amado en invierno. —Yarrow hizo una pausa por un momento, como si eligiera cuidadosamente sus siguientes palabras—. Me alegro de que te haya encontrado. Ha pasado mucho tiempo desde que lo vimos tan... esperanzado.
Clarion se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Se arrepintió cuando sintió que su piel se calentaba y se sonrojaba. “No es nada que *yo haya* hecho”.
—Como tú digas —dijo ella sonriendo con complicidad—. Bueno, vamos a echarte un vistazo.
Clarion dejó que la manta se deslizara por su hombro y le ofreció el brazo. Ver la sangre le revolvió el estómago, pero no había examinado la herida con atención. La tela rasgada de su abrigo se le pegaba a la piel, ocultando la peor parte de la herida.
Yarrow chasqueó la lengua con desaprobación. —No puedes quitarte el abrigo, así que tendré que cortar la manga para ver mejor.
Clarion se encogió. Petra iba a matarla por haber destrozado su obra maestra de esa manera, pero ese era un problema para otro momento. —Está bien.
Yarrow asintió y se retiró a otra habitación de la clínica. Allí, en la sala principal, todo estaba oscuro y acogedor a la luz de las velas. Todo brillaba con la luz que se reflejaba a través de los carámbanos que goteaban del techo. Los estantes que cubrían las paredes estaban abarrotados de libros y teteras, cáscaras de bellota llenas de tinturas y cuencos de vidrio marino con hierbas secas. El aire olía a tierra y a verde. Hasta ahora, Clarion nunca se había dado cuenta de cuántas cosas crecían en invierno. ¿Cómo había podido alguien creer que allí no había vida?
Dejó que su atención volviera a centrarse en Milori, que había empezado a ayudar a la otra talentosa curandera. Fueron de un lado a otro de la cama, ayudando a cada hada a beber sorbos de agua. Su corazón se agitó con un cariño terrible. ¿Cómo había podido pensar que era frío, aunque fuera por un momento?
Unos minutos después, Yarrow regresó con una canasta tejida, una taza de piedra que humeaba con el frío y unas delicadas tijeras para tela. Cortó la manga manchada de sangre y Clarion siseó de dolor cuando la herida quedó expuesta al aire helado. Yarrow dejó las tijeras en una mesa auxiliar con un chasquido y se agachó para inspeccionarla más de cerca. Giró el antebrazo de Clarion con cuidado de un lado a otro. "Está limpio, pero es bastante

profundo. Voy a tener que suturártelo. Debería sanar rápido, pero tendrás que dejarte un vendaje para la herida durante esta noche".
Clarion sintió un pequeño alivio al saber que no tendría que justificar su lesión ni comprometerse a tomar la cuestionable decisión de usar mangas largas en verano. “Está bien”.
Yarrow rebuscó en una cesta y sacó una aguja fina con forma de gancho, así como una cataplasma de enebro, usnea y linaza envuelta en un paquete de hojas. Trabajó en silencio, limpiando y suturando la herida. Clarion miró fijamente a la pared, obligándose a no estremecerse con cada tirón del hilo a través de su piel. Cuando Yarrow terminó de untar la cataplasma y aplicar un vendaje, le entregó una taza.
"¿Qué es esto?"
“El abeto balsámico y la gaulteria”, dijo Yarrow. “Ayudarán con la curación y la inflamación”.
Clarion se llevó la taza a los labios. Olía a resina y también tenía ese sabor. Pero le calentó las manos y, en ese momento, eso era todo lo que podía pedir.
—Gracias.
Milenrama la miró con severidad. —Intenta no irritar la herida antes de que se cierre. No hagas nada extenuante.
"No lo haré."
—Te enviaré a casa con esta cataplasma también. Aplícala una vez al día. —Entrecerró los ojos—. No lo olvides.
Clarion podía ver cómo Milori se dejaba mimar. Yarrow era bastante enérgico. Con una risa, Clarion dijo: "No lo haré".
—Bien —Yarrow la observó pensativa—. Espero que vuelva pronto, Alteza... aunque quizá no *aquí* ... Hay mucho que ver en invierno que no tiene nada que ver con ese horrible lago. —Hizo una pausa y su expresión se iluminó cuando se le ocurrió algo—. Milori es un patinador sobre hielo muy talentoso, ¿sabe? Estoy segura de que él le enseñaría.
Clarion sonrió radiante: “Me encantaría”.
Solo tenía que descubrir cómo detener a las Pesadillas antes de que el plan de Elvina tomara forma. No podía abandonar a las hadas de invierno en manos de las Pesadillas. Se negó. Esa convicción la llenó de un fuego decidido.
Tan pronto como Yarrow pasó al siguiente paciente, Milori reapareció a su lado. "¿Cómo te sientes?"
Clarion le ofreció una pequeña sonrisa. Yarrow había limpiado la sangre de su piel. Ahora, todo lo que quedaba era una prolija línea de puntos. Lo sorprendió observándola, un mechón de cabello blanco cayendo de su lugar mientras inclinaba la cabeza. Ella resistió el impulso de enderezarlo.
—Mucho mejor —dijo—. Un poco resfriada.
"Deberíamos llevarte a casa."
Hogar. Cada vez temía más dejar a Winter. “Bien. Buena idea”.
Afuera, Noctua los esperaba, con sus blancas plumas esponjosas y brillando fríamente a la luz de la luna. Los dos subieron y, esta vez, cuando Milori la

rodeó con un brazo, Clarion se sintió agradecida por el contacto cercano. Su antebrazo desnudo le escocía por el frío y el viento que se deslizaba por debajo de la manga hecha jirones la helaba hasta los huesos. Noctua emprendió el vuelo hacia la primavera y las espesas ráfagas de viento se arremolinaron a su alrededor. Incluso en la oscuridad, el invierno era de una belleza impresionante. Bosques interminables de pinos cubiertos de nieve se extendían hacia ellos.
Clarion inclinó la cabeza hacia Milori hasta que pudo ver su perfil delineado por la luz de las estrellas. Así, desprevenido y perdido en sus pensamientos, parecía muy serio.
Hacía mucho tiempo que no lo veíamos tan esperanzado.
No podía creer que hubiera tenido ese efecto sobre él. Y, sin embargo, si era cierto, quería sacarlo de su tristeza tanto como pudiera. "Bueno, eso no salió como estaba planeado".
Ella le hizo reír a carcajadas. Era un sonido agradable, que resultaba aún más dulce por lo poco frecuente que era. —No, desde luego que no.
"Pero encontraremos una manera", dijo. "La próxima vez será mejor".
—La próxima vez —repitió, tan solemne como una promesa.
—Primero tendré que arreglarme el abrigo —dijo, tirando de un hilo suelto de su manga—. No estoy segura de cuánto tiempo me llevará. La primera vez tardó unos días en hacerlo.
—No me importa —dijo—. Te esperaré.
Clarion frunció el ceño y fijó la mirada al frente. Había algo terriblemente vulnerable en su rostro. *Soledad.* ¿Cómo no iba a estarlo? Pasaba el tiempo estudiando libros ilegibles, de pie en la frontera o patrullando una prisión que no podía vigilar. Estaba tan obligado a cumplir con su deber... y siempre estaba destinado a fracasar.
—Podría ir a visitarte —dijo, y de inmediato deseó poder decirlo de otra manera. Sonó demasiado ansiosa para sus propios oídos. Se aclaró la garganta y agregó—: Si vas a estar allí esperando de todos modos, podemos planificar nuestra estrategia sobre cuáles serán nuestros próximos pasos.
Igualando su fingida despreocupación, él respondió: "Como desees".
Ella le dirigió una mirada que decía: *¿Como* deseo *?*
Al parecer, no pudo mantener la fachada, por lo que cedió: “Me gustaría eso”.
No se equivocó al notar el leve ardor rosado en las puntas de sus orejas.
“Bueno, entonces”, dijo, “te veré mañana”.
Sus labios se curvaron en una suave sonrisa. “Mañana.”
Una extraña ligereza, una especie de *vértigo*, la invadió por dentro. Aunque volaban muy por encima de los Bosques de Invierno, Clarion tuvo la clara sensación de estar en caída libre. Entre las Pesadillas y Milori, se había metido en muchos más problemas de los que esperaba.

A la mañana siguiente, Clarion y Artemis se encontraban frente a la puerta de Petra al amanecer. A pesar del peligro en el que se encontraba, Clarion se había despertado de un humor extraño. Eso fue, por supuesto, hasta que procesó que estaba a punto de arruinarle el día a Petra, o incluso el mes entero. En su mochila estaba el abrigo roto y manchado de sangre que Petra había cosido tan generosamente para ella. Si había alguna buena noticia que sacar de toda esa terrible experiencia, era que las botas habían escapado de la pelea con apenas un rasguño.
“¿Vas a tocar la puerta?”, preguntó Artemisa.
Clarion se dio cuenta de que había estado mirando fijamente la puerta y que había apretado la mandíbula. Hizo un esfuerzo para que su rostro se relajara. "Me estoy preparando mentalmente".
Artemis le lanzó una mirada que estaba entre comprensiva y compasiva. —Seguro que lo entenderá.
—Ya veremos —respondió Clarion con escepticismo. Ni siquiera Artemis parecía del todo convencida de sus propias palabras—. Puede que tengas que intervenir.
“Estoy listo.”
—Bien. —Suspiró y llamó a la puerta—. Petra, soy yo.
Apenas pasó un segundo antes de que Petra abriera la puerta de golpe. Parecía cansada, pero como si hubiera estado despierta durante bastante tiempo. Su rostro ya estaba manchado de grasa y el calor de su forja emanaba de manera constante desde su interior. —¿Tienes idea de qué hora es?
Clarion sonrió inocentemente. “¿Dawn?”
—Exacto... —Se interrumpió con un chillido ahogado cuando vio a Artemis —. Oh, buenos días.
—Buenos días —respondió Artemisa con voz forzada.
Clarion dejó que su mirada se moviera de uno a otro por un momento, tratando de no dejar que se notara su exasperación. —¿Vas a invitarnos a pasar?
Petra gimió, pero se hizo a un lado para dejarlos pasar. —Tienes esa mirada otra vez. ¿Qué es esta vez?
Lo mejor era acabar con esto de una vez, decidió Clarion. Recogió una nueva pila de escombros de la mesa de la cocina de Petra y luego volcó el contenido de su bolso sobre la superficie.
Petra dejó escapar un suave gemido de consternación. “¿Qué has *hecho* ?”
Clarion hizo una mueca. “Puede que haya tenido un pequeño accidente”.
Artemisa la miró fijamente y dijo: *Podrías haberlo manejado mejor.*
—¡Todo mi duro trabajo se arruinó! ¡Completamente arruinado! —Petra recogió la manga irregularmente cortada del abrigo. Después de inspeccionarla un momento, la arrojó al otro lado de la habitación con un grito de sorpresa—. ¿Eso es *sangre* ?
—Baja la voz —susurró Clarion—. Sí, es sangre. No hay de qué preocuparse.

Petra agarró a Clarion por los hombros y los sacudió. Con el rabillo del ojo, vio que Artemis se movía, como si estuviera debatiendo si intervenir o no. Al final, dejó escapar un suspiro de resignación y cruzó los brazos tras la espalda.
—¿Cómo *que* no hay de qué preocuparse? —preguntó Petra—. Hay monstruos sueltos, y de repente has decidido vagar por los Bosques de Invierno, ¿y ahora te presentas en mi puerta con sangre en la ropa?
Por mucho que le molestara la sugerencia de que estaba *de juerga* , cuando Petra lo expresó así, Clarion supuso que sonaba un poco mal. “Parece mucho peor de lo que es. No estoy herida. No estoy mal, de todos modos”.
Se subió la manga para mostrarle a Petra la fina tira de gasa que llevaba atada al antebrazo. Afortunadamente, ocultaba los puntos que había debajo. Petra la soltó y se desplomó pesadamente en un sillón. Algo que había en el rincón más alejado de la habitación se volcó y cayó al suelo con un ruido metálico. Petra apenas se inmutó. —Sé que dije que no quería saberlo, pero he decidido que no saberlo es mucho peor que la alternativa. ¿Qué te pasa?
Había algo en su voz más profundo que su ansiedad habitual. Había una verdadera súplica allí, y Petra la miraba con una acusación en sus ojos: *Siento que ya no te conozco.*
Odiaba decepcionar a Petra y no saber cómo detenerse. Pero si no podía ser honesta con ella, ¿qué amistad tenían realmente? Clarion no podía perderla después de todo lo que habían pasado juntas.
“Si te lo cuento”, dijo Clarion, “tienes que prometerme que no se lo dirás a nadie”.
—No le dije a nadie que ibas a ir al Bosque de Invierno antes —dijo derrotada—. Pero odio guardar secretos, Clarion. Sabes que soy terrible en eso, pero... lo intentaré. Por ti.
Con toda la ligereza que pudo reunir, Clarion dijo: "Tienes que prometerme que tampoco gritarás".
Petra la fulminó con la mirada, lo que Clarion decidió tomar como una señal de aprobación.
“Hace unas dos semanas, cuando vi por primera vez a la Pesadilla en Pixie Hollow, fui a la frontera de Winter. Pensé que encontraría un rastro allí. No lo encontré, pero había algo más allí... bueno, *alguien* ”. Respiró profundamente. “El Guardián de los Bosques de Invierno”.
Petra parecía estar al borde del desmayo o de la combustión. —¿El Guardián de los Bosques Invernales? ¿Conociste *al* Guardián de los Bosques Invernales?
—Sólo escucha —Clarion la tomó del codo—. Al principio estaba un poco escéptica. No es tan malo una vez que lo conoces.
—Qué tranquilizador. —Petra rió sin aliento, con un sonido entrecortado. Entonces, algo se le ocurrió—. ¿Os habéis visto varias veces, entonces?
"Algunos."
Petra jadeó. “¿Cruzaste la frontera para verlo?”
Clarion se sonrojó. —Sí. Pero...

—¿Te escapas para ver a un *chico* ? —Petra parecía disgustada, pero no tenía ninguna intención de hacerlo. Nunca había tenido buen ojo para los hombres gorrión; la sola idea de encontrar uno lo suficientemente atractivo como para arriesgar la vida y la integridad física por él era sin duda desconcertante.
Artemisa emitió un sonido que sonó sospechosamente como una risa ahogada.
—¡No es así! —protestó Clarion, y se dio cuenta demasiado tarde de que no era exactamente una negación. Los ojos de Petra brillaron con un triunfo feroz—. Hemos encontrado una forma de detener a las Pesadillas. Por eso necesito tu...
—¿Y así es como se ve detenerlos? —Petra señaló con el dedo el abrigo arrugado en la esquina—. No deberías participar en esto. Es demasiado peligroso.
Clarion no pudo evitar que la frustración se reflejara en su voz. “Estoy tan cansada de que me digan que las cosas son demasiado peligrosas”.
—Pero lo *son* ... Sé que nunca te ha preocupado, pero algunos de nosotros somos felices escondidos en nuestros rincones.
“Petra…”
—No. No uses tu voz de reina conmigo —dijo, casi suplicante—. No lo haré. No puedo verte llegar a casa así otra vez. Soy una curandera, no una sanadora. Puedo remendar tu abrigo, pero a *ti no* .
Por un momento, permanecieron en un frágil silencio, mirándose el uno al otro a través de la oscuridad del taller de Petra. Clarion se sintió realmente monstruosa. ¿Era eso realmente lo que Petra pensaba de ella? ¿Que ella era una especie de instigadora imprudente que había ignorado su incomodidad durante todos estos años?
Artemis, sintiendo claramente que necesitaban espacio, salió por la puerta sin decir palabra. Cuando se cerró detrás de ella, Clarion recuperó la voz. Tuvo que luchar para no sentir dolor. "No te lo pediría si tuviera otra opción. No hay nadie más en quien pueda confiar".
Petra suspiró con inquietud. “Tanto tú como Elvina dependen de mí para que sus planes funcionen. Estar en esta posición no es fácil para mí”.
—Lo sé —dijo Clarion sintiéndose culpable—. Pero su plan es un error. Es deber de la reina garantizar el bienestar de sus súbditos, no dejar que todo un reino se las arregle solo.
Petra frunció el ceño y distraídamente tomó un par de tijeras de costura, el conflicto era evidente en su rostro.
“Lamento haberte puesto en esta situación”, continuó Clarion, “y seré lo más cuidadoso que pueda. Pero no puedo dar la espalda a esto. No lo haré, tenga tu apoyo o no, porque por primera vez siento que estoy haciendo lo que se supone que debo hacer”.
Petra gimió: una señal reveladora de que su rendición estaba cerca. “Bien. *Bien.* Considéralo mi regalo de coronación. Pero si vuelve a mí hecho pedazos…”

—No lo hará —interrumpió Clarion sin aliento—. Gracias, Petra.
—Quédate con tu gratitud. —Se volvió hacia su mesa de trabajo y comenzó a reorganizar sus herramientas—. Simplemente vive.
A Clarion se le quedó la respiración atrapada en la garganta. —Lo haré.

“¿Su Alteza?”

Clarion se despertó sobresaltada y se encontró desplomada sobre su escritorio, algo poco digna. Al menos logró evitar caerse de la silla por la sorpresa. Se giró hacia la puerta, donde una talentosa costurera de aspecto agobiado se cernía sobre el umbral. Artemis se alzaba justo detrás de ella, con una expresión de disculpa que parecía decir: *Traté de detenerla.*

—Hola —dijo Clarion con voz adormecida.

Las yemas de sus dedos hormigueaban por el entumecimiento que sentía al apoyar la cabeza sobre el antebrazo. La luz del atardecer se filtraba por la ventana, algo que a Clarion le causó cierta consternación. Llevaba horas dormida y apenas recordaba cuándo exactamente se había quedado dormida. Desde luego, no había tenido intención de echarse una siesta.

Confusamente, volvió sobre sus pasos. Después de su discusión con Petra esa mañana, había llegado tarde a la reunión semanal del consejo, donde procedió a derramar el contenido de su taza de té sobre sus notas, así como sobre el nuevo vestido de la Ministra de la Primavera. Cuando regresó a su habitación, todavía acalorada por la vergüenza, había intentado descifrar el remolino de té y tinta en su cuaderno...

Eso debió haber sido la solución. Claramente, trasnochar y levantarse temprano no le sentaba bien.

—No quiero interrumpir —dijo la talentosa costurera con delicadeza—. Pero tienes que probarte un vestido.

Se había olvidado por completo de que hoy tenía que probarse un vestido. Patch, la costurera real, sin duda estaría disgustada por su tardanza. Ella ya

había confeccionado un vestido para su coronación, pero Clarion necesitaría uno nuevo para el baile.
—Gracias —Clarion se hundió las palmas de las manos en los ojos—. ¿Nos vamos?
El talento de la costura la llevó al estudio de Patch. Los talentos de ayudantes, incluidos los talentos de quitar el polvo y los talentos de pulir, se apresuraban por los pasillos y seguían a los talentos de organizadores. Clarion había empezado a llamar a estos últimos el Círculo de Confianza de Decoradores de Elvina. Revoloteaban por el palacio, gritando órdenes a sus asistentes y evaluando cada detalle del trabajo de los demás. Notó que su guía de talentos de costura los evitaba de manera llamativa y experta.
Cuando finalmente llegaron, fueron recibidos con un abrupto “¡Ahí están!”. Patch flotaba en el centro de su estudio. Era de complexión delgada, rasgos angulosos y tez blanca como el abedul, como si no hubiera visto el sol en mucho tiempo. Su cabello castaño oscuro estaba trenzado en una prolija trenza que caía pulcramente sobre su elegante capa de lirios negros. Una cinta de sastre le rodeaba el cuello como una serpiente.
Mientras Patch se arreglaba con prendas oscuras, había rollos de tela de todos los tonos imaginables apilados en los estantes que cubrían la habitación. Prendas a medio terminar cubrían los maniquíes esparcidos por todo el espacio, y todo el estudio parecía brillar bajo la luz del sol, que se reflejaba en el espejo colocado en su marco ornamentado y relucía en las madejas y más madejas de telaraña que Patch había reunido en cestas. Justo afuera de la ventana, una enorme red se extendía entre las ramas del árbol de polvo de hadas, cada hebra como un hilo de oro a la luz de la tarde. Allí era donde Patch obtenía la seda para sus espectaculares bordados y encajes. Sin duda, Fil, su compañera tejedora de orbes, estaba descansando en el centro de su red.
Pero lo que más impresionó a Clarion cuando entró en la sala fue la Ministra del Verano. Aurelia estaba sentada en un sillón, dormitando bajo la luz del sol, con una elegante mano apoyada en la barbilla. Llevaba un vestido de pétalos de girasol, cuyo dorado vibrante contrastaba con su piel negra. Como siempre, lucía tan radiante y luminosa como el verano mismo.
—Ministro —dijo Clarion sorprendido—. ¿Qué hace usted aquí?
Los ojos dorados de Aurelia se posaron sobre ella con curiosidad. "Te extrañé antes".
Clarion se dio cuenta de que no había podido reunirse con Aurelia porque se había quedado dormida. —Oh, no. Lo siento *mucho* .
—Sucede —Aurelia hizo un gesto con la mano para quitarle importancia—. No es nada que no pueda discutir contigo aquí. Quería saber tu opinión sobre el menú del baile de la coronación. He traído a algunos de mis talentos culinarios, pero Patch los ha desterrado de esta sala.
Patch fulminó al ministro con la mirada. —Porque si manchan ese vestido, yo...

—Paz. —Aurelia reprimió un bostezo—. Puede esperar hasta que hayas terminado.
"Bien."
Patch no perdió tiempo en llevar a Clarion detrás de una mampara. Allí la esperaba su vestido para el Baile de la Coronación. La tela brillaba intensamente y se movía entre sus manos como el agua. Clarion se quitó el vestido, haciendo todo lo posible por ocultar su brazo herido. Patch, si es que lo notó, no lo comentó. Le puso el vestido de gala con una facilidad experta y luego la guió por los hombros hasta el espejo de la sala principal.
"¿Qué opinas?"
En verdad, era lo más hermoso que Clarion había tenido en su vida. Las faldas del vestido eran un manto de tela dorada que se desplegaba formando una larga y elegante cola. Las mangas, hechas de tela transparente, caían hasta el suelo. Cuando se movía, ondeaban detrás de ella como una capa. Así, casi se sentía como una reina. “Es perfecto, Patch. Me encanta”.
Clarion vio las miradas de aprobación de Aurelia y Patch reflejadas en ella.
—Excelente —dijo Patch, visiblemente satisfecho—. Haré algunos ajustes finales.
Los veinte minutos transcurrieron en un abrir y cerrar de ojos. Mientras Patch colocaba alfileres en el dobladillo y las mangas, la Ministra del Verano se disculpó un momento... sólo para regresar con su séquito de talentosos cocineros. Patch irradiaba un descontento palpable mientras preparaban lo que a Clarion le pareció un servicio de té completo en la esquina de su estudio.
“Si encuentro una mancha en cualquier cosa, aunque sea una *gota* …”
—No lo harás —dijo Aurelia, completamente imperturbable.
Los dos comenzaron a discutir, pero Clarion apenas podía concentrarse en lo que decían. Sin nadie que le hablara directamente, todas las cosas que intentaba mantener a raya la rodearon: su inminente coronación, las Pesadillas, Milori.
Tenía que regresar a Winter lo más rápido que pudiera.
Finalmente, una vez que Patch terminó de colocarle alfileres en el vestido, la llevó de regreso a la mampara para que pudiera volver a ponerse el vestido con el que había llegado. Patch dobló el vestido de fiesta casi con reverencia sobre su brazo y luego gritó: "Es toda tuya, Aurelia".
Cuando Clarion volvió a aparecer, Aurelia se había instalado en la mesa que los talentosos cocineros habían dispuesto en la esquina. Sobre uno de los manteles de encaje de seda de araña adornados de Patch había uno de los banquetes más decadentes que Clarion había visto nunca. Un expositor de varios niveles exhibía una impresionante muestra de tartas, algunas rellenas de rodajas finas de calabaza y tomate, otras con rodajas de albaricoques y moras. Al lado había un bol de gazpacho de sandía, adornado con una ramita de menta y un chorrito de aceite de oliva. Había incluso un pastel de ciruelas, con bolitas de mermelada que olían a cardamomo y canela.

Todo rebosaba de colores y aromas veraniegos. Evocaba una alegría pura, o al menos así debería ser. Al mirarlo todo, Clarion sintió un frío extraño. ¿Cómo podía sentarse allí a planear una fiesta después de lo que había visto en invierno? Tantas hadas dependían de ella para salvarlas. Pero en ese momento, Aurelia estaba sentada frente a ella con algo parecido a la anticipación en su expresión.

Clarion se obligó a sonreír mientras ocupaba su lugar frente a Aurelia. “Todo luce increíble”.

Aurelia se relajó un poco. “Podemos hacer los ajustes que desees”.

Clarion miró fijamente el despliegue de platos. No sabía por dónde empezar, ni cómo lograría superarlo, cuando el estrés le había robado casi todo el apetito. Aun así, llenó su plato con una pequeña muestra de cada plato y comenzó a comer sin probar casi nada.

A la mitad del primer bocado, Aurelia dejó escapar un suspiro. “Su Alteza, ¿pasa algo? Veo que está en otro lugar”.

Clarion tragó saliva sin masticar del todo. “No, nada”.

Aurelia la miró fijamente con una mirada evaluadora. —¿La misma cosa que te impidió conocernos, tal vez?

Ella hizo una mueca. “Es que… todo está sucediendo demasiado rápido”. Cada día, la coronación se acercaba más y más a ella y sentía cada vez más que no podía cumplir con sus compromisos con todos. El tiempo se le escapaba entre los dedos. Y ahora, temía que ni siquiera sus relaciones más cercanas fueran sólidas.

—Ah —Aurelia se quedó pensativa—. Especialmente en el Continente, el verano es una estación de opuestos: una época en la que quieres no hacer nada y hacerlo todo. Los humanos tienen las mismas probabilidades de pasar un día entero tumbados en el césped que de permanecer despiertos toda la noche bailando bajo las estrellas. El calor tiene ese efecto sobre ellos.

Cómo le gustaría tener ese lujo. “Ya veo.”

“Lo que quiero decir, supongo, es que el verano nos anima a saborear nuestro tiempo, de la forma que elijamos”.

Clarion bajó la mirada hacia su plato y, distraídamente, empujó una tarta con el tenedor. Tal vez fuera un buen consejo, pero no se le ocurría ninguna manera de ponerlo en práctica. Había demasiada presión y demasiado en juego para ella. “Me resulta difícil saborear este momento”.

Aurelia la miró con el ceño fruncido. —Como el verano, este breve momento antes de que asciendas al trono es fugaz. Piensa, entonces, en él como un momento para estar consciente de lo que quieres y de en quién quieres convertirte.

Siempre he querido cosas que no debería, le había dicho una vez a Milori. Pero ahora ya no estaba tan segura. Cuando se permitía soñar, pensaba en Pixie Hollow, unida y segura. Pensaba en la calidez del invierno, donde el respeto no significaba distancia. Pensaba en Milori.

Esos momentos de libertad y felicidad habían parecido algo así como poder. ¿Cómo *sería* si saliera de su ¿Si ella confiaba en sus instintos? ¿Si hacía lo

que sentía que era correcto, no lo que le habían enseñado? La convicción se sentía como la luz del sol, iluminándola desde adentro. Tal vez su corazón nunca la había guiado por el mal camino.

Esa tarde, Clarion regresó a la frontera. Allí, sentada con las piernas cruzadas en el puente entre la primavera y el invierno, podía sentir el leve susurro del frío sobre su piel... y la brisa con nieve que se enroscaba alrededor de su muñeca. Se sentía como si la llamara para que se acercara, invitándola a flotar sobre la hierba pálida, congelada y rígida por la escarcha. Nunca escaparía de su atracción ahora que había experimentado de primera mano lo mágico que era ese lugar, un lugar donde había bibliotecas talladas en hielo y montañas que se podían atravesar en trineo y hadas que se hacían amigas de los lobos.

Qué triste que ninguna otra hada cálida hubiera experimentado lo que ella experimentó.

Clarion se estremeció al percibir otra presencia. Cuando levantó la vista, captó el momento exacto en que Milori empezaba a descender de su vuelo. Era evidente que una parte de ella estaba en sintonía con él... o tal vez lo buscaba. Aterrizó delicadamente en la tierra junto a ella; el resplandor que emanaban sus alas plateaba la nieve como la luz de la luna. Esta vez, no se reprendió a sí misma por el vuelco que sintió en el corazón.

¿Qué daño había en permitirse esto?

—Has vuelto. —Le calentó el corazón ver su expresión de agradable sorpresa y saber que él había esperado con ansias ese encuentro tanto como ella.

—Te prometí que estaría aquí esta noche —replicó Clarion—. Además, Yarrow me dijo que podrías enseñarme a patinar. Tengo que volver para eso.

—¿Lo hizo? —La sorpresa se reflejó en sus rasgos antes de que pudiera controlar su compostura—. Imagino que es porque no te vio caer del trineo. ¿Quién sabe qué pasará cuando te pongamos en el hielo?

Clarion lo miró con enojo, pero se dio cuenta de que no podía expresar mucho entusiasmo ante el brillo en sus ojos. Lentamente, se sentó en el suelo junto a ella. Se sentaron casi rodilla con rodilla en la oscuridad, lo suficientemente cerca como para tocarse. El solo pensamiento le picó la piel como si fuera electricidad. *Era ridículo,* se reprendió a sí misma. Habían estado mucho más cerca que esto la noche anterior. Pero claro, eso había sido por necesidad. De alguna manera, esto la hacía sentir mucho más vulnerable. Especialmente cuando él la miraba así. Clarion no podía decir qué exactamente vio allí, pero hizo que un terrible anhelo surgiera dentro de ella.

—Te enseñaré algún día. —Hablaba en voz baja, casi melancólica, como si se hubiera perdido en un ensueño. Clarion tardó un momento en recordar lo

que habían estado discutiendo.
"Te haré cumplirlo", dijo ella, un poco sin aliento.
Milori recorrió el borde de su manga. —¿Cómo está tu brazo?
—Bien. —Clarion se colocó la tela hasta el codo y le dio la vuelta al brazo. Se había quitado el vendaje antes y se había sorprendido; la herida que había debajo parecía tener días de antigüedad. No había hinchazón ni complicaciones. Le ofreció una sonrisa burlona—. Deberías confiar más en tus curanderos.
Resopló. “Sí, pero soy consciente de lo afortunados que somos de que solo haya sido una herida menor. Si hubiera ocurrido algo peor…”
—Milori. —Clarion extendió la mano por encima del borde y apoyó la mano en su antebrazo. Él se quedó terriblemente inmóvil y luego levantó la mirada hacia ella. Su resplandor bañó su rostro de oro y fijó sus ojos pálidos en un brillo dorado. En llamas. Por un momento, fue muy consciente de la sensación de su piel, fresca y suave contra la suya, y del frío intenso del invierno, como si otra mano reconfortante se posara sobre la suya. La idea le hizo doler el pecho.
“No te culpes”, continuó. “Fue mi decisión cruzar. Sabía los peligros. Y aunque hubiera resultado gravemente herida, habría sido mi culpa, no tuya”. Al igual que fue su culpa lo que le pasó a Rowan. Respiró a pesar de la repentina oleada de vergüenza.
—Eso no es cierto —protestó.
—Lo es. Si tuviera un mejor manejo de mi magia, no estaríamos en una posición tan precaria. Nadie estaría atrapado en una pesadilla. Ninguno de nuestros reinos tendría que preocuparse. Pero yo no tengo que hacerlo, así que no puedo salvar a nadie. —No sabía que esos sentimientos estaban tan cerca de la superficie. No podía soportar mirarlo mientras brotaban de ella. Ahora que había abierto la compuerta, descubrió que no podía evitar expresarlos—. ¿Qué clase de reina seré? Soy la única hada en todo Pixie Hollow que no puede hacer lo único para lo que nació.
Milori puso su mano sobre la de ella, alejando el familiar frío del aire. Ella no se había dado cuenta de que había comenzado a hundir sus dedos en su brazo. Ciertamente no se había dado cuenta de lo cerca que había estado de llorar. Lentamente, aflojó su agarre sobre él, y se quedó con nada más que el borde embotado de su desesperación. Después de un momento, él la soltó, y Clarion retiró su brazo hacia el calor de la primavera. La falta de contacto se sintió más como una pérdida de lo que debería.
“No debes culparte por cosas que están fuera de tu control”, dijo Milori.
Se rió con fuerza, parpadeando para evitar que las lágrimas se derramaran. Se pasó las yemas de los dedos por debajo de los ojos. "No puedes simplemente devolverme mi consejo. No hasta que tú mismo lo pongas en práctica".
—En ese caso, me retracto. —Sonrió apenas—. No eres la reina sin talento que crees ser. Puedes *usar* tu magia, incluso si no está a tu altura. Lo vi con mis propios ojos.

—Muy pocas veces —protestó Clarion—. Además, apenas soy consciente de ello cuando logro blandirlo. Eso no cuenta.
“Empiece por ahí entonces.”
Clarion soltó una risa sobresaltada. “¿De verdad vas a darme una lección de magia?”
—Compláceme —dijo, inclinándose hacia ella y poniendo una rodilla en el pecho—. ¿Qué sientes en esos momentos?
—¿En los momentos en que más me resulta? —Clarion suspiró, recostándose sobre las palmas de las manos. Inclinó la cabeza hacia el cielo y observó cómo la luz se disipaba lentamente—. Miedo. Durante el ataque de la Pesadilla en Otoño, me llegó en un instante.
Milori se inclinó hacia delante, intrigado. —¿Y cuando se te escape?
¿A dónde exactamente quería llegar con esto?
—Me recuerdo a mí misma. Recuerdo dominar mi miedo. Controlar mi voluntad y darle forma. Recurrir a mi poder, creo, es fácil. Es moldearlo para convertirlo en algo útil... —Se quedó callada al ver su expresión, entre incrédula y preocupada—. ¿Por qué me miras de esa manera?
—No es nada —dudó—. Es solo que me parece que tratar de reprimir tu miedo te está perjudicando. De hecho, parece que accedes a tu poder con mayor facilidad cuando tratas de proteger a los demás, cuando tienes miedo por los demás pero eres lo suficientemente valiente para actuar.
Él le dirigió otra mirada significativa, que parecía decir: Ese *es el tipo de reina que serás.* Clarion desvió la mirada. Él tenía una incómoda habilidad para desafiar las peores opiniones que ella tenía sobre sí misma. La hizo sonar casi noble.
—Tal vez —frunció el ceño—. Pero eso es lo que Elvina me dijo que debía hacer. Dijo que es más fácil acceder a nuestro poder cuando la mente está despejada.
—Quizás ella lo conceptualiza de manera diferente a ti. —Milori extendió una mano. En un instante, el aire que tenía ante él comenzó a brillar. Delicados cristales de hielo brillaron en la puesta de sol, girando y fusionándose en un orbe de hielo en su palma—. Nadie me enseñó a hacer esto. Ese es el caso de la mayoría de las hadas de invierno. No lo digo para confirmar lo que temes, pero... Perdóname por hablar fuera de lugar, pero es posible que ese consejo te haya hecho más daño que bien. Ya sabes cómo aprovechar tu magia. Todas las hadas lo saben. ¿Qué pasaría si dejaras de lado lo que ella te dijo?
En su interior surgió una obstinada resistencia. Elvina no la habría engañado. Al menos, no intencionadamente. Durante toda la vida de Clarion, Elvina había sido la imagen de una reina perfecta: todo aquello que sabía que debía imitar. Naturalmente, eso se extendía a la forma en que ejercía su magia. Pero la evaluación de Milori tenía un terrible sentido. Cada vez que Clarion intentaba controlar la chispa de magia que había arrancado de la fuente de luz estelar de su interior, las paredes de su mente se derrumbaban. Le

desconcertaba que alguien que la había conocido durante tan breve período de tiempo hubiera llegado hasta el corazón.
Piensa en ello como un momento para estar consciente de lo que quieres y de quién quieres llegar a ser.
"No estoy seguro de cómo."
“Ya lo lograrás”, dijo. “Estás *hecho* para esto”.
Su afirmación tranquilizadora hizo que esa voz interior, esa desagradable duda que la había atormentado durante semanas, se calmara y se acallara.
“Alentador”, respondió ella. “Pero poco práctico”.
Milori lo pensó por un momento. "Dijiste que tu magia te llega más fácilmente cuando tienes miedo. Tal vez no sea miedo —pero cuando estás completamente inmerso en un momento, ya sea positivo o negativo”.
"¿Estás sugiriendo que deje de pensar tanto?"
Volvió a sonreír con esa sonrisa irónica. Con un movimiento de sus dedos, el globo de hielo que tenía en la mano se rompió en una fina capa de escarcha. Brillaba contra su piel hasta que el viento se lo llevó. —Algo así.
No era una teoría terrible. “¿Quieres que lo intente ahora?”
"Si quieres", dijo.
¿Por qué no? No tenía ningún otro lugar donde quisiera estar.
Clarion cerró los ojos y trató de... No, no podía *intentarlo* . Eso frustraba el objetivo, cuando el objetivo del ejercicio era simplemente existir. Y, sin embargo, era muy difícil estar completamente presente cuando podía sentir a Milori allí. La timidez haría que esto fuera completamente imposible. Abrió los ojos de nuevo, preparada para decirle que no podía lograrlo, cuando verlo silenció todas sus protestas.
Él la miraba como si fuera algo digno de admiración. Su expresión se volvió suave y desprevenida cuando notó que ella lo miraba, como si no hubiera esperado que lo atraparan pero no le importara demasiado. No había forma de confundir el anhelo abierto en sus ojos. Se dio cuenta de que la había mirado así una vez antes: la primera vez que había cruzado hacia el invierno. Se preguntó exactamente cuánto tiempo había querido besarla... y se sintió muy tonta, de hecho, por ser tan inconsciente.
Y aún así, Milori permaneció sentado como congelado.
La nieve caía a sólo unos centímetros de ella en un remolino brillante y tentador. Tan cerca de la frontera, para él, su aliento era una suave columna de blanco en el aire. Clarion se acercó más, hasta que el frío le inundó el hombro y luego la oreja. Era una sensación extraña: la mitad de ella a salvo en las estaciones cálidas, la otra mitad mordida por el frío. Con cuidado, casi con reverencia, dejó que las yemas de los dedos trazaran la línea de su mandíbula y le inclinaran la cara. hacia ella. El espacio que había entre ellos era una pregunta, una que él respondió de inmediato. Su mano acunó el costado de su cuello y, aunque su tacto le heló la piel, una calidez la inundó. Clarion se inclinó completamente hacia Winter y lo besó.
Mientras sus labios se movían contra los de ella, algo burbujeó dentro de ella como agua de manantial hasta que se desbordó por completo. *Felicidad,*

pensó, mucho más pura que cualquier otra que hubiera sentido jamás... y magia. La sintió vibrar en sus huesos y entretejerse entre sus dedos, ansiosa por aplicarse. Esta vez, no se sintió como algo que tuviera que dominar. Se sintió como un río, como un pozo profundo e inagotable. Fluyó hasta que todo su cuerpo irradió una suave luz dorada.

Milori se apartó, apenas. Su frente reposó sobre la de ella mientras compartían la misma respiración trémula. Ella abrió los ojos y habría jurado que las estrellas sobre ellos brillaban más. Su brillo se reflejaba en el gris pálido de sus ojos y brillaba a su alrededor, como si las constelaciones hubieran sido atraídas hacia la tierra. El polvo de hadas brillaba en sus pestañas y en las mangas de su vestido. Bailaba alegremente en el aire y se acumulaba en el cabello de Milori como si fuera nevada, pintando todo el mundo de oro.

¿Había hecho *ella* esto?

Cuando habló, su voz era baja y llena de asombro: “Eres increíble”.

Quizás por primera vez, ella lo creyó.

Unos días antes del baile de la coronación, Elvina llamó a Clarion a su estudio. El primer pensamiento de Clarion fue: " *Ella sabe"* .
Clarion no sabía exactamente *cómo* , pero supuso que debería haber esperado que todo se derrumbara en algún momento. Milori no era un secreto fácil de guardar, después de todo, especialmente desde aquella noche en la frontera.
Tal vez Elvina se había dado cuenta de lo distraída que había estado y había enviado a alguien a seguirla. O tal vez había algo innegablemente diferente en ella. En un impulso tonto, Clarion había inspeccionado su rostro en el espejo de vanidad, buscando alguna evidencia de lo que había hecho escrita en sus rasgos. Había trazado la curva de su labio inferior, todavía agrietado y dolorido por el recuerdo de su beso. Todavía podía recordar cada detalle como si él estuviera frente a ella ahora: el frío de su piel, el calor de su mirada, el brillo brillante de las estrellas a su alrededor. Nada. Había cambiado —no realmente— y, sin embargo, se sentía consumida por su inmensidad.
La frecuencia con la que pensaba en ello podría volverla loca. Su estómago se revolvía y se revolvía casi constantemente, porque el solo hecho de pensar en él la hacía caer en picado. Su corazón se aceleraba a la menor provocación. Apenas había comido nada desde que se separaron, estaba demasiado nerviosa o emocionada o… lo que fuera que fuera ese sentimiento. No quería examinarlo demasiado de cerca, porque por mucho que la emocionara, la aterrorizaba.

Había decidido no verlo hasta que su ropa de invierno estuviera reparada; pensó que cierta distancia la devolvería a sus cabales. Pero Petra le había entregado el abrigo reparado hacía apenas una hora, y el buen juicio de Clarion no había regresado; ni siquiera había vuelto a mirar atrás desde que lo había perdido. Incluso en su ausencia, Milori la perseguía, tal como sin duda seguía persiguiendo la frontera de la primavera.
A menos que, pensó, *se arrepienta*.
Porque, sin duda, lo hizo. Había sido impulsivo y desacertado, considerando los peligros que enfrentaba Pixie Hollow. Ambos se habían dejado llevar por el momento y, esa noche, ella tendría que enfrentarse a la amarga realidad de que nada entre ellos era imposible. Oh, ¿qué iba a hacer...?
—¿Su Alteza? —preguntó Artemisa—. ¿Está todo bien?
Clarion se sobresaltó y se golpeó la rodilla contra la parte inferior del escritorio. Siseando, soltó un suspiro de dolor y se dio la vuelta para encarar a su guardia. Artemis estaba de pie junto a la puerta de su dormitorio, con una expresión bastante peculiar. A Clarion se le ocurrió tardíamente que Artemis le había informado de la citación de Elvina hacía unos minutos.
—¡Sí, por supuesto! —Clarion sonrió alegremente, aunque sólo fuera para ocultar su vergüenza—. ¿Por qué lo preguntas?
Artemis parecía estar luchando por encontrar una forma educada de responder. Después de un momento, dijo: "Tu brillo..."
—Mi... —Clarion miró hacia abajo. Ahora que Artemisa se lo había señalado, supuso que estaba mucho más brillante de lo habitual y teñido de un rubor rosado. ¿Y la luz del sol se había intensificado desde la última vez que lo miró? Ahora supuso que entendía por qué Elvina siempre advertía contra dejarse llevar por la pasión.
—Además —dijo Artemis, con el aire de alguien a punto de dar una grave noticia—, el árbol de polvo de hadas está floreciendo.
Clarion se puso de pie y se acercó a las puertas de cristal de su balcón. De hecho, las ramas que había justo afuera estaban cubiertas de nomeolvides y delicadas rosas blancas. Las miró con enojo. El árbol podía ser tan descarado a veces.
—No hay de qué preocuparse. —Clarion corrió las cortinas, ansiosa por bloquear todos los recuerdos de su *lunática*— . Estaba perdida en mis pensamientos.
Artemisa asintió, obviamente poco convencida. —¿Quieres que te acompañe hasta la reina?
Clarion supuso que no tenía sentido evitarlo, pero no estaba precisamente ansiosa por escuchar las palabras que Elvina tenía guardadas para ella. —¿Qué crees que quiere?
—Supongo que quiere hablar sobre los informes de los exploradores —respondió Artemis, con solo un toque de confusión—. Uno de sus talentos de ayuda los hizo entregar antes. Tú los revisaste... —Se quedó en silencio, como si no estuviera del todo convencida de ese último punto.
“Por supuesto que lo hice.”

Según los informes de los exploradores, las Pesadillas no habían detenido su ataque. Anoche, una con forma de gato había ahuyentado a un establo entero de ratones en las afueras de Tinker's Nook. Los puestos y los carruajes ahora eran poco más que escombros. Y dos días antes, una Pesadilla con forma de pez, lo suficientemente enorme como para tragarse el reflejo de una luna llena, había barrido varias casas de talentos acuáticos de la orilla del río. Todos reunieron tanta alegría como pudieron. Podría, pero Clarion podía sentir la inquietud que había comenzado a extenderse incluso durante las horas del día.

Pero no se atrevía a esperar que Elvina quisiera su opinión.

—Bueno —dijo Clarion con un suspiro resignado—, vámonos.

Clarion encontró la puerta del estudio de Elvina entreabierta. Se armó de valor, anunció su presencia con un suave golpe y entró. Artemis la siguió mientras pasaba junto a las filas de retratos reales y se adentraba en el torrente de sol de la tarde.

Elvina estaba sentada en una tumbona, leyendo un documento. Ese día, había renunciado a su corona y su cabello le caía sobre los hombros en ondas suaves y sueltas. Clarion podía ver los finos mechones plateados, que parecían brillar como la fría luz de las estrellas. Se veía mucho más relajada de lo que Clarion la había visto en mucho tiempo. Parte de la tensión desapareció de Clarion, reemplazada por una leve punzada de afecto. Mucho, demasiado, en realidad, pesaba sobre ella. Clarion no había apreciado completamente cuánto pesaba la corona hasta ahora.

“¿Querías verme?”

Elvina dejó a un lado el documento que estaba leyendo y, cuando levantó la vista, sonrió. —Clarion.

¿Cuándo fue la última vez que la habían recibido con tanta calidez? Clarion intentó que la sorpresa no se reflejara en su rostro mientras se sentaba en un sillón. Parecía que su secreto todavía estaba a salvo y que Aurelia no le había contado a la reina sobre su cita perdida.

Gracias a las estrellas.

En la mesa que había entre ellos había una tetera humeante y un pequeño tarro de miel. Elvina se inclinó hacia delante para servirles una taza a cada uno. —Me disculpo por lo ocupada que he estado —dijo, y le pasó una a Clarion—. Te habría llamado antes.

Clarion echó miel en su té con un cucharón de madera e inhaló el aroma terroso de la flor de zanahoria. “No hay nada por lo que disculparse. Ambos hemos estado ocupados”.

Bebió un sorbo de té para disimular su expresión y el rubor que seguramente se extendía por su rostro. Solo era una mentira en parte. Por supuesto, había seguido con los preparativos para la coronación y pasaba gran parte del tiempo preocupándose por lo poco que podía hacer hasta que Petra le arreglara el abrigo.

Sólo se hizo un momento de silencio antes de que Elvina dejara su taza de té. —Tengo buenas noticias para compartir.

Clarion se animó. Era un anuncio bienvenido; las buenas noticias parecían escasear en estos días. “¿Qué pasa?”
“Mi plan está casi listo para ponerse en acción”.
Clarion había cometido el grave error de tomar otro sorbo de té justo después de hablar. Casi se atragantó. —¿Lo es?
“Fue un proceso de ensayo y error”, continuó Elvina. “La magia que se teje entre nuestros reinos es fuerte, por supuesto. Pero los vínculos mágicos se pueden cortar como cualquier otro: con la herramienta y la técnica adecuadas”.
A Clarion se le heló la sangre en la sangre. “¿Y qué es eso?”
“Ninguna herramienta simple podría cortarlo, y mi magia por sí sola es demasiado débil”.
Elvina se levantó de su asiento y se dirigió a su escritorio. Clarion no lo había notado antes, pero un elegante objeto de metal descansaba sobre un cojín allí. Fue solo cuando Elvina lo recogió que se dio cuenta de lo que era: la empuñadura sin filo de una espada. La guarda en forma de cruz estaba elaborada de manera intrincada, con la forma de ramas entrelazadas de las que brotaban hojas, porque, por supuesto, Petra convertiría incluso un arma en una obra de arte. Fijada en su centro había una piedra solar, cuya superficie similar al vidrio nadaba con una luz naranja. Si miraba de cerca, podía ver una llama brillando en su interior. Clarion solo había encontrado otra gema como esta: la piedra lunar utilizada para transmutar la luz de la luna en polvo de hadas azul.
"Pero en el solsticio de verano, un día de gran importancia para los talentos gobernantes, nuestro poder estará en su apogeo. Petra ha construido “Usa esto para canalizar nuestra magia”. La gema brilló con la luz dorada de la magia de Elvina y una espada de luz estelar pura cobró vida. “Si empuñas esta espada en el solsticio, serás lo suficientemente poderoso para cortar los puentes. Después de eso, nada ni nadie podrá cruzar entre el invierno y las estaciones cálidas”.
Petra lo había hecho. Por supuesto que lo había hecho.
En circunstancias normales, Clarion se habría sentido orgullosa de la brillantez de su amiga y de su asombrosa capacidad para resolver problemas aparentemente irresolubles. Además, eso era lo que siempre había deseado: que sus inventos tuvieran valor. Y, sin embargo, Clarion sólo podía sentir horror por lo que Petra había hecho.
Pero entonces se dio cuenta de lo que exactamente había dicho Elvina.
"¿Cuando lo *manejo* ?"
Bajo el duro brillo de la espada, el rostro de Elvina palideció de un blanco severo. “Tienes que ser tú. Será un comienzo auspicioso para tu reinado e infundirá confianza en tus súbditos. Verán que has garantizado la seguridad de Pixie Hollow contra las Pesadillas para siempre”.
No todo *Pixie Hollow,* pensó Clarion.
No pudo encontrar una respuesta. Apenas podía comprender algo tan terrible: una espada lo suficientemente poderosa como para desgarrar la

estructura misma de Pixie Hollow. Sin importar los peligros que enfrentaban las estaciones cálidas, esto no podía estar bien. En otro tiempo, podría haber cedido. Incluso podría haber estado de acuerdo. Pero después de todo lo que ella y Milori habían pasado, después de lo cerca que habían estado, no podía contener la lengua ante un plan tan desacertado. "Esta no puede ser la única manera".

La luz de las estrellas se fue apagando hasta que Elvina se quedó con la empuñadura vacía en la mano una vez más. Sin la luz brillando en sus ojos, la expresión de Elvina se volvió ilegible, casi fría. "Estás disgustada".

Clarion se levantó tan rápido que su silla se raspó contra las tablas del suelo. Si Elvina se sorprendió por el repentino arrebato, Ella no dejó que se notara en su rostro. “¡Por supuesto que lo estoy! No puedo entender cómo estás satisfecha con este curso de acción. Me has enseñado a gobernar. Sabes muy bien que trabajamos para asegurar que cada estación llegue al Continente cuando debe. Esto va en contra del orden natural de las cosas”.

Si había aprendido algo en las últimas semanas, era que cada estación era esencial. Milori no había compartido con ella la sabiduría del invierno como lo habían hecho los otros ministros, pero no había tenido necesidad de hacerlo. Ella lo había visto de primera mano. El invierno enseñaba a perseverar, a aferrarse a la esperanza, incluso en las noches más largas y oscuras.

Elvina la miró impasible. —Quizás tenías razón cuando me confrontaste antes. No te he enseñado todo lo que necesitas saber.

Su calma serena hizo que la ira de Clarion se apagara. Con cautela, preguntó: "¿No?"

—Ya te he dicho que el invierno es autosuficiente. Es mejor que siga siendo así. —Elvina colocó la empuñadura de la espada sobre su escritorio y juntó las manos—. Hay una historia que se transmite de generación en generación entre las reinas. Es hora de que la comparta contigo.

Lentamente, Clarion se recostó en su silla. A pesar de lo furiosa que estaba, no podía negar su propia curiosidad. Los hombros rígidos de Elvina se relajaron ahora que había recuperado el control de la conversación.

—Una vez, por difícil que sea de creer, las estaciones cálidas y los Bosques de Invierno vivían en armonía. —La cadencia de la voz de Elvina cambió, como siempre lo hacía cuando compartía una historia de la historia de Pixie Hollow—. Por supuesto, fue hace mucho tiempo, un tiempo que nadie vivo recuerda. Al comprender el peligro que representaban las Pesadillas, la primera Reina de Pixie Hollow dispuso que fueran encarceladas en las profundidades de los Bosques de Invierno. También le confió al Guardián de los Bosques de Invierno la responsabilidad de proteger esa prisión. Durante un tiempo, todo Era pacífico, pero con el tiempo se resintió de su deber. Reunió a sus exploradores y organizó una rebelión contra la reina”.

—¿Qué? —interrumpió Clarion—. Pero ¿por qué haría algo así?

Elvina, sintiendo que ahora tenía toda la atención de Clarion, sonrió con ironía. —Los detalles completos de su conflicto se han perdido en el tiempo,

por desgracia. Tal vez se aburrió, o tal vez creyó que debía gobernar todo Pixie Hollow. Las reinas de Pixie Hollow tienen muchas responsabilidades y mucho poder. Tal vez no estaba satisfecho con su suerte, no tenía jurisdicción sobre nada más que su estéril reino.

Ninguna de esas explicaciones satisfizo a Clarion. Sus reinos no podían haberse separado por algo tan insignificante como la ambición o el aburrimiento. No podía creerlo, no después de haber visitado el Invierno. No después de haberse enamorado de él. *Estéril* era la peor palabra que usaría para describirlo. Era hermoso y vibrante, una estación que cualquiera se habría sentido orgulloso de gobernar.

"Sin embargo", continuó Elvina, "tengo una teoría propia. Creo que las pesadillas tienen influencia sobre las hadas del invierno".

Hizo una pausa y dejó que esa siniestra declaración se cerniera sobre ellos como una espada a punto de caer. Se deslizó bajo la piel de Clarion como el frío del invierno, llenándola de una terrible y punzante inquietud. —¿Una influencia?

—Has visto lo insidiosas que son las Pesadillas, cómo pueden hundir sus garras en la mente de un hada. ¿Quién dice que no pueden hacerlo mientras aún estás despierta? —Elvina se alisó las manos sobre la falda—. Además, no puedo imaginar qué efecto debe tener vivir junto a tantas durante tanto tiempo. Si la prisión se ha debilitado lo suficiente como para liberarlas al mundo, seguramente su poder también se ha filtrado.

Clarion se sintió enferma ante la insinuación, ante la idea de todas las hadas que había conocido a merced de los monstruos. —Crees que las Pesadillas causaron la traición del alcaide.

—Es posible, sí. —Elvina se acercó a Clarion con pasos lentos y mesurados, y luego se sentó en el borde de su chaise longue. Ahora que estaban a la altura de los ojos de nuevo, el peso de sus palabras se sentía sofocante, ineludible—. Es una pena. Significa que nunca se puede confiar plenamente en el Guardián de los Bosques Invernales.

Clarion no lo podía creer. Se *negaba* a creerlo. Se clavó los dedos en las rodillas, aunque sólo fuera para no salir corriendo. —¿Por qué no me lo dijiste antes?

—No quería abrumarte con demasiada información de golpe, especialmente cuando ya parecías tan preocupada por las hadas de invierno. —Clarion sintió esas palabras como una bofetada. Eran casi una confirmación de sus peores temores: Elvina no la creía capaz de manejar la verdad ni de cumplir con su deber. Elvina se inclinó y apoyó la mano en el brazo de Clarion. La piel de Elvina se sentía febrilmente caliente, como si cada uno de sus dedos fuera una marca abrasadora—. Pero ahora, sabes todo lo que yo hago. Y el día de tu coronación, cumplirás con el último de nuestros deberes heredados: la Reina de Pixie Hollow debe proteger las estaciones cálidas contra la influencia de las Pesadillas.

La audacia de Clarion, brevemente reprimida bajo el peso de sus antiguas inseguridades, volvió a la vida con saña. No podía escuchar ni una palabra

más de aquello. —Si eso es cierto, entonces deberíamos ayudar a los Bosques de Invierno, ¡no cortarles el paso!
—No estamos en condiciones de ayudarlos —el tono de Elvina no admitía discusión—. Es demasiado peligroso. No sabemos cómo combatirlos.
—¿Y entonces me obligarás a abandonar a las hadas del invierno a su suerte? —La voz de Clarion tembló—. ¿Debo dejar que las Pesadillas destruyan sus hogares? ¿Las eliminaré una por una? Esto no es pragmatismo, Elvina. Esto es monstruoso. No lo haré.
Elvina la miró con abierta sorpresa. Cuando se recuperó, Clarion se sorprendió de lo rápido que había recuperado su porte real como una armadura, de cómo podía llevar una simple túnica como si fuera su atuendo completo. Su tono era gélido cuando volvió a hablar. —Esto es por el bien mayor. Sé que te interesan las hadas de los Bosques de Invierno, pero debes sacarlas de tu mente. Han sobrevivido todo este tiempo por sí solas, en las condiciones más brutales. También soportarán esto.
Pero no deberían tener que hacerlo. Clarion se mordió la lengua.
Elvina tomó su silencio como una aquiescencia y suspiró, como si intentara recuperar los fragmentos de su paciencia destrozada. —Lo entenderás con el tiempo, Clarion. Tu amabilidad es un activo, pero también una carga pesada. No puedes sufrir tanto por los demás.
—Lo tendré en cuenta —respondió Clarion—. Ahora, si me disculpan, de repente me siento mal.
No esperó la respuesta de Elvina antes de huir de su estudio. Una vez que llegó a su habitación, sacó la caja que Petra le había enviado de donde la había escondido debajo de su cama. Desató la cinta cuidadosamente anudada y luego tiró de la tapa. Dentro estaba su abrigo: prístino y entero. Clarion no pudo evitar abrazarlo contra su pecho. No le importaba lo ridícula que se veía, arrodillada en el suelo con la cara enterrada en la capucha forrada de piel. No era como si hubiera alguien aquí para presenciarlo.
Una vez que dejó atrás lo peor del pánico, intentó desesperadamente ordenar el revoltijo de sus pensamientos. No importaba si lo que Elvina le había dicho era cierto o no. Todo lo que sabía era que Elvina le había dado un problema casi demasiado abrumador para asumirlo.
Ella y Milori solo tenían hasta el solsticio de verano para sellar la prisión de las Pesadillas, o Elvina condenaría a los Bosques de Invierno a un aislamiento eterno.

Cada minuto que Clarion esperó en la frontera pasó a paso lento. Ella caminó inquieta por la orilla del río, el dobladillo de su abrigo remendado ondeando detrás de ella. Mientras observaba la línea de árboles, todo lo que podía imaginar eran Pesadillas desenrollándose de las sombras, un negro bilioso y voraz. El invierno sellado como si estuviera detrás de una pared de cristal. Las raíces que los unían fueron cortadas por su propia mano. No podía soportar esa visión de sí misma, la fría y remota reina que pesaba las vidas como el grano en una balanza. Una hoja de luz estelar sostenida sobre su cabeza, humeando con su poder. La magia del Árbol de Polvo de Hadas, vaciándose en el río como sangre de una herida mortal.

Monstruoso, le había dicho a Elvina.

El oscuro torbellino de sus pensamientos sólo sirvió para agravar el miedo de volver a ver a Milori. Había pasado tantas horas reviviendo ese beso e imaginando lo que podría decirle cuando... Se reencontraron. Esas preocupaciones se sentían terriblemente lejanas ahora. Y, sin embargo, su expectación crecía con cada segundo que pasaba.

Afortunadamente, no tuvo que sufrir mucho. Milori nunca llegaba tarde. De hecho, llegó temprano.

El sol aún no había empezado a ponerse cuando llegó. La nieve se arremolinaba a su alrededor cuando aterrizó en el puente entre sus reinos con una gracia silenciosa. A pesar de todo, su corazón se agitó al verlo. Apenas se había dado cuenta de lo mucho que lo había extrañado hasta que lo tuvo allí, de pie, frente a ella. Clarion se sintió dividida entre el impulso de protegerse con la distancia y correr de cabeza a sus brazos. La mirada

cautelosa en su rostro y la rigidez de sus hombros, al menos, le facilitaron la elección. Le dolía ver una confirmación tan clara de lo que había temido. Nada podría existir entre ellos dos.
Clarion se ajustó más el abrigo mientras pisaba el puente y suspiraba al sentir la magia zumbando bajo sus pies. Las palabras se evaporaron mientras lo miraba fijamente. Como siempre, su belleza austera era como una cuchilla de hielo en el corazón. La escarcha brillaba en sus pálidas pestañas, que estaban bajas sobre sus ojos grises. Estaba evitando su mirada.
—Clarion. —Pronunció su nombre con tanta formalidad que parecía como si la hubiera llamado *Su Alteza.* El frío la hizo estremecerse por completo.
-Milori.
El silencio incómodo se hizo más tenso entre ellos. Cuando ella ya no pudo soportarlo más, soltó: —Hay algo que deberías saber —al mismo tiempo que él decía: —Quería...
Sus miradas se cruzaron y el calor se extendió por su rostro. Sus labios todavía estaban ligeramente separados, y la confesión que había estado dispuesto a hacer estaba en suspenso. Una mirada de singular vulnerabilidad se dibujó en su expresión. Clarion no pudo evitar preguntarse: Si se había equivocado, la esperanza la invadió, pero no, no podía permitirse leer nada en ello. Era solo que su vacilante intercambio los había desconcertado a ambos.
Después de un momento, sacudió la cabeza y dijo: “Por favor, tú primero”.
Clarion respiró hondo para recomponerse. Ahora que él le había cedido la iniciativa, se sentía más lúcida. ¿Por dónde empezar? De alguna manera, los peligros que el plan de Elvina planteaba para los Bosques de Invierno le parecían cielos más seguros para navegar que sus sentimientos. —Hablé con Elvina antes.
Evidentemente, no era eso lo que esperaba que dijera. Milori parpadeó, desorientado, como si estuviera despertando de un sueño inquietante. Parte de su energía nerviosa se desvaneció, pero ella pudo ver que luchaba con el deseo de pedir más detalles. Siempre paciente, respondió: "Ya veo".
Incluso en primavera, sintió un frío insoportable al recordar lo que ella y Elvina habían discutido. Cruzó los brazos sobre el pecho para evitar un escalofrío. —Me dijo que el primer Guardián de los Bosques Invernales intentó derrocar a la Reina de Pixie Hollow. En su mente, esa es la razón por la que nuestros dos reinos ya no tienen nada que ver entre sí. Peor aún, cree que las Pesadillas tenían algún tipo de poder sobre él. Que podría ser posible que volviera a suceder, y...
No podía forzar la voz para que salieran las palabras. Ni siquiera quería decirlas, ni quería hacerle las preguntas que el miedo había despertado en ella.
¿Crees que es cierto?
¿Alberga usted el mismo resentimiento que el primer director?
Clarion vio que su expresión se llenaba de certeza, lentamente, y luego de repente; parecía como si por fin hubiera podido reconstruir algo que lo había

estado desconcertando. —Te preocupa que pueda ser cierto —dijo. No había acusación en su voz, solo una especie de comprensión resignada.
La culpa la atravesó. ¿Cómo podía creer eso, cuando él y su gente no habían sido más que amables con ella? Juntó las manos para evitar tocarlo. —Solo en la medida en que me preocupas por ti. Nunca me has dado una razón para dudar de ti.
Frunció el ceño mientras la confusión lo invadía una vez más. "Nunca he visto a una Pesadilla tener poder sobre alguien que todavía estaba despierto. No creo que sea posible".
—Es un alivio —murmuró—. Seguro que hay alguna señal. ¿No has notado nada…?
Milori se movió sobre sus pies y volvió a apartar la mirada de la de ella. —Hace días que no duermo bien. Aparte de eso, no.
El miedo se apoderó de ella. —No creerás...
—No son las pesadillas las que me mantienen despierto, Clarion.
Su voz era increíblemente dulce, y tan suave que, por un momento, pensó que lo había oído mal. Cuando volvió a mirarla, la intensidad y la sinceridad que encontró en ella le calentaron los oídos. El recuerdo sensorial de su beso se despertó, recorriendo su piel en cálidos rastros y avivando su resplandor hasta convertirlo en una llamarada de color rosa. Había habido algo parecido a la devoción en la forma en que él había acunado su rostro, un juramento pronunciado en cada roce de sus labios contra los de ella. Oh, había sido tan tonta al creer que un hombre gorrión como Milori haría una sola cosa sin la intención de comprometerse por completo.
—Oh —fue una simple exhalación de sonido.
—No has vuelto. —En cada una de sus palabras se percibía una mezcla de dolor y alivio—. Al principio, me preocupé de que hubiera pasado algo. Después, me convencí de que lo lamentabas.
—No —dijo Clarion, riendo sin humor—. No me arrepiento en absoluto. Sólo lamento haber entrado en pánico y que mi miedo te haya dado motivos para preocuparte.
Eso era lo que más la asustaba: la sensación de que su corazón ahora latía fuera de su pecho. Él estaba de pie frente a ella, cerca Lo suficiente para tocarse. Y, sin embargo, no estaba lo suficientemente cerca. Clarion temía que nunca estaría satisfecha hasta que pudieran compartir verdaderamente el mundo del otro. Y ahora que conocía el plan de Elvina... La aterrorizaba pensar que las dos podrían estar separadas para siempre.
Ya no podía evitar contarle lo que había aprendido.
—Sé que hay mucho más que decir. —Dio un paso hacia él, hasta que sintió la fría caricia de Winter en su rostro. Cerró los dedos alrededor de su antebrazo y apretó suavemente—. Pero eso no es todo lo que me dijo Elvina.
Mientras la bebía, la esperanza se desvaneció de sus ojos. "¿Qué pasa?"
“Elvina está a punto de poner en marcha su plan. Tenemos hasta el solsticio de verano antes de que se destruyan los puentes entre el invierno y las estaciones cálidas”.

Su rostro se puso pálido. Cuando se recuperó lo suficiente para hablar, dijo: “No pensé que fuera posible”.
La desesperación en su voz la dejó helada. —Yo tampoco. Pero todavía nos queda luz de día. Estoy lista para intentarlo de nuevo.
Si ella fallara…
No, no valía la pena pensarlo. No volvería a fallar una segunda vez.
Reuniendo su valor, dijo: “Creo que tú y yo estábamos destinados a hacer esto juntos, para resolver el problema de las Pesadillas para siempre”.
—Tú y yo —repitió, tan solemne como un juramento.
Tal vez fue una declaración audaz, pero lo que habían encontrado parecía un poco el destino, especialmente cuando el espacio entre ellos crepitaba con posibilidades.
—Si sellamos la prisión antes de que el sol se ponga por completo, ninguno de ellos tendrá la oportunidad de salir por la noche. —Inclinó la barbilla, con la esperanza de proyectar más confianza de la que sentía. Milori La miró con los ojos entrecerrados, y parte de su resistencia inicial dio paso a algo parecido a… ¿admiración? Clarion continuó antes de que pudiera perder el valor. —Después de eso, todos los que estén bajo el hechizo de las Pesadillas deberían despertar, tal como cuando los talentos oníricos sellaron por primera vez a las Pesadillas.
—Muy bien —dijo, con cierta reticencia—. Pero si queremos llegar a la prisión antes del anochecer, tendremos que volar.
Ante eso, la fachada de Clarion se tambaleó. —¿Te refieres a Noctua?
"Por supuesto que no tenemos por qué hacerlo", dijo Milori, con una pequeña sonrisa burlona en la comisura de su boca. "Sin embargo, tendríamos que volver a reunirnos mañana y comenzar a caminar mucho más temprano".
Ella reprimió un gemido. “Está bien. Llámala”.
Milori parecía demasiado complacido. Se llevó dos dedos a los labios y silbó. El sonido atravesó la serena quietud del bosque. De alguna manera, el silencio se hizo más profundo, como si todo el bosque estuviera conteniendo la respiración. Solo pasaron unos segundos antes de que Noctua apareciera, saliendo de entre los pinos y tallando una forma oscura contra el cielo enrojecido.
Con un suspiro de derrota, Clarion se abrochó los botones del abrigo y entró en Winter. Noctua se erizó las plumas y soltó un suave ulular cuando Clarion se acercó. Esta vez, al menos, no se acobardó.
—Creo que le gustas —dijo Milori—. Si quieres, puedes ir sola esta vez.
La sugerencia la llenó de visiones desagradables de caer en picado hacia su muerte prematura. Extendió la mano para tomar las riendas. “No, no lo creo en absoluto”.
Milori apoyó una mano en su cintura, dispuesto a levantarla. El frío de su tacto se filtró en su abrigo, y Clarion tuvo que luchar contra el impulso de inclinarse hacia él. Con un tono de cariño y diversión, dijo: —La reina de Pixie Hollow realmente ha encontrado a su rival.

A ese juego podrían jugar dos. Clarion le dirigió una sonrisa tímida. “O tal vez quiero estar cerca de ti”.
Eso, aparentemente, silenció cualquier respuesta inteligente. Sintiendo un rubor de triunfo, Clarion comenzó a subirse a la espalda de Noctua. Con un impulso, encontró su asiento fácilmente, y no se inmutó cuando Noctua giró la cabeza para evaluarla con el rabillo de sus ojos dorados. Tal vez lo imaginó, pero Clarion podría haber jurado que vio un destello de aprobación allí. Milori se sentó detrás de ella. La rodeó con un brazo y tomó las riendas en su mano libre.
—¿Lista? —Su aliento rozó su oído. Un escalofrío placentero le recorrió la columna.
“Listo”, respondió ella.
Dicho esto, emprendieron el vuelo. Esquivaron las ramas de pino cubiertas de nieve y rodearon los carámbanos que refractaban la luz del sol de color rosa. Cuando atravesaron el dosel, la vista dejó a Clarion sin aliento. Infinitas extensiones de nieve y aguas frías brillaban, iluminadas por la hora dorada. Todo parecía tan pequeño desde esa altura... y con las alas atadas bajo el abrigo, la euforia punzaba los bordes de su asombro. El viento frío hizo que su cabello se agitara detrás de ella y le mordisqueó la punta de la nariz. Las ráfagas de viento danzaban salvajemente ante ella, cada copo de nieve teñido de cálidos tonos rosa y dorado mientras el sol se ponía como una brasa encendida en la curva de las montañas.
Luego se lanzaron hacia la sombra del bosque. Debajo de ellos, el ojo redondo del lago helado la miró fijamente, como si todas las Pesadillas que bullían debajo sintieran su presencia y la odiaran. El terror instintivo aceleró su pulso y la herida en su brazo palpitó con el recuerdo de lo que había sucedido la última vez que habían venido allí. Pero no podía permitirse el lujo de perder el valor ahora.
Los pinos los envolvieron y Noctua aterrizó en una rama baja. Incluso desde allí, el miasma que se instaló como una densa niebla El hielo se deslizó sobre ellos. Los pelos de su nuca se erizaron. Incluso Noctua esponjó su plumaje con inquietud. Sin pensarlo, Clarion le rascó la parte superior de la cabeza para calmarla y luego se deslizó del lomo de la lechuza. Sus botas crujieron en la intensa nevada.
Milori aterrizó junto a ella, con sus ojos grises fijos en la prisión que acechaba más allá de la hilera de abedules retorcidos. Otro viento sopló entre los árboles y desgarró su abrigo con garras heladas. Un velo de nieve se levantó del suelo, ocultando el sol que se desvanecía. Todo parecía una advertencia: *abandona este lugar.*
“¿Vamos?”, le preguntó a Milori.
—Un momento. —Entrelazó sus dedos con los de ella y Clarion hizo todo lo posible por no derretirse. Su tacto la hizo sentir segura y la emocionó más de lo que estaba dispuesta a admitir.
De la mano, caminaron con dificultad por los bancos de nieve hasta que por fin llegaron a la orilla del lago helado. Mientras viviera, nunca se

acostumbraría a su pura *presencia* . El silencio allí era antinatural, como si el lago se tragara todos los sonidos. El miedo se apoderó de sus hombros como un manto de acero. Clarion hizo todo lo posible por respirar a pesar del peso. Salió al hielo. Su traicionera superficie brillaba, pero aún podía distinguir las formas borrosas de las Pesadillas ondeando bajo sus botas como agua oscura. Mientras ella y Milori se dirigían al centro, las Pesadillas se encogían y atacaban por turnos. Evitó las delgadas grietas de la superficie, que crujían bajo su peso. Se estremeció al pensar en lo que sucedería si cayera a las profundidades del lago.

Cuando llegaron al centro del lago, la luz del día era una franja rojiza en el horizonte. Prácticamente podía sentir el hambre y la anticipación de las Pesadillas brotando de las grietas. Se arremolinaban juntas, anhelando su libertad.

Era ahora o nunca.

A regañadientes, Clarion soltó la mano de Milori. Se agachó junto a las nuevas fisuras en el hielo y dejó que su atención se dirigiera hacia la barrera de magia onírica que se encontraba justo debajo, hacia sus hilos cada vez más finos y sus tramas cada vez más sueltas, que apenas retenían a las bestias que contenía. Se había desgastado aún más desde la última vez que estuvieron allí. Su magia ansiaba repararla.

Su primer instinto fue buscar lo que le resultara familiar y cómodo: dominarse, concentrarse, esforzarse. En cambio, cerró los ojos y sintió que sus pies se apoyaban en el hielo, que su pecho subía y bajaba al respirar. Tal vez si intentara verse a sí misma como lo hacía Milori…

Tú fuiste hecho para esto.

Una tranquila certeza la invadió. La energía crepitó justo debajo de su piel y su brillo se intensificó. Clarion apoyó la palma de la mano sobre el hielo y dejó que su magia fluyera a través de ella. Una luz dorada se arremolinó por su brazo y se concentró en la palma de su mano. Los ojos atónitos de Milori reflejaron el brillo de su poder.

Clarion lo dejó volar.

La luz de las estrellas fluyó hacia el hielo y se entrelazó con los hilos deshilachados del sueño. Los fortaleció y, puntada a puntada, cubrió las lágrimas. Su magia iluminó el hielo desde adentro y la bañó con una luz dorada y jaspeada.

Mientras las Pesadillas se agitaban en su prisión, sus gritos le hacían temblar los huesos. Se desataban con torrentes de emociones negativas: el dolor del rechazo, la sensación de humillación que le revolvía el estómago, el terror agudo de que algo volviera para atormentarla. Todo lo que podía ver eran dientes rechinantes y ojos siniestros. Todo lo que podía pensar era en esa terrible versión futura de sí misma, aislando a Winter con un solo corte. Todos sus peores miedos se sentían demasiado cerca de la superficie, urgentes e innegablemente reales. La presión se acumulaba detrás de sus ojos. Sus manos comenzaron a temblar.

Pero con un último lazo tenso, su trabajo estaba hecho. La barrera reparada brillaba como una capa de gasa de seda de araña. A través de los puntos, apenas podía ver a las Pesadillas, gruñendo y chasqueando mientras retrocedían de sus nuevos confines.
—Milori —llamó—. Ahora.
Extendió las manos y la escarcha floreció sobre el hielo destrozado. Los lamentos de las Pesadillas se fueron apagando hasta que ella no pudo oírlos en absoluto.
La luz de la barrera se atenuó bajo la superficie helada del lago y la noche se instaló suavemente en el espacio que había dejado atrás. Cuando su vista se ajustó a la oscuridad iluminada por las estrellas, contempló la obra de los guardias. El hielo mismo parecía brillar. Con la prisión sellada, la atmósfera opresiva disminuyó y Clarion imaginó que así había sido ese lugar siglos atrás.
Hermoso.
Milori dejó escapar un suave sonido de incredulidad. Cuando Clarion se volvió hacia él, sintió otra punzada de nostalgia. La luz de la luna doraba el hielo y lo envolvía. Así, estaba resplandeciente, un efecto que no contribuía a mejorar la forma en que le *sonreía* .
“Lo hicimos.”
Ella no pudo evitar sonreírle. “Lo hicimos”.
Apenas podía creerlo. Después de semanas de miedo e incertidumbre, habían liberado a sus súbditos de las Pesadillas. Apenas tuvo tiempo de procesarlo. Porque con un aleteo de sus alas, Milori se elevó del suelo. Tomó sus dos manos enguantadas entre las suyas y luego voló hacia atrás, hasta que ella se deslizó por el hielo detrás de él.
—¡Milori! —protestó ella entre risas. Estaba a punto de hundirse en el agua, pero su alegría era contagiosa. Se rindió y se dejó deslizar por la superficie. La hizo girar para frenar el impulso y apoyó una mano en su cintura para estabilizarla. —Ven conmigo. Quiero mostrarte algo.
Cuando él era tan feliz sin reservas, ¿cómo podría ella negarle algo? “Por supuesto. En cualquier lugar”.

Milori la llevó a un mirador en la cima de otra montaña. Desde allí se veían los Bosques de Invierno y, sobre todo, el inmenso lago helado. El hielo, liso como un espejo, ahora brillaba con vetas doradas. Una suave luz dorada iluminaba la oscuridad circundante. Más allá, podía ver el Salón de Invierno, que brillaba frío a la luz de la luna, y los enclaves de las casas de las hadas de invierno que brillaban como luciérnagas en la oscuridad. Y allí, luminoso y dorado, estaba el Árbol de Polvo de Hadas. Parecía imposible que estuviera allí, mirando fijamente el lugar en el que había pasado toda su vida, un lugar del que creía que nunca se marcharía.

Pero no era la vista que Milori le había traído a ver. En un precipicio que dominaba la prisión de las Pesadillas había una enorme escultura tallada completamente en hielo.
Clarion se acercó y echó la cabeza hacia atrás para poder apreciarla en su totalidad. La estatua era de un hombre gorrión, con la mano apoyada en una espada que llevaba a la cadera. Una diadema, tallada con la insignia del invierno en forma de copo de nieve, descansaba sobre su frente. Una capa adornada con el pelaje de un animal ondeaba detrás de él. Sus alas, atravesadas por la luz de la luna, brillaban como el propio invierno. Parecía extrañamente familiar... casi como *Milori* , con su semblante estoico y sus ojos cansados.
—Aquí está —dijo Milori—. Este es el primer Guardián de los Bosques Invernales. Se dice que esta estatua fue encargada por la propia Reina de Pixie Hollow.
—El Señor del Invierno —murmuró Clarion.
—Sí —dijo, tras una pausa—. Supongo que también se le conocía por ese título.
No parecía el monumento de un hombre gorrión que lo había arriesgado todo por su orgullo, sino el de alguien que, incluso en la muerte, no había olvidado su deber.
Mientras daba vueltas alrededor de la estatua, su mirada se fijó en el pedestal. Estaba cubierto de liquen y nieve muy compacta, pero podía ver algo escrito justo debajo. Se arrodilló junto a él y raspó la escarcha con su guante. Pedazo a pedazo, se fue cayendo. Frotó hasta que pudo distinguir la inscripción tallada.

EN EL HIELO Y EN LOS CORAZONES DE TODOS LOS DE PIXIE HOLLOW,

EL RECUERDO DEL SEÑOR DEL INVIERNO,

UN VERDADERO AMIGO Y PROTECTOR FIRME,

SE PRESERVA PARA SIEMPRE.

Justo debajo de la última línea había un grabado tenue. Clarion lo reconoció como la insignia real: el árbol de polvo de hadas enmarcado por las alas de una mariposa monarca. A Clarion se le dolió el corazón al verlo. Esta no era la clase de estatua construida para los vivos, lo que significaba que la historia de Elvina era completamente errónea. No había habido ninguna rebelión que hubiera separado sus reinos, ninguna traición. La consolaba tanto como la desconcertaba.
“¿Qué pasó entonces?”, preguntó. “¿Cómo terminamos así?”
—No lo sé. —Milori se agachó junto a ella y miró la estatua—. En sus escritos, enfatizó que las Pesadillas no eran algo de lo que la reina debería preocuparse. Supongo que su sucesor no era tan cercano a la reina, y por eso,

tal vez... “Simplemente nos distanciamos con el tiempo. Supongo que es un rasgo que todos compartimos, el querer cargar con esta carga solos”.
Entiendo la necesidad de esa cosmovisión, le había dicho Milori cuando compartió la filosofía de Elvina.
Clarion apoyó una mano sobre su brazo. —No lo has hecho.
—No lo he hecho —dijo sonriendo con tristeza—. No eres la única hada de Pixie Hollow que cree que no puede hacer lo que nació para hacer. Durante generaciones, todos los Guardianes de los Bosques Invernales han cumplido con su deber infaliblemente, excepto yo. Lo que les pasó a nuestros dos súbditos es completamente culpa mía, y te pedí que corrigieras mi error.
Fue culpa mía. ¿No había pensado ella exactamente lo mismo, arrodillada entre los escombros del Bosque de Otoño? Pero al escucharlo decirlo, se dio cuenta de lo terriblemente injusto que era. Nadie debería asumir tanta responsabilidad.
—Tengo una deuda enorme con usted —dijo—. Y, mientras comparte la noticia con sus súbditos, si quiere culparme...
“¿Cómo puedo culparte?”, interrumpió ella. “¿Qué podrías haber hecho?”
Él se quedó en silencio.
—No me debes nada. Si algo te debo, yo te debo *a ti* . —Tomó sus manos entre las suyas—. Así que perdónate. Esto habría sucedido de una manera u otra. Tú y yo éramos los desafortunados que tuvimos que arreglar lo que nuestros predecesores no pudieron. Durante mucho tiempo, tú y yo hemos desperdiciado nuestra energía tratando de estar a la altura de ellos. Pero tú eres lo suficientemente bueno por tus propios méritos.
Milori levantó la mirada hacia ella una vez más y el mundo entero se quedó tan quieto como el más crudo invierno. La nevada pareció detenerse; el viento se redujo a un susurro. La emoción que brillaba en sus ojos la dejó sin aliento y entonces se dio cuenta de lo cerca que estaban. Su aliento se llenó de vaho en el estrecho espacio que los separaba.
—Espero que sepas que a ti también te sucede lo mismo. —Milori colocó con cuidado un mechón de cabello detrás de su oreja. Sus nudillos acariciaron suavemente su pómulo mientras apartaba la mano—. Serás una reina excelente.
Y aunque su corazón se llenó de alegría al oírlo decirlo, el recuerdo de su coronación hizo que la realidad se estrellara contra ella como una ola. Se sentía cruel, encontrarse con él justo antes de tener que dejarlo ir. Atrás quedarían sus días de escabullirse en Winter. Atrás quedaría lo que fuera que hubiera entre ellos. Porque en el momento en que esa corona fuera colocada sobre su cabeza, pasaría el resto de su vida en el palacio, sus días ocupados por reuniones, audiencias y ceremonias. Se convertiría en la estrella fría, en lo alto de su torre, mirando desde arriba todo lo que había jurado supervisar desde la distancia.
Como Clarion, ella podría cuidar de él, pero la Reina de Pixie Hollow nunca podría estar verdaderamente con él, ni con nadie más.

Milori percibió claramente el cambio de humor de la joven: “¿Está todo bien?”
—Sí —dijo ella, forzando una sonrisa—. Sólo tengo frío.
No parecía convencido, pero dijo: “Entonces déjame llevarte de regreso a Spring”.
Clarion guardó silencio durante el viaje de regreso a la frontera. Él no la presionó, aunque ella podía sentir que su preocupación la invadía. Solo cuando estuvo de pie en el borde del puente se dio la vuelta para mirarlo. No podía obligarlos a ambos a languidecer sin cerrar el capítulo, no otra vez. Además, ella le había prometido que terminarían la conversación que habían iniciado.
“Tengo que confesar que mentí. No todo está bien”, dijo.
—Oh —dijo, en un tono que sugería que no sabía si debía fingir sorpresa—. ¿Puedo preguntarle qué le preocupa?
No sabía si reír o llorar. ¿Cómo podría responder a esa pregunta? Ahora que habían hecho lo que se habían propuesto, ya no tenían motivos para verse. "Te voy a extrañar".
“¿Eso es todo?”, preguntó. “Puedes volver mañana”.
—No puedo. —La frustración y el anhelo bullían en su interior. Ojalá fuera así de simple—. Mi coronación será en poco más de una semana, Milori. Nuestros deberes como gobernantes nos mantendrán separados unos de otros.
Sus palabras fueron como un puñetazo que lo dejó tambaleándose. Milori negó con la cabeza, apenas. Ella podía ver que él quería discutir, pero se limitó a decir: "Ya veo".
—Me gustas —continuó sin aliento—. Mucho, demasiado.
—Entonces no entiendo por qué...
“Me da miedo”. *Cuánto te deseo. Qué doloroso sería perderte* . “Lo que dije fue en serio. No me arrepiento de nada. Me alegro de que haya sucedido, pero no puede volver a suceder. De ahora en adelante, deberíamos mantener una distancia formal entre nosotros. Antes de que se vuelva demasiado doloroso”.
A medida que pasaban los segundos, la expresión afligida de su rostro se fue suavizando poco a poco. Dio un paso cauteloso hacia ella, como si tuviera miedo de ahuyentarla. En voz baja, dijo: “No creo haber sido sutil al respecto, pero siento que debo decirte que tú también me gustas”.
Clarion no pudo evitar reírse, incluso a pesar de la amenaza de que las lágrimas le oprimieran la garganta. Apoyó la frente en su hombro, aunque sólo fuera para ocultar lo mucho que sus palabras la habían afectado. Supuso que sabía desde hacía tiempo cómo se sentía, pero oírlo admitirlo en voz alta... Eso hizo que *aquello* —lo que fuera— fuera real: algo que podía perder. —¿Eso es todo lo que has aprendido de lo que he dicho?
“No creo que nuestros deberes requieran que nos mantengamos alejados unos de otros. Pero defenderé mi punto de vista en otra ocasión”. Cuando se atrevió a mirarlo de nuevo, él desvió la mirada. Si ella no lo supiera, diría

que parecía nervioso. "Quería invitarte al baile de coronación de Winter. Se celebrará en tu honor".
La tranquila vulnerabilidad de su voz, oculta tras esa capa de gracia cortesana, fue como un martillo para sus defensas. ¿Siempre tenía que poner las cosas tan *difíciles* ? —Milori…
—Puedes asistir en calidad de invitado oficial, por supuesto —se apresuró a añadir—. Tus súbditos en Winter están muy ansiosos por conocerte.
Ella lo pensó. El sentido común le dictaba que debía rechazar su invitación. Sería mucho más sencillo hacer una ruptura limpia, no torturarse más estando cerca de él. Pero si quería salvar la distancia entre el invierno y las estaciones cálidas, tendría que aprender a soportarlo. Con el tiempo, tal vez esos sentimientos se desvanecerían hasta convertirse en poco más que un recuerdo. Mientras tanto, tendría que practicar.
Asistir, por supuesto, supondría un reto logístico, pero ¿qué tan difícil podría ser escabullirse de su propio baile de coronación? Una vez que cumpliera con sus deberes ceremoniales e intercambiara cumplidos con las hadas adecuadas, nadie notaría si se ausentaba durante una o dos horas. Volvería antes de que alguien se diera cuenta de que la extrañaba.
Clarion se tiró de la manga del abrigo. —No tengo nada que ponerme para un baile de invierno.
Estaba claro que ya sabía que había ganado, porque una sonrisa se dibujó en sus labios. “Tú eres la reina. Puedes vestir lo que quieras”.
Un terrible cariño burbujeó en su pecho. “Entonces supongo que tendré que irme”.
—¿Lo harás? —En cuanto se encendió su entusiasmo, lo tranquilizó—. Todos estarán muy felices de verte.
“Bueno”, dijo ella, “el sentimiento es mutuo”.
Demasiado tarde, se dio cuenta de que no se había apartado de él, de que no había querido hacerlo, a pesar de la distancia que sabía muy bien que debía mantener entre ellos. Sería algo sencillo: ponerse de puntillas y besarlo como la otra noche, y enredar los dedos en su pelo blanco como la nieve.
Su mirada recorrió su rostro y se detuvo, sólo por un instante, en sus labios. Tenía razón en que nunca había sido precisamente sutil; Clarion sabía, hasta el polvo de estrellas en sus huesos, que él la dejaría. Y, sin embargo, permaneció tan inmóvil como un hombre gorrión tallado en hielo.
—Te vas a enfriar si te quedas mucho más tiempo —murmuró.
Antes de poder pensarlo mejor, dijo: "Me dijeron que me queda bien".
Le tomó sólo un momento darse cuenta de que ella le había devuelto sus propias palabras. Un destello de anhelo agridulce iluminó sus ojos, y Clarion supo en ese momento que ella había cruzado una línea de la que tal vez nunca se recuperaría. Tal vez hubiera sido mejor no saber lo que se estaba perdiendo.
Tal vez hubiera sido mejor añorar que llorar.

Desde que sellaron la prisión, ninguna Pesadilla había descendido sobre Pixie Hollow mientras dormían. Nadie se había despertado para encontrar su trabajo destruido. Nadie más había caído víctima de su terrible hechizo.

Nadie se había despertado tampoco de su sueño de pesadilla.

Cuando Clarion visitó la clínica, el inquietante silencio de la habitación se apoderó de ella. Al mirar a las hadas dormidas, se quedó paralizada por la sorpresa. Pero la devastación que siguió fue como un viento helado que la atravesó y la dejó vacía. No lo entendía. Habían sellado la prisión, ¿por qué no había funcionado como en el pasado?

Tal vez debería haber sabido que no debía confiar tanto en las historias. Ella y Milori podrían haber evitado que más monstruos escaparan, pero hasta que encontraran una cura para sus Con el hechizo, esta pesadilla estaba lejos de terminar. Y ahora solo tenían una semana para terminarla.

Por lo menos, Pixie Hollow finalmente, aunque de forma tentativa, había bajado la guardia. Aunque el nuevo desarrollo claramente confundió a Elvina, ella había anunciado que se levantaría el toque de queda para el Baile de la Coronación de esa noche.

Sin embargo, Clarion no tenía muchas ganas de celebrar. No podía contentarse con lo que había logrado hasta asegurarse de que todo había terminado de una vez por todas, hasta que viera a Rowan y a los demás despertar y el otoño llegar al Continente sin demora. Tenía que haber alguna manera de liberarlos.

¿Pero cómo?

Clarion le dio vueltas a la pregunta mientras se vestía para el baile, sola y melancólica en sus aposentos. Aún no le parecía del todo real que, en una semana, la corona sería suya. Tal vez nunca lo sería hasta que demostrara que era digna del título.

Las puertas de su balcón estaban entreabiertas y dejaban entrar una fresca ráfaga de aire vespertino. Los delicados aromas herbáceos de la flor de la amapola y de la fresia la alcanzaban débilmente. Las flores violetas y amarillas se mecían en las ramas, como si intentaran llamar su atención. El árbol de polvo de hadas había echado nuevos brotes en los últimos días; en el lenguaje de las flores, decía: " *Estoy aquí para ti"* . Clarion se maravilló de lo atento que estaba últimamente. No pudo evitar preguntarse si sabía que ella estaba tratando de protegerlo.

Se paró frente al espejo, sintiéndose completamente ridícula y decididamente poco digna de una reina. Se había puesto el vestido después de haber sobreestimado enormemente su habilidad para abrochar todos los diminutos botones que recorrían su columna vertebral. La tela se abrió en la espalda y amenazó con deslizarse por sus hombros.

Como si fuera una señal, dos fuertes golpes sonaron en la puerta. Sintió un gran alivio. Alguien había venido a rescatarla por fin. “¿Quién es?”

“Artemisa, Su Alteza.”

“Está bien”, respondió ella. “Pase”.

La puerta se abrió de golpe. Artemisa estaba de pie en el umbral, vestida con su atuendo completo de exploradora. Clarion admiró su chaqueta, toda de corte entallado, de tela negra y relucientes botones dorados, y notó que su espada no era puramente ceremonial. Llevaba la misma espada que siempre llevaba en la cadera, pero la había metido en una vaina más ornamentada. Estaba decorada con intrincados espirales de oro en forma de flores. Para gran sorpresa de Clarion, incluso había hecho algo con su cabello. Brillaba como la cáscara pulida de una bellota, peinado hacia atrás y recogido cuidadosamente detrás de las orejas.

A pesar de su uniforme inmaculado, parecía cansada y un poco triste. Clarion supuso que lo entendía. Esta noche, habría una ceremonia de nombramiento de caballeros para los exploradores que habían arriesgado sus vidas en patrullas durante las últimas semanas. Era el mayor honor que podían lograr, otorgado por la propia reina. Clarion no necesitaba preguntar para saber que era algo que Artemis quería y algo que se merecía, después de haber salvado la vida de Clarion.

Artemisa observó la escena que tenía ante sí. Evidentemente conmovida por la situación de Clarion, preguntó: "¿Necesitas ayuda?"

Clarion le lanzó una mirada agradecida en el espejo. “Por favor”.

Artemis se acercó y se puso a trabajar de inmediato en abrochar los botones con una facilidad experta y eficiente. Cuando terminó, ajustó la cola, dejándola desplegar como un chorro de agua. Ahora, Clarion podía apreciar el efecto completo del vestido. La tela brillaba como la luz de las estrellas, su brillo arrojaba un resplandor centelleante y siempre cambiante sobre las

paredes. Apenas unos minutos antes, se había trenzado el cabello. Una de las talentosas jardineros le había dejado una guirnalda de forsitias y pétalos de margarita para que la tejiera en su trenza. Todo lo que quedaba ahora era aplicar su maquillaje.
—Te ves preciosa —dijo Artemisa.
—Tú también —Clarion se emocionó ante el cumplido, pero no pudo evitar la expresión agridulce y *pensativa* que tenía su guardia—. ¿Cómo estás?
Artemisa pareció algo sorprendida pero respondió: “Bien”.
Clarion levantó una ceja. “¿En serio?”
Hubo un momento de silencio mientras Artemisa analizaba la pregunta detrás de su pregunta. Su boca se torció en una mueca de incomodidad. "Ah".
Honestamente, pensó Clarion. Los Scouts y su decidido estoicismo. Tal vez no fuera profesional insistir en el asunto, pero a Clarion le importaba su bienestar. “Tú también mereces reconocimiento, ¿sabes?”
—No importa —dijo Artemis apresuradamente—. Hice todo lo que pude para ayudar en lo que pude. Lo único que quiero es el bien de Pixie Hollow.
Clarion apartó la mirada de su propio reflejo y la miró con una mirada significativa. Nadie podía ser tan desinteresado. —Pero quieres más que eso.
Artemis dudó. “Supongo que sí”.
Por segunda vez en todos los años que se conocían, Clarion había arrastrado a Artemisa hasta el borde mismo de su vulnerabilidad. No sabía si podría convencerla de que diera el salto. Se sentó en el borde de su cama y apoyó la barbilla en sus manos. —Una vez, me dijiste que habías guiado tu corazón por encima de tu cabeza. Por eso te asignaron para ser mi guardia. ¿Qué pasó, exactamente?
Por un momento, Clarion pensó que podría cambiar de tema por completo, pero Artemis exhaló un largo suspiro y se sentó en la cama a su lado. El colchón se hundió bajo su peso. Artemis permaneció sentada con la columna rígida y recta y las manos entrelazadas sobre las rodillas.
“Cuando llegué por primera vez a Pixie Hollow”, dijo, “había una especie de situación en curso. Un halcón había aparecido Se nos echó encima y trató de establecer su territorio en el Bosque de Otoño. Ninguno de los talentos animales pudo controlarlo ni convencerlo de que fuera a otro lado, por lo que dependía de los exploradores manejar el peligro que representaba.
—En aquel entonces yo era una especie de agitador. —Al oír esto, Clarion reprimió una carcajada. Artemis le dedicó una sonrisa irónica, pero esta se desvaneció rápidamente—. Había tenido una escaramuza con él y estaba listo para ahuyentarlo. Lo tenía en la mira, después de que un amigo de mi unidad y yo lo acorraláramos. Pero ella había subestimado su ración de polvo de hadas. Cayó.
Las alas de las hadas no podrían soportar su peso sin el polvo de hadas. Y si estuvieran luchando contra un halcón, sin duda se encontrarían muy por encima del suelo del bosque.
—Oh —murmuró Clarion.

Artemis inclinó la cabeza y su cabello negro le cubrió el rostro. —La salvé, pero dejé escapar a nuestro objetivo. Otros se perdieron como resultado de mi error. Mis superiores determinaron que no era lo suficientemente sensata como para tomar las decisiones correctas en la batalla. Mis instintos indicaban que era más adecuada para el servicio de guardia.
Una buena reina debe centrarse en la tarea que tiene entre manos, había dicho Elvina una vez, *y Ayuda a escala.*
El corazón le dio un vuelco al oír el dolor en la voz de Artemis, un dolor que Clarion conocía íntimamente. Ella tampoco podría haberle dado la espalda a alguien a quien podría haber salvado. ¿Eso era realmente lo que significaba ser responsable y sensata? ¿Proteger a los hipotéticos muchos antes que a la persona que tenía delante?
—No estoy seguro de que eso sea un *error* —dijo Clarion suavemente.
Artemis la miró con una esperanza sobresaltada brillando en sus ojos.
¿Nadie la había absuelto de esto? Muy pronto, Clarion podría restituirla oficialmente. Había sido castigada (y ella se había castigado a sí misma) durante demasiado tiempo.
—No sé si yo hubiera actuado de otra manera. Lo que hiciste fue valiente. —Clarion se golpeó el hombro contra la pared. Artemisa. “Tienes un buen corazón, Artemisa. Necesitamos más hadas como tú en las exploradoras”.
Una leve sonrisa se dibujó en los labios de Artemisa. Vacilante, como si no se atreviera a hablar, dijo: —Es muy amable de tu parte decirlo.
Clarion le devolvió la sonrisa. “Es verdad”.
Antes de que Artemisa pudiera responder, otro golpe sonó en la puerta.
"Soy yo."
Clarion se animó al oír la voz de Petra. Era una especie de tradición que se prepararan juntas para los bailes, pero entre sus horarios y la tensión por el invierno, no sabía si esperarla.
—La puerta está abierta —gritó Clarion.
Petra entró en la habitación y Clarion sintió tanto como oyó la respiración entrecortada de Artemisa. No podía culparla. Petra siempre había sido hermosa, pero esa noche estaba absolutamente resplandeciente. El corpiño de su vestido era ajustado, pero la falda se ensanchaba en elegantes capas de hiedra. Sus rizos rojos habían sido domados y recogidos en un elegante nudo en la nuca, con algunos bucles que enmarcaban ingeniosamente su rostro.
Cuando la mirada de Petra se posó en Artemisa, dejó escapar un sonido ahogado de sorpresa. Artemisa se puso de pie automáticamente y las dos se miraron fijamente desde el otro lado de la habitación con asombro silencioso. Clarion necesitó de toda su fuerza para abstenerse de hacer comentarios. En cambio, se fue de la cama al tocador.
Artemis fue la primera en romper el silencio. —Te ves… bien.
A Petra se le subió el rubor por el cuello y el pánico se apoderó de ella. Casi tropezó con la pared que tenía detrás. —¿Qué? ¿Por qué dices eso? ¿Tengo algo en la cara?

—No, yo… —Artemis parpadeó, claramente inseguro de cómo manejar la situación—. Lo dije porque lo decía en serio.
—Bien. —Petra todavía parecía profundamente escéptica, pero casi complacida.
—Entonces —intervino Clarion.
Ambos se sobresaltaron, como si hubieran olvidado por completo que ella estaba allí.
—Petra y yo tenemos que terminar de prepararnos. —Clarion tomó un pincel cosmético y luego un bote poco profundo de pintura para ojos. Dentro había un pigmento dorado hecho con una mezcla de arcilla y polvo de hadas—. ¿Quieres un poco, Artemis?
Artemisa la examinó como si estuviera evaluando una amenaza. —No, gracias. Te dejo con eso.
Clarion levantó un hombro. “Como quieras”.
Petra se encogió contra la pared cuando Artemis pasó junto a ella. Cuando la puerta se cerró con un clic detrás de ella, Petra cruzó la habitación con un revoloteo de faldas de hiedra y rizos brillantes como el fuego. "No me dijiste que ella iba a estar aquí".
—Ella siempre está aquí. —Clarion desprendió la pintura de sus ojos y, sin poder resistirse, añadió—: Esta noche no está de servicio, ¿sabes?
El rostro de Petra se iluminó. “¿En serio?”
Clarion se quedó sin aliento. No había tenido *intención* de pillar a Petra, pero ahora había confirmado lo que había sospechado durante años. Señaló a Petra con el pincel. —¡Lo sabía!
“¡No hay nada que saber!”
Petra parecía dispuesta a arrebatarle el cepillo o a huir por la ventana más cercana, pero eso no sirvió para apagar la chispa de la travesura. —Oh, creo que sí.
—De todos modos, no importa —Petra se tapó la cara con las manos—. Es aterradora.
Clarion resistió la tentación de poner los ojos en blanco. “Solo invítala a bailar. No te va a morder”.
—Aunque podría apuñalarme —dijo Petra sombríamente.
Clarion sonrió. Qué fácil era caer en ese patrón con ella. Se sentía tan normal que casi se había olvidado de su última relación. conversación tensa. Casi había olvidado que esa noche tendría que pasar desapercibida.
Tanto tú como Elvina dependéis de mí para que vuestros planes funcionen. Estar en esta posición no es fácil para mí.
El recuerdo, el recordatorio de la distancia que los separaba, le provocó un dolor punzante. Si Petra supiera que planeaba escabullirse hacia Winter esa noche, intentaría detenerla. Y ahora que estaba claro que su plan no había tenido éxito del todo, necesitaba hablar con Milori más que nunca. Tenía que haber algo que pudieran hacer, cualquier cosa para evitar que Elvina usara lo que Petra le había proporcionado.
La expresión de Petra se suavizó con preocupación. “¿Qué pasa?”

—Últimamente tengo muchas cosas en la cabeza. Cosas de la coronación. —Clarion forzó una sonrisa. En un esfuerzo por mantenerse ocupada, revolvió unas cuantas botellas de vidrio con fragancias. Entrechocaron entre sí, demasiado fuerte en el frágil silencio—. Ven aquí. Siéntate.
Petra se sentó con cuidado en el borde de su cama.
Clarion se giró para mirarla de frente y casi choca sus rodillas. Secó el pincel con la pintura para ojos y luego tomó la barbilla de Petra entre sus dedos. —¿Lo de siempre?
—Sí —añadió después de un momento—, pero tiene que quedar especialmente bien. Sin ningún motivo en particular.
—Por supuesto que no —dijo Clarion con un dejo de picardía.
Clarion apoyó la muñeca en el pómulo de Petra y le aplicó oro en los párpados. Sus brazaletes tintinearon suavemente y la respiración constante de Petra se extendió sobre su piel mientras trabajaba. Clarion siguió un ritmo ensayado, aplicando el pigmento en capas sobre el hueso de la ceja. Cuando terminó con los ojos de Petra, Clarion cambió a su pincel más esponjoso y espolvoreó polvo de hadas sobre los pómulos de Petra. Era todo lo que necesitaba. Cualquier otra cosa ocultaría sus pecas.
“Abre los ojos”, dijo Clarion.
Lo hizo, y a Clarion se le saltó el corazón. El dorado de la pintura y el rojo intenso de su pelo resaltaban todos los matices de verde de sus ojos. Eran del color de un bosque soleado de verano.
—Perfecto —dijo Clarion dejando el pincel enfáticamente—. Se va a enamorar de ti.
Petra soltó un gemido inarticulado en señal de protesta y, a pesar del miedo y el estrés, Clarion se rió. Durante unas horas más, tal vez podría fingir que todo era como siempre.

Cuando llegaron al baile, en pleno corazón del verano, las festividades ya estaban en pleno apogeo. Clarion, Petra y Artemis pasaron por debajo del Círculo de las Hadas (un anillo de hongos con el capuchón rojo) y entraron en el salón de baile, anunciados por el tono brillante y resonante de la voz de un heraldo talentoso.
La vista le dejó sin aliento.
Las luciérnagas, suspendidas de las ramas bajas, proyectaban un suave aura azul sobre la hierba. De vez en cuando, las luciérnagas perforaban la oscuridad con puntitos de luz mientras volaban por el aire. Incluso sin su ayuda, todo el claro estaba increíblemente brillante, bañado como estaba por la luz de la luna. En el centro, un manantial burbujeaba, convertido en un espectáculo por los talentos del agua reunidos a su alrededor. Con un movimiento de sus manos, las gotas se elevaban desde la superficie y

refractaban la luz de la luna. Delicadas hebras de agua se entretejían en el aire y se disipaban en una brillante cortina de niebla.
En la parte trasera del salón de baile, Clarion divisó su destino: un estrado improvisado sobre el tocón de un árbol joven cubierto de musgo. Desde allí, Clarion pudo distinguir las puntas en forma de gancho de la corona de Elvina y el resplandor de sus alas. Cuando estiró el cuello para ver mejor, vislumbró a la comandante Belladona flotaba justo a su lado. Pronto, estaría de pie junto a ellos mientras Elvina presidía la ceremonia de nombramiento como caballero.
Pasaron por mesas de banquete, cada una de ellas repleta de arduo trabajo de los talentosos cocineros. Cada plato era como una carta de amor al verano y sus frutos: pastel de miel cubierto con panal, moras y rodajas de higos; delicadas tartas de arándanos espolvoreadas con azúcar grueso; mermelada de melocotón y pan dorado; tomates cortados en rodajas gruesas y servidos con una pizca de sal y albahaca; copas de vino de grosella; rábanos encurtidos y acelgas arco iris; jarras de agua sudada con sabor a azahar y menta; streusel de ruibarbo y fresa. A Clarion se le hizo la boca agua al mirarlo todo.
Pero lo más llamativo eran sus personajes, todos ellos ataviados con sus mejores galas. Las hadas descansaban sobre los pétalos de las flores que florecían de noche, acicalándose bajo la luz de la luna llena. Otras estaban tumbadas sobre los hongos o revoloteaban sin rumbo por el aire, hablando en voz baja con sus amigos. Normalmente, su charla emocionada ahogaría el sonido de la música de la orquesta. Pero esa noche, la atmósfera estaba teñida de melancolía.
Las hadas dormidas, claramente, estaban en la mente de todos.
Mientras se abrían paso por el claro, la multitud se abrió paso para ella y las conversaciones se silenciaron. A su alrededor, Clarion podía oír murmullos deferentes de “Su Alteza”. Muchos le hicieron una reverencia o una reverencia cuando pasó a su lado. Artemisa era una presencia reconfortante a su lado, guiándola hacia el estrado como la proa de un barco pirata cortando las olas del Mar de Nunca Jamás. Clarion le hizo un rápido gesto de reconocimiento antes de flotar para unirse a la reina y al comandante de los exploradores. Elvina la recorrió con la mirada, con su cetro ceremonial agarrado sin apretar en sus manos.
Lo que vio allí la satisfizo, porque dijo: "Pareces una reina esta noche".
El orgullo que brillaba en sus ojos hizo que Clarion se sintiera desconcertada. Había ansiado durante mucho tiempo que se lo dijeran y se sentía extrañamente vacía al oírlo ahora, cuando Elvina no sabía lo que había hecho. —Gracias.
Elvina se volvió hacia las hadas reunidas. La orquesta tocó una última nota temblorosa que se disipó en el aire húmedo del verano y, con eso, el silencio fue total.
—Bienvenidos a todos. Gracias por venir al Baile de Coronación que se lleva a cabo en honor a la Princesa Clarion, quien será coronada como su

reina dentro de una semana. —Elvina hizo una pausa cuando su voz vaciló. Clarion frunció el ceño. Nunca había visto a Elvina vacilar, especialmente frente a sus súbditos. Pero ahora que Clarion la estaba estudiando de cerca, pudo ver que el rostro de Elvina estaba bastante pálido—. Ha pasado mucho tiempo desde que pudimos reunirnos todos así. Mientras que los heridos en el ataque están en el primer plano de nuestros pensamientos, la sombra oscura que ha caído sobre Pixie Hollow finalmente se está disipando.
Se escucharon algunos aplausos tentativos en el claro. Cuando se calmaron, Elvina continuó: "Y por eso, me gustaría comenzar la velada honrando a algunos de nuestros valientes talentos exploradores. Han trabajado incansablemente para garantizar nuestra seguridad. Cada noche, arriesgaron sus vidas patrullando los cielos. Evacuaron áreas según fuera necesario, proporcionaron informes completos y ayudaron con la reparación de cualquier daño que las Pesadillas causaron. Esta noche, serán reconocidos con el mayor honor que un explorador puede alcanzar: el título de caballero".
Clarion miró a los exploradores, que estaban de pie en filas ordenadas y prolijas justo frente al estrado. Aunque la mayoría de ellos estaban radiantes, ella solo podía concentrarse en Artemis. Ella estaba de pie en la parte de atrás del grupo, con un anhelo tan evidente en su rostro que Clarion tuvo que apartar la mirada.
"Todos los Caballeros de Pixie Hollow, por favor únanse a mí".
Un pequeño grupo de exploradores se elevó en el aire y se quedó flotando detrás de Elvina en un semicírculo. Cada uno de ellos llevaba un broche en la solapa de su abrigo: un trozo iridiscente de abulón en forma de estrella, que brillaba contra la tela negra.
—Por favor, da un paso adelante cuando te llamen —entonó Elvina.
Clarion observó cómo, uno por uno, los exploradores elegidos avanzaban y se arrodillaban ante Elvina. Incluso con la cabeza inclinada, prácticamente podía sentir la felicidad que emanaba de ellos. Se lo merecían, de verdad. Pero Clarion no pudo evitar la sensación agridulce que se apoderó de ella al saber que Artemisa se había perdido lo que tanto deseaba.
—Por la presente, te introduzco en la honorable orden de los Caballeros de Pixie Hollow. —Elvina les dio un golpecito en el hombro a ambos con su cetro—. Levántate, caballero, y sé reconocido.
Cuando el último de ellos fue nombrado caballero, la multitud estalló en gritos y vítores. En medio del caos, un camarero se acercó al estrado y le entregó a Clarion una delicada copa. Le dio escalofríos y, cuando bajó la mirada, vio que era un vaso de limonada adornado con una ramita de romero.
—Ahora —gritó Elvina por encima del ruido—, vuestra futura reina dirá algunas palabras.
A Clarion se le secó la garganta cuando toda la atención del claro se concentró en ella. Se adelantó y recorrió con la mirada a sus súbditos. Era la primera vez que se dirigía a ellos sola y la realidad le resultaba mucho más

intimidante que la idea. El calor lánguido del verano se apoderó de ella... o tal vez eran sus propios nervios los que la hacían sentir tan *acalorada* ...
—Buenas noches —dijo con voz insegura—. Quiero repetir lo que dijo Su Majestad al agradecerles por venir esta noche. Guardaré mis discursos para el Día de la Coronación, pero mientras tanto, diré que aprecio su venida a celebrar esta ocasión más de lo que puedo expresar. Disfruten esta noche y bailen en mi honor. Así que... —Levantó su copa—. Por todos ustedes... y por los días más brillantes que están por venir.
El sonido brillante de las copas al chocar se extendió por el claro. Clarion bebió un sorbo de limonada, aunque sólo fuera para disipar el sabor amargo de su boca. No merecía ser celebrada cuando todavía no había despertado a los dormidos de su hechizo.
Mientras la orquesta comenzaba a tocar otra melodía, Elvina apoyó una mano sobre el hombro de Clarion. Aunque no habló, Clarion entendió lo que quería decir: *Lo hiciste bien.*
—Continúa —dijo Elvina—. Disfruta el resto de tu noche.
—Lo haré. —La invadió una sensación de expectación. Ahora, con sus obligaciones cumplidas, podría visitar a sus súbditos en invierno. Lo único que faltaba era escabullirse sin ser detectada.
Mientras revoloteaba por el salón de baile, vio a las hadas hacer piruetas en el aire al son de la melodía de los talentos musicales. El baile se prolongó hasta bien entrada la noche, hasta que todo el mundo quedó iluminado por una lluvia de polvo de hadas y luz de estrellas. Toda su vida había sabido muy bien lo que se sentía estar sola entre una multitud. Pero nunca lo había sentido de manera más aguda que esa noche. Ver a las demás tomadas de la mano, dando vueltas y riendo mientras cambiaban de pareja le recordó todas las cosas que nunca habría tenido, nunca *podría* tener.
Una mano la agarró del brazo y la sacó de sus pensamientos. Cuando se dio la vuelta para encarar a quien la había abordado, se encontró mirando fijamente a Petra. A Clarion se le hizo un nudo en el estómago.
Qué mala suerte la mía, pensó. ¿Cómo iba a escapar ahora?
—Vi un rincón bastante apartado por allí —dijo Petra, como si ya hubiera estado hablando unos segundos—. ¿Qué te parece?
—En realidad —dijo Clarion, liberándose del agarre de Petra tan suavemente como pudo—, no me siento bien.
—Oh, no. No puedes usar esa excusa si no me lo permiten. No puedes abandonarme aquí, donde la gente podría *hablar conmigo* —Petra se estremeció— o *algo peor* .
“¿Qué podría ser peor que eso?”
—¡Muchas cosas! Por ejemplo... —Petra se interrumpió—. No, no me distraigas. Si te vas, yo me voy contigo.
—No —dijo Clarion apresuradamente—. Quiero decir... no, no tienes por qué hacer eso.
Petra la miró con desconfianza. “¿Por qué?”

—Porque… —buscó una excusa—. Solo quiero tomar un poco el aire unos minutos. Deberías quedarte y disfrutar de la fiesta.
—Disfruta... ¿ *Disfruta?* —balbuceó Petra—. Sabes que no disfruto de las fiestas. ¿Qué está pasando aquí realmente?
Clarion se rió, un sonido quebradizo incluso para sus propios oídos. “No está pasando nada”.
—¿Ah, sí? —Petra se puso una mano en la cadera—. ¿Entonces por qué intentas huir de mí?
A veces podía ser muy testaruda. —No lo soy —dijo Clarion, intentando que su creciente frustración no se notara en su voz.
Evidentemente, no lo consiguió, porque Petra la miró con expresión algo molesta. “¿He hecho algo?”
—No, claro que no. —Clarion miró por encima del hombro con inquietud. Realmente necesitaba irse—. Sólo quiero estar sola.
Las mejillas de Petra se sonrojaron. —No puedo disculparme contigo si no sé por qué estás enojada.
Unas cuantas hadas cercanas les lanzaron miradas curiosas. Clarion agarró la muñeca de Petra y la condujo hacia el borde mismo del Círculo de Hadas, donde la sombra del bosque se extendía entre el arco de las setas. La luz de la fiesta brillaba sobre el polvo de hadas del puente de la casa de Petra. Se asomó por la nariz y prendió fuego a su pelo rojo. Sin embargo, allí, en la casi oscuridad, Clarion sintió un extraño escalofrío. Se abrazó a sí misma y fijó la mirada en el suelo. Era evidente que no iba a escapar sin ser honesta.
—No estoy enojada contigo. Es solo que no querías que te hablara sobre Winter.
Petra dio un paso atrás por reflejo. “¿Se trata de Winter? ¿Qué tienes que hacer allí? Los ataques han cesado”.
—Pero nadie se ha despertado —replicó Clarion—. Y Elvina me mostró lo que hiciste para ella.
"Oh."
Oh, ¿ eso era realmente todo lo que tenía que decir? Cuando Clarion levantó la vista, Petra la estaba mirando fijamente, su rostro tan pálido como Winter.
—Te dije lo que pensaba sobre su plan y pensé que estabas de acuerdo conmigo. —La voz de Clarion tembló con una emoción que no se había dado cuenta de que estaba a punto de salir a la superficie. Había tantas cosas que quería decir, pero no quería arremeter cuando estaba sufriendo. No era culpa de Petra. Su obligación era con la Corona, no con Clarion. Aun así, la participación de Petra le había puesto las cosas bastante difíciles—. No importa. Estoy haciendo lo mejor que puedo para resolver el problema a mi manera.
Poco a poco, la expresión herida de Petra se transformó en una de determinación, pero el rubor no desapareció. La emoción intensa siempre teñía su rostro de un rojo brillante. —¿Y eso es realmente lo que planeas hacer *ahora* ?

A Clarion no le gustó el tono crítico de su voz. Con cautela, dijo: “He hecho todo lo que se esperaba de mí esta noche. Estoy tratando de mantener a salvo a Pixie Hollow”.
Petra dejó escapar un suave y frustrado sonido. —¿En vestido de fiesta, Clarion? No soy ingenua. No vas a investigar una cura. Irás a ver al director.
Clarion se tambaleó hacia atrás. ¿Petra estaba resentida con Milori por robarle el tiempo a Clarion o realmente creía que Clarion estaba tan enamorada como para... ¿Poner a un chico por encima de sus deberes? De cualquier manera, se erizó de indignación. “¿Y qué importa si lo soy?”
Petra la miró con incredulidad. “Tu coronación será dentro de una semana”.
—Lo cual significa que debo quedarme dentro hasta entonces —respondió ella con amargura— y no hablar con nadie que desapruebe.
—No. Significa que tienes que ser más responsable. ¡Es demasiado peligroso jugar a estos juegos! —El brillo de Petra se intensificó, quemando un color naranja en los bordes—. Ya te lastimaste por su culpa. Te has vuelto distante y estás agotada todo el tiempo. ¿Y escabullirte esta noche, cuando todos esperan que les asegures que todo estará bien? Es una mala idea. Pero *nunca* me has escuchado. Pero, de nuevo, ¿quién lo hace? Nadie me toma en serio, porque soy la única que tiene miedo de todo.
El dolor en su voz apagó las llamas más ardientes de la ira de Clarion, pero las palabras de Petra habían herido profundamente.
Crees que soy egoísta. Crees que no me tomo mi papel en serio.
Clarion se mordió los dientes para no decir nada. No recordaba la última vez que habían peleado así. Por mucho que quisiera defenderse, por mucho que quisiera arreglar lo que se había roto entre ellas, no tenía tiempo para eso. No importaba de qué quisiera acusarla Petra, esto tenía que ver con Pixie Hollow tanto como con sus sentimientos. No le debía ninguna explicación.
Clarion cerró los ojos con fuerza, como si eso pudiera evitar que se le cayeran las lágrimas. Furiosamente, y con todo el cuidado que pudo, se las secó. No podía volver a aplicar el oro en los ojos y no podía encontrarse con las hadas del invierno que la miraban como si acabara de llorar. —Tengo que irme.
—Clarion, *por favor* …
Tragándose el dolor, Clarion se deslizó hacia la oscuridad y se dirigió hacia Winter.

Ojalá Petra lo hubiera dejado así. Ojalá no hubiera incitado a Clarion a una confrontación para la que no estaba preparada.

Ojalá, ojalá, ojalá. Clarion se sumió en sus pensamientos mientras recogía su abrigo del lugar donde lo había escondido en el nudo de un árbol cercano. Lo abrazó contra su pecho, inhalando el familiar aroma del invierno que se aferraba al borde de piel. No le trajo ningún consuelo; solo sirvió como un amargo recordatorio de lo mucho que le debía a Petra.

Respiró profundamente e hizo todo lo posible por guardar todos sus sentimientos heridos y archivarlos cuidadosamente. No podía permitirse el lujo de ponerse sensiblera en ese momento. Después de todo, el viaje de esa noche hacia el invierno era puramente para cumplir con su deber real. Podía controlar sus emociones, como cualquier reina competente. Y, sin embargo, todo lo que quería era retirarse a descansar esa noche, para meditar sobre cómo había destruido oficialmente su relación con su mejor amiga.

Aunque el sol ya se había puesto por completo, Clarion ya habría podido encontrar la frontera entre el invierno y la primavera con los ojos vendados. Sus alas conocían el camino: cada piedra que sobresalía de la tierra, cada recodo del río, cada rama que se abría paso en el camino, guiándola hacia el único lugar que se sentía como en casa. La primavera parecía percibir su tristeza esa noche. Las ramas de sauce se arrastraban apaciblemente por sus brazos, y podría haber jurado que las flores de cerezo florecían más salvajes que antes. Sus pétalos se enredaban en sus faldas y se posaban suavemente en la superficie del estanque iluminado por la luna por el que pasaba.

Cuando llegó a la frontera, Milori la estaba esperando. Lentamente, descendió de su vuelo. La cola de su vestido se arremolinó a su alrededor y, cuando el dobladillo se disolvió en polvo de hadas y motas de luz dorada, tiñó el agua y el hielo con un dorado brillante.

En la oscuridad total, Milori era un boceto en carboncillo bajo el resplandor de un cielo salpicado de estrellas. Descubrió que no podía apartar la mirada de él. Nunca lo había visto con los atavíos de su rango antes. Llevaba una capa de brocado de seda de araña, teñida de un azul pálido y bordada con patrones que parecían escarcha en un delicado hilo plateado. Estaba sujeta alrededor de sus hombros con un broche de hielo sólido, que brillaba fríamente contra la tela. Un círculo de carámbanos, frágil e imponente a la vez, estaba anidado en su cabello blanco. Lo había dejado suelto, por lo que caía como un derrame de agua a la luz de la luna por su espalda.

Por un momento, se miraron el uno al otro, el aire se espesó con todas las cosas que no se dijeron entre ellos. ¿Cómo había creído que podría mantener sus sentimientos fuera de esto cuando se reencontraran?

Quizás Petra no estaba *del todo* equivocada.

Por fin, Milori rompió el silencio. El dobladillo forrado de piel de su capa se movió mientras se inclinaba ante ella. —Estamos aquí para acompañarte al baile.

—Nosotros… —Se quedó en silencio cuando vio a Noctua. Estaba sentada en la rama de un abeto a unos metros de distancia, observándolos con una mirada que se acercaba demasiado a la exasperación para el gusto de Clarion. Si hasta un búho podía percibir la tensión, las cosas eran realmente sombrías—. Por supuesto.

Él señaló con la cabeza el abrigo que llevaba sobre el brazo. “¿Puedo ayudarte con tu abrigo?”

Ella dudó. Había querido —bueno, *quería* era una palabra fuerte, pero el punto era el mismo— mantener cierta distancia entre ellos, pero ¿qué daño podría haber en un gesto tan pequeño? Se lo entregó. —No veo por qué no.

Milori se lo tendió para que pudiera deslizar los brazos por las mangas. Una vez que lo dejó reposar sobre sus hombros, abrochó los botones. Sabía que debía de haber parecido bastante ridícula, llevando ese abrigo remendado sobre el vestido de fiesta más elegante que tenía. Pero cuando volvió a mirar a Milori, él la estaba observando como si todo el conjunto fuera lo más llamativo que hubiera visto en su vida.

“¿Qué pasa?” preguntó ella.

—Nada en absoluto. —Le ofreció el brazo—. ¿Vamos?

Ella puso su mano sobre su codo. “Qué apropiado”.

"Es la primera vez que la realeza de Pixie Hollow honra este reino con carácter oficial", dijo, guiñando un ojo. "Tengo la intención de causar una buena primera impresión".

Él se dio la vuelta y, mientras ella se movía para seguirlo, se deslizó hacia el invierno. El frío que la invadió se sintió purificador. El verano y su baile de coronación parecían terriblemente lejanos ahora.

Mientras la conducía hacia Noctua, Milori dejó que su hombro chocara suavemente con el de ella. —¿Tienes algo en mente?
Por un momento, consideró mentir: “¿Es tan obvio?”
La respuesta de Milori fue un encogimiento de hombros que decía: " *Es doloroso".* Después de un momento, preguntó: "¿Son las Pesadillas?"
—En parte. —Se mordió el interior del labio—. Lo siento. Tenía pensado ponerme en contacto contigo antes. Los ataques han parado, pero...
“…nadie se ha despertado.”
A Clarion le dolía la tristeza de su voz, las sombras de cansancio que aún se dibujaban bajo sus ojos pálidos. Cómo ansiaba quitarse algo de esa carga. —No entiendo qué hicimos mal.
—No has hecho nada malo. —Milori mantuvo la mirada fija al frente, aparentemente perdido en sus pensamientos—. Las instrucciones no eran del todo claras. Además, siempre existía el riesgo de que la leyenda condujera a un callejón sin salida, pero no fue en vano. Sellar la prisión ha dado tranquilidad a tus súbditos por primera vez en semanas. Esta noche es una prueba de ello.
—Supongo que sí —murmuró—. Aun así, no puedo evitar sentirme culpable, como si nos hubiéramos olvidado de los que dormían. Me parece mal celebrar sin ellos.
“No estoy seguro de que esté mal aferrarnos a los momentos de alegría que podamos encontrar”.
Su corazón se agitó en respuesta. Ese tono bajo y suave de él parecía casi... mordaz. Era un sentimiento encantador, uno que deseaba poder creer que se aplicaba a ella... a *ellos* ... Clarion guardó silencio, por si acaso se le escapaba algo lamentablemente caprichoso o melancólico. Con su estado de ánimo actual, no podía estar segura de cuál de los dos sería.
—De todos modos... —continuó avanzando a toda velocidad. Las puntas de sus orejas ardían de rojo—. El Guardián y yo hemos empezado a buscar otros textos que puedan proporcionar algunas respuestas. Sin embargo, podría llevar algún tiempo. El Salón de Invierno es enorme... y, hay que admitirlo, bastante desorganizado. Cada Guardián ha tenido su propio sistema de clasificación, y ninguno de ellos ha conseguido que fuera coherente en toda la colección durante su mandato. Aún queda una sección entera con estantes ordenados por colores.
Clarion casi sonrió al pensarlo. Qué mágico que una biblioteca entera pudiera transformarse en un arcoíris. “Ojalá pudiera ayudar”.
—Yo también —dudó un momento—. Si quieres, puedo escribirte para contarte nuestros hallazgos.
Después de su coronación, supuso que nadie vigilaría su correspondencia. “Está bien.”
Él asintió. “¿Hay algo más que te preocupa?”
Clarion dejó escapar un profundo suspiro. Su aliento se desplegó en una nube blanca. “Me temo que sonará ridículo en comparación. Petra y yo tuvimos una discusión en el baile y eso me está pesando”.

Cuando llegaron a Noctua, él tomó sus riendas (éstas, notó ella, estaban hechas de un material mucho más fino; aparentemente, incluso los pájaros tenían riendas elegantes) y vaciló. —¿Quieres hablar de eso?
hizo ? Una parte de ella lo hizo, por supuesto. Pero temía que una vez que abriera la herida, no habría forma de detener la marea. Tendría que pensar en cómo Petra casi había permitido el peor resultado posible para Winter. Pero peor aún, tendría que considerar el papel que ella misma había desempeñado al abrir una brecha entre ellos. No era como si las preocupaciones de Petra fueran irracionales. Aventurarse en los Bosques de Invierno como un hada cálida *era* objetivamente peligroso. Tal vez debería haber hablado con ella en lugar de levantar muros.
Quizás no la había escuchado adecuadamente durante mucho tiempo.
Clarion hizo una mueca y negó con la cabeza. —Pronto pasará.
No parecía muy convencido, pero no insistió: “Como quieras”.
Ella y Milori se subieron a la espalda de Noctua, algo que se estaba volviendo casi una segunda naturaleza para ella ahora, se dio cuenta. Ya no tenía que aferrarse a ella para salvar su vida cuando la lechuza batió sus alas, llevándolas hacia los cielos. Allí, acurrucada a salvo en los brazos de Milori, Clarion sintió algo parecido a la paz. Se atrevió a Mira hacia abajo. Bajo el velo de la noche, toda la nieve estaba teñida de un azul apagado.
Le tomó sólo unos minutos darse cuenta de que Milori los estaba guiando hacia una zona que nunca había visto antes. Debajo de ellos había un río, congelado y reluciente como una veta de cristal. Desde esa altura, podía distinguir a la multitud apiñada sobre el hielo y, esparcidas aquí y allá a lo largo de las orillas del río, algunas casetas, iluminadas desde adentro con una alegre luz naranja.
Milori frenó a Noctua, que batió sus alas para flotar casi en el mismo lugar. Cuando habló, Clarion pudo sentir su voz, retumbando en su pecho y curvándose suavemente sobre su oreja. —Debo advertirte que esto podría ser un poco abrumador.
Ella le lanzó una mirada irónica. “¿Dudas de mí?”
—Nunca —dijo en voz baja—. Lo que pasa es que ellos saben lo que has hecho por ellos.
—Oh —supuso que eso *haría* que las cosas fueran diferentes. En las estaciones cálidas, nadie sabía que ella y Milori habían sellado las Pesadillas —. Gracias por la advertencia. Pero creo que estoy lista.
En sus ojos brilló una chispa de picardía. —Entonces prepárate para hacer una entrada espectacular.
Hicieron una entrada realmente espectacular.
Noctua se abalanzó sobre el baile de invierno en un remolino de plumas blancas y polvo de hadas. La lechuza desaceleró la caída con unos cuantos aleteos, levantando la capa superior de nieve; esta se arremolinó violentamente a su alrededor mientras aterrizaban justo fuera del recinto del festival.

Incluso por encima del fuerte viento, Clarion escuchó los vítores de las hadas del invierno. En un instante, la multitud se apiñó a su alrededor y ella captó fragmentos de su nombre, pronunciado no en un susurro reverencial sino con… ¿emoción? Era un concepto tan extraño que apenas podía entenderlo.
—Nuestro invitado de honor ha llegado —gritó Milori por encima de la conmoción.
De alguna manera, el ruido se intensificó. Clarion solo pudo reír sin aliento mientras miraba sus rostros. Nunca pensó que alguien se hubiera alegrado tanto de verla. Solo podía esperar no decepcionarlos.
Milori se inclinó lo suficiente para murmurarle al oído: " Te lo *advertí* ".
"Ciertamente lo hiciste."
Mientras Clarion desmontaba, el viento hacía que se soltaran relucientes rastros del dobladillo de su vestido. Juntos, ella y Milori se adentraron en el auténtico mar de hadas. Sin embargo, no pudieron avanzar mucho hacia el río porque la detenían cada pocos pasos.
—Bienvenida al Bosque de Invierno, Su Alteza —le sonrió un hada con una elegante trenza blanca sobre el hombro—. Quería darte esto, si lo aceptas.
Le tendió una flor de jazmín envuelta en escarcha, brillante y perfectamente conservada. Era hermosa y un gesto increíblemente amable. Debió haber sido difícil conseguirla; el jazmín solo crecía en los albores del invierno y la primavera.
Clarion lo tomó con delicadeza, temeroso de arrancarle los delicados pétalos.
“Por supuesto que lo haré. Muchas gracias”.
Apenas había terminado de pronunciar esas palabras cuando un hombre gorrión ocupó el lugar del hada y le ofreció una figura tallada en hielo. —Una pequeña muestra de nuestra gratitud, Alteza, por haber arriesgado su vida para proteger la nuestra.
—Oh —dijo, un poco abrumada. Aceptó la estatuilla con cautela, acunándola en la palma de su mano enguantada. Se derretiría si la sostenía, si no ahora, entonces cuando regresara a las estaciones cálidas. Se maravilló ante la frágil belleza de estas cosas efímeras—. Es un placer.
Cuando llegó la tercera hada, Clarion se dio cuenta de que se había formado una especie de cola. Le asombró ver tantas hadas esperando hablar con *ella* .
Al final, sus interacciones se desdibujaron, un torbellino de manos unidas, nombres intercambiados y regalos; tantos que no sabía cómo los llevaría a casa ni dónde los pondría, aunque pudiera. Las hadas de invierno, que habían estado tanto tiempo separadas de las estaciones cálidas, aparentemente estaban ansiosas por compartir lo que tenían para ofrecer. Su generosidad y calidez la asombraron. Entre esta recepción y su pelea con Petra, el mundo se sentía demasiado crudo, todas sus emociones estaban a un punto de derramarse.
Había sido abrumador, realmente.
Cuando el entusiasmo inicial se calmó y la multitud se redujo, una amable hada cargó sus cosas en un trineo y se ofreció a llevarlo a la frontera después

de las festividades. El último de sus súbditos que esperaba para verla era Milori. Clarion sintió un gran alivio al verlo.
"¿Cómo lo llevas?"
—Perfecto —dijo, y lo decía en serio—. Aunque un poco cansada.
Parecía un poco apenado. “¿Te acompaño a casa?”
—No —dijo, quizá demasiado apresurada. En realidad, no quería irse nunca —. Todavía no. No he visitado ninguno de los puestos.
—Es imprescindible que te vayas. —Milori le ofreció la mano. Al ver eso, sintió un vértigo irreprimible y radiante—. Ven conmigo, entonces.
Ella tomó su mano. “Está bien.”
La condujo hacia el río helado. A medida que se acercaban al festival, la noche se hizo más clara. Las velas ardían en todas las superficies disponibles (piedras, mesas de hielo, troncos) y teñían todo de tonos rosados. El río absorbía toda la luz de las velas y parecía brillar en la oscuridad. A lo largo de su ribera, las hadas del invierno habían instalado casetas de madera pintadas, con los techos cubiertos de hielo como pasteles. Con una espesa capa de nieve y cubierto de carámbanos, cada uno ofrecía algo diferente: sidra especiada, sopa de calabaza condimentada con fragmentos de semillas de granada, ensaladas de verduras oscuras y delicadas láminas de remolacha, nueces confitadas cortadas en trozos finos, pasteles glaseados con cítricos, pudines de toffee en salsa de caramelo. Clarion insistió en probar un poco de todo.
A su alrededor, las hadas patinaban sobre el hielo y flotaban en el aire mientras bailaban. Vestían ropas de un blanco puro y de un rojo intenso. Clarion se detuvo para admirar los encajes de escarcha y las gemas de hielo que brillaban en sus orejas y muñecas. ¡Qué diferente era incluso su moda allí!
“¿Te gustaría unirte a ellos?”, preguntó Milori.
Clarion se giró para mirarlo, nerviosa por haber sido sorprendida mirándolo con tanto… anhelo. Le tomó un momento procesar que su pregunta sonaba sospechosamente como una invitación. “¿Bailas?”
“ *Puedo hacerlo* ”, dijo, “teóricamente, pero me doy cuenta de que rara vez tengo motivos para hacerlo”.
—Estoy sorprendida —respondió ella con una sonrisa. No podía imaginarlo bailando—. Yo tampoco. Bueno, supongo que eso no es del todo cierto. Siempre he *querido* bailar.
Él emitió un sonido pensativo. “¿Por qué no lo has hecho?”
“Las reinas no bailan”.
—En invierno, tal vez sí. —La miró a los ojos de manera significativa y a ella se le secó la garganta—. Además, todavía no eres reina.
Clarion se sonrojó al oír que sus palabras eran contraproducentes. Sacudió la cabeza en señal de exasperación. A cada momento que pasaba, se le hacía cada vez más difícil recordar por qué exactamente había insistido en mantener cierta distancia entre ellos. Lo que él decía era cierto: ella aún no era reina. Y la miraba con tanta esperanza que parecía casi cruel negárselo.

¿Por qué no permitirse una última noche de libertad?
Ella suspiró, adoptando aires de derrota. Se acercó un paso más y levantó la barbilla para mirarlo a los ojos. —Supongo que no puedo discutir eso.
Los labios de Milori se separaron en silencio. Clarion sintió un pequeño escalofrío al ver que ella parecía haberlo dejado sin palabras. Claramente, no había esperado que ella accediera tan fácilmente. Pero después de un momento, se recuperó lo suficiente para preguntar: —Entonces, ¿puedo ser tan atrevido como para pedirte tu primer baile?
Le costó todas sus fuerzas mantener su tono burlón y distante. —Puedes.
A lo lejos, notó que los talentosos músicos habían comenzado a tocar otra canción. Lentamente, apoyó una mano en su hombro; la otra se deslizó hacia él. Él se acomodó en el marco del baile, acercándola más con una mano en la curva de su cintura. El frío familiar y reconfortante de su piel la envolvió, junto con el aroma de las plantas perennes y la nieve recién caída. Y aunque él afirmaba que rara vez bailaba, la guió a través de los pasos con una facilidad practicada. Eran una de las únicas parejas en el suelo; era liberador, ocupar tanto espacio, no tener miedo de chocar con otra persona. La tela de su vestido ondeaba a su alrededor mientras giraban, recogiendo nieve y luz de estrellas.
"¿Cómo has disfrutado de tu primer baile de invierno?", preguntó.
—Es increíble. Es tan... —Se esforzó por encontrar la palabra exacta, pero la más paradójica encajaba mejor—. Cálido.
Milori parecía complacido, pero pronto su expresión se tornó pensativa. "Así es como podría ser, si así lo quisieras".
Por primera vez, Clarion se permitió imaginarlo. Cuando fuera reina, tendría el poder de cambiar las cosas en las estaciones cálidas. Aunque Elvina le había transmitido su sabiduría a Clarion, su tiempo en el invierno le había demostrado que no era la única manera de avanzar. Qué dulce sería gobernar no desde una distancia imparcial sino con *calidez* . Tal vez, entonces, ella No tendría que estar sola. El solo pensamiento la llenaba de un anhelo mayor que cualquier otro que hubiera sentido jamás.
Cuando la canción terminó, Milori no la soltó de inmediato. Clarion resistió el impulso de apoyar la cabeza en su hombro. Pero, aunque su corazón anhelaba quedarse, el frío se había hecho notar. Sus dedos se estaban entumeciendo y le picaban las puntas de las orejas. —Debería volver a Summer antes de que se den cuenta de que me he ido.
Si estaba decepcionado, no se notaba en su rostro. Pero ella podía percibir su renuencia a dejarla ir, rota solo por el escalofrío que la agarró. Incluso después de que él le soltara la mano, su palma todavía descansaba firmemente sobre la parte baja de su espalda. —Por supuesto. Vamos a sacarte del frío.

Un estado de ánimo solemne se apoderó de ambos; el vuelo de regreso a la frontera transcurrió en silencio. Clarion no podía concentrarse en nada más que en la sensación de que el asunto había llegado a su fin. Milori también la sentía claramente. Sujetaba las riendas con tanta fuerza que le temblaban los nudillos, como si pudiera aferrarse a esos últimos momentos. Ella apoyó la cabeza en su hombro y dejó que sus ojos cayeran entrecerrados. Desde ese punto de observación, vio destellos de su cabello blanco suelto, que se desenrollaba como cintas en la oscuridad.

Noctua se apeó y de inmediato esponjó sus plumas. Su cabeza pareció hundirse en ellas. Como el sol ya se había hundido en el horizonte, la temperatura había caído en picado. Los témpanos de hielo flotaban en la corriente del río, tan brillantes como láminas de vidrio negro a la luz de la luna.

Cuando Clarion desmontó, sus botas se hundieron profundamente en los montones de nieve. Dudó un momento y echó la cabeza hacia atrás para mirar a Milori, que seguía sentado sobre la espalda de Noctua. La diadema, congelada en puntas dentadas, se parecía mucho a la estatua del Señor del Invierno: tan desolado como formidable. El viento atravesó el Invierno como un suspiro triste. Hizo ondear su capa y las ráfagas cada vez más espesas se movieron entre ellos como una cortina.

Ella no pudo atreverse a decir adiós.

Así es como podría ser, había dicho, *si así lo quisieras.*

Después de todo ¿no merecían la felicidad?

—Milori —empezó ella, al mismo tiempo que él decía—: Yo…

Se aclaró la garganta. “Continúa.”

Clarion dejó escapar un suspiro tembloroso. “¿Bajarás primero?”

Sin dudarlo, se dejó caer en la nieve junto a ella. Ella todavía tenía que mirarlo, pero allí, en terreno llano, tenía menos sensación de que se le escaparía. Se quitó los guantes, uno tras otro. Reuniendo valor, dijo: —He estado pensando.

La voz de Milori apenas se oía: “¿Sobre qué?”

—Sobre lo que dijiste... Yo... —Sus palabras la abandonaron de golpe. Toda esperanza de expresarse había desaparecido por completo. Sus guantes cayeron al suelo. Enredó los dedos en la tela de su capa, donde se unía a la clavícula. Sosteniendo su mirada, dijo—: No quiero irme.

Milori parecía haber estado esperando toda su vida esas palabras. Una presa se había derrumbado en su interior y la emoción que ardía en sus ojos la invadió como una ola. Sus manos se posaron sobre las de ella y sus dedos rodearon sus muñecas. Ella podía sentir el salvaje latido de su corazón bajo su tacto, el frío de su piel filtrándose en la suya.

—Entonces no lo hagas —murmuró en el espacio vacío entre ellos.

No lo hagas. Como si fuera la cosa más sencilla del mundo.

¿Qué más podía hacer? Se puso de puntillas y lo besó.

Por un momento, permanecieron suspendidos en una especie de tierna incredulidad. Entonces, sus labios se separaron debajo de los de ella, y

Clarion sintió que se prendía fuego. Sentía el sabor del cacao y la canela en la lengua, se tragó el aliento entrecortado mientras se derretía en él. Sus dedos se enredaron en el cabello de su nuca, inclinando su barbilla hacia él mientras profundizaba el beso. Las horquillas que sujetaban su corona de flores se soltaron, bañando la tierra a sus pies con pétalos blancos y polen dulce. Cada toque de él encendía sus nervios con un calor lánguido y un frío abrasador.

Sin aliento, se apartó. Pero incluso esa pequeña distancia le dolía. Cómo resentía sus propias limitaciones en ese momento: la incapacidad de su cuerpo para tolerar su reino por mucho tiempo. "Me estoy congelando".

—No podemos permitir eso. —Sus labios rozaron los de ella con cada sílaba.

Ninguno de los dos parecía dispuesto a separarse.

La abrazó y la hizo caminar lentamente hacia atrás. Clarion se rió con voz vacilante y le rodeó el cuello con los brazos para mantener el equilibrio. Se detuvo sólo cuando ambos mundos se habían unido: los pies de ella estaban plantados sobre el musgo cubierto de escarcha y los de él sobre la fina capa de nieve. Pero incluso en primavera, el frío se le pegaba. La nieve brillaba contra sus pestañas y el aliento que compartía con él formaba suaves penachos en el aire.

Pensó que esto era suficiente. Podían hacer que esto funcionara.

En ese momento no había nada ni nadie más que ellos dos.

Y entonces, una voz familiar interrumpió su alegría: “¡Clarión!”

Elvina.

Elvina descendió sobre ellos como una estrella fugaz, su resplandor brillaba con la fuerza de su ira. Milori no soltó a Clarion de inmediato; sus dedos se cerraron alrededor de sus brazos casi de manera protectora. Por mucho que ella lo apreciara, hubiera preferido desaparecer por completo. Disolverse y ser arrastrada como semillas de diente de león por el viento. Esto no puede estar pasando.

Cuando Elvina aterrizó en la orilla del río, Clarion casi se encogió. A lo largo de los años, Clarion había visto muchas facetas de Elvina; aunque era un hada discreta, Clarion había llegado a comprender y anticipar los cambios sutiles de sus emociones. Demasiadas veces había visto su decepción, pero nunca nada como esto. Su rostro estaba contorsionado por una furia apenas contenida, todos los planos de su rostro tallados en sombras crudas y luz naranja.

Pero lo que más la hirió fue ver a Petra y Artemisa detrás de ella. Petra se cernía a poca distancia, medio oculta tras un matorral de arándanos. Aun así, Clarion podía ver lo angustiada que parecía: sus manos entrelazadas, su cabello suelto de su elegante peinado, su labio mordido y en carne viva. Clarion miró fijamente a Artemis, quien negó sutilmente con la cabeza. Clarion leyó lo que quería decir: *No tuve nada que ver con esto.*

En ese momento, Clarion no tenía ninguna duda sobre lo que había sucedido. Después de su pelea en el baile, Petra le había contado a Elvina adónde había ido Clarion. La mortificación la había atormentado de manera enfermiza. Pero ahora, la traición ardía en toda su humillación, en toda su indignación. Por mucho que la doliera, no la sorprendió.

—¿Qué estás haciendo aquí? —fue lo único que se le ocurrió preguntar a Clarion.
Al parecer, esa no era la respuesta esperada ni deseada. El aura de Elvina brilló aún más con indignación. —¿Debo entender que *esto* es lo que te ha consumido durante estas últimas semanas? ¿*Esto* es lo que ha despertado tu curiosidad por Winter? Esperaba más de ti, Clarion.
—Es mi responsabilidad —interrumpió Milori. No había rastro de frialdad en su voz, solo una sinceridad insoportable. A pesar de la diadema que le rodeaba la frente, parecía dispuesto a arrodillarse.
Clarion le lanzó una mirada incrédula. Por *supuesto* que intentaría asumir el peso de la ira de Elvina. —No *es* ...
—Le pedí ayuda para remediar mi error —continuó Milori, sin inmutarse—. Todo lo que ha hecho ha sido por orden mía. Perdóneme, Majestad.
Elvina lo miró como si fuera poco más que un insecto, muy por debajo de su atención. El disgusto en su rostro hizo que La ira brilló en el interior de Clarion. Ahora que sabía lo que Elvina creía sobre las hadas de invierno, sabía que no tenía sentido discutir. No importaba lo que dijera, nunca la satisfaría ni la convencería.
Aun así, Clarion no podía permitir que Milori aceptara la culpa por esto. No podía martirizarse más; ya lo había hecho de cien maneras diferentes. Estaba destinado a mucho más que eso. Durante demasiado tiempo, las hadas de invierno habían sido ignoradas y difamadas por algo que noblemente habían hecho voluntariamente. Clarion no podía quedarse allí y ser cómplice de eso por más tiempo. La carga que los Guardianes de los Bosques de Invierno habían arrebatado a las Reinas de Pixie Hollow era inmensa; merecían ser honradas por ello.
—Te equivocas con él. —Clarion se puso delante de Milori, como si pudiera protegerlo del abierto desdén de Elvina—. Con respecto a todos ellos. Los Bosques de Invierno no son nada parecidos a lo que creíamos.
—Lo discutiremos en casa —dijo Elvina con los dientes apretados—. Ven conmigo. Ahora.
"No."
Su voz resonó en el silencio y las estrellas del cielo parecieron acentuarla, brillando más intensamente con la fuerza de su emoción. Elvina se tambaleó hacia atrás. Parecía casi desconcertada, como si no supiera qué hacer o qué criatura petulante había reemplazado a Clarion, su heredero sereno y controlado. La propia Clarion no sabía de dónde había sacado el valor.
"Me temo que no tienes elección", dijo Elvina.
—¡Ha estado trabajando conmigo para detener las Pesadillas! Si tan solo me escucharas...
—Clarión —dijo Elvina en tono de advertencia.
“Todo lo que he hecho ha sido para proteger a Pixie Hollow. ¿Puedes decir lo mismo?”
Elvina retrocedió como si le hubieran dado una bofetada. “¿Disculpa?”

Las manos de Clarion temblaron con la repentina descarga de adrenalina. Apenas se reconoció a sí misma. Esta ira justificada parecía que la incineraría. Pero ardía como un incendio forestal y ahora no podía detenerla.
—No has tenido ningún respeto por tus súbditos en Invierno. ¡Planeaste darles la espalda y dejarles una tarea imposible! La magia del talento gobernante es lo único que puede detener a las Pesadillas, pero no te ha interesado en absoluto...
Elvina soltó una risa sin humor. “No tienes idea de lo que estás hablando”.
—Sí, lo hago —insistió Clarion. Ahora que había empezado, no la iban a callar—. Las hadas de invierno han sido víctimas durante demasiado tiempo de nuestra comprensión incompleta de la historia, y no voy a permitir que eso se mantenga así. Mil... el Guardián de los Bosques de Invierno no es lo que tú creías que era.
—No —dijo Elvina con tono sombrío—. Es joven. Aún no ha tenido la oportunidad de convertirse en lo que podría llegar a ser: ambicioso, como su predecesor, o corrompido por las bestias que envenenan todo lo que tocan. No estás a salvo con él.
A su lado, Milori hizo una mueca.
¿Así que eso fue todo? ¿Ignoraría todo lo que Clarion había dicho? “Nunca he estado en un lugar más seguro”.
Elvina avanzó hacia ella. Por la expresión de sus ojos, parecía que estaba lista y dispuesta a sacar a Clarion de ese puente ella misma. —Ya te ha puesto en mi contra.
—¡No, me *has* puesto en tu contra! —Las palabras se le escaparon antes de que pudiera detenerse, deteniendo a Elvina en seco. Su voz temblaba. Y, sin embargo, era la verdad que no había querido admitir—. He intentado vivir a la altura de los estándares que me has impuesto, todo con la esperanza de ser digna de la corona. He intentado con todas mis fuerzas ser como tú, pero no lo soy. Esto es lo que Winter me ha enseñado.
Su magia estalló en su interior, aumentando con la marea de sus emociones. Se volvió luminosa con la fuerza de su convicción. Incluso a través de su abrigo, el resplandor de sus alas tiñó de un blanco pálido el rostro aturdido de Elvina.
—No, no lo eres, desde luego —dijo Elvina, pero no había horror en su voz, sino algo parecido al asombro.
—No quiero interrumpir —dijo Petra en voz baja, asomándose por entre los matorrales tras los que se había escondido. Su rostro se había vuelto pálido —. Pero creo que algo anda mal.
Señaló y la mirada de Clarion siguió el camino que ella había indicado hacia el cielo. Ahora que lo mencionaba, algo *se* sentía mal. En algún momento de los últimos minutos, la oscuridad de la noche se había profundizado.
Las nubes colgaban bajas y amenazantes, cubriendo la luna llena y todas las estrellas que la acompañaban. La energía crujía en el aire y le hormigueaba los brazos. Los meteorólogos no habían dicho nada sobre una tormenta,

pero... No, no era la promesa de un rayo. Se sentía peor, casi siniestro. Se estremeció.
Y entonces, algo cruzó el cielo: una estela dorada de polvo de hadas, increíblemente brillante contra la penumbra cada vez más espesa. A medida que se acercaba, Clarion se dio cuenta de que era un talento explorador de Winter, que se dirigía directamente hacia ellos.
Aunque el hombre gorrión todavía vestía sus mejores galas, agarraba el arco con la mano, con los nudillos blancos. Su pecho se agitaba y sus ojos estaban desorbitados y vidriosos, como si todavía estuvieran mirando algo que no estaba realmente allí.
—Milori —dijo finalmente con voz entrecortada—. Ha habido un ataque.
La expresión estudiadamente tranquila de Milori se quebró. "¿Qué?"
—Las Pesadillas —dijo el explorador con voz entrecortada—. Han inundado el festival, más de las que hemos visto nunca. Mi unidad está guiando a tantas hadas como pueda al Salón del Invierno, pero...
Clarion sintió su pausa como un golpe físico. Se sintió como si estuviera en caída libre, sumergida en un lodazal de confusión y Culpa. Esto no debería haber sucedido. Pero ¿no era eso lo que ella creía acerca de las hadas que todavía estaban atrapadas en su sueño eterno? Lo que ella y Milori habían logrado no era más que un puñado de arena apuntalada contra la marea creciente. No habían logrado nada en absoluto.
Todo esto es culpa tuya, susurró su duda.
¿Cuántos habían perdido por el hechizo de las Pesadillas esta vez?
Saliendo de su estado de shock, Clarion preguntó: “¿Cómo pudieron liberarse de nuevo?”
La comprensión rompió el estupor de Elvina. "Intentaste sellarlos".
—No… no lo sé. —Milori negó con la cabeza. Clarion nunca lo había visto tan nervioso, pero se armó de valor para hablar con firmeza—: Tengo que irme.
Clarion lo agarró del codo y le sostuvo la mirada. —Voy contigo.
La gratitud que iluminó los ojos de Milori la dejó casi sin aliento.
—Clarión —dijo Elvina con un tono suplicante—. No hagas esto.
Clarion solo miró hacia atrás y se fijó en Petra, cuyos ojos estaban muy abiertos y brillaban con una emoción que no podía identificar. Tal vez ella y Elvina tenían razón: sus sentimientos por Milori la habían vuelto imprudente. Pero con esa furia protectora y justa ardiendo en su interior, nunca se había sentido más en sintonía con su propósito.
—Lo siento —dijo ella suavemente—. Tengo que hacerlo.
Dándole la espalda a sus amigos y a su mentor, siguió a Milori hacia el frío amargo del invierno.

Por favor, no nos dejes llegar demasiado tarde.

Clarion se aferró a esa súplica como a un salvavidas mientras se elevaban hacia el recinto del festival, tan fuerte como lo hacía con Milori. Él se aferró con fuerza a las riendas de Noctua, guiándolos a través de la tormenta que se avecinaba. A esa altura, las nubes, casi negras en la oscuridad, flotaban sobre su visión como una mancha de humo de un incendio forestal. Una fuerte nevada la azotaba, amontonándose pesadamente en sus pestañas y escociéndole la cara como si fueran descargas de hielo. Cada ráfaga de viento los desviaba de su curso, y Clarion podría haber jurado que oía una voz que se transmitía por ella.

Caída, susurró.

Por primera vez en todos sus cruces de frontera, Winter se sintió hostil.

Un destello de sombra en el rabillo del ojo atrajo su atención. Clarion se giró hacia allí, pero vio algo que se dirigía hacia ellos: una forma alada, trazada por el resplandor violeta del poder de las Pesadillas.

—¡Milori! —gritó—. ¡Cuidado!

Su cabeza giró bruscamente hacia la Pesadilla. Un relámpago abrió el cielo e iluminó a la bestia durante un terrible instante.

Tiró de las riendas y Noctua se desvió del camino de la Pesadilla. Milori se pegó al lomo del búho para mantener el equilibrio y arrastró a Clarion con él, justo a tiempo para evitar las garras de la criatura que se acercaban a ellos. Ella presionó su frente contra sus omoplatos y dejó escapar un suspiro tembloroso, horrorizada por lo cerca que había estado de perder tanto el asiento *como* la cabeza. Permanecer a horcajadas sobre Noctua durante un vuelo casual era una cosa, pero el combate estaba demostrando rápidamente ser otra completamente distinta.

Clarion levantó la vista y vio que la Pesadilla volvía a dar vueltas. Se había contorsionado hasta adoptar la forma de un búho: una grotesca burla de Noctua. Su pico se curvaba sobre una serie de dientes inquietantemente humanos, que se mostraban en una sonrisa vacía. Peor aún, justo más allá de la sombra de su envergadura, vio una nube oscura que se dirigía hacia ellos a una velocidad alarmante. Un sonido chirriante, distante al principio, se convirtió en un agudo chillido que resonó en sus huesos. No, no era una nube, sino un grupo de Pesadillas, transportadas en alas de insectos. Incluso desde allí, Clarion podía *sentir* su hambre.

El miedo la invadió. No sobrevivirían si el enjambre los alcanzaba. Debía haber cientos de ellos. ¿Se habían liberado *todas las Pesadillas?*

—Tenemos que aterrizar —gritó Clarion por encima del aullido del viento —. Ahora.

Milori miró a las Pesadillas que se acercaban, con un músculo tenso en la mandíbula. —Muy bien. Espera.

Clarion obedeció. Después, Milori le entregó las riendas a Noctua. La lechuza metió las alas en su cuerpo y se lanzó de cabeza hacia el bosque que se encontraba debajo.

Los ojos de Clarion se llenaron de lágrimas mientras las amargas garras del viento y el frío la desgarraban. El cabello de Milori ondeaba detrás de él,

azotándole la cara mientras caían en picado. En cuestión de segundos, Noctua atravesó el dosel del bosque, derribando nieve suelta y carámbanos afilados como cuchillos a su paso. Las ramas atraparon el pelaje y el cabello de Clarion con saña, pero ella apenas sintió nada debido a la pura descarga de adrenalina. A solo unos pocos pies del suelo, Noctua batió sus alas para frenar la caída.

Cuando aterrizaron, el corazón de Clarion latía con fuerza en su garganta. Ninguna de las Pesadillas las había seguido hasta allí, pero podía sentirlas, moviéndose más allá del entramado de ramas que había sobre sus cabezas. Permaneció congelada en el lugar hasta que el horrible zumbido de los insectos se desvaneció. Los fragmentos de cielo que podía ver Los ojos aún estaban manchados de un gris siniestro, pero nada la miraba fijamente. Respiración tras respiración superficial y temblorosa, el terror fue aflojando su dominio sobre ella y la sensación de hormigueo de la presencia de las Pesadillas desapareció.

Por ahora, habían escapado.

Ella y Milori se deslizaron de la espalda de Noctua. Cuando estuvieron a salvo en tierra firme, ella se giró para mirarlo. Había perdido su diadema en algún momento durante el vuelo, y trozos de granizo y ramitas quebradas quedaron atrapados en su cabello. Pero afortunadamente, parecía entero y relativamente ileso. Un pequeño rasguño se había abierto en un costado de su cara.

Ella le ahuecó la mandíbula y con el pulgar le secó la sangre que había brotado. —¿Estás bien?

—Lo soy —respondió Milori. La miró de arriba abajo, buscando alguna herida. Al parecer no encontró ninguna, porque ella vio que algo de la tensión se disipaba en él—. ¿Y tú?

—Creo que sí. —Con las piernas temblorosas, giró lentamente para orientarse. Ya nada le resultaba familiar—. Deberíamos seguir avanzando.

Milori asintió. Lideró su sombría marcha, más adentro del bosque, más adentro de la tormenta; su resplandor, que brillaba débilmente plateado en la penumbra, guió su camino. Ella ajustó cuidadosamente sus botas a la forma de las huellas que él había dejado atrás. A través de la oscuridad y las ráfagas cada vez más densas, apenas podía ver su propia mano a una pulgada de su rostro. Cada rama que perforaba la cortina de nieve se extendía hacia ellos como garras, y su creciente inquietud hizo que los carámbanos que colgaban de los árboles se convirtieran en colmillos desnudos y goteantes. Cómo odiaba ver su amado Bosque de Invierno transformado en un lugar tan embrujado.

Siempre había silencio allí, todos los sonidos se amortiguaban por la fuerte nevada. Pero este era un silencio antinatural, como si todo el bosque estuviera conteniendo la respiración, demasiado aterrorizado para moverse. Los pasos crujían demasiado fuerte en la corteza de hielo que brillaba fríamente sobre la nieve.

Entonces lo oyó: gritos.

A Clarion se le heló la sangre. Ninguno de los dos dijo una palabra, no hacía falta. Espoleados por aquel sonido de terror, echaron a correr. Cuando atravesaron la espesura de hayas y abetos, Clarion se detuvo en seco.
Los restos del festival se extendían ante ellos. Los puestos por los que habían paseado poco antes estaban completamente destruidos: no quedaban más que esqueletos de madera astillada. Sobre sus restos ardían brasas, que se habían incendiado con velas que nunca se habían apagado. Había fragmentos irregulares de esculturas de hielo esparcidos por la superficie del río, brillando entre el desorden pisoteado de pétalos de flores y coronas.
Pero Clarion no podía apartar la mirada de las oscuras siluetas de las hadas dormidas que yacían sobre el hielo. Parecían estatuas: perfectamente inmóviles en medio de tanta destrucción. La nieve ya había empezado a acumularse sobre ellas.
Aquí quedó al descubierto la evidencia de su fracaso.
Las pesadillas se acumulaban alrededor de las hadas como derrames de aceite, burbujeando mientras luchaban por tomar forma. Se arremolinaban en el aire, oscuras como el humo. Otras rondaban en sus formas animales, acribilladas por flechas. Vagamente, Clarion vio cómo otra flecha se hundía en la cuenca del ojo de un oso deforme. Rugió de indignación, y escupió —no, se dio cuenta, veneno— de las puntas letales de sus colmillos.
Eso hizo que Clarion volviera en sí.
Los exploradores volaban sobre sus cabezas, con sus arcos tensos y sus voces alzadas en gritos de batalla. Aunque no podían luchar contra las Pesadillas, arriesgaban sus vidas para salvar a tantas hadas como pudieran. Algunas incitaron a las Pesadillas a perseguirlas, esquivando y serpenteando entre las franjas de oscuridad, mientras sus camaradas Condujo a los civiles hacia el Salón de Invierno. El corazón de Clarion se estremeció al ver tanta valentía desinteresada.
Un gruñido bajo retumbó detrás de ella.
Clarion jadeó y se dio la vuelta. Se encontró cara a cara con una versión retorcida de Fenris: un lobo, con la boca llena de demasiados dientes y un segundo par de ojos montados sobre el primero. Antes de que pudiera moverse, antes de que pudiera siquiera abrir la boca para gritar, la bestia se desparramó por el suelo en un rocío de nieve y sombras retorcidas. Yacía inmóvil de costado, atravesado por una flecha. Un líquido negro viscoso rezumaba alrededor del asta y el humo se elevaba lentamente como si se hubiera quemado. Una tenue luz dorada brillaba alrededor de los bordes de su herida.
Lentamente, Clarion se giró y lo que vio casi le hizo llorar.
Petra se encontraba a unos cuantos metros de distancia, blandiendo una especie de arma que Clarion nunca había visto antes. La expresión de su rostro estaba entre triunfal y horrorizada. Su cabello estaba rojo sangre bajo el manto de la noche, con nieve acumulada como un puñado de estrellas en sus rizos. Artemis estaba de pie junto a ella, un destello de oscuridad contra la extensión blanca, con una mano apoyada en su cadera.

—Buen disparo —dijo, aunque parecía impresionada, aunque no del todo—. Y buenos reflejos.
Clarion apenas podía creer que realmente estuvieran allí. Si su mente no hubiera estado ocupada en otra cosa, podría haber estado preocupada por la posibilidad de que los inocentes transeúntes pudieran recibir una flecha perdida. No creía que Petra hubiera apuntado con un arma en su vida. Pero en ese momento, no podía sentir nada más que una gratitud abrumadora.
—Vayan —dijo Milori en voz baja—. Voy a ayudar a los demás a encontrar el camino al Salón del Invierno.
—Estaré justo detrás de ti. —Le sostuvo la mirada, presa de un repentino ataque de miedo. Si algo le sucediera... No, ni siquiera podía pensar en ello —. Ten cuidado.
Milori asintió con fuerza. “Tú también. Te veré pronto”.
Se dio la vuelta, la tela de su capa chasqueó detrás de él y luego emprendió el vuelo. Clarion no pudo tragarse por completo el nudo de ansiedad que sentía en la garganta cuando su brillo se vio atenuado por la fuerte nevada. Milori podía cuidar de sí mismo, se aseguró a sí misma. Pronto volvería a estar a su lado. Apartó la mirada del lugar donde había desaparecido y corrió a través de la nieve hacia Artemis y Petra.
—¿Qué haces aquí? —Al cabo de un momento, se le ocurrió algo más urgente—. ¿ *Cómo* estás aquí?
Petra dejó caer su arma a un costado. Como si fuera lo más obvio, dijo: “No íbamos a dejar que hicieras esto sola. En cuanto al cómo… mis prototipos de abrigos pueden ser feos, pero cumplen su función bastante bien”.
Clarion los miró con atención. Los dos *lucían* ridículos; estaban ahogados en tela. Los abrigos eran monstruosas telas de retazos de gran tamaño, claramente hechos de lo que Petra había encontrado tirado en Tinker's Nook. Clarion no pudo evitar reírse a pesar del ardor de las lágrimas en el fondo de su garganta.
—También quería una oportunidad para probar su otro prototipo. —Artemis miró con codicia el arma de Petra. Levantó la suya, que, aunque por lo demás era más o menos idéntica, parecía sostenida por un sueño más que por algo concreto. Para el ojo inexperto de Clarion, parecía un arco de explorador clavado en un fino bloque de madera. Una larga ranura recorría su centro, donde se colocaría una flecha. La cuerda del arco, una vez tensa, se mantenía en su lugar mediante un mecanismo que se liberaba con un gatillo—. O al menos, *el mío* es un prototipo.
—Por eso tienes que estar cerca de mí —dijo Petra con una sonrisa casi pícara—. Todos mis esfuerzos finalmente dieron sus frutos.
—Tus esfuerzos por arruinar un arco y una flecha en perfecto estado — murmuró Artemis, sin ningún entusiasmo detrás— le quitan todo el talento artístico.
Petra la señaló con el dedo acusador. —¡Hay *arte* ! Pero tú no lo aprecias...
—Espera. —A Clarion se le hizo un nudo en el estómago—. ¿ *En esto* es en lo que has estado trabajando? ¿No en la espada?

Artemisa y Petra se quedaron en silencio. La tensión se disipó en el aire entre ellas.
—Por supuesto —Petra le dedicó una sonrisa vacilante—. Te lo habría dicho antes, pero nunca tuve la oportunidad.
Clarion se estremeció al recordar su pelea, pero antes de que pudiera hablar, Petra se abalanzó sobre ella. —Quiero decir, yo también estaba trabajando en la espada de Elvina. Pero después de cierto punto, pasé la mayor parte de mi tiempo tratando de que pareciera convincente.
Clarion frunció el ceño. —¿Convincente?
—No funciona —dijo Petra en un tono que ya no podía contener—. Si se entera...
—No se va a enterar —intervino Artemis, un poco cansado. Parecía una conversación que ya habían tenido al menos dos veces antes.
—¡Entonces seré exiliado de verdad esta vez!
"¿No *funciona* ?"
Petra se detuvo a pensarlo, recomponiéndose. —Bueno, supongo que funciona en la medida en que las piedras solares canalizan la luz del sol. Así que no es una exageración pensar que funcionaría con los talentos gobernantes de la luz estelar... —La mención de los talentos gobernantes, evidentemente, le recordó a Petra sus preocupaciones más inmediatas—. El caso es que no hará lo que Elvina quiere. Iba a decírselo, pero tú parecías pensar que sabías lo que estabas haciendo y...
El resto de su frase se convirtió en un sinsentido. Lo único que Clarion pudo entender fue esto: "¿Le mentiste a Elvina?"
La cara de Petra se puso muy pálida y luego ligeramente verde. "Supongo que sí".
Pero Petra *nunca* mintió. Clarion apenas podía procesarlo. "¿Por qué hiciste eso?"
—No lo sé. —Petra se pasó la mano por la cara—. Cuando lo hice, ya era demasiado tarde. Y ahora, cuando ella se entere...
Artemisa suspiró. Diplomáticamente, dijo: "Ambas creíamos en ti". Deslizó su mirada fijamente hacia Petra. "Incluso cuando nos preocupábamos por ti".
La culpa ahuyentó el pánico de Petra. "Siento lo de antes. No debería haber sido tan…"
"¿Criticador?", añadió Clarion.
—Claro. Eso es todo. —Petra hizo una mueca—. Lamento haber involucrado a Elvina cuando sabía que eso era lo último que querías. Entré en pánico, como siempre. Me preocupaba que hicieras algo tonto. No quería que te lastimaran.
—Lo sé. Y supongo que no te equivocaste —dijo ella, riendo ahogadamente. Clarion podría haber llorado en ese momento, de alivio o de arrepentimiento, no estaba del todo segura. Todavía había muchas cosas enredadas entre ellos, pero por ahora, esto era suficiente. Tenía que serlo, cuando no sabía si lograrían sobrevivir a la noche—. Yo también lo siento. No debería haber...
—Hablaremos más tarde —dijo Petra suavemente.

—Luego, entonces. —Clarion hizo todo lo posible por contener la repentina oleada de emoción. Señaló vagamente el arma que sostenía Petra—. ¿Qué es exactamente esta cosa, de todos modos?
Petra se animó. “Oh, ¿esto?”
Al parecer, se trataba de algún tipo de artefacto capaz de derrotar a las pesadillas. Al menos, eso fue lo que Clarion dedujo de la entusiasta (y muy técnica) descripción que Petra había lanzado.
—He decidido llamarlo ballesta. ¿O quizás ballesta? Todavía estoy trabajando en los detalles más finos, pero puedes cargarlo con flechas impregnadas de polvo de hadas. Obviamente, no es tan potente como la magia del talento gobernante, pero he planteado la hipótesis... —Petra se quedó en silencio y su rostro palideció—. Sabes, no creo que la ciencia que hay detrás de esto importe ahora mismo.
El final de su frase se interrumpió con un chirrido. Clarion se giró para ver que la Pesadilla a la que Petra había disparado antes comenzaba a recomponerse. Su forma similar a la niebla colapsó y burbujeó mientras intentaba ponerse de pie. No tenían mucho tiempo antes de que pudiera atacar de nuevo.
—¿Cuál es el plan? —preguntó Artemis, siempre pragmático.
—La mayoría de las hadas de invierno se han refugiado en el Salón de Invierno —respondió Clarion—. Ante todo, debemos garantizar su seguridad. Nos reuniremos con Milori allí, aseguraremos la entrada y nos reagruparemos. ¿Entendido?
Artemisa saludó. “Entendido, Su Alteza”.
Petra cargó otra flecha y tensó la cuerda. La punta de la flecha brilló y llenó sus ojos de luz dorada. Su rostro había adquirido esa calma familiar y misteriosa; había adoptado el mismo estado mental que cuando una fecha límite se acercaba tanto que no dejaba lugar al pánico. "Hagámoslo".
Entre ellos y el Salón de Invierno se encontraba un verdadero mar de Pesadillas. No podrían llegar hasta allí sin luchar. Pero cuando Clarion miró a Artemisa y Petra, con los ojos brillantes de determinación, decidió que se sentía como si pudieran ganar.

Se dirigieron al Salón del Invierno, abriéndose paso a través de la nieve hasta las rodillas y de oscuros matorrales de árboles. A pie, el avance era enloquecedoramente lento. La ventisca continuaba, con nieve azotadora y vientos desgarradores. El hielo le raspaba la piel expuesta del rostro y el frío, tan afilado como una cuchilla, se le metía en los huesos. Clarion no sabía si el clima era la influencia de las Pesadillas o del propio Invierno aullando su grito de guerra.

—Ya no falta mucho —les gritó a Artemisa y Petra.

Esperaba que eso fuera cierto. Era difícil saber exactamente adónde iban, pero el sonido de las escaramuzas la alcanzó: gritos y rugidos que se alejaban a medida que la tormenta los alejaba. Aunque podía ver y oír poco, el poder de las Pesadillas permanecía como una niebla baja. Se deslizaba sobre su piel, calentando de terror todos sus nervios.

Aquí y allá, vio destellos de pesadillas volando por encima de sus cabezas: madejas de sombras retorcidas que ocultaban incluso la oscuridad de las nubes. No se percataron del trío mientras perseguían tenazmente a las hadas de invierno que huían. El pánico oprimió el pecho de Clarion.

Ella envió un deseo silencioso a las estrellas: *que vuelen rápido.*

Había sido un error, pensó Clarion, dejar que Milori siguiera adelante solo. Cuando vio el Salón de Invierno (cuyas puertas talladas en hielo brillaban con la suave luz azul de sus runas), estaba ardiendo de expectación. Se encontraban en la cima de una colina, contemplando el valle donde el Salón estaba tallado en la ladera de la montaña. Desde allí, Clarion podía ver el caos que se desataba ante ella.

El Salón del Invierno fue completamente asediado por Pesadillas.
Los exploradores hicieron pasar a las aterrorizadas hadas por las puertas entreabiertas, haciendo todo lo posible por controlar la frenética presión de la multitud. Otro grupo voló por el aire, provocando a las Pesadillas mientras las alejaban del Salón. Y allí, en el centro de todo, rodeado por una falange de exploradores, estaba Milori.
Su corazón dio un vuelco mientras la admiración y el alivio se entrelazaban en su interior. Nunca lo había visto moverse así, con una gracia eficiente y despiadada. Lanzó ráfagas de puro frío, el aire se llenó de cristales de hielo mientras congelaba a las Pesadillas en pleno ataque. Las bestias se estremecieron y rugieron bajo la escarcha, amenazando con liberarse, y aún más descendieron de los cielos.
Por ahora, estaban aguantando. ¿Cuánto tiempo podrían mantenerlos a raya?
Artemisa recargó su arco. Sus ojos oscuros brillaron mientras observaba la escena que se desarrollaba debajo de ellos. "Hay tantos".
Clarion entendió claramente lo que no había dicho: *Demasiados.*
“Solo tenemos que mantenerlos a raya hasta el amanecer. Tendrán que esconderse de la luz del sol”.
Pero todavía faltaban horas para el amanecer.
Las runas grabadas en las puertas del Salón del Invierno brillaron cuando una Pesadilla golpeó el hielo. Las barreras protectoras eran poderosas, pero contra una avalancha de monstruos...
—Hasta el amanecer, entonces —dijo Artemisa, con expresión fría e imperturbable—. ¿Cuáles son sus órdenes?
—Cúbreme. Voy a ir a las puertas. Después, ayuda a los exploradores a mantener ocupadas a las Pesadillas. No hagas nada arriesgado. —Cuando Artemis le dedicó una media sonrisa irónica, Clarion añadió—: Solo mantente con vida.
Se lanzaron a la carga hacia la refriega. Sus amigas la flanqueaban: Petra, con su pelo rojo colgando detrás de ella como un cometa; Artemisa, con los labios fruncidos en una mueca feroz.
Allí, en el valle, la atmósfera opresiva era tan insoportable como lo había sido en la prisión. Toda la negatividad que exudaban las Pesadillas los oprimía como una mano asfixiante. Un sudor frío le picaba en la nuca y el olor rancio del miedo le quemaba la garganta. A su alrededor, las Pesadillas ondeaban como franjas de tela oscura y hecha jirones. Los exploradores pasaban volando, sus expresiones angustiadas se volvían esqueléticas bajo la luz naranja de sus propios resplandores.
Las hordas parecían no tener fin. Las pesadillas surgían de las sombras y se materializaban entre la nevada como espectros. Juntos, Clarion y sus amigos eliminaron a las pesadillas que se cruzaron en su camino. Cayeron bajo las flechas y la luz de las estrellas. Bajo el calor de la magia de Clarion, algunas de ellas comenzaron a desintegrarse, pero se escabulleron hacia la sombra del bosque.
Cobardes, pensó.

De entre el velo de nieve, apareció una forma oscura. Un ciervo se alzaba detrás de Artemisa, con sus astas goteando veneno sombrío.
—¡Artemisa! —gritó Clarion.
Artemisa se sobresaltó. Por reflejo, desenvainó su espada y apuñaló la pierna de la bestia. Su forma se onduló como el agua cuando la hoja la atravesó sin hacerle daño. Lentamente, las sombras de su carne se solidificaron alrededor de su arma y la alejaron de ella. Cuando su pezuña bajó para estrellarla contra el suelo, Artemisa la esquivó con una leve inhalación. Una segunda espada se materializó en su mano. La estaba haciendo girar entre sus dedos, preparándose para golpear al ciervo de nuevo, cuando Petra lo atravesó con una flecha que brillaba con polvo de hadas. El ciervo bramó, tambaleándose y alejándose de ellos mientras la sangre aceitosa brotaba de su herida.
—Gracias —dijo Artemis bruscamente.
Eso había estado demasiado cerca para mi comodidad.
Clarion las observó a las dos. Una fina línea escarlata se había abierto en la mejilla de Artemisa y, aunque Petra parecía tranquila, su brazo temblaba por soportar el peso de su arco. Incluso Clarion se sentía agotada, con su magia a punto de estallar en su interior.
—Vete —dijo Petra—. No te preocupes por nosotros.
De mala gana, Clarion asintió y corrió hacia el Salón del Invierno. Entre el clamor y el furor de la batalla, encontró su verdadero norte: Milori.
Un grupo de Pesadillas surgió de la ventisca y se abalanzó sobre ella. Se tambaleó hacia atrás y casi tropezó con sus propios pies. Sin pensarlo, extendió la mano y desató un rayo de luz estelar. Las bestias retrocedieron ante su poder y se contorsionaron para evitar quemarse. Cuando se dispersaron, ella jadeaba con dificultad por el esfuerzo. No sabía cuánto tiempo podría seguir así.
—¡La reina está aquí! —gritó un explorador desde arriba—. ¡Seguid luchando!
Se escucharon gritos de guerra en el valle. Clarion miró sus manos temblorosas antes de cerrarlas en puños. Su poder era un símbolo de esperanza. En ese momento, tal vez eso era todo lo que necesitaban.
Clarion corrió el resto del camino hacia el Salón de Invierno y lanzó otro rayo de luz estelar contra una Pesadilla que se preparaba para atacar a Milori. La derribó y chilló de angustia. Se giró hacia ella, con la sorpresa y la gratitud reflejadas en su rostro.
Corrió a su lado y, en el breve momento de calma, lo evaluó. —Estás bien. Sus dedos recorrieron la línea de su mandíbula, solo por un momento, antes de que su mano cayera de nuevo a su costado. "Como tú".
No tuvo tiempo de responder, porque las Pesadillas que había desorientado se habían recuperado. Se acercaron más, sus gruñidos bajos y el golpeteo de sus garras contra el hielo resonaban en la ladera de la montaña. Claramente, dudaban en acercarse demasiado a ella. Ninguna de ellas había recuperado su forma por completo. Algunas se escabulleron vacilantes hacia ellas; otras

se levantaron como el humo de un incendio forestal y las rodearon, envolviéndolas en un velo de oscuridad.
Clarion y Milori intercambiaron miradas antes de juntar sus espaldas. La escarcha se arremolinaba a su alrededor mientras el oro se acumulaba en las palmas de las manos de Clarion. Mientras las Pesadillas atacaban a los demás, ellos se sumían en el ritmo de la batalla. Clarion manejaba su magia como si fueran cuchillos, cortando a las Pesadillas mientras atacaban. Ofrecían poca resistencia contra ella; su luz atravesaba la oscuridad sin esfuerzo. Pero nunca había recurrido tanto a su poder; con cada bestia que derribaba, más vacilaba.
Uno con forma de rata la golpeó con su cola y ella fue arrojada con fuerza contra la ladera de la montaña. Se quedó sin aliento. A toda prisa, y el blanco explotó ante su visión. Se recuperó justo cuando una ráfaga de hielo lo alejó de ella.
Milori la ayudó a ponerse de pie y no la soltó. Sus ojos estaban llenos de preocupación y sus dedos se cerraron con urgencia alrededor de su antebrazo. —Ya has hecho suficiente, Clarion. Deberías entrar.
—No —dijo con fuerza, apretando los dientes—. Puedo seguir luchando. Tenemos que contenerlos hasta el amanecer.
Había algo casi de resignación brillando en sus ojos. Clarion vio la verdad allí: no esperaba durar hasta el amanecer, pero no tenía intención de rendirse. Un nudo de emoción se tensó dentro de ella. No podía negar que parecía imposible. Arrastradas por la tormenta que rugía detrás de ellos, las Pesadillas se abalanzaban sobre ellos cada vez más.
Clarion apoyó la mano sobre la de él y sostuvo su mirada. —No te voy a dejar. No puedes pedirme eso.
Ella vio el momento en que su autocontrol cedió. Su expresión se desdibujó y, por un momento tortuoso, apoyó su frente contra la de ella. En voz baja, dijo: “Hemos evacuado a todos los que pudimos. Deberíamos llamar a todos los que aún están afuera y prepararnos para hacer nuestra última resistencia”.
Última defensa. Esas palabras le provocaron un escalofrío. Sin embargo, asintió. —Ve a buscar a los exploradores. Yo encontraré a Artemisa y Petra para asegurarme de que regresen a pie.
Se elevó hacia los cielos, gritando la orden de retirada. Clarion buscó a sus amigos en el caos. Finalmente, vio a Artemis y Petra enzarzadas en una batalla con un lince de pesadilla.
Ella corrió a través del campo hacia ellos. Los gritos de las Pesadillas llenaron sus oídos. Se dejó caer en un rodar cuando algo saltó hacia ella. Un rayo de oro voló por su brazo y lo tiró hacia atrás. Con el corazón en la garganta, se puso de pie, justo a tiempo para ver a la bestia hundir sus dientes profundamente en la espinilla de Artemis. Artemis gritó de agonía. Sacudió la cabeza con saña. golpeándola; el cuerpo de Artemisa se sacudía de un lado a otro como una muñeca de trapo.
—¡Artemisa! —gritó Petra.

Lanzó una flecha hacia él, pero por poco no le dio en el hombro. El lince se giró hacia Petra, que tenía los ojos muy abiertos y vidriosos por el miedo. Un murciélago de pesadilla se abalanzó sobre Clarion. Ella recogió la luz de las estrellas en su mano y la disparó hacia abajo, pero otro la tiró al suelo. El monstruo la inmovilizó bajo su peso. Ella luchó salvajemente por un momento antes de que la magia brotara de ella. La bestia giró hacia atrás, liberándola de su aplastante agarre. Clarion se arrastró hacia adelante antes de ponerse de pie. Le dolían los huesos. Se había cortado el labio con los dientes. Sus manos temblaban demasiado como para canalizar la magia en algo más que borbotones. Pero no podía detenerse.

A poca distancia, vio un tenue destello de polvo de hadas cayendo del cielo: otro perdido. Le provocó una oleada de agonía, pero Clarion no podía hacer nada por ellos ahora. Solo podía concentrarse en Artemis, con el rostro pálido y ligeramente brillante por el sudor, la pierna aplastada en un ángulo extraño y reluciendo de un rojo intenso y visceral.

El lince de las pesadillas había avanzado hacia Petra. Sus garras estaban cubiertas de veneno y brillaban de color violeta en la oscuridad. Mientras Petra luchaba por colocar otra flecha en el arco, la Pesadilla la atacó. Ella se elevó y se estrelló contra el tronco de un árbol. Un crujido repugnante rompió el silencio. Su arma cayó al suelo y se deslizó por el hielo, muy lejos de su alcance. Petra yacía muy quieta, su cabello rojo esparcido sobre la nieve como una mancha de sangre. Tenía los ojos cerrados y su rostro estaba fijo en una máscara de horror.

Atrapado en el hechizo de las Pesadillas.

No, pensó Clarion. *No, no, no.*

¿Cuántas hadas habían caído hoy? ¿Cuántas más caerían? Había perdido a muchas. Y ahora, había perdido a Petra.

La fuerza de sus emociones la atravesó y luego explotó hacia afuera en un arco de luz cegadora. Su magia se reflejó en todo el hielo y la nieve hasta que el valle quedó tan brillante como el día en medio de la noche. Todas las bestias que pululaban en el Salón de Invierno aullaron de agonía. Era casi lastimoso ver cómo luchaban por escapar. Se retorcían y adoptaban mil formas diferentes, desesperadas por liberarse de la despiadada iluminación de su poder.

En su esplendor, todas las Pesadillas se revelaron: pequeñas, acobardadas y patéticas, expuestas como las pequeñas cosas que eran. La magia brotó de ella sin descanso, incinerándolas. Cuando la luz finalmente se desvaneció, el viento suspiró a través del valle. Lo que quedó de las Pesadillas se dispersó, llevado por el aire como granos de arena negra.

Y Clarion cayó de rodillas.

Clarion se sintió vacía, como si alguien le hubiera arrancado la médula de los huesos. El destello de luz de las estrellas que normalmente percibía en su pecho se había enfriado como las cenizas de un hogar. Aunque el cansancio la agotaba, aunque su visión se oscurecía, se arrastró hacia Petra. Cuando por fin lo logró, dejó escapar un sollozo ahogado. Las pecas de Petra parecieron desaparecer en la palidez cérea de su tez. Sus ojos vagaban tras los párpados cerrados, atormentados por algo que Clarion no podía ver, algo de lo que no podía salvarla. Clarion no podía soportarlo. No podía soportar más el peso de su fracaso. Quería acurrucarse en la nieve a su lado y rendirse. Quería dormir una eternidad.

Sería tan fácil dormir.

No supo cuánto tiempo permaneció arrodillada allí antes de oír el crujido de pasos en la nieve a su lado. Clarion se inclinó La cabeza se dirigió hacia el sonido. Milori y Yarrow estaban de pie sobre ella, luciendo miradas gemelas de preocupación. Sintió un frío que ni siquiera la noche más larga y más amarga del invierno podría lograr. Lo sintió hasta el alma. Hizo que su sangre se volviera lenta, y sus pensamientos aún más. Todo parecía tan irreal, que no podía estar segura de si estaban allí o no.

—Primero ve a ver a Artemisa —murmuró Clarion. Las palabras se le espesaban en la boca; apenas podía obligar a sus labios a formarlas.

—Los curanderos se están ocupando de ella —respondió Milori suavemente.

—Bien. —Cerró los ojos—. Hace mucho frío.

A lo lejos, se dio cuenta de que Milori le hablaba a Yarrow en voz baja. Solo captó fragmentos: “…demasiado pálida… haz algo…”

Estaba hablando de ella, pensó Clarion. Se obligó a concentrarse en la respuesta de Yarrow.
—No puedo hacer nada si no hay ninguna herida que curar. La tensión a la que se ha sometido... —La sanadora se quedó en silencio—. Es grave, Milori. Está completamente agotada. Necesita regresar a las estaciones cálidas de inmediato. Sus sanadores sabrán qué hacer con ella.
¿Me estoy muriendo?, se preguntó. Se sentía tan desconectada de su propio cuerpo que la perspectiva no la asustaba.
“Ninguno de sus amigos está en condiciones de recuperarla”, dijo Milori. “Yo puedo llevarla hasta el borde de Spring”.
—¿Y si no encuentras hadas cálidas? —preguntó Yarrow, cerrando los puños a los costados—. Nuestros exploradores les advirtieron del ataque. No creo que haya nadie esperando en la frontera.
Su expresión se ensombreció. A Clarion no le gustó la determinación de su mandíbula ni la resignación de sus hombros. Una sensación incipiente de temor se arremolinó en ella, mucho peor que cualquier cosa que las Pesadillas le habían infligido. "Entonces haré lo que debo".
—Milori —dijo Yarrow en tono de advertencia.
“Entiendo el costo.”
"¿En serio?"
Clarion captó un destello del dolor que iluminó los ojos de Yarrow y cómo no protestó más cuando Milori se arrodilló junto a Clarion. Pasó un brazo por debajo de ella y la levantó en sus brazos.
Hizo una seña a un talento explorador y silbó para Noctua. En un instante, la lechuza revoloteó desde su percha. Con la ayuda del explorador, Milori subió a Clarion a la espalda de Noctua y luego subió con ella. La suave calidez de las plumas de Noctua la reconfortó.
Mientras surcaban el cielo invernal, la visión de Clarion empezó a desaparecer. Apenas podía distinguir los planos de su rostro, dorados por la luz de la luna, y su cabello, un mechón de nieve blanca contra el cielo estrellado. La tormenta había amainado, pensó confusamente. Se veía tan hermoso... y tan triste. Sintiendo que ella lo miraba, él la miró. La preocupación que se reflejaba en su frente le rompió el corazón. Más que nada, quería alejarlo de él.
Pero en ese momento, ella era impotente.
No sentía nada más que vacío en su interior. Un entumecimiento desconcertante se había apoderado de todo su cuerpo. Si se dejaba llevar, pensó que podría irse a la deriva. Sonaba muy tentador. Sus párpados estaban increíblemente pesados. A través de la nieve enmarañada en sus pestañas, vio cómo las estrellas se apagaban. La llamaban por su nombre.
Clarín.
¿O era Milori?
—Clarion —dijo con firmeza—. Quédate conmigo.
Estaba muy cansada. Pero si Milori le hubiera pedido que se quedara... bueno, no había nada en este mundo que ella pudiera negarle. Todo lo que

estuviera en su poder para darle era suyo. Sus palabras eran arrastradas cuando dijo: "Háblame".
Hubo un momento de silencio antes de que dejara escapar un sonido sin aliento, como si no pudiera creer lo que estaba a punto de decir. “¿Sabías que vi caer tu estrella?”
Ante eso, una pequeña chispa de calidez se encendió en ella. Sonrió con ojos llorosos. “¿En serio?”
"En realidad."
Se obligó a abrir los ojos al percibir la ternura de su voz. Envuelto en un halo de luz celestial, parecía casi de otro mundo. La miró con una desesperación feroz, a partes iguales de adoración y dolor. Eso hizo que un dolor floreciera en su interior, una emoción que no podía nombrar y que burbujeaba en la superficie del estanque turbio de sus pensamientos.
—En ese momento no sabía que nos estaba trayendo una nueva reina. Nunca había visto una estrella fugaz antes; caen tan rápido. Pero capté el momento exacto en que se elevó por el cielo. Recuerdo sentirme tan... —Se quedó callado, su voz se suavizó. Una sonrisa agridulce se dibujó en su rostro—. No había sentido esperanza en mucho tiempo, pero la sentí esa noche. Incluso pedí un deseo.
¿Un deseo? Sabía que no se debía compartir los propios deseos, pues tendía a dejarlos sin poder. Pero, sin duda, si lo había pedido en su propia estrella, podría guardarlo a salvo para él.
Como si hubiera percibido el giro de sus pensamientos, respondió: —Me hubiera gustado que hubiera un futuro diferente para mí en Pixie Hollow —dijo en voz baja—. Uno en el que no estuviera atado a las Pesadillas. En el que tal vez nuestros mundos no estuvieran tan divididos.
Un hermoso deseo . Cuando se permitió imaginarlo, su corazón se llenó de anhelo. Él entrelazó sus dedos con los de ella y rozó sus nudillos con sus labios.
—Lo habrá —susurró—. Lo prometo.
Aunque fuera lo último que hiciera, haría realidad su deseo.
Las estrellas brillaban con más fuerza en lo alto. La expresión de Milori se llenó de asombro mientras su luz danzaba sobre la nieve que revoloteaba a su alrededor. Cuando su mirada encontró la de ella de nuevo, no pudo recordar cómo respirar. Qué hermoso, ver el momento exacto en que él se enamoró de ella. Tal vez siempre la había amado, en algún nivel, desde aquella noche en que se permitió volver a tener esperanza. Pero con la oscuridad invadiendo, con su mente flotando en algún lugar más allá de ella, no pudo convencerse a sí misma de que no lo había imaginado.
Seguramente, pensó, algo tan hermoso tenía que ser un sueño.

Cuando su visión volvió a ser clara, ya habían aterrizado.

Clarion estaba acurrucada de costado, todavía acurrucada de forma segura entre las plumas de Noctua. Le tomó solo un momento darse cuenta de que se habían detenido en la frontera entre el invierno y la primavera, y que Milori ya no estaba a su lado. Con una sacudida, luchó por levantarse apoyándose en un codo. Pero con sus fuerzas agotadas, se desplomó una vez más. Solo pudo gemir débilmente mientras el mundo se inclinaba sobre su eje.

Desde ese punto de observación, no podía ver más que copos de nieve que se reunían en su pelo y giraban perezosamente ante ella. La luz blanca de la luna brillaba en la superficie del río. Y allí, a lo largo de sus orillas, profundos rastros de pisadas, superpuestos uno sobre otro. Milori había estado caminando de un lado a otro, pensó, seguía *caminando* de un lado a otro. Apareció de nuevo con dificultad, con una expresión que rayaba en el abatimiento.

¿Qué pasó?

A Clarion le dolía la cabeza por el esfuerzo de recordar. Allí, con el frío instalado en su interior, la respuesta se le escapaba. Ella. Todo parecía tan lejano, como si se estuviera observando a sí misma desde una gran altura.

—¿Qué estás haciendo? —logró preguntar Clarion. Su propia voz sonaba confusa.

Milori se sobresaltó, claramente sorprendido de encontrarla despierta. Después de un momento, sus rasgos adoptaron una compostura sombría. —Nada. ¿Dónde están tus sanadores?

Ella frunció el ceño, luchando por concentrarse. “Campos de matricaria”.

—¿Dónde está eso? —La desesperación se reflejaba en su voz.

La respuesta claramente le importaba. Ella podría aferrarse a la conciencia, solo por un poco más. “El borde del verano y el otoño”.

Milori respiró profundamente para tranquilizarse. —Está bien, entonces.

Ante la resolución de su voz, se le ocurrió (demasiado tarde) por qué le había preguntado. Los recuerdos volvieron a inundarla. El enjambre de Pesadillas. Una detonación de luz. Milori, decidido a devolverla a las estaciones cálidas. Un rayo de urgencia atravesó su delirio: *No puede.*

Si cruzara la frontera, se rompería las alas.

Tenía que haber otra manera. Si pudiera encontrar la fuerza para caminar, o incluso mantenerse a horcajadas sobre Noctua... Pero no, apenas podía mover un dedo. Incluso su temblor había cesado, como si su cuerpo hubiera perdido la esperanza de volver a calentarse. Su única oportunidad era su magia. Aunque nunca había logrado teletransportarse, Elvina le había enseñado la teoría detrás de eso. Si podía lograrlo solo una vez en su vida, tenía que ser ahora. Buscó en lo más profundo de sí misma y sintió como si se raspara las uñas contra el fondo de un pozo seco. Un suave jadeo de dolor se le escapó. No quedaba nada.

Así que no había otra opción.

—Déjame —dijo con voz áspera.

Mientras la bebía, su pánico se transformó lentamente en agonía. Ambos sabían que en ese estado, era mucho más probable que cayera que llegara intacta hasta donde estaban los curanderos. —Tu brillo se ha extinguido casi por completo.
Supuso que así era ahora que lo mencionaba. A lo lejos, notó su piel cetrina; la noche, sin un resplandor que la hiciera retroceder, se posaba sobre ella como un paño mortuorio. Clarion no sintió dolor, pero la mirada en sus ojos la desgarró: completamente indefensa. Era como si él estuviera muriendo junto con ella.
Había pensado en argumentar algo, pero se le estaba escapando. Era demasiado difícil forzar las palabras a salir. Demasiado difícil aferrarse a la conciencia. Cuando cerró los ojos, él dejó escapar un sonido estrangulado. Con un aleteo de sus alas, flotó sobre la espalda de Noctua y la abrazó.
—Milori…detente.
Él no le respondió. Se limitó a tomar las riendas con una mano y hacerlas chasquear, instando a Noctua a que volara una vez más. Ni siquiera se inmutó cuando se elevaron sobre la frontera. Pasar a la primavera era como sumergirse en agua caliente. Mientras la inundaba, Clarion quiso sollozar de alivio y horror. Un hada de invierno no tenía protección allí.
—Por favor. —Sus labios formaron la palabra, pero sólo salió como un hilo de sonido.
¿La había oído siquiera?
Con la cabeza apoyada en su hombro, lo único que podía ver era su mandíbula apretada con determinación y su mirada acerada fija al frente. Su piel pálida ya había comenzado a sonrojarse. El sudor le perlaba las sienes. Apoyada en él como estaba, podía sentir su corazón acelerado.
El calor era demasiado para él.
—Tus alas. —Su voz estaba cargada de emoción. ¿Cuándo había empezado a llorar? Había sido tan repentino.
—Clarion —pronunció su nombre como una súplica—. Comparados con tu vida, no significan nada para mí. Siempre haría ese trato.
Esas palabras casi la destrozaron. Las lágrimas resbalaban libremente por sus mejillas, pero no le quedaban fuerzas para enjugarlas. Apenas podía concentrarse en él; el mundo le daba vueltas, veteado por el reuma en sus ojos. —¿Por qué?
—Pixie Hollow te necesita —dijo en voz baja—. Como director, tengo el deber de defender a Pixie Hollow. Eso significa protegerte.
Si tan solo tuviera los medios para discutir con él... Lo atacaría con todas sus fuerzas. ¿Cómo podía importarle tan poco su propia seguridad? Pero ella había quedado reducida a prisionera en su propio cuerpo, obligada a observar cómo él se sacrificaba por ella. Era la peor clase de tortura que podía imaginar.
“Enfadarte si quieres”, dijo, “pero no puedo perderte”.
Desdichadamente, comprendió que ella haría lo mismo.
¡En qué tontos se han convertido sus corazones!

Clarion supo el momento en que entraron en el verano. Debajo de ellos, había una mancha de verdes exuberantes y flores doradas. Pero su calor suspiró sobre su piel como si le diera la bienvenida a casa. El agua le caía por el cuello mientras la nieve enredada en su cabello se derretía.
Lentamente, la sensibilidad regresó a sus extremidades. No lo quería, no cuando sentía como si mil agujas perforaran su piel, que alguna vez estuvo entumecida. Sin embargo, el calor del aire no hizo nada por el frío que sentía en su interior. Su pecho estaba tan oscuro y vacío como el espacio entre las estrellas.
La respiración de Milori se volvió entrecortada y se le erizaron los pelos que le rodeaban la cara. Para él, aquel era, con diferencia, el lugar más peligroso de Pixie Hollow. Al menos por la noche, sólo hacía bochorno, nada que ver con las sofocantes tardes bajo el sol abrasador.
El familiar aroma de la matricaria llegó hasta ella. Cuando Clarion volvió su mirada llorosa hacia afuera, vio cada blanco Pétalo bañado por la luz de la luna. Nunca antes había parecido tan hermoso ni tan horrible.
—Ahí está —dijo ella miserablemente.
Cuando aterrizaron en el campo, Milori se deslizó de la espalda de Noctua y aterrizó pesadamente, como si apenas pudiera sostener su propio peso. Se acercó a la puerta de la clínica de los talentos sanadores con pasos lentos y tambaleantes. Clarion no podía apartar la mirada de sus alas. Estaban plegadas contra su espalda, pero parecían estar... marchitándose.
No, pensó. *Me estoy derritiendo.*
Goteaban de los extremos como carámbanos en el deshielo de principios de primavera. La sola visión de los carámbanos le revolvía el estómago con nauseabundas oleadas de culpa. No podía imaginar la determinación que hacía falta para soportar ese tipo de dolor. Llamó a la puerta y su puño cayó débilmente contra ella.
En cuestión de momentos, un talento sanador apareció en el umbral, iluminado por la luz que se filtraba desde el interior. Clarion no podía oír lo que decían desde allí, pero podía imaginar el tono general de su conversación. Observó las emociones que desgarraban a la sanadora mientras Milori hablaba: la confusión dio paso a la conmoción y luego a la calma sombría nacida de la urgencia.
Ella le hizo un gesto con la cabeza y luego desapareció en el interior de la clínica. Dejó la puerta entreabierta. Una luciérnaga mensajera se arrastró por el hueco y se dirigió hacia el árbol de polvo de hadas; su vientre parpadeaba con la señal de emergencia.
Milori volvió hacia ella. —Voy a tener que moverte.
Con un suave gruñido de esfuerzo, la bajó de la espalda de Noctua. La levantó en brazos y la llevó a la clínica. Su piel, normalmente tan fría contra la de ella, se sentía febrilmente caliente. Las velas ardían tenuemente, derretidas hasta convertirse en charcos de cera en sus platos poco profundos. El olor relajante de las hierbas curativas (pamplina mentolada y raíz de

bardana acre) perfumaba el aire. Lo único en lo que podía concentrarse era en el rítmico *goteo*, *goteo*, *goteo* de sus alas contra las tablas del suelo.
—Vuelve aquí —gritó alguien a Milori.
Milori atravesó la clínica con paso vacilante. En la oscuridad casi total, Clarion no podía distinguir gran cosa, pero se dio cuenta cuando pasaron bajo la cortina de suculentas. Las hojas cerosas chocaban entre sí y le rozaban la cara casi con ternura. La llevó a la habitación reservada para las hadas en estado crítico. Aún no parecía del todo real, incluso cuando la acostó en la cuna. Le castañeteaban los dientes. Milori se desabrochó el broche que llevaba en el cuello y le puso su capa encima. Pensaba en ella, incluso ahora.
—Vete —susurró Clarion—. Por favor.
Parecía afligido. —No puedo. —Se arrodilló junto a su cama—. Todavía no.
—Por *favor*, Milori. —Buscó algo, cualquier cosa, para convencerlo, pero no encontró nada. Apenas podía entender los sonidos que salían de su boca. A través de su delirio, podía ver el sudor que cubría su rostro. Podía oír a los curanderos gritándose unos a otros. Clarion solo registró sensaciones fugaces. Agua fría en sus labios. Destellos de polvo de hadas. El pinchazo de una aguja. Y el calor, que regresaba lentamente, muy lentamente. No sabía si habían pasado minutos, horas o días cuando oyó una voz.
"¿Guardián?"
Elvina, pensó. Su tono era cauteloso, pero no se parecía en nada a la hostilidad con la que le había lanzado esa tarde.
Clarion entreabrió los ojos, apenas, para mirar fijamente la luz de la vela que se proyectaba sobre el techo. Oscilaba hipnóticamente mientras la llama danzaba sobre la mecha. Qué extraño, estar envuelta en una oscuridad tan absoluta. Sus alas eran transparentes como un cristal oscurecido. Solo las más tenues motas de luz de estrellas brillaban en su interior.
—Necesitaba saber si estaría bien —respondió Milori con voz ronca.
Elvina emitió un sonido entre admiración e incredulidad. —Debes irte ahora. Regresa a Winter antes de que sea demasiado tarde.
Ninguno de los dos habló. Por un momento, Clarion creyó que no habían sido más que ficciones que su mente confundida había conjurado y que ahora se habían desvanecido.
Pero entonces Elvina dijo: “Gracias”.
No necesitaba aclararlo.
"Ella haría lo mismo por mí", dijo Milori.
Clarion se esforzó por aferrarse a esas palabras, pero la oscuridad se coló por los rincones de su visión. Lo último que oyó antes de volver a sumergirse fue:
“Vale la pena protegerla”.

Cuando Clarion se despertó, el suave resplandor de las linternas llenó la sala de recuperación privada con una luz cálida, que brillaba sobre los frascos y los frascos que se alineaban en los estantes. El cielo fuera de su ventana estaba surcado por franjas de azul profundo y naranja mientras el sol se asomaba por la línea del horizonte.

Estoy viva, pensó vagamente.

Después de todo, había vivido para ver el amanecer.

Incluso debajo de las sábanas, el frío persistía bajo su piel y se enroscaba alrededor de su corazón. Experimentó con enroscar los dedos. Todavía estaban unidos, afortunadamente. No se había perdido nada por la congelación. Retiró la manta y exhaló un suspiro de alivio al ver que sus alas titilaban débilmente en la oscuridad previa al amanecer. Los remolinos de oro que las atravesaban habían regresado, aunque el resplandor que emitían se había atenuado.

Cuando se dio la vuelta y quedó de lado, su mirada se fijó en la capa que cubría la silla junto a la cama.

Milor.

El solo hecho de pensar en él era como un témpano de hielo que le atravesaba el corazón. Cuando cerró los ojos, le ardía el recuerdo de sus alas marchitándose mientras goteaban sobre las tablas del suelo de la clínica. La devoción y la agonía se unieron en su voz cuando le dijo: *No puedo perderte.*

Quizás Elvina tenía razón.

Si no le importara nadie, si se hubiera mantenido alejada como debía, nada de esto habría sucedido. Si Milori la hubiera dejado en la frontera, las

estrellas habrían enmendado su error. Tal vez otra estrella hubiera caído esa misma noche para reemplazarla. Otra hada con alas doradas, con un corazón que igualara su talento: una hada equilibrada y práctica, una que no anhelara cosas que no podía tener.
En cambio, se había asegurado de que Pixie Hollow la tendría, con todas sus imperfecciones, durante toda su larga vida. Ella quería gritar. Quería robar los frascos de los estantes y escucharlos romperse. Quería volver atrás en el tiempo, hacer todo lo que estuviera en su poder para salvarlo de su propio altruismo.
¿Cómo pudo hacer esto?
No, ¿cómo pudo *haber* hecho eso? Si alguien tenía la culpa, era ella. Había sido lo suficientemente egoísta como para atraerlo a su órbita. Una reina no estaba destinada a vivir entre sus súbditos. No podía mezclarse con ellos y enredarlos en cosas que estaban más allá del alcance de sus talentos.
Siempre había estado destinada a estar sola.
Ya era hora de que dejara de luchar contra ello.
"Clarín."
Se sobresaltó y parpadeó con fuerza al oír su nombre. En su desorientación, tardó un momento en asimilar que la habitación se había iluminado. La luz del sol del final de la mañana se filtraba por la ventana. ventana, suavizándose al filtrarse a través de las hojas, y bañando su rostro suavemente con su calor.
Ella debió haberse quedado dormida otra vez.
Con los ojos llorosos, se tocó la mejilla. Las lágrimas se habían secado en su piel y le escocían el rostro con la sal. Se las secó con el dorso de la muñeca.
Cuando su visión se ajustó a la luz del día, Elvina se enfocó. Estaba sentada en la silla junto a la cama con un profundo cansancio escrito en cada línea de su rostro. Una punzada de culpa se apoderó del estómago de Clarion. ¿La había estado vigilando toda la noche?
—Estás despierta —dijo Elvina, con la voz cargada de alivio—. Gracias a las estrellas.
Clarion se incorporó sobre las almohadas. “¿Dónde están Petra y Artemisa?”
Una pequeña sonrisa se dibujó en la comisura de los labios de Elvina, como si hubiera esperado esa pregunta. Se desvaneció tan rápido como había surgido, reemplazada por una máscara de reina, la que reservaba para transmitir malas noticias con calma y desapego. —Ambos están aquí. Vi al alcaide brevemente antes de que se fuera a Winter. Nos pidió que enviáramos curanderos a la frontera para recogerlos.
Por supuesto, pensó. Incluso cuando estaba sufriendo, había pensado en coordinar con Elvina cómo llevarlos a casa. "¿Cómo están?"
“Artemis tendrá un largo camino por recorrer para recuperarse, pero se encuentra estable. Petra está dormida, como las demás”.
A Clarion se le hizo un nudo en la garganta. —¿Y Milori?
Elvina dudó. “No tenía buena pinta”.
"Veo."

Clarion cerró los ojos con fuerza. Por mucho que quisiera creer que había regresado ileso, no podía ser tan ingenuamente optimista. Ningún hada del invierno podía permanecer en las estaciones cálidas sin sufrir consecuencias. Si pensaba en ello un poco más, no sabía si podría mantener la calma.
Elvina la observó mientras controlaba sus emociones. Cuando se recompuso, Elvina dijo: “Tenías razón, Clarion”.
Clarion recogió la punta de su manta y se secó los ojos. Se le escapó una risa sin humor. —¿Sobre qué?
—Sobre el alcaide. —Su boca se torció en una mueca de desagrado, como si le doliera admitir que estaba equivocada. Después de un momento, suspiró —. Sobre todo. Mi plan era miope en el mejor de los casos... e increíblemente peligroso en el peor. Nuestros reinos deberían trabajar juntos.
Clarion había deseado oír esas palabras durante mucho tiempo. Y, sin embargo, apenas podía creerlas. “¿De dónde viene eso?”
—Te salvó la vida —respondió Elvina con total naturalidad. Cruzó las manos sobre el regazo—. Por eso, estoy en deuda con él.
Entonces todavía había una oportunidad de arreglarlo.
Tal vez su magia no había sido lo suficientemente poderosa como para atar a las Pesadillas como lo habían hecho los talentos oníricos. Pero el libro de la Guardiana también había hablado de una Pesadilla que habitaba en las profundidades de su prisión como una abeja reina en su colmena. Una lo suficientemente poderosa como para comandar a sus zánganos, para contener todo su poder.
La luz estelar de Clarion había aniquilado a todas las Pesadillas que se encontraban fuera del Salón de Invierno. Si derrotaba a la Reina Pesadilla, seguramente su hechizo latente se rompería. Pero ella todavía se estaba recuperando. Y además, cada intento que había hecho por ayudar solo había empeorado las cosas al final.
"Puedes ayudarme. Juntos, con nuestra magia gobernante, podemos destruir las Pesadillas", dijo Clarion.
—No puedo —Elvina sonrió con tristeza—. Mi poder está menguando.
—¿Menguando? —Su voz sonó terriblemente pequeña para sus propios oídos, casi infantil.
Elvina abrió la mano. La luz de las estrellas floreció como una rosa en su palma, desplegándose lentamente. Ardía de manera constante, pero ciertamente no tan brillante como Clarion estaba acostumbrada. Elvina cerró la mano. dedos, apagándolo. “Ya no puedo hacer mucho más que esto”.
Nunca había oído que el talento de las hadas *disminuyera* con el tiempo. “¿Por qué?”
—Así son las cosas —dijo Elvina—. Poco después de tu coronación, regresaré a las estrellas, como lo hicieron todas las reinas que nos precedieron.
—No... —Clarion negó con la cabeza. No podía procesarlo; se negaba a hacerlo. Las palabras de Elvina se desdibujaron hasta perder el sentido.
Si eso fuera cierto, seguramente habría visto las señales.

Elvina no parecía diferente, ¿verdad? Pero Clarion apenas podía recordar cómo se veía cuando llegó por primera vez a Pixie Hollow. ¿Había canas nuevas en su cabello? ¿Siempre había parecido frágil, con huesos de pájaro y delicados debajo de su piel pálida? Las hadas vivían vidas largas, las reinas incluso más que la mayoría. Pero no se suponía que murieran simplemente de algo tan mundano como *la edad* ...

—No lo entiendo —dijo finalmente Clarion.

—Lo siento, Clarion —la voz de Elvina vaciló, apenas. Su frente se frunció por el dolor que intentó controlar sin éxito—. Hay tantas cosas que debería haberte dicho. Debería haberte dicho antes, pero no sabía cómo.

Clarion no quería oír eso. Durante mucho tiempo había querido que Elvina le confiara la verdad. Ahora, parecía demasiado para soportar. Las lágrimas ardían en la garganta de Clarion cuando Elvina extendió la mano y le colocó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Nunca he estado en el Continente, pero he oído muchos informes al respecto. Los humanos aman a sus hijos desde el momento en que nacen. Los crían con la esperanza de que sean mejores que sus padres. —Los dedos de Elvina se demoraron en la barbilla de Clarion—. Cuando te vi ascender desde esa estrella, creo que entendí algo de lo que deben sentir las madres. Sé lo difícil y confuso que es que te digan desde el En el momento en que respiras por primera vez, el mundo depende de ti. Y en tu corazón sabes que eso es verdad.

—Vi muchas maneras en las que eras como yo, pero vi muchas más maneras en las que no lo eras. La experiencia me había enseñado muchas lecciones, la mayoría de ellas duras y dolorosas. Quería protegerte de eso. No quería que te lastimaran. Eres valiosa para mí. —Elvina dejó caer su mano—. El peso de un reino es pesado, y nuestras vidas son largas. Y todas las hadas que amas eventualmente se desvanecerán mientras que tú permanecerás inalterada. Me mantuve apartada para no sufrir más de lo que podía soportar. Te animé a hacer lo mismo, aunque podía ver cuánto te dolía. Y te esforzaste mucho por mí.

A Clarion le dolía el corazón por ella, más de lo que jamás hubiera creído posible. Veía a Elvina como la niña que había sido y la mujer que era ahora, una mujer con una existencia larga y solitaria, marcada por la pérdida. Elvina había intentado protegerla de todo daño. Al final, sus mejores esfuerzos solo habían dejado un nuevo tipo de cicatriz, un espejo distorsionado de las propias heridas de Elvina. Pero, por fin, Elvina las había liberado a ambas. Clarion podía elegir por sí misma en qué tipo de reina quería convertirse.

Desearía que hubiera un futuro diferente para mí en Pixie Hollow, le había dicho Milori.

Pensar en él, en un deseo que llevaba a salvo en su interior, despertó algo en ella. La luz de las estrellas se encendió en el frío hueco de su pecho, arremolinándose a través de ella como el calor reconfortante de un fuego en otoño. Tal vez pudiera hacer realidad ese sueño para ambos. Tal vez una

buena reina *fuera* como la estrella de la que había nacido. No una fría y distante, sino una que llevara las esperanzas de sus súbditos hacia adelante. Aunque fuera lo último que hiciera, tenía que hacer que sus sacrificios valieran la pena. Tenía que proteger a Pixie Hollow (y a todos los que le importaban) con todo lo que tenía. Ese, decidió, era el tipo de reina que era.
—Creo que ya lo entiendo —murmuró Clarion—. Gracias, Elvina. Por todo.
—Por supuesto —parecía algo sorprendida—. Ahora descansa y recupera fuerzas. Encontraremos juntos la manera de seguir adelante.
Juntos. Parecía una idea muy dulce, pero esto lo tenía que hacer sola. Nadie más saldría lastimado por sus fracasos.
Cuando la puerta se cerró tras ella, Clarion se aferró a esa chispa de esperanza que brillaba en su interior, cálida como una brasa, y luego se avivó con más fuerza. Para poner fin a esto, tendría que enfrentarse sola a la Reina Pesadilla, antes de que se liberara.
Tendría que pasar por debajo del hielo.

Al tercer día de su convalecencia, Clarion planeó su escape.
Ella no sabía si algún día estaría realmente lista para enfrentar nuevamente a las Pesadillas, pero si su inminente coronación le había enseñado algo, era que uno nunca se sentiría completamente preparado para las cosas difíciles.
Esperó hasta que el amanecer tiñó de rojo sangre la línea del horizonte y los sonidos matinales del verano se filtraron a través de las ventanas entreabiertas de la clínica. A esa altura, Clarion ya se había acostumbrado a los ritmos de la vida allí. En esas horas del crepúsculo, los curanderos mantenían un flujo constante de charlas en la habitación contigua, cotilleando sobre algún que otro drama laboral. Nada terriblemente interesante, por lo que Clarion pudo deducir. El alegre canto de los pinzones y los suaves llamados de las tórtolas llenaban los momentos de calma en su conversación.
Era ahora o nunca.
Su abrigo de invierno yacía doblado junto a su cama y, cuando lo sacudió, estaba intacto, a pesar de algunas manchas de sangre. Sobreviviría al menos un viaje más al invierno. Todo lo que faltaba era salir de la clínica sin que la vieran. Lo que significaba que tendría que superar el último obstáculo de la magia del talento gobernante: la teletransportación.
Nunca lo había logrado antes, pero ahora, con la luz de las estrellas brillando en su interior, no sentía nada más que una tranquila certeza. Clarion se puso el abrigo y abrió la ventana. Decidió que lo mejor sería que su primer intento real no fuera a través de un objeto sólido. Respiró profundamente y cerró los ojos.
Ahora, si tan solo se imaginara que cada vez estaba más y más liviana…

Un resplandor emanó de su interior. Cuando levantó las manos a la altura de los ojos, pudo ver que sus bordes se volvían más tenues y se convertían en chispas doradas. El pánico instintivo fue rápidamente reemplazado por alegría. Poco a poco, se disolvió en una nube brillante de polvo de hadas.
Como si la hubiera convocado su capricho, la brisa se levantó. Bailó entre las hojas y la llevó en su suave corriente. Pasó por la ventana abierta, tan silenciosa e informe como la niebla que se arrastra por la ladera de la montaña. Pasó por encima de las matricarias y se dirigió hacia la línea de árboles. Tan pronto como estuvo a salvo en la sombra del bosque, se permitió tomar forma nuevamente.
Ella lo había hecho.
Clarion se rió con incredulidad. Se sentía desorientada y con problemas de equilibrio, pero una rápida mirada hacia abajo confirmó que, en efecto, había logrado salir adelante. No había dejado ninguna extremidad atrás, un éxito en su libro. Pero no tuvo tiempo de maravillarse de lo que había hecho.
Clarion se elevó a los cielos y partió hacia la frontera. Ahora que la chispa de luz estelar dentro de ella se había reavivado, el frío El resplandor que se había infiltrado en sus huesos había comenzado a desaparecer. Su brillo no se acercaba ni por asomo a su resplandor habitual, pero la luz del sol que se filtraba en sus alas se sentía casi curativa. Con cada aleteo, chispas doradas danzaban en el aire a su alrededor.
Debajo de ella, Needlepoint Meadow era un vasto mar verde. Los cardos corrían a toda velocidad entre la hierba alta y, de vez en cuando, chocaban entre sí en su prisa. Era inusual ver tantos amontonados, pero Clarion pronto vio la razón: una franja de campo larga y ennegrecida, como una cicatriz tallada en la tierra. Las Pesadillas debían haber expulsado a los cardos de sus hogares. La determinación estalló en su interior, avivada por la ira.
De una vez por todas, acabaría con esto.
Cuando llegó a la frontera, sintió una punzada de alivio y tristeza al ver que el puente estaba vacío. *Bien,* pensó. Le resultaría más fácil la tarea si no tuviera que convencer a Milori de que se quedara.
Clarion se abrochó los botones del abrigo y cruzó hacia Winter. Bajó del puente e inclinó la cabeza hacia el cielo. Se quedó allí unos instantes: respirando el aire fresco y el aroma de los árboles de hoja perenne, saboreando el frío en las mejillas y observando cómo los copos de nieve caían a borbotones. Nunca había visto Winter Woods a la luz del día. La nieve brillaba como si tuviera incrustaciones de diamantes y el hielo esparcía una luz dorada por el suelo.
Hermoso, pensó.
Le asombraba que un lugar pudiera albergar recuerdos tan alegres y dolorosos a la vez. Pero quería recordar el invierno así: como un amigo, que la acompañaba en su silencio. El viento le acarició el pelo, tirándole de las puntas casi juguetonamente.
—Es hora de liberarte —murmuró.

Desde allí, el viaje hasta la prisión de las Pesadillas era largo. Si tan solo pudiera invocar a Noctua... Clarion frunció el ceño cuando se le ocurrió la idea. Sin duda, no haría daño intentarlo. Se llevó los dedos a los labios y silbó.
No pasó nada.
Lentamente, dejó caer la mano a un costado, sintiéndose bastante tonta por haberlo intentado. Pero entonces, un ulular inquisitivo sonó justo encima de ella.
Clarion jadeó. “¡Noctua!”
La lechuza giró la cabeza para inspeccionar a Clarion. De alguna manera, logró parecer bastante incrédula. Claramente, no esperaba que *Clarion* la llamara. Sin embargo, saltó de su percha y erizó sus plumas a modo de saludo.
Demasiado mareada para recordar su miedo, Clarion prácticamente dio un salto hacia delante y pasó los dedos por el pico de Noctua. Su mano parecía muy frágil ante la punta mortal del pico. Con qué rapidez, pensó con ironía, había perdido todo su instinto de autoconservación. Tal vez Milori había sido una mala influencia después de todo. Con suerte, no le importaría mucho que ella tomara prestada a su mascota.
—Lo siento —dijo en voz baja—. Hoy solo estamos tú y yo.
Noctua parpadeó lentamente. Clarion no estaba seguro, pero parecía que lo estaba aceptando.
Clarion la miró mientras se daba cuenta de algo terrible: cabalgaría sola. Pero ya había practicado lo suficiente, sin duda. Y el riesgo de caerse era mucho mayor que el de caminar. Después de todo, *tenía* que llegar antes del anochecer.
“Está bien”, se aseguró a sí misma, “puedes hacerlo”.
Clarion tomó las riendas y se subió a la espalda de Noctua. Una vez que recuperó el equilibrio, una sonrisa se dibujó en su rostro. No fue tan difícil. Ahora bien, ¿qué hizo Milori para obligarla a ir? Ah, eso era cierto. Tiró de las riendas con cautela.
Noctua salió disparada como una flecha. Y como estaba sola, Clarion no se molestó en reprimir su grito.
Salieron del dosel en una lluvia de nieve y ramas de pino. El sol se reflejaba en las alas de Noctua, tiñendo los bordes de sus plumas con un brillo iridiscente. La lechuza se lanzó hacia adelante a toda velocidad mientras las riendas se deslizaban inútilmente entre los dedos de Clarion.
Se inclinó sobre el cuello de Noctua, con el pelo suelto ondeando violentamente detrás de ella. Después de un frenético momento de forcejeo, agarró las riendas y las agarró con fuerza. Noctua sacudió la cabeza en señal de protesta.
—¡Guau! —Su voz sonaba entrecortada, mitad terror, mitad alegría.
Una vez recuperado el control, Clarion se estabilizó. Le costó toda la fuerza de los muslos y los antebrazos mantenerse en el asiento, pero lo estaba

logrando. Con un rubor de triunfo, instó a Noctua a seguir adelante hacia la prisión de las Pesadillas.
Ahora entendía por qué a Milori le encantaba tanto volar en lomo de búho. Se elevaron sobre los pinos y abedules, y se lanzaron en picado sólo cuando Clarion divisó el centro del lago helado. Aterrizaron en la orilla y Clarion desmontó. Le temblaban las piernas y se apoyó contra Noctua. Se quedó al lado de la lechuza, contemplando la brillante extensión del lago. Incluso en la fría luz de la mañana, esa aceitosa sensación de pavor la abrumaba con más implacabilidad que nunca. Luchó por reprimir un escalofrío.
"Deséame suerte."
Noctua le dio un beso en el hombro, lo cual ella decidió interpretar como buenos deseos.
Clarion caminó hacia la orilla con pasos lentos e inestables. El hielo parecía más delgado que la última vez que estuvo allí; se movió y crujió bajo su peso. Pero solo cuando llegó al centro, Clarion vio los restos de la barrera que ella y Milori habían creado. Los fragmentos de hielo brillaban como un montón de vidrio roto y los delicados hilos de luz de las estrellas brillaban. Los habían destrozado como si no fueran más que telarañas. La prisión se había abierto lo suficiente para liberar a todas las Pesadillas, excepto a las más grandes. Tal vez la magia del talento gobernante fuera realmente incompatible con la magia de los sueños, o tal vez las Pesadillas se habían vuelto demasiado poderosas para ser contenidas por más tiempo. Cualquiera que fuera la razón, Clarion se aseguraría de que nunca volvieran a dañar a otra hada.
A la luz del día, lo que quedaba debajo del hielo estaba inquietantemente quieto. Pero Clarion podía sentir sus ojos clavándose en ella mientras miraba hacia el mundo debajo del lago. ¿Estaría helando adentro? ¿Habría agua después de todo, lista para arrastrarla a sus profundidades más oscuras? La incertidumbre la desgarraba. Había llegado tan lejos y realmente solo había una manera de averiguarlo.
Ella saltó.

Clarion esperaba un chapoteo, una ráfaga de frío. Pero mientras se deslizaba bajo el hielo, no había nada más que espacio abierto y oscuridad que la envolvía. Su caída se hizo más lenta y luego se detuvo por completo. Incluso con las alas atadas debajo de su abrigo, flotó en algún lugar sobre el abismo sin fondo, suspendida en la oscuridad total. Una sensación de hormigueo se extendió por su piel, similar a la sensación de los ojos de un depredador fijos en ella desde la maleza.

Algo la estaba observando.

Clarion reprimió un escalofrío y echó la cabeza hacia atrás. Desde allí, podía ver la grieta en la prisión por la que había entrado... y, justo más allá, lanzas de luz vaporosa filtrándose hacia abajo. El sol iluminaba el hielo desde arriba, proyectando patrones extrañamente hermosos a su alrededor. El mundo de arriba estaba borroso y tentadoramente fuera de su alcance. Casi podía entender por qué las Pesadillas querían escapar tan desesperadamente. No había nada No había nada allí abajo: ni luz, ni sonido, ni olores. Eso la inquietaba terriblemente.

Luego vino un *goteo constante, goteo, goteo.*

A Clarion se le quedó la respiración atrapada en la garganta. Sonaba demasiado como... Sacudió la cabeza para disipar el pensamiento y preguntó: —¿Quién es?

No hay respuesta, solo *goteo, goteo, goteo.*

El sonido rebotó en su mente, enloquecedoramente fuerte. Con cada gota, la culpa y el horror subían por su garganta como bilis. Se giró hacia el sonido y canalizó su poder. La luz de las estrellas se acumuló en sus palmas, pero la

cortina de sombras no se levantó. La sensación de presión insoportable, de malicia, se intensificó. Pero vio una fina brizna de blanco contra la oscuridad.
Milor.
Apenas alcanzó a ver su cabello ondeando detrás de él mientras se alejaba con pasos lentos y vacilantes. Le recordó demasiado cómo se veía la otra noche, mientras subía las escaleras hacia la clínica de los curanderos.
—¿Milori? —llamó. Su voz resonó sin cesar en la oscuridad.
Él no la reconoció.
De repente, sus pies tocaron tierra firme. Se tambaleó al intentar recuperar el equilibrio. No había aparecido nada debajo de ella que ella pudiera ver, pero con cada paso que daba, la oscuridad se ondulaba bajo sus pies como si hubiera aterrizado en la superficie de un estanque tranquilo y oscuro. Poco a poco, echó a correr. Tenía que alcanzarlo.
¿Qué hacía *allí* ? ¿Y adónde iba?
-¡Milori!
Ella lo persiguió, pero por más rápido que se moviera y por más lejos que viajaran, él nunca parecía acercarse. La oscuridad se agitaba a su alrededor, las sombras se deslizaban, nadaban y se acercaban.
Un cambio en la presión del aire. Entonces, algo se abalanzó sobre ella. Clarion se agachó, esquivando por poco el chasquido de dientes que se cerraban sobre su cabeza. Le disparó un rayo de luz estelar. Fuera lo que fuese, retrocedió, silbando furioso por haber sido frustrado.
El corazón le latía con fuerza en la garganta; sus manos, encendidas por su magia, temblaban. ¿Cómo se suponía que lucharía si apenas podía ver a sus enemigos? Pero no podía quedarse allí; no podía perder a Milori en un lugar como ese.
Cuando levantó la vista, lo vio de pie a poca distancia, mirándola con esos penetrantes ojos grises. Clarion se lanzó hacia él. Cuanto más se acercaba, más comenzaba a tomar forma el mundo a su alrededor en tonos de carbón. Las siluetas de los árboles surgían de la oscuridad. La hierba brotaba y se agitaba con un viento que ella no podía sentir. Sus pies sabían exactamente adónde llevarla, qué obstáculos superar, como si se tratara de un sueño por el que ya había pasado muchas veces.
Esto ya no era invierno.
Milori se dio la vuelta y se alejó de ella con determinación, sin importarle lo que el calor le haría. No, pensó. Lo que *ya* le había hecho.
Ella no podía permitir que eso sucediera otra vez.
Las nubes se acumulaban en lo alto, delineadas por un siniestro resplandor violeta. Parecía el momento previo a un rayo, como el momento previo al ataque de una Pesadilla. Se le erizaron todos los pelos de la nuca y se le puso la piel de gallina con una ansiedad informe. Su mente se había vaciado de todo pensamiento, pero *tenía que detenerla.*
El aire se volvió más denso y se asentó pesadamente en sus pulmones. Olía a descomposición: un olor vegetal fétido y empalagoso que le revolvía el

estómago. Ahora reconocía ese lugar: el último tramo de bosque antes de llegar al río que separaba el árbol de polvo de hadas del verano.
Mientras seguía adelante, habría jurado que oyó gritos.
Las zarzas brotaron de la tierra y le cerraron el paso. Clarion se abrió paso a empujones y tropezó, y su bota se enganchó en una enredadera volcada. Se desparramó por el suelo, limpiándose la piel de las manos. La sangre le brotó de las palmas y le goteó por las muñecas. Pero el dolor apenas la afectó. Cuando levantó la vista, lo que vio la dejó clavada en el sitio. La dejó completamente entumecida de horror.
El árbol de polvo de hadas se estaba pudriendo.
Un líquido negro viscoso goteaba de los extremos de sus ramas y todas las hojas se habían vuelto resbaladizas por la descomposición. Una podredumbre enfermiza lamía los costados del tronco, burbujeando y supurando. Pero lo peor de todo era que había producido un nuevo y débil crecimiento: ramilletes tenues de rododendros y rosas negras que apenas lograban desplegarse.
Peligro, decía. *Desesperación.*
Ayúdame.
Charcos de pesadillas se alzaban desde el suelo esponjoso de sus raíces, abriéndose paso hacia el Pozo de Polvo de Hadas. Todo lo relacionado con el mundo de las hadas dependía de la supervivencia del árbol. Sin él, no habría polvo de hadas. No habría hogar. Ningún lugar donde las hadas recién nacidas pudieran aterrizar. Pixie Hollow desaparecería... y sin las Hadas de Nunca Jamás, ¿qué pasaría con el Continente?
—No —dijo Clarion con voz entrecortada—. No, no, no.
Clarion vadeó las aguas poco profundas del río, casi frenética en su desesperación. Sudaba dentro de su abrigo de invierno. ¿Por qué llevaba un abrigo de invierno? A las pocas Pesadillas que vio las atacó sin sentido, sin siquiera mirar si sus golpes daban en el blanco o si se quedaban en el suelo. Cuando llegó al otro lado, agarró por el hombro a la primera hada que vio.
"¿Qué pasó?"
Él se apartó de ella, con el asco reflejado en su rostro. Había algo en sus ojos que ella nunca había visto: odio. Eso deformó sus rasgos en un horrible rictus y le hizo brillar los ojos. Verlo la sacudió hasta lo más profundo de su ser.
—Lo hiciste —escupió.
¿A mí?
Él se soltó de ella. Clarion se dio la vuelta y descubrió que un pequeño grupo se había reunido detrás de ella, acurrucados cerca mientras observaban cómo se pudría el corazón de su reino. Todos la miraron con odio puro. Los murmullos se extendieron por el grupo, bajos y siniestros. Pudo distinguir algunas palabras aquí y allá:
Frío. Insensible. Indigno.
Error, error, error.
Resonó en su cabeza: la confirmación de todos sus peores temores.

No, todavía podía hacer algo. Todavía podía salvarlos. ¿No había venido allí para salvarlos? El pánico borró todo sentido mientras huía hacia la base del árbol de polvo de hadas. Las hadas yacían esparcidas por las raíces, inmóviles como cadáveres bajo el hechizo de las Pesadillas. Algunas de ellas habían comenzado a hundirse en la tierra podrida. Y allí, contra la mancha de podredumbre negra, estaba el cabello rojo de Petra.

—¡Petra!

La tierra burbujeaba como el agua de un pantano y la arrastraba hacia las profundidades. Clarion hundió las manos, atragantada por el hedor, y la sacó.

—Petra —dijo suplicante—. Por favor, despierta. Lo siento.

Los ojos de Petra se abrieron de golpe. Clarion dejó escapar un sollozo ahogado. Al menos había algo bueno en este mundo. Un poco de misericordia.

—Tú —dijo Petra, llena de veneno. Se incorporó lentamente y miró a Clarion sin pestañear—. Tú me hiciste esto. Te negaste a escucharme cuando más importaba. Eres tan *egoísta* .

Clarion se tambaleó hacia atrás y chocó contra las espinillas de otra persona. Estiró el cuello y se encontró mirando directamente a la cara desapasionada de Elvina.

—Eres una completa decepción —dijo Elvina con un gesto de la boca—. ¿Por qué *te enviaron las estrellas* ?

—No lo sé —susurró ella, encogiéndose sobre sí misma—. No lo sé.

Ojalá no lo hubieran hecho. El peso de la corona siempre había sido demasiado para soportar. ¿Cómo había pensado alguna vez que podría soportarlo todo? Haber nacido con talento para gobernar era un error. No importaba lo que hiciera, las cosas nunca mejorarían. Siempre estaba destinado a terminar así.

Pixie Hollow, arruinada. Ella, sola y vilipendiada.

La oscuridad se desprendía del río y la envolvía como niebla. ¿Qué sentido tenía contraatacar?

"¡Clarín!"

Conocía esa voz, pero ¿de dónde? Se atrevió a levantar la cabeza, pero la sentía muy pesada, y sus párpados aún más. Todo lo que veía eran los rostros crueles de quienes más la amaban y la odiaban con más amargura. Al menos se estaban desvaneciendo lentamente, mientras esta oscuridad se cerraba a su alrededor. Si se lo permitía, podría quedarse dormida para siempre.

—Clarión —la voz sonaba mucho más tensa que antes, con un matiz de desesperación—. No es real. Tienes que despertar.

Milori, ¿qué estaba haciendo aquí?

No podía estar allí en las estaciones cálidas. Y, sin embargo, ¿no lo había visto hacía apenas unos momentos…?

No, se dio cuenta. No estaba en las estaciones cálidas en absoluto. Estaba debajo del hielo, en lo profundo de los Bosques de Invierno. La niebla la había envuelto por completo, tan asfixiante que apenas podía respirar. Si se concentraba, podía ver la luz violeta de la magia de las Pesadillas

atravesando su entorno. *Una ilusión.* Como todas esas hadas atrapadas en su letargo, ella había sido arrojada al reino de las Pesadillas.
Se mordió el interior del labio con tanta fuerza que el dolor la despertó sobresaltada. La horrible versión de pesadilla de Pixie Hollow desapareció y no reveló nada más que la oscuridad que la devoraba bajo el lago una vez más.
Clarion luchó contra el malestar y aprovechó su poder. La luz de las estrellas brotó de ella en rayos y la oscuridad que la ataba se desvaneció, como una tela cortada en tiras. Cayó de rodillas y aterrizó con fuerza sobre el agua invisible y cristalina que tenía debajo. Le castañetearon los dientes. Pero con la luz de la magia reflejándose en el hielo que tenía sobre su cabeza, se dio cuenta de lo que se había apoderado de ella: un humo púrpura enfermizo que se elevaba en espiral desde las fosas nasales de una criatura enorme. Dejó escapar un suspiro tembloroso y retrocedió a rastras para alejarse un poco.
Un siseo gutural rompió el silencio. Dos ojos de reptil se abrieron y la miraron con venganza. Ahora veía lo que acechaba en los rincones más profundos de la prisión.
La Reina Pesadilla.
Un dragón.
Clarion no podía comprender cómo podía existir algo así. No sabía cómo se suponía que debía enfrentarse a algo así. El terror la dejó clavada en el sitio. Sus manos temblaban violentamente y esa chispa de luz estelar que había en su interior se sentía terriblemente pequeña ante algo tan inmenso. El miedo no era sólo un terror puro e instintivo, o la muerte que te mordía los talones. Era también eso: desesperación.
El dragón abrió la boca y reveló hilera tras hilera de dientes dentados, y una luz sulfúrica se derramó en la oscuridad que había entre ellos. Le tomó solo un momento darse cuenta de que era una bola de fuego, lista para ser desatada.
"¡Clarín!"
Clarion se sobresaltó al oír la voz distante de Milori. Levantó la vista y vio a Milori golpeando el hielo desde arriba. Su rostro no se distinguía, pero ella podía ver la desesperada *fe* que brillaba en él.
“¡No olvides lo que me prometiste!”
Sacó a Clarion de su estupor, lo suficiente como para provocarle una risa leve. Había sido un deseo tan hermoso, por el que valía la pena luchar.
No, ella no podía rendirse ahora.
En su interior llevaba los sueños de miles de personas que habían visto caer su estrella. Por un momento, se habían sentido lo suficientemente esperanzados o desesperados como para dejar de lado su cinismo y confiarle sus deseos. Mientras los tuviera, no podría sucumbir a la desesperación.
Mientras las llamas subían por la garganta del dragón, Clarion se irguió. Ella era la reina de Pixie Hollow. ¿Y esta bestia? Era el miedo de una niña, al que se le había dado forma y se le había dejado pudrir durante demasiado tiempo.

A la dura luz del día, no era nada en absoluto.
Clarion ardía como una estrella: inagotable y aniquiladora. Una luz dorada explotó hacia afuera, llenando la prisión. El dragón bramó mientras, hebra por hebra, el horror y la duda que lo habían creado se desenredaban. Hilos de oscuridad se desenrollaron, desmoronándose en cenizas mientras flotaban por el aire.
Al final, no quedó nada más que esto: motas centelleantes de luz de estrellas, transformando lo que había estado vacío en el brillo infinito del cielo nocturno.

Cuando la luz de las estrellas se apagó, Milori la sacó de las profundidades del lago. En cuanto la guió hacia tierra firme, el hielo se cerró detrás de ella, como una herida que finalmente sanaba... y debajo, Clarion pudo ver las oscuras aguas agitándose. Así de simple, fue como si la prisión nunca hubiera existido.

Ella lo había hecho.

Lentamente, se recostó sobre el espejo liso de la superficie del lago y miró hacia el cielo. El frío se filtraba a través de su abrigo, pero descubrió que no le importaba. El tiempo se le había escapado bajo el hielo. La noche había caído como una cortina sobre el invierno, pero era positivamente luminosa con luz celestial. Una aurora boreal se desplegaba a través del cielo en cintas anchas y ondulantes. Alguna vez, tal vez, las hadas de los sueños habrían volado debajo de ellas, recogiéndolas en sus cestas. Pero ahora, brillaban tentadoramente fuera de su alcance, su magia Tan maravillosos y misteriosos como la noche misma. Rodearon a Milori con un halo, pintándolo de suaves tonos verdes y azules.

—¿Cómo supiste que debías venir aquí? —preguntó ella, incapaz de ocultar el asombro en su voz.

—Me robaste mi lechuza —dijo con un dejo de diversión—. ¿Quién más que la reina se atrevería a hacer algo así? No fue particularmente difícil averiguar adónde la habías llevado.

Clarion se sonrojó. “Para que quede claro, ella me dejó robarla”.

Milori se rió. Parecía tan feliz, tan aniñado, que ella no pudo evitar reírse también. Lo agarró del brazo y lo tiró hacia el hielo, a su lado. Él se acercó

voluntariamente. Por un momento, los dos se quedaron acostados uno al lado del otro como una pareja de observadores de estrellas. Lentamente, Clarion extendió los dedos sobre su pecho y se incorporó para mirarlo. Su cabello se arremolinaba a su alrededor, un derrame de blanco contra el azul apagado del hielo.
Quería quedarse allí un poco más, donde no existía nada más que ellos dos. Clarion recorrió la línea de su mandíbula con las puntas de los dedos. Se inclinó sobre él, su cabello se derramó sobre sus hombros y los cubrió con una cortina.
—Ya se te ha concedido tu deseo —murmuró—. ¿Qué harás ahora?
Milori recogió el peso de su cabello en una mano, se lo apartó del rostro y lo colocó sobre su hombro. A pesar del frío de su piel, todo su cuerpo se calentó con su toque. “La verdad es que no lo sé. Ha sido como un sueño imposible durante tanto tiempo. Nunca me he permitido considerar qué pasaría si se hiciera realidad”.
Afortunadamente, había pensado en ello durante las horas que había pasado atrapada en la cama. —Bueno, si voy a concederte tu segundo deseo... te quiero en mi corte. No como el Guardián de los Bosques Invernales, sino como el Señor del Invierno.
Milori parpadeó sorprendido. Su voz sonaba cautelosa, pero su expresión estaba llena de esperanza. —Hace mucho tiempo que no tenemos un Señor del Invierno.
—Y eso es una vergüenza. —No quiso escuchar argumentos. Clarion se sentó y le ofreció las manos. Cuando él las aceptó, ella lo apretó con más fuerza, como si pudiera imponerle su confianza—. Te mereces que te devuelvan tu título ancestral. Tenemos tres Ministros de Temporada y no tenemos participación en el Invierno. No tiene sentido excluirte.
“Puede que sus otros ministros no piensen lo mismo”, dijo, pero ella podía decir que había ganado.
—Entrarán en razón —dijo Clarion, levantando la barbilla y ganándose una sonrisa de Milori. Con las extremidades doloridas, se puso de pie y lo ayudó a ponerse de pie—. O haré que entren en razón en cuanto sea reina. Cada una de nosotras tiene recursos y experiencia para compartir.
—Muy bien. Acepto tu oferta. —Hizo gala de un tono respetuoso, pero una pequeña sonrisa se dibujó en las comisuras de su boca.
“Será mi primer decreto”, afirmó. “Nunca más nuestros dos mundos estarán en conflicto”.
—Nunca más —convino suavemente.
En el silencio que siguió, la realidad atravesó la burbuja de ensueño de su victoria. Aún quedaba mucho por hacer para convertir esa visión en realidad. Y ahora que estaban a salvo, ahora que él estaba allí, frente a ella, tenía que abordar lo que había sucedido. A regañadientes, soltó sus manos.
"Cómo es…?"
Le faltaron las palabras, pero no necesitó terminar la pregunta. Los ojos de él se llenaron de una comprensión terrible y sombría.

“Está roto”, dijo.
Se dio la vuelta y la tranquila alegría de ese momento robado se evaporó. Su mirada siguió los delicados y retorcidos patrones de su ala derecha hasta el final. Por un momento, el horror de eso... Era algo que su mente se negaba a procesar. La mitad inferior parecía haberse derretido por completo y luego haberse congelado nuevamente en bordes irregulares.
La fuerza de su emoción la dejó sin aliento. La culpa y la vergüenza eran grilletes que la aprisionaban y la arrastraban hacia la desesperación una vez más. —Milori... lo siento mucho.
—Clarion —dijo con voz firme—. No me arrepiento de lo que he hecho, ni te culpo por lo que pasó. Lo volvería a hacer si tuviera la oportunidad.
Su visión se nubló por las lágrimas que no había derramado, pero parpadeó con fuerza para contenerlas. “Deberías haberme dejado en la frontera”.
—No. —Milori se giró para mirarla y apoyó las manos firmemente sobre sus hombros. El destello de vulnerabilidad en sus ojos la devastó. Bajo su mirada, casi podía creer que era algo precioso e irreemplazable—. No podría haberlo hecho. Esto será un cambio, sí. Pero en invierno, las cicatrices como esta son un signo de honor, y no es como si nunca más pudiera volar. Tengo a Noctua.
Por supuesto, ella sabía que todo era verdad. Por lo que había hecho, sería reconocido como un héroe. Y, sin embargo, esto debería haber sido *evitable* .
—Ni siquiera lo dudaste. ¿Por qué?
—Creo que sabes por qué, Clarion.
Su voz era baja y suave, y tan agridulce que apenas podía soportarla. Por supuesto que sabía por qué. Era la misma razón por la que su corazón se estaba rompiendo en pedazos ahora.
Mientras lo miraba fijamente, a sus sinceros ojos grises, la inmensidad del sentimiento que la invadió parecía al mismo tiempo una revelación y una inevitabilidad.
Ella lo amaba.
Tal vez siempre estuvo destinada a hacerlo, desde el mismo momento en que lo vio de pie en la frontera. ¿Cómo podría no hacerlo? Amaba su firmeza, su bondad, incluso su actitud temeraria y desinteresada. Su valentía. Le encantaba su humor irónico y su inquebrantable devoción por su pueblo. Lo amaba porque él también la había liberado.
Y aún así, le había roto el corazón.
Si algo le sucediera, ella no sobreviviría. Y Milori, leal hasta la médula, se pondría en peligro por ella una y otra vez. Ahora, ella veía toda la verdad de la sabiduría de Elvina. El amor te exponía a demasiado dolor. El amor dividía tus lealtades, tus prioridades. Para la mayoría de las personas en Pixie Hollow, sería aceptable, pero para el Señor del Invierno...
Era demasiado peligroso amarla.
—Lo haré —susurró Clarion.
La calidez que brillaba en los ojos de Milori se desvaneció cuando él absorbió su expresión. "Entiendo si no sientes lo mismo, pero yo..."

—No es eso. —Su voz temblaba. No, no podía llorar ahora. No podía soportar que él dudara de su convicción. Pero le resultaba demasiado difícil respirar a pesar del dolor que sentía en el pecho. No sabía que se sentiría así , como si su corazón realmente se estuviera desmoronando—. No puedes. Eso impedirá tu capacidad de liderazgo.
—No. —Milori parecía un hombre en caída libre, como si no pudiera encontrar nada sólido a lo que aferrarse, como si todo lo que creía tener se le estuviera escapando rápidamente de las manos—. No lo sabes... no con seguridad.
—Eso afectará *mi* capacidad de liderazgo. —Ya lo había hecho. Preferiría ver a Pixie Hollow pudrirse, su peor pesadilla convertida en una horrible realidad, que volver a ver que algo malo le sucediera—. Tomaría todas las decisiones pensando en ti. Arriesgaría cualquier cosa, *todo* , para protegerte. ¿Entiendes? Te amo, Milori. Me asusta demasiado.
—Yo también te amo —dijo tristemente.
Escuchar esas palabras casi la desanimó. *Bien,* pensó. *Que este dolor sirva como recordatorio de lo desesperadamente necesaria que es nuestra separación.*
Un amor como el de ellos era ruinoso. Un ala rota no era nada comparado con un corazón roto. Ella solo podía esperar que el dolor de ambos se desvaneciera con el tiempo.
Se armó de determinación, de resignación. Cuando volvió a hablar, su voz sonó serena: “Me aseguraré de que el mundo que ambos soñamos exista. Pero nadie más debería tener que soportar lo que hemos tenido que soportar. Cruzar la frontera es demasiado peligroso. Debería estar prohibido. Con efecto inmediato”.
No había reproche en su expresión, pero lo que encontró allí —algo entre súplica y desafío— le dolió al mirarlo. Sus ojos, normalmente de la plácida plata del agua iluminada por la luna, ahora le parecieron del gris pizarra del Mar de Nunca Jamás, profundos y salvajes. La hundirían.
—Si eso es realmente lo que quieres —dijo con más serenidad de la que ella esperaba—, defenderé tu mandato.
—Lo es —gritó su alma en señal de protesta mientras pronunciaba esas palabras—. Es lo que quiero.
Pero en cuanto la última palabra cayó como una piedra entre ellos, se dio cuenta de lo tonta que había sido al creer que él le haría las cosas fáciles. No sabía cuál de los dos se movió primero.
Se estrellaron y él posó su boca sobre la de ella con una desesperación que la dejó sin aliento. Ella lo recibió con el mismo fervor. Su mundo se redujo a esto: su cabello, deslizándose entre sus dedos como agua. Sus manos, deslizándose por la cresta de su columna vertebral y abarcando la curva de su cintura. La atrajo más cerca, como si quisiera borrar todo el espacio entre ellos. Como si alguna vez pudieran estar lo suficientemente cerca. Como si ella pudiera expresar lo profundo de su anhelo por el tiempo que nunca tendrían.

Se separaron, respirando con dificultad. Él apoyó la frente contra la de ella y acunó su rostro entre las manos. Recorrió sus pómulos, la línea de su mandíbula, el arco de sus labios, con tal reverencia que era como si estuviera memorizando cada detalle. Vagamente, Clarion registró la humedad de Lágrimas en su rostro. No sabía de quién eran. Con la yema del pulgar, las secó.

—Está bien —dijo en voz baja, una vez que la tranquilizó. Su contacto se desvaneció, dejándola desamparada—. Vamos a llevarte de vuelta al otro lado de la frontera.

Por favor, quería decir. *Sólo un poco más.* En cambio, con su voz apenas un susurro, respondió: "Está bien".

Silbó para Noctua. En cuestión de segundos, la extensión de sus alas ocultó la luz de la luna. Cuando Clarion se subió a su lomo, se negó a pensar en que esta podría ser la última vez que montara en un búho. No podía pensar en todas las hadas de invierno que nunca conocería y todos los lugares maravillosos a los que nunca se aventuraría. Nunca más volvería a escuchar el crujido de sus pasos en la nieve recién caída. Nunca más sentiría la danza del frío viento del norte en su cabello. Nunca más volvería a caminar junto al hombre gorrión que una vez había considerado tan estoico. Él nunca le había enseñado a patinar.

Estrellas, ella no era lo suficientemente fuerte para hacer esto.

—¿Te volveré a ver? —preguntó tan suavemente que ella casi no lo escuchó.

"He decidido que quiero que mi coronación se celebre en un lugar donde *todos* mis súbditos puedan estar presentes, en la frontera. Así que, si quieres venir…"

"Por supuesto", respondió. "No me lo perdería".

Por un momento, se sostuvieron la mirada. Clarion apartó la suya primero, aunque sólo fuera para no volver a llorar.

Cuando llegaron a la frontera, un grupo de hadas la estaba esperando en el lado de Spring. Las exploradoras revoloteaban arriba y abajo de la orilla del río, y allí, un brillante faro dorado en la oscuridad, estaba Elvina. Incluso desde esa altura, Clarion pudo distinguir gritos de sorpresa y alarma. Casi la hizo sonreír. Qué triste que ninguna de ellas jamás conocería la amistad de un búho.

Noctua aterrizó en silencio. Cuando Clarion se deslizó de su espalda, un silencioso asombro se apoderó de las cálidas hadas. Clarion quería hundirse en el agua. Sus rodillas estaban en la nieve. Quería estar sola, aunque sólo fuera para poder sentir todo el peso de lo que había hecho.

Pero sus súbditos la necesitaban.

Con los hombros erguidos, pisó el puente. Y cuando cruzó hacia Spring, no se dio la vuelta. Si lo hacía, si sentía que el lazo invisible que los unía se tensaba y la llamaba para que volviera a su lado, tal vez cambiara de opinión. Pero sabía que esto era lo mejor.

Un día, ella esperaba creer eso realmente.

Durante todo el camino de regreso al palacio, las hadas la miraron con curiosidad y, tal vez por primera vez en su vida, le hablaron sin que nadie se lo pidiera. Los exploradores que la escoltaban a ella y a Elvina de regreso al Árbol de Polvo de Hadas comenzaron a acribillarla con preguntas que ella no respondió (o no pudo responder).

"¿Cómo es el Guardián de los Bosques de Invierno?"

"¿Cómo lograste derrotarlos?"

"¿Se romperá el hechizo?"

El bombardeo duró hasta que llegaron al palacio, hasta que se agolparon alrededor de la puerta de las habitaciones de Clarion con sus ojos brillantes y ansiosos.

—Deja que tu reina descanse —dijo Elvina con una mirada que podría cuajar la crema—. Tendrás tiempo suficiente para entrevistarla más tarde.

Con un coro apresurado de "Sí, Su Majestad", se dispersaron.

Clarion le lanzó una mirada de gratitud. Con una sonrisa cómplice, Elvina la hizo pasar. La puerta se cerró y Clarion no perdió tiempo en arrastrarse hasta la cama. Se quitó el abrigo de invierno, lo dejó caer en el suelo a sus pies y luego se dejó caer. boca abajo sobre el colchón. Este se hundió bajo el peso de Elvina cuando se sentó a su lado.

Incluso sin mirarla, Clarion sabía que estaba esperando… lo que fuera que saliera, supuso. En verdad, ella misma no sabía qué diría hasta que habló: "Se acabó".

Y así fue: tanto las Pesadillas como lo que fuera que había tenido con Milori. En ese momento, se sentía misericordiosamente entumecida.

Cuando Elvina no respondió, Clarion giró la cabeza lo suficiente para mirarla. No había compasión en los ojos de Elvina, sino una comprensión antigua y terrible. Era extrañamente reconfortante y extrañamente hermoso ser conocida sin tener que decir una palabra.

Había tantas cosas que Elvina no le había contado a Clarion sobre el funcionamiento de su mundo. Había tantas otras cosas que no le había contado a Clarion sobre *sí misma* ... ¿También la habían lastimado de esa manera? Parecía imposible imaginar que Elvina se hubiera enamorado, más aún que hubiera cometido algún tipo de error fatal o error de cálculo. Pero admitió que no le había resultado fácil adquirir sabiduría.

Durante semanas, el abismo que las separaba había parecido casi imposible de superar, pero ahora, ese dolor compartido las unía. Tal vez, con lo que le quedaba de vida a Elvina, ella la guiaría hacia adelante.

De todas las cosas, eso fue lo que finalmente rompió las compuertas.

Las lágrimas le corrían por el rostro, calientes e implacables. Los sollozos le sacudían el cuerpo. Para su total sorpresa, Elvina abrazó a Clarion y la dejó llorar en su regazo como una niña.

—Cometí muchos errores contigo —dijo Elvina en voz baja—. Quizá incluso conmigo misma. Qué triste que solo pueda darme cuenta de ello al final de mi vida. Solo estuviste aquí un instante y, sin embargo, me has enseñado mucho.
—No te vayas —susurró Clarion—. Por favor, por favor, no te vayas.
Escuchó la suave inhalación de Elvina. “Ni siquiera yo puedo desafiar a las estrellas. Pero estarás bien sin mí, Clarion. Me siento muy confiada al dejar Pixie Hollow en tus capaces manos”.
El pecho de Clarion se contrajo dolorosamente. Toda su vida había anhelado escuchar esas palabras. Qué dulce, tener finalmente la seguridad que ansiaba. Solo que no estaba tan segura de merecerla. Había salvado Pixie Hollow. Había dominado su propia magia. Pero viviría el resto de su vida con la mancha de sus errores. ¿Cómo podría enseñar a los recién llegados a volar? ¿Cómo podría atreverse a desplegar sus alas con la ternura que merecían cuando siempre recordaría las que había roto?
La voz de Elvina atravesó la niebla de su desesperación. —Es bueno tener una conexión con el invierno. Unificar las estaciones es una forma muy poderosa de comenzar tu reinado. Tendrás que disculparte con tu Guardián de los Bosques Invernales en mi nombre.
De ella. No, ya no tenía derecho a reclamarlo. “No sé si podré volver a verlo”.
Elvina frunció el ceño. Fuera lo que fuese lo que veía en los ojos de Clarion, parecía comprenderlo. —Sólo descansa... y esta vez lo digo en serio. Aún queda mucho por hacer antes de tu coronación.
En ese estado, el descanso no sería fácil. Pero Elvina le acarició suavemente el cabello y no protestó cuando Clarion le rodeó la cintura con los brazos. A pesar de lo destrozada y desdichada que se sentía, era un gran consuelo que la abrazaran.
—Érase una vez —empezó Elvina y le susurró todas las lindas historias que alguna vez contó cuando Clarion llegó por primera vez, sobre valor, amor y reinas que habían desaparecido hacía mucho tiempo.
Clarion se quedó dormida al ritmo relajante de la voz de Elvina. Soñó con nieve y luz de estrellas. Con ojos grises y claros, llenos de perdón que nunca podría merecer.

Clarion se despertó y encontró su habitación bañada por la luz del sol de la tarde. Había dormido tanto tiempo que la desorientaba, pero sus párpados todavía se sentían lo suficientemente pesados como para que se volviera a quedar dormida si los dejaba caer. Este cansancio no se parecía en nada al agotamiento, al frío devorador que se había extendido por el hueco de su pecho, pero todavía era muy tentador acurrucarse de nuevo y...

Petra. El pensamiento la hizo recobrar la conciencia. Tenía que comprobar cómo estaban ella y los demás.

Clarion se quitó las sábanas de encima. Hacía tanto calor debajo de ellas que hasta el aire cerrado de su habitación le resultaba fresco en la piel. En la mesilla de noche la esperaban tres cosas: un cuenco de avena, que se había enfriado por el tiempo que había estado fuera; su ración diaria de polvo de hadas, cuidadosamente envuelto en una bolsita de hojas; y una carta, sellada con el sello real.

¿Qué podría decirle Elvina?

Recuperó la nota y deslizó con cuidado el dedo por debajo del sello de cera para abrirla. Incluso sin la insignia real, habría reconocido la letra perfecta de Elvina.

Ven a la clínica lo antes posible. El hechizo se ha roto por fin.

A Clarion se le escapó el aliento de golpe. Semanas de estrés y de preocupación se le fueron de las manos en un instante. Pixie Hollow por fin era libre.

Y volvería a ver a su mejor amiga.

Clarion se puso el primer vestido que encontró y luego se echó el polvo de hadas sobre las alas. Suspiró de satisfacción cuando su dulce aroma inundó el aire. Desde el otro lado de la habitación, vio su reflejo. Había motas doradas adheridas a sus pestañas y brillaban en su cabello suelto y enredado por el sueño. Tenía los párpados hinchados por el llanto y las arrugas de las sábanas le presionaban el rostro en finas líneas rojas. Poco importaba cómo luciera. No podía esperar ni un minuto más para irse.

Abrió de golpe las puertas de su balcón. El árbol de polvo de hadas la saludó con el suave balanceo de su follaje, agitado por la brisa. Por un momento, Clarion se permitió quedarse allí. Apoyó las manos en la barandilla y se inclinó hacia el borde. El valle de las hadas se extendía ante ella, vasto y hermoso a la luz de la hora dorada.

Pronto, todo esto sería suyo para protegerlo.

Y por primera vez, quizás, se sintió a la altura de la tarea.

Sintiéndose más ligera que en las últimas semanas, emprendió el vuelo. Se sentía terriblemente extraño no estar escabulléndose por allí para variar. No había exploradores vigilantes patrullando los cielos. No sentía náuseas, en parte por la emoción y en parte por el miedo a ser atrapada. No hubo comentarios de Artemisa mientras despegaba hacia Winter.

Artemisa.

Ojalá ella también se estuviera recuperando. Clarion la vería pronto.

Mientras volaba sobre el Claro de Verano, sonrió al ver que el Valle de las Hadas había vuelto a la normalidad. El sonido de las risas y los cantos la alcanzó, incluso desde esa altura. Los talentos del jardín flotaban sobre los campos de matricaria, estimulando la aparición de nuevos brotes. Mientras trabajaban, los aromas de la rica marga y las hierbas amargas se intensificaban, llevados por el aliento del viento.

Clarion aterrizó frente a la clínica de los curanderos, donde las flores de corazón dorado dieron paso a una hierba exuberante. Los hongos venenosos brotaron de la tierra, sus amplios sombreros sirvieron como porche delantero de la clínica. Ella revoloteó hacia arriba para salvar la distancia, luego se posó en el porche. Inmediatamente, su corazón saltó de alegría.

“¡Artemisa!”

La exploradora estaba sentada en una mecedora, con la pierna derecha extendida frente a ella. Estaba colocada sobre un soporte hecho con dos tiras finas de corteza unidas por una cuerda tejida con hierba. Un bastón estaba apoyado a su lado, en el hueco de su cuello y hombro. Su cabello oscuro estaba más despeinado de lo que Clarion lo había visto nunca, y sus ojos todavía estaban ensombrecidos por el cansancio. Al oír la voz de Clarion, su expresión se suavizó con alivio.

Artemisa se levantó de su asiento con un aleteo y se apoyó en su bastón para sostenerse. No dijo ni una palabra. Se limitó a cerrar el espacio que las separaba, golpeando rítmicamente la punta del bastón contra los sombreros de los hongos. Luego, abrazó a Clarion con un brazo musculoso alrededor de

su cuello. Su agarre era aplastante, pero Clarion no se atrevió a quejarse. Era poco probable que volviera a obtener de ella un afecto tan abierto.
—Lo lograste —dijo Artemisa contra su cabello.
—No lo habría logrado sin ti. —Clarion se apartó y la observó—. ¿Cómo te sientes?
“Ya casi volvemos a la normalidad, Su Alteza.”
Clarion le dirigió una mirada inexpresiva que decía: *Sé honesta conmigo.*
Artemis se apoyaba pesadamente en su bastón. Incluso Aunque las hadas rara vez caminaban, pequeñas diferencias en la distribución de su peso podían dificultarles el equilibrio en pleno vuelo. Necesitaría un dispositivo de ayuda para la movilidad hasta que le quitaran la férula, como mínimo.
—He estado mejor —dijo Artemis, abatido, claramente disgustado por tener que admitirlo—. ¿Te importa si me siento?
—Por supuesto que no —respondió Clarion—. Tranquila.
Artemisa le dirigió una mirada agradecida y se sentó con cuidado en la mecedora. Estiró la pierna, teniendo cuidado de no sacudirla. “El dolor es soportable y pronto ya no tendrán que impedirme escapar”.
—No hay escapatoria —reprendió Clarion—. Por cierto, es una orden. Tienes que curarte.
—Sí, Su Alteza —Artemisa sonrió levemente—. Si aprueba una excepción, los curanderos me han dado permiso para asistir a su coronación. Una reina no debería estar sin su guardia.
—Lo apruebo, por supuesto —Clarion frunció el ceño—. Pero creo que te has ganado con creces un puesto diferente. Después de que me coron, estaré feliz de reasignarte a...
—Con todo respeto —intervino Artemis—, estoy feliz con mi puesto. Si no te importa, me gustaría conservarlo.
—¿Quieres quedarte en mi guardia? —preguntó Clarion con incredulidad—. Pensé que querías volver a patrullar.
—Lo hice. —Malinterpretando su incredulidad como resistencia, Artemis se apresuró a agregar—: Por supuesto, si crees que estaría mejor en otro lugar...
—No es eso —respondió Clarion. Había estado completamente preparada para dejar ir a Artemis, pero no podía negar que, en el fondo, había deseado que esto sucediera. Después de tantos años juntas, no sabía qué haría sin Artemis—. Solo tengo curiosidad por saber qué provocó este repentino cambio de actitud.
“Solía creer que servir como tu guardia era mi expiación. Tal vez incluso un castigo”. La boca de Artemisa —Recuperar mi puesto era la única forma en que podía marcar una diferencia en Pixie Hollow. En los últimos días, he llegado a dudar de que mis intenciones fueran tan puras. Desde mi reasignación, he sentido que había algo que necesitaba demostrar.
—No tienes que demostrar nada, Artemisa —dijo Clarion con dulzura—. Siempre he creído que eres una de las hadas más nobles de Pixie Hollow.
—Me alegra que pienses eso. —Artemisa golpeó el suelo con su bastón, pensativa—. Si volviera, tendría que reprimir esa parte de mí que dices

admirar. Durante muchos años, he intentado hacerlo. Pero al ver lo que hiciste...
Se quedó en silencio, claramente buscando las palabras adecuadas. Clarion se calentó bajo la intensidad reverente de su mirada.
—Creo en ti —dijo Artemis—. En tu fuerza. En tu bondad. En tu visión. Proteger a alguien como tú es un uso digno de mi talento.
Oh, Clarion se pondría sensiblera si continuaba con esto. Bromeando, preguntó: "¿Estás diciendo que me extrañarías?"
—Lo que digo es que no confío en nadie más para que sea tu guardia —replicó Artemis. Clarion se alegró de que ella no *negara* su acusación—. Con tu temperamento, es un trabajo más difícil de lo que uno podría esperar. Ni siquiera yo he estado rindiendo a mi nivel últimamente.
Artemisa la miró. Aunque nunca lo diría en voz alta, Clarion entendió claramente lo que quería decir: *Te ves terrible.*
Clarion no pudo evitar reírse. No había forma de discutirlo. Sin duda, ambos estaban muy mal parados después de los acontecimientos de los últimos días.
—Bueno —dijo—, me encantaría tenerte aquí. Yo también te extrañaría, ¿sabes?
—Bien —dijo Artemisa con brusquedad—. Esta herida no me impedirá servirte.
—No tengo dudas —le sonrió Clarion—. Si me disculpas, voy a ver cómo están todos los que están dentro.
—Por supuesto, Su Alteza. —Artemis inclinó la cabeza. Dudó, como si no estuviera segura de lo que diría a continuación. Por fin, dijo—: La última vez que lo comprobé, la hojalatera no se había despertado. Cuando lo haga...
Clarion le apretó el hombro para tranquilizarla mientras pasaba. "Serás la primera en saberlo".
El suave "gracias" de Artemisa la siguió hasta la clínica.
El aire estaba impregnado del familiar olor de las hierbas curativas: manzanilla, raíz de malvavisco, ortiga. Cuando la puerta se cerró detrás de ella, se dio cuenta de que podía oír voces (y risas) que se derramaban en el atrio. Clarion no creía haberlas oído nunca tan fuerte allí. Por primera vez en semanas, el ambiente era casi... alegre. Animada por la energía, pasó a toda prisa por la cortina de suculentas colgantes que acordonaba la habitación de la enferma.
Estaba *lleno* .
Clarion no pudo evitar su asombro y alegría. Las hadas habían llegado en tropel con arreglos florales y ollas de sopa y, por supuesto, con los últimos chismes. Las hadas que habían despertado tenían verdaderas multitudes alrededor de sus camas. Algunas charlaban y reían, listas para reanudar sus vidas normales. Otras lloraban. Otras abrazaban a sus amigas mientras salían de sus atormentados sueños.
Todos ellos estaban completamente rodeados de amor.
Estaban tan absortos en sus reuniones que nadie la notó en la puerta, nadie excepto Elvina, que rondaba al fondo de la sala junto a una curandera. La

reina le dedicó una sonrisa amable antes de señalar con la barbilla un catre que había en la esquina.
Ella está allí, parecía decir.
Clarion no perdió tiempo y corrió hacia donde Petra yacía en su catre. Su cabello rojo estaba esparcido prolijamente contra la almohada. Los rizos, brillantes y perfectos como nunca antes en su vida cotidiana, se notaba que alguien los había peinado y retorcido hasta formar bucles. El orden no le sentaba bien a Petra. Clarion sonrió, conmovida por el cariño que brotaba de su interior.
Con mucho cuidado, tomó una de las manos de Petra entre las suyas.
“Cuando despiertes”, susurró, “tengo mucho que contarte”.
Y como si la hubiera oído, Petra se movió.
—¡Que alguien llame a Artemisa! —gritó Clarion. Apenas registró una respuesta de un talento sanador: —¡De inmediato, Su Alteza! —Clarion no podía concentrarse en nada más que en su propio alivio, una sensación tan brillante y ligera como la luz del sol.
Los ojos de Petra parpadearon, vidriosos y desenfocados por la desorientación. Entonces, cuando vio el rostro de Clarion a escasos centímetros del suyo, se le abrieron de par en par por la sorpresa. Soltó un grito y se tambaleó hacia atrás. —¡Clarion!
—Petra —la voz de Clarion tembló humillantemente.
"¿Qué estás... Oh."
Clarion abrazó a Petra y la abrazó fuerte. —Has vuelto. Gracias a las estrellas.
Petra se relajó contra ella. “¿Qué pasó? Me siento tan descansada. Y también como si hubiera estado corriendo durante días sin parar. Lo último que recuerdo…”
Clarion se echó hacia atrás cuando sintió que se estremecía. La expresión de Petra se había vuelto angustiada a medida que los recuerdos volvían a inundarla.
—Las pesadillas ya se han ido —dijo—. Estás a salvo.
Clarion le contó lo que había sucedido desde que había caído bajo el hechizo de las Pesadillas. Cuando terminó, Petra la miraba con infinita simpatía en sus ojos. Clarion apenas podía soportar mirarla.
"Lo siento mucho", dijeron todos al mismo tiempo.
Hubo un momento de silencio y luego ambos estallaron en risas.
—¿Lo *sientes* ? —preguntó Clarion con incredulidad—. ¿Por qué? Soy yo quien tiene que disculparse contigo.
Petra frunció el ceño. —Por la distancia que nos separa.
—No te disculpes por eso, por favor —dijo Clarion—. Para mí no has sido más que un buen amigo. Y yo...
—Oye —Petra apoyó una mano en su brazo—. No tienes por qué castigarte, Clarion. Te perdono.
"¿Tú haces?"

—Por supuesto que sí —le sonrió Petra—. Ambas estábamos ocupadas con nuestras propias cosas. Sé que nos llevará algún tiempo descubrir cómo encajar en la vida de cada una una vez que seas reina, pero no me iré a ningún lado.
"Gracias."
Antes de que Petra pudiera responder, las cortinas de la puerta de la clínica crujieron violentamente. Ambas se giraron hacia la entrada de la habitación de los enfermos. Artemisa se quedó flotando a poca distancia, con los ojos desorbitados por una mezcla de miedo y esperanza. —Petra.
Clarion nunca había escuchado su voz tan frágil.
Artemisa se acercó a ellos, sorteando el desorden y el laberinto de catres lo mejor que pudo con su bastón. Aun así, casi tiró todo al suelo en su prisa. Una curandera que estaba parada en su puesto de trabajo parecía consternada, pero no dijo nada. En cambio, se dedicó a moler bayas y hierbas en un cataplasma con su mortero.
Cuando Artemisa llegó al lado de la cama de Petra, la miró fijamente.
—Tú… —empezó a decir Petra, pero la silenció cuando la exploradora le dio un beso en la frente y luego, con más cautela, en los labios. Cuando Artemisa se apartó, todo el rostro de Petra estaba teñido de rojo.
—No vuelvas a asustarme así *nunca* más —dijo Artemisa.
—Por fin —murmuró Clarion para sí misma. Luego, dirigiéndose a ellos, les dijo: —Les daré un momento.
Pero ellos apenas parecían oírla.
Le dolía el pecho con una punzada de soledad... y también algo parecido a la alegría. Si ella no podía ser feliz, al menos sus amigos la merecían. No se resentiría con nadie por tener lo que ella se había negado a sí misma. Su corazón, y toda su devoción, ahora pertenecían a sus pacientes. Clarion centró su atención en el resto de la clínica.
Todavía había otra hada que necesitaba visitar.
Cuando llegó a la cabecera del Ministro del Otoño, se sentó en la silla vacía y observó su rostro, relajado y tranquilo en el sueño. Así que esto terminaría donde había comenzado.
No tuvo que esperar mucho. Cuando él se despertó —con suavidad, con facilidad, como si se hubiera quedado dormido para echarse una siesta que necesitaba urgentemente— sus ojos se encontraron con los de ella de inmediato y luego se curvaron en una sonrisa. —¿Su Majestad?
—Todavía no —dijo Clarion suavemente.
Cerró los ojos de nuevo y una sonrisa de alivio se dibujó en su rostro. —Siempre supe que podías hacerlo.

la Coronación y fue una gloriosa tarde de pleno verano.

Clarion esperaba entre bastidores en el terreno de la ceremonia, escondida entre una espesura de arbustos de arándanos. Las ramas que se extendían por encima de ella colgaban cargadas de bayas que se enrojecían al madurar y delicadas flores en forma de campana. El parloteo excitado de la multitud se elevaba por encima del sonido del murmullo del río y del sonido de su propio corazón acelerado. Su expectación aumentaba con cada momento que pasaba, especialmente porque no podía ver nada a través de las densas hojas.

—Es hora, Su Alteza —dijo Artemisa—. Están listos para ti.

Clarion se volvió hacia el sonido de su voz. Artemis había aparecido a su lado, anunciado solo por el suave golpe de su —Puede que sea la última vez que te oiga llamarme así. Será un proceso de adaptación.

—Creo que por mi parte será bastante natural —Artemis le ofreció una pequeña sonrisa—. ¿Vamos?

Juntos se dirigieron hacia la salida, un arco con volutas tallado en la espesura. Debajo de él, Elvina y los tres ministros de temporada la esperaban. Los rasgos de la reina estaban serenos como siempre, pero Clarion no se equivocó al ver el orgullo que irradiaba.

Iris jadeó. “¡Su Alteza! Eres una visión”.

Clarion le sonrió. “Gracias”.

Su vestido era de oro puro y brillante, con una capa de encaje de seda de araña translúcida impregnada de polvo de hadas. Su cabello estaba peinado con la tradicional corona trenzada y adornado con una corona de flores que caen en la nieve en verano.

No importaba lo nerviosa que se sintiera, no había forma de negarlo: parecía una reina, y se sentía como tal también.
Rowan se inclinó hacia ella con aire conspirador, y las costuras doradas de su capa reflejaron la luz cuando se deslizó sobre su hombro. —¿Estás lista?
—Eso esperamos —dijo Aurelia con ironía—, o se perderá su propia ceremonia.
Iris ocultó una risa detrás de su mano.
“Estoy muy preparada”, dijo Clarion. “Veamos qué milagros has hecho”.
—Creo que serás feliz —dijo Iris con voz cantarina.
Clarion tenía la máxima fe en ellos, por supuesto... pero aun así, no tenía idea de qué esperar. Cuando ella y Elvina le dieron la noticia de que, con dos días de aviso, cambiarían el lugar, Aurelia reaccionó con una mirada estudiadamente inexpresiva. Si estaba decepcionada o presa del pánico, Clarion no lo sabía, ni tuvo muchas oportunidades de preguntárselo. Iris había girado en el aire, casi riéndose triunfalmente.
¡Por fin llegó la primavera!, exclamó. ¡ *No te arrepentirás!*
Aurelia miró con el ceño fruncido al Ministro de la Primavera, pero ambos decidieron hacerlo realidad. Rowan parecía bastante divertido con todo el asunto, de una manera en la que solo alguien que no tenía ningún interés real en el asunto podía estarlo.
Quizás el único beneficio de estar dormido tanto tiempo, dijo con un guiño.
Elvina se aclaró la garganta y acomodó el pergamino que llevaba en los brazos. —No los hagamos esperar más. Me imagino que todos están ansiosos por ver a su nueva reina.
Salieron de la espesura y se encontraron al borde de la primavera. Cuando Clarion vio el lugar de la ceremonia, se quedó sin aliento de asombro. A su lado, Aurelia e Iris intercambiaron miradas complacidas.
Se habían superado a sí mismos.
La luz del sol se filtraba a través de las ramas del cielo, y la tierra se tiñeba de oro. Los arcoíris, cuidadosamente pintados por los talentos de luz de Aurelia, cubrían el claro y se desenredaban por el cielo como estandartes reales. Filas de sillas, dispuestas en semicírculo, miraban hacia el puente que unía el Invierno y la Primavera... y a todas las hadas del invierno del otro lado de la frontera. Los talentos de escarcha habían tallado filas y filas de bancos de hielo, todos ellos adornados con guirnaldas de muérdago, acebo y delicadas flores de color blanco nieve. Le conmovió que Aurelia e Iris hubieran pensado en coordinarse con Milori.
—¡Todos de pie! —gritó un heraldo—. ¡Su Alteza Real, la Princesa Clarion!
Al unísono, todas las hadas de Pixie Hollow se pusieron de pie y se giraron para mirarla. Nunca en su vida habían estado tantas miradas sobre ella. Nunca antes habían estado tan llenas de adoración.
Clarion no pudo evitar la sonrisa que se dibujó en su rostro. Murmullos y jadeos de alegría resonaron mientras ella y Elvina hacían Se dirigieron hacia el puente, pero pronto se vieron envueltos por el sonido de los instrumentos de los talentosos músicos que comenzaban a tocar. La cola de su vestido

flotaba justo por encima del suelo y ondeaba detrás de ella como si la llevara la corriente invisible de un río.
Ella y Elvina atravesaron los pasillos y descendieron en el puente, acomodándose bajo un intrincado arco que cruzaba la brecha entre las estaciones. De todos los detalles que habían organizado sus ministros, este era quizás su favorito. La mitad del arco correspondiente al invierno estaba compuesta de madera de abedul, coronada con nieve y delicada escarcha. La mitad correspondiente a la primavera, tejida con las ramas cubiertas de musgo de un árbol joven, se encontraba en el medio, donde sus ramas se entrelazaban como dedos entrelazados. Las flores de todas las estaciones estaban entretejidas en la estructura, rebosantes de textura y color.
El espacio liminal de la frontera la reconfortaba. El frío del invierno la rozaba con ternura, como el tacto de un viejo amigo. Unos cuantos copos de nieve sueltos se le enganchaban en el pelo antes de derretirse. No había ningún otro lugar en el que preferiría ser coronada: aquí, donde había aprendido a creer en sí misma. Aquí, donde había conocido a quien había curado y roto su corazón.
Sin darse cuenta, lo buscó entre la multitud, pero no lo encontró antes de que Elvina comenzara a desplegar el pergamino que llevaba. —Princesa Clarion —dijo, con su voz resonando en el silencio—, ¿estás dispuesta a hacer tu juramento real?
Su voz no tembló cuando dijo: “Yo soy”.
—¿Prometes proteger a Pixie Hollow con tu vida?
"Sí."
“¿Gobernarás a estas hadas reunidas ante ti con justicia y misericordia?”
"Lo haré."
“¿Juras asegurar el cambio de estaciones de manera fiel y eficiente?”
"Sí."
Elvina asintió y aparecieron dos talentos ayudantes. Una llevaba el cetro real; la otra, una corona colocada sobre un cojín. Elvina tomó la corona primero, una elegante diadema de cobre batido que Clarion reconoció de inmediato como obra de Petra. De alguna manera, a pesar de todo esto, había encontrado el tiempo para hacer algo hermoso para ella.
Con cuidado, Elvina lo colocó en el cabello de Clarion. Luego, presionó el cetro en sus manos. Elvina ajustó la corona una vez más y, por un momento, Clarion podría haber jurado que vio lágrimas en sus ojos, que aparecieron y desaparecieron antes de que pudiera parpadear. Cuando Elvina estuvo satisfecha, se volvió hacia la multitud.
“¡Entonces todos saluden a la nueva Reina de Pixie Hollow, la Reina Clarion!”
Los gritos y vítores resonaron en el claro. Clarion sintió que su corazón se aceleraba al recibirlas. Las hadas metieron la mano en unas bolsitas y lanzaron polvo de hadas al aire. Un grupo de voladoras rápidas se lanzó en picado desde las ramas, levantando una brisa alegre. El oro brilló y se

arremolinó en el aire. Clarion solo pudo mirarlas con la emoción atormentada en la garganta. Las amaba a todas con tanta intensidad.
Ese amor sería suficiente para sostenerla.
Cuando se calmó el alboroto, respiró hondo y proyectó su voz: “Si me lo permiten, me gustaría dirigirme a ustedes por primera vez como su reina”.
Inmediatamente, la multitud se quedó en silencio. ¿Se acostumbraría alguna vez a ese efecto? ¿Le resultaría natural llenar el espacio que le cedían?
“Puede que muchos de ustedes no me conozcan bien. Me he mantenido alejado de ustedes desde que llegué, algo que lamento profundamente. Pero me gustaría cambiar eso a partir de hoy. Así que… permítanme presentarme oficialmente. Soy Clarion.
“Espero conocer a todos y cada uno de ustedes a lo largo de mi reinado. Su seguridad y felicidad son mis prioridades. “Mis prioridades son las más importantes, así que espero dirigir con sabiduría… y sentido del humor”, sonrió tímidamente. “No dudes en acercarte a mí con cualquier problema o idea que tengas. Y no dudes en saludarme. Aprecio cualquier oportunidad de hablar contigo”.
Se atrevió a mirar a Elvina, quien bajó la barbilla.
"Adelante", parecía decir.
“Durante el último mes, he aprendido mucho sobre mí y nuestro mundo. Lo más importante que he aprendido son nuestras vecinas, las hadas de invierno”. Clarion las miró y asintió con la cabeza en señal de reconocimiento. “Entiendo que durante muchos años se las ha considerado… inaccesibles, incluso poco confiables. Pero he tenido el placer de conocerlas. Son un grupo vibrante, con mucho que enseñarnos. Me han recibido con más generosidad y calidez de lo que podría haber esperado. De ellas, he aprendido a aferrarme firmemente a la esperanza, incluso en las noches más oscuras y frías. Espero ver qué más podemos lograr juntos”.
Del lado de Winter, en la frontera, se alzaron vítores. Esperó a que se apagaran antes de continuar.
—Sin el Guardián de los Bosques Invernales, no estaríamos aquí hoy. —Clarion tragó saliva para quitarse el nudo de emoción que tenía en la garganta—. Lo digo con confianza. No habría podido derrotar a las Pesadillas. Muchos más de nosotros estaríamos bajo su hechizo. Con el tiempo, podrían habernos arrebatado a todos. Tenemos una enorme deuda de gratitud con él.
Al menos, eso era lo que *ella* hacía. Nunca podría pagarle por lo que había hecho por ella.
—Y por eso, mi primer decreto es unir nuestros reinos. —El propósito la calentó por dentro, ardiendo tan firmemente como una llama—. Les brindaremos ayuda, prestándoles nuestros manitas para que realicen mejoras en sus procesos. Además, el Guardián de los Bosques Invernales a partir de ahora será conocido como el Señor del Invierno. Ha gobernado los Bosques Invernales como mi representante. y debe ser reconocido por ello. Servirá formalmente en mi consejo”.

Hizo una pausa, sin saber cómo sería recibido el decreto. Pero poco a poco, los aplausos llenaron el silencio que había dejado atrás. La alegría y el alivio que sintió la animaron. La ayudarían a hacer su próximo anuncio.
“Sin embargo”, continuó, “como todos ustedes saben, su mundo, aunque hermoso, no es seguro para las hadas de la estación cálida, al igual que el nuestro no es seguro para ellas. Y por eso, hoy prohíbo oficialmente que cualquier hada cruce la frontera. Incluso si debemos permanecer separados físicamente, sepan que estamos unidos en espíritu y propósito.
“Con nuestra alianza, quiero dar la bienvenida a una nueva era de un Pixie Hollow unificado. Una era de esperanza. Haré lo mejor que pueda. Sé que cometeré errores, pero juro que les daré todo lo que tengo”.
Las últimas palabras de su discurso se disiparon en el cálido aire primaveral. Y entonces, escuchó la voz de Milori: “¡Salud, Reina Clarion!”
Algo se tensó en su interior al oír su nombre. Como si hubiera un lazo que los uniera, su mirada encontró la de él entre la multitud. Qué raro era verlo en la brillante luz de la tarde. El plateado sol de sus ojos la atravesó por completo.
Todos los presentes en el claro le habían secundado y prorrumpieron en estridentes aplausos, pero a ella le sonaban apagados y todo, salvo *él,* se desvaneció. Era como si ella y Milori hubieran sido sumergidos en un mundo privado y compartido, un mundo fuera del tiempo, que brillaba como un sueño. No podía apartar los ojos de él. No podía protegerse del orgullo que irradiaba de él... y también de todo el anhelo.
Se obligó a volver a la realidad, a centrarse en la felicidad de ese día. Era una felicidad incompleta, cuando La mitad de ella quedó donde nunca podría llegar. Pero ahora, bañada por la aceptación de sus súbditos, era suficiente.

La fiesta se prolongó durante horas, llena de alegría. Aunque al principio las hadas cálidas e invernales se mantuvieron en secreto, con el tiempo sus celebraciones se extendieron al otro lado de la frontera. Unas cuantas almas más valientes (o al menos más amistosas) se habían acercado a la orilla del río para romper el hielo proverbial. Se enzarzaron en conversaciones a gritos y bailaron por el aire, tan cerca como se atrevieron. Dejaron comida para los demás en el puente, invitándolos a disfrutar de lo que cada estación tenía para ofrecer. Un emprendedor talentoso para las heladas incluso había comenzado un juego de atrapar la bola de nieve, que duró hasta que la trágica bola de nieve se derritió.
Pero a medida que el sol se ponía más bajo y las hadas comenzaban a regresar a casa, Clarion se sintió pensativa, casi melancólica. Todavía quedaba una última cosa por hacer, lo que más temía.
Decir adiós.

Aunque sus reinos trabajarían juntos de cerca, ella y Milori nunca volverían a encontrarse como antes.

Clarion se encontraba al borde de la fiesta, envuelta en una cortina de fragantes glicinas. Bebía un vaso de ponche: algo que objetivamente sabía que era brillante y ácido, pero que no le producía ningún sabor. Su mente estaba completamente en otra parte. Las flores tejidas en su cabello ya habían comenzado a marchitarse con el calor, y su anterior felicidad parecía muy lejana ahora, ya que sabía lo que tenía que hacer. Pero ser reina no se trataba de tomar decisiones fáciles. Se trataba de tomar las correctas.

Finalmente Petra la encontró.

Se acercó a Clarion y le preguntó: "¿Qué estás haciendo aquí? ¿Pensando?".

Clarion no pudo evitar soltar una suave carcajada. "Supongo que sí. ¿Has venido a detenerme?"

Petra vestía un vestido de filodendro con falda larga. Brazaletes de metal pulido (diseño propio, por supuesto) tintineaban en sus muñecas mientras hacía girar un vaso de cristal en sus manos. Encogiéndose de hombros, dijo: "Puedes venir, si realmente insistes. Es *tu* fiesta".

—Es cierto. —La expresión de Clarion se suavizó—. Por cierto, la corona es preciosa. Gracias.

—Ni lo menciones. —Petra se quedó en silencio unos momentos, pensativa. Cuando volvió a hablar, no había acusación en su voz, solo una tranquila simpatía—. ¿Vas a hablar con él? Ha estado *lunático* toda la noche.

—Debería. Quiero hacerlo. —Pero ¿lo hizo? Volver a verlo le dolería, y ya se había causado suficiente dolor ese día por su propio decreto. Allí, en la reconfortante oscuridad con su mejor amiga, la pregunta con la que había estado luchando parecía demasiado urgente como para dejarla sin formular —. Petra, ¿he hecho lo correcto?

—Por supuesto que sí. Eres nuestra reina. —Petra frunció el ceño, vacilando, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus próximas palabras. Estudió el rostro de Clarion y lo que sea que encontró allí pareció solidificar su decisión—. Pero no creo que nunca lo sepas con certeza.

Clarion suspiró tristemente. Supuso que era verdad.

—Lo único que sé es que tenemos que protegernos de la forma que podamos, y tú tienes que cuidar de las vidas de muchas otras personas. Estás haciendo lo mejor que puedes. —Petra le dio un codazo en el hombro con el suyo—. Vete. Estaré bien sola.

—Gracias —Clarion le apretó el brazo—. De verdad. Por todo.

Petra le dedicó una sonrisa amable. "Buena suerte".

Mientras se dirigía hacia la frontera, los sonidos de su fiesta (la música, las risas, los gritos) se desvanecieron. Aquí y allá, las luciérnagas brillaban en la noche. Iluminaban su camino, bailando y zigzagueando a su alrededor, como si quisieran animarla. Solo se separaron de ella cuando pisó el puente. Se sentía muy similar a la primera noche que se había aventurado allí: su determinación contenía la oleada de su miedo, las flores de cerezo se pintaban con la luz de la luna mientras caían.

El musgo estaba fresco y húmedo por el rocío. La larga cola de su vestido se arrastraba por la tierra. Una niebla baja había llegado desde el río, agitada por la suave brisa. Se perfilaba una tarde sombría, con la promesa de lluvia en las nubes grises que se hinchaban.
Milori no tardó más de un minuto en llegar, como si hubiera estado vigilando el puente, esperando que su resplandor apareciera como un faro. Confiable, como siempre... y devastador. Sus ojos eran lo más brillante y claro que había visto nunca. Se clavaron directamente en su corazón con su fuerza tranquila y amable. Su corazón dio un vuelco terrible. No sabía si sobreviviría a su pérdida. Pero, tanto si permanecían juntos como si no, lo perdería. De una forma u otra, las estrellas los mantendrían separados.
Lo mejor entonces es mantenerlo a salvo de ella.
El espacio entre el invierno y la primavera parecía una barrera invisible entre ellos. De repente, parecía tan espeso como una capa de hielo y nada en absoluto.
Milori fue el primero en romper el silencio: “Felicitaciones, Su Majestad”. La fría formalidad de su tono la dejó sin aliento. Todo el tiempo que habían pasado juntos, borrado: él se dirigía a ella con esa expresión. La misma imparcialidad que tenía la noche en que se conocieron. Necesitó de todas sus fuerzas para quedarse quieta, para no cerrar la distancia que los separaba, ni abrazarlo ni rogarle que la mirara como lo había hecho tan solo unos días antes.
Su mirada se fijó en las dos cuentas de turquesa que llevaba prendidas en la túnica. Sostenían en su lugar las puntas de dos plumas blancas. Se dio cuenta de que se trataba de una capa nueva: una hecha completamente con las plumas de Noctua. Parecía un nuevo par de alas plegadas contra su espalda. Se obligó a mirarlo a los ojos otra vez. —Gracias, Lord Milori.
El uso de su título hizo ceder sus últimas resistencias.
—¿Qué sentido tiene fingir? —Su voz sonaba absolutamente desdichada—. Desde que nos separamos, no he pensado en nada más que en ti.
Esta vez, no se molestó en negar sus peores impulsos. Lo abrazó y el frío del invierno suspiró contra sus brazos desnudos. El corazón de él latía ferozmente contra su mejilla. Sus dedos se hundieron en la parte superior de sus hombros, probablemente con más fuerza de la que debían, pero necesitaba algo que la sostuviera.
“Yo tampoco”, dijo. “Me hiciste creer que merecía esto y, sin embargo, me hiciste sentir que daría cualquier cosa por ser otra persona, cualquier otra persona. Lo devolvería todo si pudiera”.
—No digas eso, por favor —murmuró Milori—. Te lo *mereces* . Vas a hacer cosas increíbles, Clarion. Ya lo has hecho.
—Y aun así, estaré sola —dijo, demasiado rápido como para que pudiera detenerse.
Milori levantó la barbilla para poder mirarla a los ojos. —Todos tus súbditos te amarán. Y aunque yo no esté a tu lado, me tendrás a mí. Nunca habrá una estrella más brillante. Siempre te amaré.

Clarion sollozó. Era impropio de una reina, pensó a lo lejos, pero no se atrevía a preocuparse. —Yo también lo haré.
Ella tomó su rostro entre sus manos y lo besó, brevemente, egoístamente, aunque sólo fuera para grabarlo por completo en su memoria. La sensación de sus labios, suaves contra los suyos. La forma en que su respiración se agitaba, sin importar cuántas veces lo hubieran hecho. El agradable frío de su piel bajo su tacto. El aroma de las plantas perennes y el aire fresco. No le trajo ningún alivio cuando se sintió tan definitivo... y tan insuficiente.
Esto fue una despedida.
A regañadientes, se apartó lo suficiente para susurrar: "Recuerda ser libre, Milori. No vuelvas a rondar por esta frontera como un fantasma".
Él le dedicó la sonrisa más desgarradora que jamás había visto. “Tú también”.
Imposible, pensó. Mientras viviera, nunca se libraría de él. Nunca habría otro. No importaba. Como reina de Pixie Hollow, podía soportar este dolor sola. Eso era su deber. Lentamente, se apartó de él. Dejó que sus manos se deslizaran por sus brazos, luego por sus muñecas, hasta que por fin sus dedos se soltaron.
—Tenga cuidado, Majestad —dijo.
Ella no confiaba en sí misma para hablar.
Cuando se dio la vuelta, se levantó un viento suave que le acarició el pelo y le hizo ondear la nueva capa detrás de él. Ella vislumbró brevemente su ala. A la luz de la luna, brillaba tan clara y brillante como un cristal roto.
Clarion permaneció en el puente hasta que desapareció entre los árboles, hasta que las nubes cedieron y empezó a caer una suave lluvia. Se quedó sola en primavera mientras el aroma del petricor se elevaba a su alrededor, contemplando el frío vacío del invierno.
La llamaría hogar para el resto de su larga vida.

ACKNOWLEDGMENTS

En cierto modo, me cuesta creer que estés leyendo esto. Publicar mi quinto libro es un hito que no podría haber imaginado alcanzar cuando comencé a escribir "en serio" en 2016. Y si me hubieras dicho en ese entonces que un día escribiría algo para Disney Fairies, no creo que te hubiera creído. Los sueños realmente se hacen realidad.

En primer lugar, quiero expresar mi inmensa gratitud por haberme confiado un mundo tan querido. Espero que este libro haya sido como un regreso a casa para algunos de ustedes. Y si este es su punto de entrada a Disney Fairies… Para citar a la propia Reina Clarion: La felicidad los ha traído hasta aquí. ¡Bienvenidos a Pixie Hollow!

Este libro existe gracias al esfuerzo de muchas personas talentosas y, por supuesto, a un montón de polvo mágico. Como siempre, un enorme agradecimiento a mis agentes, Claire Friedman y Jess Mileo, por luchar siempre por mí. Con cada libro, mi aprecio por todos ustedes se profundiza aún más.

A mi editora, Katlin Sarantou. Me has dejado atónita con tu entusiasmo, tu capacidad de comunicación y tu ética de trabajo sobrehumana. Este libro no sería lo que es sin tu ojo agudo. Por los detalles, por tus sugerencias y por tu apoyo. ¡Ha sido un gran honor trabajar contigo en este mágico proyecto!

Al resto del equipo de Disney Press: Rachel Rivera, Warren Meislin, Nancee Adams y Jennifer Black, mis correctoras de estilo, que heroicamente me mantuvieron a raya, dado que todos estos personajes miden quince centímetros; Cathryn McHugh, editora ejecutiva; Hannah Meyer, directora de ilustración; Jeremy Burton, director de producción; Kaia Hilson, de marketing; y Crystal McCoy, de publicidad. Gracias a Charlie Bowater por ilustrar esta impresionante portada y a Gegham Vardanyan por diseñarla.

¡A mis amigos! Courtney Gould, mi gemela editorial y querida amiga, estuviste conmigo en cada paso del camino. No podría haberlo hecho sin su aliento y su ocasional intimidación. Jo Schulte, Megan Lally, Kalie Cassidy, Alex Clayton y Courtney (de nuevo), que me vio revisar un fragmento de este libro en Charleston: todos ustedes fueron extremadamente inútiles, pero

me hicieron reír mucho, así que supongo que eso se compensa. Charles Keegan, Diane McClamroch, Andrew Oyé, Ana O'Connor: su apoyo, humor y comprensión durante un año estresante significaron muchísimo para mí. Helen Wiley, Audrey Coulthurst y Elisha Walker: estaría perdida sin ustedes. ¡Los amo tanto!

ABOUT THE AUTHOR

Allison Saft es autora de los best-sellers del *New York Times* y del sector independiente *A Far Wilder Magic*, *A Fragile Enchantment* y *A Dark and Drowning Tide* . Después de recibir su maestría en literatura inglesa de la Universidad de Tulane, se mudó de la Costa del Golfo a la Costa Oeste, donde pasa su tiempo rodando sobre ocho ruedas y practicando telas aéreas. Vive con su pareja y un galgo italiano llamado Marzipan.